

Gabriel  
Bermúdez Castillo

# EL HOMBRE ESTRELLA

En aquel planeta no podían aterrizar hombres, los mataban.



En «El Hombre Estrella» se plantea el problema de un planeta lejano, completamente desconectado del planeta madre, la Tierra, donde, por diversas circunstancias se ha formado una sociedad con un predominio sexual, físico y comercial de la mujer sobre el hombre. Unido esto a las duras circunstancias de ese mundos, cuyos continentes se ven a veces sometidos por verdaderas invasiones de insectos monstruosos, hacen que el protagonista, un hombre fuera de serie, un hombre estrella, tenga que enfrentarse a un medio y a una civilización despiadada y violenta.

**Lectulandia**

Gabriel Bermúdez Castillo

# **El hombre estrella**

**ePub r1.0**

**AINoah 06.03.14**

Título original: *El hombre estrella*  
Gabriel Bermúdez Castillo, 1987  
Ilustración de portada: Antoni Garcés  
Retoque de portada: AlNoah

Editor digital: AlNoah  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## MUERE JUANA LA NEGRA

Un fuerte tirón despertó a Tom Mumford. Se incorporó a medias, aún en las brumas del sueño, revolviéndose entre las sábanas de su cama.

El rostro contraído de Giovanna le miraba desde muy cerca. Pudo ver Tom una expresión inesperada en los rasgos de aquella mujer con la que había vivido siempre; una expresión que congeniaba difícilmente con el duro carácter de la que decía ser su madre.

—Bueno... —dijo ella con voz baja y bronca—. Ya ha llegado, Tom, hijo mío. Me han metido un balazo cerca de los almacenes del puerto... Y esta vez va en serio.

La luz del día naciente se reflejaba con suavidad en las altas paredes de cuarzo rosa; rielaba en el gran espejo de Tom Mumford (traído por su madre con muchos esfuerzos); se reproducía en los frascos y vasos del bar, sobre la pequeña cocina. Estaba amaneciendo.

Pero para Giovanna *la Nera* (y ella lo sabía bien) era el último amanecer.

Sobre su blusa oscura se destacaba un gran manchón pegajoso, no muy lejos del corazón. Tenía las manos manchadas de sangre y el rojo líquido había embadurnado su cinturón, los cartuchos de metal dorado en sus pequeñas fundas, y hasta la culata de su pesada pistola.

—¡Ayúdame, maldito!

Con un gemido, Tom Mumford se incorporó, salió, casi desnudo, de la cama y ayudó a su madre a llegar hasta uno de los sillones. Giovanna se derrumbó allí, comprimiéndose el costado con las dos manos. De la juntura de los dedos surgían delgados hilos de un espeso púrpura.

Tuvo un par de toses espasmódicas. Un hilo de sangre se deslizó desde la comisura de sus labios.

—Se acabó, Tom, se acabó lo bueno. Tendrás que marchar de aquí, y que la Señora se apiade de tu cuerpo... De tu alma, no. De tu alma no hace falta, porque con lo tonto que eres, más vale que la dejen en paz. Pero de tu cuerpo, sí... ¡maldito Tom! Porque si no... van a hacer lo que les dé la gana con él... ¡Condenada y maldita sea la Administración!

Rugiendo, Giovanna se arrancó la camisa, quedándose desnuda de cintura para arriba. Tenía unos senos grandes y caídos, y bullones de carne sobrepasaban el ceñido cinturón de cuero negro. A la altura del hígado, un poco más arriba, había un agujero de feo aspecto, ennegrecido en su centro y rojo blanquecino en los bordes, del cual se desprendía a golpes un espeso humor rojo.

Tom no dijo una sola palabra. Sentía los ojos secos y una total carencia de dolor.

El rostro de su madre se hizo repentinamente más pálido. Se afilaron sus rasgos, un poco brutales (la nariz, chata y de grandes ventanillas, se agudizó; los gruesos labios se tornaron incoloros; los ojos grises y sin expresión se volvieron vacuos). El cuerpo se desmadejó en el sillón.

Movió débilmente una de las enormes manos callosas... un residuo de su trabajo en las fundiciones, como había dicho mil veces.

—Cuando te tuve... —borboteó, entre dos sacudidas del torso—... cuando te di a luz... bueno; no pensé más que en huir. No quería que te pasase como a los demás. La Administración, como cosa muy buena... los barrios de placer, en el peor de los casos. Ni pensar en un buen matrimonio... Yo sé, Tom, yo lo sé, lo que hemos hecho todas con los hombres de la Administración... Pero no eres feo, hijo mío... no lo eres, y quizá consigas una mujer que te respete...

Tom, silenciosamente, comenzó a vestirse. Se colocó los anchos pantalones floreados hasta media pantorrilla. Luego se puso un forro de color castaño, antes de endosarse la blusa transparente, con volantes en hombros, costura de las mangas y bocamangas. (¡Y qué escándalo había armado Giovanna una vez que se la puso sobre la carne, transparentándose, sin utilizar el forro pardo! ¡Qué gritos, qué desmelenarse, qué insultos!)

No; no la amaba, aunque fuera su madre. Le había llevado allí, a las cavernas de cuarzo rosa, a mil millas o quizá mucho más de la civilización, para salvarle de unos peligros que, tal vez, sólo existían en la imaginación de Giovanna *la Nera*. Le había atendido bien, llevándole trajes hermosos, ligeros afeites, libros... y hasta revistas (aun cuando hubiera jurado que estas últimas las traía para ella misma). Pero había tomado una resolución por él, sin dejarle tomar resoluciones por sí mismo, sin permitirle enfrentarse a esa desconocida Administración, a las gentes de San Cataldo o a la civilización en general.

Y ahora, Juana *la Negra*, después de uno de sus asaltos, tras recibir un disparo en mal sitio, estaba agonizando.

—¿Café, madre?

—No... Dame coñac.

Sin replicar, Tom le alcanzó el frasco de plata en que ella gustaba de beber a gollete, derramándose el pastoso licor sobre el cuello y el principio de los pechos. Con finura, Tom había intentado que bebiera en vaso, obteniendo solamente una retahíla de insultos, y la soez afirmación de que esas cosas no eran para ella, «una vulgar obrera de la fundición... aunque quizá lo sean para ti más adelante, con el camino que llevarás... pero no mientras yo viva».

Se derramó el licor sobre el desnudo cuerpo de Giovanna, mezclándose con la sangre y el frío sudor que la invadía.

—Escucha —dijo ella—. Ya sabes lo que tienes que hacer. Coge la nave...

aunque la llevas muy mal, y vete siempre hacia el este, hacia la salida del sol... Llegarás a San Cataldo, y una vez allí...

Sorprendentemente, un sollozo hizo temblar el robusto cuerpo de Juana *la Negra*.

—Una vez allí, haz lo que quieras... Ve a la Administración, busca una protectora o suicídate... Yo no puedo hacer más por ti.

Hubo un brusco cambio en la expresión de la mujer.

—¡Cariño, hermoso mío! Con lo que yo te he querido siempre... Y perderte ahora... ¡Mi cielo, mi hijo, pedazo de mi ser...!

El frasco de plata resonó argentadamente al chocar con el suelo. El escaso coñac restante se derramó en boqueadas sobre el pavimento.

—¿Mamá...? ¿Mamá...?

No pudo contener Tom unas lágrimas al comprobar que Giovanna había hablado por última vez. Intentó en vano levantar el cuerpo para colocarlo en su lecho; le fue imposible: pesaba demasiado.

Durante un buen rato permaneció inmóvil, viendo cómo los rayos del sol iban deslizándose dentro de la caverna. Después cerró los ojos de la muerta, y se levantó. Todos los recuerdos de su vida se habían borrado; en vano intentaba resumir aquellos diecisiete años pasados en la caverna, desde que comenzó a darse cuenta de las cosas, hasta que poco a poco su cuerpo fue cambiando y con ello el humor de su madre.

Era preciso partir; abandonar a Giovanna, los libros, el almacén, la mayor parte de sus trajes y zapatos, los perfumes, la cocina... todo. Era preciso enfrentarse a San Cataldo y al mundo desconocido que le aguardaba muy lejos.

Musitó una oración a la Señora, en recuerdo de la muerta. Y con los ojos secos, empaquetó sus trajes más bonitos, sus mejores zapatos, y algunas cosas sueltas de tocador. Después se encaminó a otra de las cavernas, donde reposaba la navecilla gris, de dos plazas, que mucho tiempo antes les trajera a ambos (él, recién nacido; Giovanna, mucho más joven y más enérgica) a las cavernas de cuarzo rosado.

Y después, cuando se vio sentado en el sitio de su madre, ante los diales, las palancas, los botones y las pantallas de la aeronave, los recuerdos afloraron como una avalancha.

## *La caverna de cuarzo rosa*

Era grande, prácticamente interminable. Habían vivido allí siempre, desde que Giovanna le llevase para no entregarle a la desconocida Administración. Grutas de distintos tamaños se enlazaban entre sí, y la boca principal se abría en un acantilado a más de trescientos metros de altura.

Abajo, a gran profundidad, había un valle por cuyo centro corría el delgado hilo de plata de un arroyo, seguido y bordeado, en sus riberas, por espesas matas de cintajos verdes. Algún animal surgía de las frondas, bebía en el arroyo, perseguía o era perseguido por otros, ganaba o perdía, vivía al fin, o moría para servir de alimento. Giovanna *la Nera* nunca quiso que bajasen al valle.

En una gruta estaba la alcoba, con muebles que ella fue robando. En otra, el hangar del aparato aéreo, con su panza gris, sus propulsores de latón y su carlinga cubierta por una burbuja transparente, todo ello alzado sobre tres patas delgadas, tres patitas de insecto. En otra caverna, el almacén... (cajas de conservas, barrilitos de ron, envueltas de trajes... medicinas, pastillas de combustible para la cocina, cartuchos de monedas, cargadores para la pistola... en suma, mil y una cosas diferentes).

Al amanecer, el sol se deslizaba en el interior, y el cuarzo rosa se volvía translúcido, reflejando en un millón de chispas el prodigio de la luz solar.

## *Las ausencias; los regresos*

Con frecuencia, Giovanna se iba tripulando la aeronave. Volvía cargada de cajas, sudorosa, relinchando mil amenazas. A veces sus frases eran incomprensibles.

—Me he beneficiado un mozo estupendo en lo del Puerto B. En casa del viejo Geroldo. Bueno; tú no debes escuchar esto... tú lo que tienes que hacer es no dejar que nadie se te tire jamás.

¿Qué era mejor, las ausencias o los regresos? Las ausencias daban a Tom tranquilidad y ocasión de explorar las cavernas, y también de leer libros y hasta de ver aquellas revistas que su madre escondía tan cuidadosamente. Los regresos traían siempre novedades; blusas hermosas, música en *cassettes*, nuevos libros, comida distinta... y, al mismo tiempo, el creciente mal humor de Giovanna *la Nera*.

## *Los libros*

A duras penas había conseguido Tom aprender a leer. Ni Giovanna *la Nera* era el mejor profesor del universo ni él un alumno demasiado interesado. No obstante, a fuerza de golpes en los nudillos, consiguió deletrear primero, y leer después.

Los libros no eran muchos, y todos muy feamente impresos. No tenían un solo grabado, como las revistas, y su texto era, en general, árido y sin interés. Al principio,

ponía en la primera hoja lo mismo: «Ésta es una edición de la *ditta* Assunta Vallone. San Cataldo, año 426. Continente R.»

—¡Puerca miseria! —aullaba Giovanna—. Lee de una vez o serás un inculto, un andrajoso...

Y leía. *Aventuras de una yanqui de Connecticut en la corte de la reina Guenever*. Casi incomprensible, con mujeres que corrían de un lado para otro, caballos (fuera eso lo que fuere), y un desorden final en donde todo se hundía. Autor: M. Twain, de la que nada se explicaba. *Mujer citas*, de Luisa May Alcott. La situación de cuatro damas que se quedaban en una ciudad mientras las demás iban a la guerra, y ninguna de las cuales trabajaba, por lo que pasaban apuros horribles, de los que eran socorridas por otras señoras que vivían en frente. Poco a poco, las cuatro iban casándose con hombres guapos (uno para cada una). *La isla misteriosa*, de Julia Verne. Aventuras de cinco náufragas en una isla terrestre (así lo indicaba un breve prólogo) luchando con la naturaleza, y hallando al final a una capitana de astronave escondida en una caverna...

¿Para qué seguir? Los libros pesaban como ladrillos en el ánimo de Tom, y no era lo de menos su fea impresión, que parecía hecha por ordenador, con unas letras formadas por puntos, sobre un papel basto a franjas de colores.

## *Las revistas*

Esto sí que fue un gran hallazgo, aun cuando a Tom le costó un gran disgusto cuando Giovanna le descubrió con ellas en las manos.

No eran más que media docena, y su madre las tenía cuidadosamente escondidas en la guantera de la aeronave. Las halló por casualidad y recibió un fuerte impacto cuando las vio. Quizá por la novedad, quizá porque su edad en aquel momento (casi dieciséis años) era la oportuna, o quizá por saber que eran fruto prohibido.

Los títulos parecían no tener sentido: *Los perseguidos*; *Los locos de la noche*; *Sexo y vanidades*; *Hombres de ensueño*. Al contrario que los libros, estaban editadas en un majestuoso papel couché, a todo color, y fuerza era decirlo... con todo detalle. En letras pequeñas se leía lo mismo que en los libros: «Ediciones Assunta Vallone. San Cataldo. Todos los derechos reservados». Y en la tapa, con letras más grandes: «Prohibida su venta a las menores de doce años».

Las láminas mostraban exclusivamente hombres desnudos o semidesnudos, en las más diversas posturas, que, más tarde, Tom habría definido como eróticas o pornográficas. La cámara prestaba singular atención al pene, a los pechos de los hombres, y frecuentemente a sus piernas. El color era bueno, y los enfoques, realistas.

Los comentarios eran sabrosos: «Aquí tenemos a nuestro amigo Coronelo, que hace ostentación de unos atributos que para sí quisieran muchas de nosotras. ¿A que todas soñamos en una compañía semejante para las noches de invierno? Me dicen de redacción que, aunque fuera verano, sería igual. Verdaderamente, en invierno o en verano, lo que Coronelo nos enseña podría volver loca a una santa». Tom comparó, y sacó la conclusión de que el célebre Coronelo no enseñaba nada que él mismo no tuviera, e incluso que lo tenía mejor y más grande, si le apuraban.

Otro comentario, esta vez referido a un elemento denominado Assinio y que lucía como adorno singular un par de delgadas anillas de oro en los pezones. «Assinio es atrevido y sólo espera cosas de las más atrevidas de vosotras. Claro que ninguna podréis alcanzarle, porque Assinio es plato reservado a quien pueda darle el nivel de vida que necesita. ¡Es superlujoso, el bueno de Assinio! Necesita una dama que le cuide, le atienda, le suministre lo mejor... y sólo a cambio de eso os dejaría tirar un poquito... ¡sólo un poquito, eh!, de sus adornos pectorales. Hay a quien vuelven loca ese par de ajorcas en sus... eh... triunfos. Y daría cualquier cosa por tenerlas entre los dedos, ¿verdad?».

En una sola de las revistas había escenas mixtas entre hombres y mujeres, y esto sí que excitó verdaderamente a Tom. Sabía el muchacho, por los artículos de estas revistas porno, lo que era excitación, y dónde y cómo se manifestaba. ¡Santa inocencia! Pero los cuerpos de las mujeres, a pesar de ser de escasa calidad, le excitaron. Y eso que en general eran feas, delgaduchas y sin gran cosa que ver. ¿Acaso el editor no había encontrado nada mejor... lo mismo que sí había encontrado hombres de excelentes condiciones?

—Andrajoso, ¡puerco! ¿De dónde has sacado esas porquerías? ¡Dámelas ahora mismo!

«Y si son porquerías... ¿por qué las ves tú, mamá?».

## *Los cambios físicos*

Al principio fue solamente el pelo, que nacía en sus axilas, en sus ingles, y después en su pecho. Lo comunicó, inocentemente, a su madre, temiendo que fuera una enfermedad, y sólo obtuvo un gruñido y una referencia, salpicada de juramentos, a la maldita Administración.

Después, el pene. Aquel órgano tipo manguera, del que sólo había creído que sirviera para orinar, empezó a efectuar, por su cuenta y riesgo, experimentos inesperados... Por primera vez, Tom cogió el diccionario enciclopédico que se cubría de polvo en la caverna-biblioteca, y trató de desentrañar el misterio leyendo todo lo

referente a la anatomía humana. Sabedor de que estos cambios sentaban mal a su madre, se abstuvo de comunicarle nada acerca de las tumescencias nocturnas y de las súbitas explosiones que le dejaban descansado.

Ella, sin embargo, percibió algo.

—No, sinvergüenza —dijo—. Si por ahora no vas a tener que tomar enderezador... o vino de rosas, como dicen esas señoras tan finas de la Junta de las Nueve.

En resumen, la cosa era un poco molesta, difícil de colocar y excesivamente húmeda en alguna ocasión. Peor fue cuando los cambios se simultanearon con las revistas y Tom, oscuramente, presintió que los cambios, las mujeres, Coronelo, los hombres de ensueño, los perseguidos de la noche, y toda aquella faramalla eran cosas que estaban muy relacionadas entre sí. Entonces, a falta de otra decisión mejor, entendió que el objetivo de su vida sería (cuando Giovanna *la Nera* dejase de ser un obstáculo entre el mundo exterior y él) aparecer en una de aquellas revistas, con un bonito nombre, deseado, codiciado, y objeto de hermosos comentarios, como Assinio, Coronelo, Nicoletto y tantos otros.

# TOM HUYE HACIA LA CIVILIZACIÓN

Estaba cayendo la noche, y Tom no hubiera pensado nunca que su madre se hubiese apartado tanto de los lugares habitados. Hacía horas que la navecilla gris, torpemente manejada por sus marfileñas manos, volaba a baja altura hacia el este, hacia el nacimiento del sol...

Sin embargo, era lógico. Giovanna *la Nera*, cuyo cadáver olvidado yacía, silencioso y frío, en la caverna de cuarzo rosado, era una fuera de la ley. No podía vivir cerca de la civilización, donde la hubieran capturado rápidamente.

Pasaban bajo la aeronave, que trazaba raras curvas en el aire oloroso de este mundo, desfiladeros sin cuento, montañas humeantes, desiertos de arena rojiza. Y nada aparecía en lontananza.

El sol se ocultó rápidamente tras el horizonte, después de tangentearlo y lanzar un haz de rayos cobrizos. En el cielo brillaba una pequeña luna azul, la lunacapri, y todavía no había aparecido la gran luna amarillenta, la lunagialla.

La navecilla continuaba su veloz viaje, con Tom aferrado epilépticamente a los mandos, y el salpicadero relumbrando tenuemente en medio de la penumbra de la carlinga.

El disco de la lunagialla comenzó a aparecer tras las negruras del horizonte, marcando su gran curva de pergamino sobre las sombrías líneas de las cordilleras.

¿Eran luces? ¿Podían ser luces aquello que se divisaba a lo lejos? Ya era hora, realmente. El cuentamillas parcial de la aeronave marcaba como recorridas mil seiscientos trece, espacio más que suficiente para que una fuera ley se escondiera de las fuerzas del orden.

Sí; eran luces. Pero no era momento de dudar. Con un gemido, Tom pasó al máximo la palanca de velocidad, aun a sabiendas de que eso podía representar el estrellarse contra la primera colina. El disco gigante de la lunagialla crecía. La luminosidad amarillenta iba invadiendo los alrededores, y bajo ese enorme farol de pergamino dorado, Tom pudo ver unos campos cultivados, unas pequeñas edificaciones situadas a igual distancia unas de otras y, más a lo lejos, entre la bruma del anochecer, unas hileras de luces difuminadas.

«San Cataldo», pensó. Y tal vez no se equivocaba.

Pero se había distraído. La aeronave picaba velozmente hacia el suelo, y con un gemido de espanto, Tom trató de dominarla. Crecían los campos, bajo la intensa luz dorada de la lunagialla, ya completamente emergida del horizonte, mostrando largas hileras de árboles, cuadrados de cultivos, canales de regadío donde seguramente burbujeaba un agua espesa, y también los diminutos edificios rectangulares,

aspillerados y macizos.

Vio unos grandes animales, violetas bajo la mezcla de la doble luz lunar. Corrían entre las pequeñas fortalezas, y eran grandes, de temible aspecto. Tenían tres cuernos en la frente, y el cuerpo, acorazado de escamas. Una hilera de dientes córneos surgía de su dorso. Pequeñas figuras, armadas con rifles, disparaban contra ellos desde el campo abierto, desde las aspilleras de las fortalezas. Las bestias pateaban los campos, aunque iban cayendo, poco a poco, bajo el mortífero fuego de las pequeñas figuras.

En vano Tom intentó enderezar la nave. Ésta se deslizó, abriendo las capas de la atmósfera con un flamígero rasgar, y se arrastró, dando saltos, y trompicando, sobre una colina llena de matojos ásperos, no lejos de una de las pequeñas edificaciones aspilleradas. El último recuerdo de Tom, antes de perder el sentido, fue cómo se le venía encima un tronco de árbol, y la luminosidad mate de los diales y los indicadores.

## LA PEQUEÑA FORTALEZA; ADRIANA

Era aún de noche. A su alrededor todo era silencio. La navecilla, empotrada entre dos troncos de árbol, lanzaba una leve humareda por los propulsores de latón. Los rugidos de las fieras tricornes habían cesado, y la lunagialla oscilaba pesadamente en el cielo negro, a gran altura, a punto casi de alcanzar a la diminuta y azulada lunacapri y eclipsarla, como cada noche desde que Dios y la Señora crearon este santo mundo.

La pequeña fortaleza más próxima lanzaba unas lucecitas moribundas a través de sus estrechas ventanas, a no más de doscientos metros de distancia.

Tom se sentía terriblemente dolorido, pero, al mismo tiempo, muy excitado. Por fin iba a conocer el mundo, y con suerte (no dudaba de que le sería precisa mucha), obtener un puesto en una de aquellas maravillosas revistas en colores, conocer el amor, y ser loado con mil palabras bonitas por las estupendas redactoras de *Hombres deseados* o de *Machos a gogó*. ¡Magnífica perspectiva!

Pero ahora era preciso salir de allí, y así lo hizo, levantando la burbuja de cristal, quitando el contacto de la aeronave, y tomando en sus manos el hermoso neceser de piel donde reposaban sus pertenencias más preciadas.

—¡Puerca miseria! —dijo débilmente, tratando de imitar la brutal entonación de Giovanna *la Nera*. Pero no le salió bien.

Tropezó mientras caminaba hacia la pequeña fortaleza aspillerada. Había plantas con largas cintas verdes que se enredaban en sus tobillos y que arañaban los bonitos escarpines de tafilete dorado. La preciosa blusa blanca también sufrió las acometidas de las ramas de los árboles y de los cañadizos que protegían los sembrados; pero al fin, después de mucho sufrir, llegó al lado de la construcción. Llamó a la puerta de hierro remachado; oyó voces en el interior, reniegos, juramentos. Se asustó un poco; pero por fin abrieron.

Una fuerte ráfaga de luz le cegó. Después escuchó una voz femenina, enronquecida por el alcohol y el trabajo.

—Pero ¿qué es esto? ¿Qué tenemos aquí?

Un átomo de silencio.

—¡Puerca miseria! ¡Venid, chicas! ¡Venid aquí!

Volviéndose hacia él.

—Y tú... ¿quién eres?

—Me llamo Tom... Tom Mumford... Yo...

—Pasa, patoncito, pasa... No te vamos a dejar ahí. Pasa y que las demás vean un muñecote como tú.

Era una mujer grande, basta, vestida con pantalones estrechos y blusa de dril azul

oscuro, todo ello lleno de manchas. Del interior del edificio salía una nube de humo, olorosa a coñac y a calcetines poco limpios. Tras el rostro de la mujerona se apiñaron como media docena de rostros más, todos ellos ansiosos, desojados, con las bocas entreabiertas, mostrando grandes dosis de dientes amarillos.

Se sintió empujado hacia el interior. Otra mujer, un Poco más limpia que las demás, dio una orden seca.

—¡Cerrad esa puerta! ¿O queréis que los tricerontes nos cojan aquí dentro y nos trinchen? Tú, Orsolina, sigue con la guardia...

—Pero, Adriana, yo... este patroncito, yo también... —¡A callar, maldita andrajosa! Te toca a ti, con que sigue con ella... Y tú, hermoso, siéntate... ¿De dónde vienes?

Adriana parecía buena persona. Sus rasgos eran un poco más finos que los de las otras, a pesar de llevar el mismo atuendo grasiento y calzar al costado una pistola de buen calibre. Por cierto que las demás no iban armadas, aun cuando en una estantería de madera, junto a la pared, reposaban una docena de pesados rifles.

—Siéntate, cariño —dijo la mujerona que le había abierto la puerta, mirándole con ansia, y conduciéndole con las manos hasta unos taburetes que había en el centro de la habitación, rodeando una mesa de madera pringosa, cubierta de vasos y platos sucios.

Tom lo hizo, un poco amedrentado, después de dejar su neceser junto al armero lleno de rifles. La llamada Orsolina, maldiciendo, subió por una escalera y desapareció en el piso superior. Quedaron cinco mujeres, incluyendo a Adriana, que tomaron también asiento junto a la mesa y se quedaron con los ojos muy abiertos, mirándole hipnóticamente.

—Me llamo Rosa —dijo la mujerona que le abriera—. Y no he visto en mi vida cosa igual que tú... Ni en las revistas, ni en casa de Ugo, de Ugolino o de Giancarlo.

Se besó el pulgar y el índice, puestos en cruz.

¡Palabra! ¡Por éstas!

Otra mujer, sonriendo torcidamente, puso ante él un plato con un comistrajo de papas y carne, así como un gran vaso de licor rosáceo, que escanció de una botella adornada.

—Come, hermoso.

—Escucha, tú, muñeco —dijo una tercera mujer—. Si éstas no te hacen caso, yo me recomiendo.

—Mira, Lina —dijo la llamada Adriana—, no seas basta. Y dejad al pobre patrón en paz. A saber qué es lo que hace aquí y de dónde sale.

—¿Es que tú no te recomiendas? ¡Mi a ti ni a mí nos desbridaron ayer!

—Pues bueno. Pero déjalo comer...

—Y beber —añadió Rosa, frunciendo las cejas de mala forma. Mirando con

lascivia al pobre Tom, le escanci6 otro vaso de la botella adornada. Era un licor suave, arom6tico, pero de un indudable contenido alcoh6lico. Adem6s, Tom tena hambre, y por ello devor6 la bazofia de carne y papas y pidi6 m6s, lo que le fue servido r6pidamente, acompa6ado de otro vaso de licor.

Le miraban en silencio, hambrientamente. De vez en cuando, una de ellas se levantaba, pasaba detr6s de 6l, con un pretexto f6til, y le tocaba los hombros o la nuca. Despu6s, enrojecida, silbando entre dientes, resollando, volva a su sitio mientras las dem6s le dirigian miradas asesinas.

Mientras Tom comia (y bebia) se cruzaban entre ellas r6pidos concili6bulos en voz baja. Tom no pretendi6 enterarse de lo que decian, muy satisfecho de encontrarse solo con tantas mujeres a la vez, aunque fueran poco aseadas y estuvieran mal vestidas. Con el tiempo, seguro que viviria cosas mejores. La llamada Rosa le escanciaba sin cesar licor de la botella enjoyada, a pesar de las miradas de desagrado de Adriana. Y lentamente, Tom sinti6 que se le iba subiendo a la cabeza, y sinti6 unos alcoh6licos deseos de quitarse la ropa y mostrar a aquellas damas tan simp6ticas que 6l era tan bueno, o mejor, que los hombrecitos so6ados de las revistas porno.

Por lo pronto se quit6 el abrigo de piel que le habia protegido del frio durante su viaje, qued6ndose con la blusa de volantes, bajo la cual, por llevar la contraria, habia tenido buen cuidado de no poner el cuerpo de tela parda. Se transparentaban sus carnes, lo sabia... ¡y qu6 le importaba eso! Si a ellas les gustaba, a 6l tambi6n.

—Sigue, encanto —dijo Rosa—, quitate algo m6s.

—¿Qu6 quieres que me quite?

—Empieza por los pantalones... si te parece bien.

Tom obedeci6, qued6ndose con el *slip* de raso escarlata y las piernas desnudas, pantorrilla y muslos. Hubo un alarido reprimido por parte de las mujeres.

—¿Otra copita?

—S6.

—Lo dicho —gru6o Rosa—. Lo sorteamos, a ver qui6n es la primera... ¿Nos lo jugamos a mayor carta?

Mientras las mujeres enarbolaban una mugrienta baraja, Tom apur6 la 6ltima copa de licor, sinti6ndose muy mareado y casi sin saber lo que hacia. Se levant6, hizo unas evoluciones por la estancia, ante los resoplidos de las mujeres, y al final se apoy6 en el armero, colocando su frente en la fría rec6mara de uno de los rifles. Esto le alivi6 un poco.

Una mano se apoy6 en su hombro. Se volvi6. Adriana, con cierto gesto compungido, le miraba con fijeza.

—Me ha tocado a m6. Lo siento mucho, patroncito, pero eres demasiado guapo... Ven conmigo.

Casi no se dio cuenta Tom Mumford de c6mo subian la escalera y c6mo entraban

en una pequeña habitación, donde todos los muebles eran un armario de metal gris, y una hilera de camastros de campaña. Adriana le llevó hasta uno de ellos, respirando ansiosamente, mientras no dejaba de sobarle por el camino. A Tom le pareció tan normal, e incluso agradable, que la mano de la mujer tratase de introducirse bajo su blusa, cogiéndole pellizcos con los dedos o que la otra mano se deslizase sobre sus caderas o que la tercera mano le tomase por el cuello y volviera su cara hacia ella, o que otra mano más acariciase los desnudos muslos. Bien es cierto que Adriana no tenía más que dos manos, pero sus tocamientos se multiplicaban de tal forma que parecía más un pulposide que una persona humana.

Tom se dejó caer sobre el camastro, y, entre las brumas del alcohol y la excitación (sería una de las pocas veces en que la sintiera), apenas se dio cuenta de cómo Adriana lo desnudaba, dejándolo tal como vino a la vida, y cómo ella, después, se quitaba también la ropa. Tenía un cuerpo compacto, con pequeños pechos en forma de pera, coronados por pezones de color pardo, erectos y muy excitados, al parecer. En sus brazos destacaba la piel, llena de pecas amarillentas, y unos notables músculos que ondeaban bajo ella.

—Podría quererte —dijo la mujer, acercándole el rostro—. Podría querer para siempre a un hombre como tú. Pero ¿cómo se te ha ocurrido venir aquí?

Después le besó, y sintiendo por primera vez unos labios femeninos sobre los suyos, Tom se dio cuenta de que aumentaba su excitación, y de que sus deseos de algo desconocido eran cada vez mayores. Tenía el miembro completamente erecto, y la mano de Adriana, casi cariñosamente, casi con dulzura, jugaba con él atrayéndolo hacia sí. Muy lentamente, ella se colocó sobre él en la cama, apoyándose en los brazos para no pesarle demasiados le pidió, tímidamente, que la acariciase, cosa que Tom hizo con torpeza, tocándola en aquellas partes que le parecieron más oportunas. Adriana lo agradeció, resoplando y mostrándose cada vez más tierna y más cariñosa, besándole en la boca y profundizando en la suya con su áspera lengua.

—¡Patroncito! ¡Tom, Tom! —gimió ella, suspirando con fuerza—. ¡Ya, ya me viene! ¡Oh, qué placer me das! ¡Eres un rey, eres lo mejor del mundo!

Y en medio de estremecimientos y sacudidas de todo el cuerpo de Adriana, que ahora pesaba sobre el suyo como una losa de plomo, el pobre Tom, sin sentir nada absolutamente, se dijo que aquello debía ser el amor, aquello que pintaban como una cosa tan bonita, tan maravillosa, y que, al parecer, sobrepasaba toda descripción.

Más tarde, Adriana se dio la vuelta y durmió un poco. Sintiendo a su lado aquel cuerpo desnudo, del que ahora se exhalaba un hedor acre, a sudor y cansancio, a trabajo y sufrimiento, Tom sintió que se le saltaban las lágrimas. Lo habían violado —pensó—, y para nada.

Cuando Adriana se despertó, aún desnuda, al cabo de pocos minutos, lo encontró de pie al lado de la cama, completamente vestido.

—Me voy —dijo él.

—Será mejor —musitó la mujer débilmente—. Si no, esas lobas de abajo te van a destrozar. Pero, escúchame, por favor... Nunca, nunca, ni en la Administración, ni en ningún sitio, he sentido lo mismo que contigo. He tenido dos hijas ya, y no me arrepiento. Pero si tuviera un hijo, no sé si dejaría que hicieran con él lo que harán contigo...

Otra Giovanna *la Nera*. Otro caso igual.

—Me voy, Adriana.

—Sí, claro que sí. Yo te diré por dónde puedes salir sin que te vean. Tom, querría tener dinero, fortuna, todo... y serías sólo para mí... Pero sólo una de las Nueve o alguna de esa clase puede tenerte. ¡Tom, te quiero! ¿Te acordarás de mí?

—Quiero marcharme —insistió Tom tercamente.

—Claro que sí, amor. No voy a permitir yo que... Menudas measmos, las de abajo. Y a mí no me desbridaron ayer... ¡Recuérdame, por favor! ¡Dime que no lo hubieras hecho con otra!

—Huh —dijo Tom.

—¿Quieres unas liras? ¡Toma, todo lo que tengo!

Metió entre las sudorosas manos de Tom un lío de billetes mugrientos.

—Ven conmigo, tesoro.

Tenía Adriana lágrimas en los ojos, y le contemplaba con una dulzura tan singular que Tom estuvo a punto de ablandarse. Pero no; lo que quería era marcharse de allí, y cuanto antes. Si las demás iban a someterle al mismo sudoroso tratamiento, mejor era largarse, y de prisa.

Le acompañó ella por otra escalera estrechita, hasta una pequeña habitación en el piso de abajo. Salió un momento y le alcanzó su neceser. «Se han dormido, amor... han bebido demasiado... Vete y no olvides a Adriana... Me diste un placer como ningún otro... ¿Te lo di yo a ti?».

Tom no contestó. Agarró con fuerza su neceser, y esperó. Ella abrió una puertecita en el muro. Amanecía. Su rostro de rasgos sin finura parecía suavizado y dulce.

—Mira allí; sí, allí, lejos. Es San Cataldo. Supongo que te has escapado de la Administración. Malo es, pero es mejor que te destrocen todas las lobas que te topes en el camino... Ve allí; cuídate, tesoro. No te olvidaré.

Tom no quiso rechazar el húmedo beso de despedida de Adriana. No comprendía muy bien la ternura actual de esta mujer, comparada con el comportamiento anterior de todas ellas. Era aún demasiado joven y no sabía lo que realizar el amor a tiempo puede significar para una persona, aunque sea una vulgar Adriana, vigilante de los sembrados, inculta y aparentemente sin sentimientos.

## EL BARRIO DE SAN CATALDO; EL COMPADRE UGOLINO

Al amanecer, desaparecidas ya las dos lunas, Tom inició el camino hacia la ciudad. El sol no había salido aún y las luces humosas relumbraban en unas avenidas lejanas. Poco a poco, trastabillando en los sembrados, el pobre Tom alcanzó la primera calle asfaltada y por allí comenzó a caminar, pegadito a una de las aceras, no viendo más que puertas cerradas, niebla y faroles que aún iluminaban débilmente las calles, casi vencida su luz por la del día naciente.

Se sentía mancillado, sucio. El acto con Adriana le había parecido algo repulsivo, y el hecho de que se sintiera excitado, y de que su naturaleza hubiera dado de sí todo lo físicamente posible (lo mismo que en las noches solitarias M de las cavernas de cuarzo rosa) no era de considerar como un logro, sino como una vergüenza. ¿Acaso le esperaban mayores horrores en este aspecto? ¿Acaso todas las mujeres que encontrase iban a lanzarse sobre él, vorazmente, amasando y aplastando su cuerpo joven, para obtener sus más íntimos jugos? Tal era la confusión mental de Tom, que no se dio cuenta de que un viejo, sentado ante una gran puerta ochavada, le observaba con atención y se levantaba dirigiéndose a su encuentro.

—Buenas tardes, hermoso —dijo el anciano, colocándose a su lado—. ¿Buscas alguna cosa? ¿Puede ayudarte papá Ugolino?

Algo temeroso, Tom se detuvo, aun cuando después se tranquilizó al ver que quien con tales palabras le hablaba era un hombre, y de bastante edad.

Para cualquiera, el aspecto de papá Ugolino hubiera resultado cualquier cosa menos tranquilizador. Bajo la luz humosa del crepúsculo, y las pálidas luminarias de los faroles ciudadanos, aún encendidos, destellaba insanamente su rostro cubierto de arrugas, con grandes granos terminados en una puntita negra. Una espesa capa de pintura blanca y rosa le cubría las mejillas, y dos manchones oscuros rodeaban unos ojos grises, sin expresión, de cuyos lagrimales resbalaba sin cesar una lágrima tras otra.

Una mano arrugada y llena de manchas amarillas se posó sobre el brazo de Tom, que no pudo evitar una ligera sensación de repugnancia.

—¿Huyes de la Administración?

—Creo... que sí —respondió Tom estúpidamente, sin saber muy bien qué contestar.

—¡Oh, qué bien haces, queridito! —murmuró el viejo, mostrando una grotesca sonrisa con dientes careados—. ¡Y qué bien haces! Ven, ven conmigo. Mira, ésta es mi casa, y si quieres, será la tuya... Puedo darte trabajo y acomodo; a un muñecote

bello como tú siempre se le dan oportunidades...

Dudó Tom durante unos instantes. El lugar donde el miserable viejo le pedía que entrase era, al parecer, un sitio propicio a la diversión. Un gran portón, con una cortina de terciopelo rojo al fondo, y sobre todo ello, unas letras de neón, ahora apagadas, que decían: «EL PARAISO». A uno de los lados había una taquilla con la ventana de cristal cerrada, y en las paredes, fotografías de cosas que Tom no acertó a distinguir, aunque le parecieron hombres en diversos grados de desnudez, similares a los de las revistas que viera en tiempos.

El corazón le dio un vuelco. Tal vez aquello fuera un taller o imprenta donde se hacían las revistas, y tal vez el viejo estuviera ofreciéndole el mismo empleo que tanto deseaba.

Dudó unos instantes, en efecto. Algo malsano se desprendía de toda la fábrica, y a pesar de su inexperiencia y su juventud, incluso el mismo Tom era capaz de captarlo. Pero el destino decidió por él. De una industria similar, situada unas puertas más allá, decorada en azul y blanco y denominada «EL CIELO», surgió un grupo de media docena de mujeres, borrachas y gritonas.

Se aproximaron velozmente a la pareja. Dos de ellas llevaban gruesas chaquetas de marino, con galones dorados. Las otras, trajes de cuero oscuro, con correajes, y bolsas de herramientas al costado.

—¿De dónde has sacado a éste, papá Ugolino?

—¿Es nuevo? Di, ¿es nuevo? ¡Déjanoslo ahora mismo!

Cuatro o cinco manos forzudas se posaron sobre los brazos de Tom, que retrocedió, o intentó retroceder, horrorizado, al ver que unos cuantos rostros anchos y bestiales, con las narices dilatadas, y las bocas, lanzando hedor a vino mal digerido, se aproximaban al suyo. Trataban las Mujeres de sonreír, de hacerse simpáticas, pero sólo consiguieron asustar más al pobre Tom. Una mano desconocida, *traidoramente*, intentó introducirse por el escote de la blusa transparente, que bastante ajada estaba ya como para soportar ese tratamiento. El tejido se desgarró con un ruido seco, acompañado de un grito de Tom.

—Vamos, basta, ¡basta ya! —dijo papá Ugolino, con una energía inesperada, interponiéndose entre el muchachos y las mujeres—. Y tú, muñeco, entra ahí dentro, ¡aprisa!

No había elección, de manera que Tom, sin mirar siquiera cómo el abuelo se enfrentaba con las mujeres, las insultaba en mil tonos, y decía tales cosas que cualquier procacidad hubiera parecido una fineza en comparación, levantó el cortinón de paño rojo y desapareció en el interior.

Las mujeres se retiraron como perros apaleados, completamente incapaces de responder siquiera a las groseras frases del viejo.

Tom se encontró en una semioscuridad. Al poco, vio que al fondo había un

mostrador largo, con hileras de botellas en la pared, y unos cuantos taburetes cojitrancos. En un rincón, una especie de escenario, con una decoración de cartón piedra representando árboles y una cascada, y dos raídas cortinas de raso verde con flecos.

Su cabeza era un mar de confusiones. Apretaba el neceser epilépticamente, como si pudiera darle alguna seguridad.

—Se ve que estás cansado, muy cansado —dijo a su espalda la voz del viejo—. Ven: dormirás, y yo te cuidaré; Aquí tendrás buenos amiguitos, que sólo te tratarán bien. No como esas measmos de ahí fuera; y créeme, la Administración es aún peor... Por lo menos, ésas no tienen cuchillos con gancho en la punta, para cogerte de donde sabes... ¡muñecote!

Y la sarmentosa mano se dirigió, obscenamente, hacia la entrepierna de Tom.

—Ven.

Le condujo por unas escalerillas pringosas hasta una diminuta alcoba, pobremente amueblada. Al paso, Tom creyó ver otros cubículos similares donde reposaban cuerpos casi indistinguibles. Apenas pudo dar las gracias; agotado, se derrumbó sobre la mísera yacija, y el sueño descendió inmediatamente sobre él. Eran las siete y media de la mañana; hora local.

## EL PARAÍSO

Tres días más tarde, Tom sabía perfectamente dónde había caído, y lo que tenía que hacer. Pero las explicaciones de papá Ugolino sobre lo que pasaba en la Administración eran tan terribles que prefería cualquier cosa antes que caer en las garras de ese desconocido y lejano organismo.

Bien es verdad que Tom no tenía la menor idea de dónde se encontraba, ni de qué vida se hacía en San Cataldo, ni de ninguna otra cosa. En eso no era muy diferente de muchas mujeres de las que asistían, por las tardes o las noches, al establecimiento de papá Ugolino. A ellas sólo les preocupaba ganar buenas liras trabajando, maldecir a la Administración y a las computadoras de la Tierra, insultarse entre sí, llamándose «measmos» «no te han desbridado» «hija de un andrajoso» y «miserable», y en los interludios entre una pelea y otra, beber como bestias y tratar de meterles mano a él, a Assinio, a Cosimo o a Enzo. Estos tres eran sus compañeros de suerte o de desgracia.

—Aquí, con excelentes muchachas que te amarán y te darán una pasta, o a la Administración. Allí te cogen el instrumento con un gancho y te lo retuercen para sacarte el semen. Con eso fecundan a esa pandilla de burras. Si no te sale semen, te dan dos palizas diarias, y te abren los testículos con un bisturí para sacártelo a caños. Luego te meten en la prensadora... ¡Y eso si que es peor! O te ponen electricidad en la misma punta, a ver si cumples. Hay muchos que mueren allí, créeme... ¿Quieres ir a la Administración?

—¡No! —gritó Tom, aterrorizado.

—No irás, guapo, no te preocupes. Tú cumple, acuéstate con las chicas... ¡eso no es tan malo! Hazlas beber; el diez por ciento para ti. Si las entrompas, ya no sirven para nada... menos la doctora Paini. Así que si beben mucho, tú ganas liras y te dejan tranquilo. ¿Verdad, Assinio?

—Sí...

Era el mismo de las revistas, pero envejecido, grueso. Sólo una sombra de lo que las fotografías mostraban. Hebras grises, grasa en el vientre y bajo los brazos, y rostro desgastado. Aún llevaba una de las anillas de oro en una tetilla. La otra estaba desgarrada y sangrienta. Se la habían arrancado en una juerga descomunal.

—¿Verdad, Cosimo?

—Sí...

Muy joven, casi un niño, con expresión viciosa. Cojeaba un poco de la izquierda, pero tenía grandes ojos y bonitas manos. Estaba muy solicitado.

—¿Verdad, Enzo?

—Sí...

El más viejo de todos. Una verdadera ruina. Gordo, pálido, deforme. Hacia un *strip-tease* atocinado y sudoroso en el minúsculo teatrillo. Apenas tenía gracia ni agilidad para moverse, a medida que iba soltando prendas en el polvoriento entarimado. El padre Ugolino, con sonrisa picara, movía los focos para iluminar las pobres desnudeces de Enzo. Generalmente, la cosa acababa con un bombardeo de botellas vacías, que Enzo esquivaba con dificultad. Varias moraduras en los hombros y el rostro eran testigos mudos de esa brutalidad.

Tom tuvo un éxito inmediato. Y tal vez por ello, esos primeros días, o esas primeras semanas, pasaron en un duermevela incesante de vasos de licor, de acodarse en el mostrador y oír los cuentos absurdos de las mujeres, de dejar que uno y otro cuerpo pasase sobre el suyo en la soledad pastosa del zaquizamí que le servía también de alcoba. Aprendió a utilizar el llamado enderezador, o vino de rosas, como decían las más finas. ¡Ah; aquel maldito bebedizo, que era preciso tomar cuando la propia naturaleza no daba a su pobre órgano viril la consistencia necesaria! ¡Aquella maldita botella que reposaba siempre en una silla desvencijada, junto a la cabecera de su camastro! ¡Aquella botella siempre llena, siempre vaciándose, siempre solícitamente renovada por las huesudas manos de papá Ugolino!

Y sin embargo, Tom no era muy desgraciado. En el fondo, se sentía orgulloso de la atención que las chicas le prestaban, de sus caras embobadas cuando les servía copas. Ganó unas cuantas liras, con sus comisiones, aunque no llegó a alcanzar a Cosimo, que se llevaba la palma. Enzo y Assinio, más fondones, se quedaron muy atrás, por lo cuál le tomaron un odio africano.

Incluso le quedó tiempo para leer algo y aprender cosas, a pesar de que papá Ugolino, cariñosamente, no le dejase salir todavía a la calle, «para protegerle de malos encuentros».

### «*El Correo de la Tarde*»

Era el único periódico de San Cataldo, y, a pesar de su nombre, salía solamente por las mañanas. Se componía de cuatro hojas grandes de papel amarillento, donde la mayor parte de las noticias se condensaban en cuatro apartados: fútbol entre diversos equipos; entradas y salidas de buques; avisos de tipo familiar, con nacimientos, sobre todo, y siempre de chicas; y, por último, algún artículo económico o político. Había frecuentes referencias al Gobierno de las Nueve, en plan laudatorio. Tom casi no entendió nada. La editora era Assunta Vallone.

## *La radio*

Debía tener poco alcance la emisora de San Cataldo, pues nunca habían podido escucharla desde la caverna de cuarzo rosa. Las emisiones comenzaban invariablemente así: «Ésta es radio San Cataldo, propiedad de la comendadora Pat Visconti, emitiendo en siete mil ciento cincuenta megaciclos. El programa de hoy...». El programa de hoy consistía siempre en música ligera, noticias amplísimas sobre fútbol, deportes y sobre unas apuestas mutuas denominadas *toda-patada*; y, a veces, unas escuálidas secciones sobre economía o sobre libros. Solamente emitía seis horas diarias.

## *El diccionario*

Se lo prestó primero, y se lo regaló después, Laura Rossi, segunda oficial del *Principessa Issotta*, un buque de carga de las líneas Della Scala, que hacía travesías regulares entre San Cataldo y las poblaciones mineras de Brandistocco, Gherlino y Misalta. La editora era la sempiterna Assunta Vallone, de la misma forma que, al parecer, una tal Brenda della Scala era la propietaria de la inmensa mayoría de los buques.

Encontró Tom algunas definiciones sabrosas. Todas las de aquellas cosas con concomitancia sexual, desde luego. Y también un montón de equivalencias del vino de rosas, desde *enderezador* hasta *alegrante*, pasando por *addirizzatore* y *voluptuario*. En la palabra *Tierra* encontró una esquelética descripción del lejano planeta y una explicación macilenta acerca de cómo la población de San Cataldo llegó allí a través de un vórtice del espacio, que les hizo perder todo contacto con el planeta natal. Las computadoras terrestres habían programado tan erróneamente el viaje que nadie sabía muy bien dónde estaba la Tierra ni dónde estaba el planeta que habitaban, al cual, por cierto, no se había molestado nadie en poner nombre. Por eso —añadía el diccionario— la población maldecía con frecuencia las computadoras terrestres, mientras se esperaba en vano un contacto cualquiera con el planeta madre. Las Nueve representaban el gobierno, la potencia económica y la presencia de la Tierra en San Cataldo. Su autoridad era suprema y no podía ser discutida. Punto. Además, para eso estaba la policía de Seguridad.

En la palabra Administración solamente había una leve referencia al hecho de que controlaba las diferencias de sexo entre la población, dado el menor número de hombres... (Según las estadísticas más modernas, de once años antes, los hombres representan un 9,23 por ciento del total de la población).

Y poco más pudo aprender Tom.

## LA DOCTORA PAINI

Su preferida era Laura Rossi. Al principio armó tanto escándalo como todas las demás, pero después empezó a mirarle con ojos de animalito degollado, a convidarle a los licores más caros e incluso a darle liras sin pedirle nada a cambio. Le cogía la mano con frecuencia y no callaba un momento, contándole cosas de sus travesías por mar, de la última invasión de los insectos, de casi un año antes, y, también, de cómo había ido varias veces a la Administración. Tom intentó sonsacarle sobre la Administración, pero no consiguió nada; tan sólo el comentario de que era desagradable.

Incluso, una noche, Laura Rossi, después de beberse una botella entera de vermut, le propuso que se escapase con ella, que se irían a un sitio lejano donde nadie lea encontraría y donde vivirían felices para siempre. Prometió darle hermosos hijos... «solo niños», dijo, y que sería una buenísima esposa. En resumen, que Laura Rossi se ponía tontísima.

Era una morenita de ojos verdes, delgada, pero con los brazos y las manos tan musculosos como cualquier obrera de las fundiciones Sforza o cualquier campesina de las granjas Lattuada. Le caía muy bien la chaqueta azul marino con dos galones dorados subrayando las formas de su pecho (no tenía demasiado), y también le sentaban los pantalones grises, con una rayita azul oscuro en el costado.

Aquella misma noche, después de que Laura Rossi hubo desbarrado todo lo que quiso sin que Tom le hiciera ningún caso (no estaban las cosas para fugarse de nuevo, después de haber pasado toda su vida en el exilio), el muchacho consiguió subirla a su habitación. La desnudó y la acostó. Tenía la Rossi un cuerpo de efebo, elástico, bien formado, con poco pecho y caderas no muy marcadas. Fue en vano que Tom intentase hacer el amor con ella; la muy infeliz se durmió como un leño, y no cesó de roncar en toda la noche.

A la mañana siguiente, se despertó muy sorprendida, dio las gracias a Tom por la estupenda noche de amor («¡Nunca lo he pasado tan bien!»), se vistió y salió disparada. Su barco salía al cabo de media hora.

Tom soltó unas lágrimas estúpidas y volvió a lo de siempre, rogando a papá Ugolino que le permitiera salir.

—Hoy no, hermoso. Está la policía fuera. Andan buscando fugados de la Administración.

Ante lo cual, a Tom se le abrían las carnes de espanto y no volvía a insistir durante una semana.

Una noche hubo una afluencia inusitada. Varios barcos habían atracado en el

puerto, desembarcando un aluvión de mujeres sudorosas y ansiosas de placeres. Todos los antros de la calle estaban llenos a rebosar, y, en esto, EL PARAISO no era de los que iban a la zaga. Una densa masa de rostros anchos y sonrientes se apilaba tras el mostrador, mientras cuatro mozos no cesaban de atender las demandas de las dieras, que querían monopolizarles en todo momento. Hubo varias peleas, y más de una botella se rompió en la desgredada cabeza de alguna mujer demasiado ansiosa.

De pronto el bullicio se transformó en un silencio repentino. Un carraspeo intenso vino de la puerta, donde una mano velluda levantaba la cortina de raso rojo. Varias mujeres se separaron, abriendo calle hasta el mostrador, de manera que a la recién llegada no le faltase un buen sitio donde acodarse.

El viejo Ugolino se precipitó, hecho mieles, derramando adulación.

—¡Excelencia! ¡Doctora Paini! Bienvenida, mil veces bienvenida a su casa... Me recomiendo al verla por aquí. Tengo un chico nuevo, Tom, una maravilla, un verdadero muñecote de carne. Tom, atiende a la doctora.

Era un verdadero horror, la mujer aquélla. Baja y gorda, con un pelo hispido como el de un cerdo, y los ojos hundidos en lagos de grasa. Al sonreír, si a esa mueca podía llamarse sonrisa, mostraba unas grandes extensiones amarillentas de dientes caballunos. Llevaba corpiño de cuero, muy ajustado al pecho, con dos aletas transparentes formando vuelo sobre los hombros. Los brazos, desnudos, mostraban una musculatura digna de un luchador. Pantalones anchos hasta la rodilla, y después unas botas negras, brillantes. Portaba pistola, cosa muy rara, pues era la primera que veía Tom después de sus aventuras con Giovanna *la Nera*.

Avanzó como un tornado, tosiendo. Luego prorrumpió en un alarido.

—¡Measmos! —aulló—. ¡Sois todas unas measmos y unas andrajosas! Vamos a ver... ¿Quién dice lo contrario?

Le contestó un silencio sepulcral. Todas las mujeres, como si no hubieran oído nada, miraban hacia otro lado.

—Es la doctora Vicenza Paini, la jefa de Sanidad del Puerto. Intima amiga de una de las Nueve, Beatriz dall'As sassino, la dueña de las centrales eléctricas, de parte de los barcos, las fábricas de armas... ¡qué sé yo!

Era Enzo quien había susurrado estas palabras en los oídos de Tom.

—Tiene poder en su mano, Tomasito. Si ella dice que un marinero o un oficial está enfermo, no embarca, y si no embarca, no cobra. Ten mucho cuidado. Papá Ugolino se sacaría las tripas por ella. Es su protectora; parte del dinero que gana se lo da para que nos deje la policía en paz... ¡y no es el único!

La doctora Paini volvió a plantarse las manos, chulescamente, en las caderas.

—He dicho que sois un hatajo de fulanas con pantalones, un montón de buscadoras de estiércol, andrajosas, *schifosas*, measmos sin desbridar... ¿Alguien se opone?

Silencio.

La doctora Paini caminó pesadamente hacia Tom. Se acodó en el mostrador, le miró con fijeza y dijo:

—Dame de lo mío... Un buen vaso, fulano de vía estrecha.

—Yo, yo mismo, excelencia. El chico no sabe lo que la doctora bebe.

Era un frasco grande, hasta ahora intocado, cuyo marbete decía «JUGO DE TARÁNTULA». Al parecer consistía en alcohol de noventa y seis grados, con unos granitos de anís para darle un poco de sabor. La doctora Paini se sirvió un vaso capaz de tumbar de espaldas a medio regimiento, y lo bebió de un solo trago, quedándose tan tranquila.

Después, sus ojos cerdunos se fijaron en Tom. Éste sintió un escalofrío.

—Estás bueno, muñecote —dijo la doctora, con voz rasposa—. Eres de lo mejor que he visto. Luego te daré una sesión que no olvidarás nunca. ¿Verdad? ¡Dame un beso!

Las dos manos velludas salieron disparadas hacia los hombros de Tom; lo aferraron por ellos e intentaron atraerlo hacia la bezuda boca de la mujer.

—¡No! —gritó Tom.

En un relámpago, se dio cuenta de la espantosa expresión de ira de la doctora Paini. Parecía que el rostro le fuera a estallar y la mandíbula le temblaba tetánicamente. Al mismo tiempo vio que estaban prácticamente solos en el establecimiento; unas primero, otras después, en el más vergonzoso de los silencios, todas las oficiales de marina, las obreras de las diversas fábricas, los marineros, los contables y las empleadas habían desaparecido a través de las cortinas de raso rojo.

Un latigazo cruzó las mejillas de Tom, que retrocedió cubriéndose el rostro con las manos. Papá Ugolino le había golpeado con una flexible vara de madera.

—¡Malnacido, desgraciado! —aulló el viejo, en el colmo del furor—. ¡Habrás visto... tratar así a nuestra bienhechora, a quien lo debemos todo! ¡Basta, mil veces basta! ¡Sube ahora mismo con ella a tu habitación, y esmérate, por mil demonios! ¡Harás todo lo que te pida, todo!

—No... —murmuró Tom, débilmente, haciendo acopio de valor—. No quiero... ¡Me da asco!

Los golpes menudearon de nuevo sobre el rostro de Tom, sobre sus brazos y su pecho semidesnudo. La mano velluda de la doctora Paini detuvo la paliza. Después cogió a Tom por el cuello y lo sacó a rastras de su refugio detrás de la barra. Entre las manos de esta energúmena, Tom se sintió débil como un recién nacido.

—Subirás conmigo —dijo la doctora Paini—. Ya lo creo que subirás, muñecote. Y me vas a hacer cosas que jamás has soñado siquiera...

Los ojos de pescado muerto le miraban fríamente, mientras a través de los dientes de caballo se exhalaba un aliento pestífero, mezcla de poca limpieza y de jugo de

tarántula.

Tom fue arrastrado a viva fuerza por las escaleras hasta su alcoba, entre las carcajadas de Enzo y de Assinio. El padre Ugolino, respetuosamente, les acompañó hasta la puerta, mendigando si su excelencia, la doctora Paini necesitaba algo... ¿Un Chianti? ¿Un excelente Marsala? ¿Una copita de Marraschino? La doctora le dio una patada en las posaderas y después le cerró la puerta en las narices.

A continuación dio dos soberanas bofetadas a Tom y lo desnudó a tirones.

Fue una noche infernal, una noche que jamás pudo olvidar Tom a lo largo de toda su vida. La doctora Paini se quitó toda la ropa, mostrando pechos enormes, colgantes como odres, sobre un estómago compuesto de michelines de grasa amarillentos. Tenía unos pezones gigantes, disformes, de un tono escarlata, grandes y rugosos. Se arrojó sobre Tom, le tumbó en el lecho y le obligó a beber vino de rosas tapándole las narices. Ahogándose y tosiendo, el muchacho, entre gemidos, se vio obligado a tragar parte del líquido, y después, cuando éste hubo producido sus efectos, la doctora se dedicó a tener sobre él orgasmo tras orgasmo, entre mordiscos y golpes.

Poco a poco, la noche se perdió para Tom en una pesadilla de sacudidas de la doctora, de chorrear sobre su cuerpo el contenido de varias botellas que la mujerona lamía con una lengua grande y roja. Después pidió a Tom que hiciera lo mismo, arrojándose un espeso licor en la entrepierna, y cuando el muchacho se negó, le ató los brazos con una malla de seda y se dedicó a golpearle lentamente con el puño cerrado, en un sitio y en otro, en el estómago, en los muslos, en la cara. Llegó un momento en que a Tom le faltaron fuerzas para llorar o para suplicar, para quejarse o para gemir. Sólo sentía los flácidos pechos de la ogresa pasando y repasando sobre su cuerpo, los frotamientos indignos, la borrachera que el licor maldito le había producido.

De vez en cuando, la doctora descabezaba un sueño, para volver a golpearle fríamente cuando despertaba. El cuerpo de Tom era una masa de dolores, y su miembro, insensible, agotado, no reaccionaba ya bajo los estímulos del licor de la botella enjoyada.

Tal vez al amanecer, tal vez más tarde, la doctora Paini se vistió y se marchó, dejándolo hecho un despojo humano.

Durante dos semanas, Tom convaleció de la paliza. Pero aquello, que podría haberle hundido, le dio un espíritu que ni él mismo esperaba. «Saldré adelante», pensaba, en mitad de la fiebre y los dolores. «Saldré adelante». Ni siquiera sabía qué significaba eso, pero le daba ánimo y valor. «No, pobre Tom, desgraciado Tom. No, no me dejaré vencer. Saldré adelante».

—Ser un fulano como vosotros es duro... es una esclavitud —dijo, más tarde, el lloroso papá Ugolino—. No debes portarte así. Hay que aguantar lo que te echen... o la Administración.

Tal vez como premio, cuando curó, le permitió por primera vez salir a pasear solo por San Cataldo.

## LOS INSECTOS

Como de costumbre, el primer paseo de Tom Mumford por San Cataldo fue acompañado por lo que, en un principio, cualquiera habría calificado de mala suerte.

Se detuvo a comer desmán ahumado en un puestecillo no lejano. La mujer que lo atendía —una joven ligeramente bizca, de aspecto poco inteligente— tuvo una mirada distraída para las hermosas ropas de Tom, y le sirvió las lonchas de desmán acompañadas de pan tostado y un picadillo vegetal.

—Tengo *melanzana* rellena, y un buen vino de Missimeri.

—Tomaré un vasito —contestó Tom.

El desmán ahumado natural era muchísimo más sabroso que el de lata que había comido con Giovanna *la Nera* o en el mismo Paraíso. Giovanna no cocinaba porque no quería, y en cuanto a los mozos del tugurio, pensaban en cualquier cosa menos en eso. Con que a Tom aquella comida fresca y natural, una de las primeras de su vida, le supo a gloria, y se explicó perfectamente que el desmán ahumado fuese el plato nacional de San Cataldo y que los habitantes lo devorasen a todas horas.

De postre tomó cassata y un par de naranjas. Hubiera querido probar la *melanzana*, pero Su apetito no llegaba a tanto.

Se limpió con una servilleta de papel, se arregló los pliegues de los anchos pantalones gris perla, acomodó un pequeño broche sobre la blusa verde y, siendo firmemente su monedero, inició la marcha.

En algunos lugares, San Cataldo era casi hermosa; en otros, anodina; pero en ninguno podía decirse que fuera una ciudad fea. La parte donde había vivido Tom, el barrio de las juergas, era demasiado geométrico, con calles no muy anchas que se cortaban en ángulo recto. Más adelante las vías se hacían más amplias y grandes árboles cubrían las aceras. Plazas en cuyo centro había una fuente, aparecían de vez en cuando, mientras el tráfico motorizado, antes inexistente, comenzaba a surgir. No es que hubiera mucho, pero no eran escasos los camiones (todos ellos con el letrero de TRANSPORTES SFORZA) que circulaban. Mucho más raros eran los vehículos particulares, pequeños, lacados en tonos vivos y con una matrícula de seis signos, que unas veces eran letras, y otras, cifras. Algunas abreviaturas (por ejemplo, ANN-613 o MEG-221) parecían referirse al nombre de las propietarias). Normalmente eran conducidos por mujeres desenvueltas, bien vestidas, con aire de ejecutivas o de altos cargos de la Administración.

Al recordar la Administración, a Tom se le congeló la sangre en las arterias, y más aun cuando vio una pareja de la policía que circulaba tranquilamente, luciendo sus uniformes gris plata, con los correaes, la porra y la pistolera en charol blanco.

Eran verdaderas torres de músculos aquellas mujeres, con narices aplastadas de pugilista y manos como barrilitos de clavos. Cuidadosamente enfundadas en guantes de hilo blanco impolutos; eso sí.

Circulaban pocos hombres; todos ellos cuidadosamente arreglados y enojados. Algunos lucían maquillajes un tanto atrevidos, que a Tom (bastante conservador, en el fondo) le parecieron excesivos. Algunos iban acompañados por un viejo; otros, solos; otros incluso llevaban tras sí, a respetuosa distancia, una guardaespaldas con aspecto de ser capaz de asesinar a su madre.

A lo lejos destellaban sobre el cielo, bajo la enorme luminaria del sol amarillo-rojizo, las dos torres gemelas de la catedral, donde se veneraba la imagen sacrosanta de Santa Catarina del Monte Sinaí, y la no menos milagrosa del mismísimo San Cataldo. Construida en piedra de la región y acero inoxidable, sus dos campanarios, recubiertos de un esmalte plateado, eran un hermoso espectáculo. Tom se prometió visitar el templo en la próxima ocasión. Pero ahora, tal vez por misteriosas remembranzas de Laura Rossi, y de la terrible doctora Pains, no quería ver la iglesia, ni tampoco la legendaria nave en que la colonia que llegase de la Tierra unos siglos antes, y que se alzaba como un herrumbrado monumento cerca de los edificios centrales, de la Piazza della Mercatura y de la Sede de las Nueve. Quería ver el puerto, y hacia él se encaminó lamiendo un helado de fresa que acababa de comprar.

Pasó un gran autobús, con la leyenda «LINEAS SFORZA». Un cartel colgado de unos ganchos pregonaba: «Excursión para pensionistas de la Administración». Tom se retrajo; vio unos rostros pálidos, unos uniformes de colores variados pero iguales en cuanto a las hombreras y los bolsillos del pecho, unas manos que se apoyaban en los cristales... Se le abrieron las carnes. Se recomendó.

El puerto, como era de esperar, resultaba gigantesco. Las grúas se extendían hasta perderse de vista, ocupando malecón tras malecón. Había unos cuantos yates pequeños anclados en el puerto deportivo, y una serie interminable de buques de carga o pesca, abarloados a los muelles de la parte central, los diversos nombres (*Fagiano, Lampo, Duilio, Moiatore*) llevaban, invariablemente debajo, la leyenda, en letras pequeñas, «Líneas Della Scala».

Le llamó la atención la pequeña muralla que recorría los muelles en toda su longitud. De metro y medio de alta, estaba aspillerada, y solamente faltaba en aquellos lugares en que era imprescindible para la carga o descarga de los buques.

Un gran carguero, cuyo nombre no pudo distinguir Tom, estaba saliendo del puerto, hundiéndose en la niebla, y su mastodóntica masa destacaba sobre las docenas de embarcaciones menores que estaban faenando el desmán. Otras, un poco más grandes, iban al arrastre, y se dedicaban al ictiostromo o al megadermo. Y otras, más grandes todavía, con varios cañones lanzardos en la proa, iban a por los gigantes de los mares: el megastego, el meganellus o el diploterio. Este último, con sus dos

cuerpos casi gemelos unidos por un espeso haz de tendones, era manjar apreciado por los gastrónomos, aun cuando no se pudiese aprovechar mucho de él.

Gran parte de los tinglados y los almacenes ostentaban igualmente la mención de que eran propiedad de las líneas Della Scala. En otros decía lo mismo, pero con referencia a la Compagnia Dall'Assassino.

El mar era verdeazulado, tranquilo, levantado en escasas olas muy espumosas y agudas, que chocaban con un sedante resonar contra los muelles. A no gran distancia del puerto, la niebla se espesaba enormemente, tanto que casi parecía sólida, Los pesqueros grandes y chicos iban hundiéndole en ella. Poco a poco, las densas vedijas iban tragándose la flota entera y aproximándose más y más al puerto. Había en aquella niebla algo de maligno, de amenazador. Tal vez su tono verde venenoso, tal vez su misma espesa o tal vez el hecho de que, mientras en el resto de San Cataldo brillaba el sol intensamente, en un cielo sin nubes, allí, en el puerto, aquella niebla baja pesaba opresivamente en una zona muy limitada.

Una mano pesada se posó en el hombro de Tom. Se volvió, y el corazón le saltó a la boca. Una pareja de la policía de Seguridad le miraba fijamente. Saludaron ambas, muy educadas.

—Buen día, patroncito —dijo la mayor—. Creemos que es mejor que se retire... Ya van dos semanas de niebla y cualquier día...

Un espantoso resonar de sirenas interrumpió las palabras de la policía. Haciéndolas aullar a toda presión, los buques pesqueros, lanzando oleadas de espuma por la popa, alzadas las proas que cortaban las olas, regresaban a toda marcha hacia el puerto.

—¡Ya están ahí! —dijo la policía más joven—. ¡Corra usted, patrón! ¡Márchese de aquí!

Salieron de estampía las dos, extrayendo al mismo tiempo las pistolas grandes y negras de las fundas charoladas. Tom, aturdido, sin saber qué pasaba, se encontró incapaz de reaccionar. Había oído decir que el pánico paraliza, pero hasta ahora no se había dado cuenta de que eso era cierto.

Los pequeños buques iban aproximándose a los muelles, mientras no cesaba el ensordecedor canto de las sirenas. Tom vio cómo en las plataformas más altas de las grúas, grupos de mujeres levantaban lonas, destapando lo que parecían cañones pequeños o ametralladoras grandes. De los edificios de la Junta del Puerto, de los almacenes, de los tinglados, salían grupos de mujeres corriendo que se apresuraban a recibir armas de otras que las repartían. Una figura lejana llamó la atención de Tom. Era una mujer alta, no demasiado delgada, con una espesa melena castaño-cobriza derramándose sobre los hombros. Emanaba de ella un indudable aire de autoridad o poderío, pues varias mujeres la rodeaban pidiéndole cosas o consultándole Problemas. Vestía un justillo metálico, una especie de coraza, esmaltado en azul

cobalto, con las sempiternas aletas transparentes extendiéndose sobre los hombros. Pantalones de montar y botas de cuero vuelto, así como un grao revólver a la cintura. No pudo distinguir el rostro, pero la forma en que movía los brazos, la inconfundible ostentación de dominio que surgía de ella eran suficientes para demostrar que se trataba de un verdadero personaje. Pero ¿qué pasaba?

Detonaciones sordas llegaron del horizonte. El gran carguero se distinguía apenas entre las brumas, pero sí que eran perfectamente visibles los fogonazos que lanzaba por ambas bordas, cañoneando algo que no era perceptible todavía.

Tom se aproximó a la muralla, buscando un lugar donde el aspillero bastimento formaba un ángulo agudo que muy bien podía servir de refugio. A sus pies, en el espolón formado por el muelle, rompían las olas, alzando en su movimiento botellas vacías, cajas de madera, manchas de grasa y detritus varios.

La niebla avanzó velozmente, cubriendo el puerto entero. Pero ello no fue sin que Tom viera, por fin, la causa de toda aquella tremolina.

De entre las verdosas vedijas surgían barcos fantasmas. No podían definirse de otra forma: tal era la rareza de sus cascos, largos unas veces, contrahechos las más, cortos y abombados otras, y en todo caso, formados por un ensamblamiento de maderas porosas, mal unidas, con castilletes disformes que surgían por todas partes, con velámenes que ondeaban a contraviento, como si estuvieran vivos, con palos de longitud desmesurada o de extrema cortedad. Un hormigueo malsano (figuras negras, cubiertas de garras, o extraños homúnculos verdes, con élitros en sierra que se alargaban hacia el frente) bullía en las desniveladas cubiertas.

Un cañonazo del buque de carga alcanzó de lleno a una de las naves, casi partiéndola en dos. Pero el monstruoso navío continuó su marcha, impulsado por las teratológicas velas que se deshacían y se formaban de nuevo, como si estuvieran vivas. Las ametralladoras tableteaban con sonido de gigantescas máquinas de coser, o de carracas enormes. Algunas de las disformes figuras caían al suelo, partidas en trozos, segadas por la lluvia de metralla. El estruendo era incesante, ensordecedor. Y al rugir, al rasgar de seda partida de las ametralladoras se unió el seco detonar, desagradable y penetrante, de un cañón de tiro rápido, desde una de las terrazas de la Jefatura de Sanidad.

La niebla rodeó a Tom, que, aterrado hasta lo más íntimo de su ser, permaneció inmóvil en su refugio, encomendando su alma a la Señora y a San Cataldo, y sin saber siquiera qué hacer.

A veces, un golpe de viento le permitió ver lo que sucedía. Las naves fantasmas habían topado con los muelles. Ésa era la palabra: «topado». O chocado. Panqué no se habían molestado en abarloar de popa o de costado, sino que se habían estrellado limpiamente contra los basamentos de piedra, aguantando algunas de ellas, y haciéndose pedazos otras. Pero, en todo caso, de los cascos intactos o despedazados

surgió una turbamulta de insectos de prodigiosas formas, más grandes o más pequeños que los seres humanos, mal armados con espadas de madera dura o con lanzas terminadas en groseras puntas de piedra.

La niebla era un mar de estallidos, de gritos horripilantes, de serrar de élitros y de maderas que crujían al destrozarse.

Por encima de la muralla que cobijaba el refugio de Tom, se alzó una especie de vara larga, cubierta de glóbulos en su parte superior. En los glóbulos, del tamaño de una sandía grande, rugía y se movía una vida malsana; reventaban sobre las almenas, dejando caer cuerpos babosos que se arrastraban por el suelo, intentado atacar con unas garras recién nacidas.

Una ráfaga de ametralladora, rasando el borde del muro, segó de raíz el misterioso mástil, haciendo saltar hacia todas partes mil salpicaduras de los glomérulos transparentes.

Tom gritó, gritó y gritó.

Pero eso no disminuyó su miedo, ni paró el ataque de los insectos.

Surgió algo enorme de la niebla que le rodeaba. Era un escarabajo gigante, de dos metros y medio de alto, puesto en pie, con cuatro patas que le mantenían equilibrado, y otras dos armadas con sierras que surgían de su cuerpo quitinoso y charolado en negro. Una torreta circular hacía los oficios de cabeza. Dos ojos irregulares, de un blanco córneo, destellaban en la torreta, y, en ellos, varios iris de distintos colores y de formas variables trazaban misteriosas órbitas, deambulando sin cesar sobre el blanco huesoso de la córnea.

El ser avanzó hacia Tom, emitiendo por sus fauces llenas de diente-cillos un agudo rastrillar.

Tom aulló.

El ser dio tres o cuatro tropezones; estuvo a punto de caerse; se apoyó torpemente en las almenas; y uno de sus brazos terminados en sierra emitió un sonido blando y se desprendió, cayendo al suelo.

Tom, a falta de otra cosa mejor, retrocedió y siguió gritando.

El brazo caído en el suelo tuvo dos o tres movimientos espasmódicos, y quedó quieto.

El ser dio dos pasos más, abalanzándose sobre el indefenso Tom.

Una nueva figura surgió de la niebla. Era una mujer alta, corpulenta, cubierta con un justillo de color azul cobalto, y con una espesa melena castaño-cobriza ondeando al viento. La mujer de la autoridad y el dominio... fuera quien fuera. Llevaba aún al costado su enorme revólver, pero, como si no le gustase valerse de ese arma demasiado directa, enarbolaba en las nervudas manos un hacha de doble hoja.

Se oyeron gritos provenientes del interior de la niebla; seguramente de mujeres que veían a esta señora, aun cuando Tom no las viera a ellas.

—¡Fuerza, jefa, fuerza! ¡Acabe con él! En unos segundos, la gran hacha de doble filo había tajado, recortado y deshecho al monstruoso ser, que, hecho rodajas, cayó al suelo del muelle, tiñéndolo de un repugnante color limo.

Tom casi había perdido el sentido. Un brazo fuerte le sostuvo. Era el de la mujer poderosa. Vio una frente ancha, una nariz bien hecha, unos ojos sombreados por espesas pestañas que tan pronto parecían grisazulados como viraban al verde oscuro, y (¡casi daba vergüenza pensarlo!) la boca más bonita, más bien formada y con labios más rojos que nunca viera en mujer alguna.

La niebla iba deshaciéndose. Vio Tom, semidesmayado, apoyado en el fuerte brazo de la mujer (le miraba ella con mucha fijeza y atención) cómo oleadas de mujeres rechazaban las masas de insectos. El mar, junto a la muralla aspillerada, estaba cubierto de masas amorfas, de montones de patas y cabezas, de pirámides de élitros, de caparazones agujereados. Los barcos fantasmas se hundían o ardían difícilmente, lanzando torrentes de humo fuliginoso y grasiento.

Un piquete de mujeres llegó junto a la dama dominante.

—Fuerza, señora —dijo una de ellas—. Ahora también le hace falta, pero... ¡En otro plan!

Un coro de carcajadas subrayó estas palabras.

—Nos recomendamos —dijo la que había hablado—. ¿O la recomendamos a usted, señora?

—Me recomiendo yo sola —contestó la dama, autoritaria—. Y, ahora, devolved las armas.

Hubo gruñidos en el piquete de mujeres. Pero se retiraron en silencio, mirando de reojo a Tom.

A lo lejos, grupos de mujeres, con grandes aspavientos y gestos de protesta, devolvían sus rifles y subfusiles en puestos controlados por la policía de Seguridad.

—Bien —dijo la mujer—. ¿Cómo te llamas?

—Tom... Tom Mumford.

—Mi nombre es Brenda della Scala. Vaya, pocas veces he visto un hombre como tú. ¿De dónde sales que no te conozco?

Tom no contestó.

—Bueno, hombre. No te preocupes. Ahora te llevaré a casa. Mi coche está aquí al lado. Por cierto, ¿asustado? Ha sido un buen ataque... uno de los peores. Probablemente mañana haya otro. Y con eso se acabó. ¿Vamos? ¿Me permites que te dé el brazo, patroncito?

Tom quiso decir «sí», pero estaba tan emocionado que sólo le salió...

—Gu.

Aquello sí que era una mujer de clase y con señorío, no como la furrifalla indigna que asistía a las mugrientas veladas de El Paraíso. Y, ahora, a Tom le daba una

vergüenza espantosa confesar que era un vil fulano, un hombre que se vendía al descorche, un ser que moraba en un indecente club de las afueras.

Ella tenía un coche lacado en rojo y azul, de cuatro plazas, con asientos tapizados en piel y la matrícula «BRENDA» relumbrante en letras blancas sobre fondo negro, muy grandes y llamativas.

Un viejecito que conducía un carro de helados y una cocinita portátil les salió al paso. Sonreía pícaramente.

—Tengo un buen *zabaione*, señores. Tal vez les haga falta ahora o más tarde... ¿*Gelati* de limón, turrón, vainilla, chocolate? ¡El *zabaione* es excelente! ¡Lo hago yo mismo!

—No necesitamos *zabaione*, malpensado —dijo Brenda, con sequedad—. ¿Un helado, Tom?

—No...

—Pues no. Otra vez será, abuelo. Toma, por tus atenciones.

Le había lanzado una dorada moneda de cien liras; una propina digna de una magnate. Como seguramente lo era esta mujer.

Sí; seguramente. Tal se veía en el respeto de las demás y en el indudable señorío de su comportamiento. Abrió la puerta a Tom para que pudiera entrar fácilmente en el descapotable rojo y azul.

—¿Por dónde, Tom?

—Por ahí... —dijo Tom, débilmente, sintiéndose avergonzado.

No quedaba otro remedio. Ella iba a enterarse de dónde vivía y, como es natural, de lo que hacía allí.

El coche rodó un rato por las calles de San Cataldo, siguiendo las indicaciones de Tom.

—¿Aquí?

—Sí, señora. Lo siento. Aquí. Brenda miraba con cierta expresión de asco el exterior de EL PARAISO, que nunca había parecido a Tom más triste, más sucio y más lóbrego.

—Que sí, señora. Que es aquí —insistió Tom, ante el acre silencio de la dama—. Déjeme bajar. No quiero molestarla más.

Durante unos segundos, una evidente lucha se desarrolló en el interior de Brenda. Después, con una lancinante mirada de sus maravillosos ojos (eran ahora de un verde profundo) y un agitar serpentino de su undosa cabellera, dijo, decidida:

—Bueno; pues me da igual. Siempre hice lo que me dio la gana, y esta vez no va a ser menos. Mañana por la tarde, después de la comida, vendré a buscarte y te llevaré a merendar. ¿Quieres?

—Yo... yo, sí, señora...

—Brenda. Me llamo Brenda. Tú me llamarás así.

—Sí, claro que sí. Esto... sí, señora...

—¡BRENDA!, demonios, Brenda.

—Es que no me atrevo. Pero no me dejarán.

El rostro asqueroso de papá Ugolino asomaba, con una sonrisa torcida y amenazadora, tras las repelentes cortinas de terciopelo rojo.

—Pues si quieres, te dejarán. ¿Es ése tú... ¡ejem!... tu jefe?

Gesto afirmativo de Tom.

Entre Brenda della Scala y papá Ugolino se cruzó un misterioso diálogo que duró escasamente dos minutos. A continuación papá Ugolino se licuó, se deshizo en mieles y, en forma de jarabe, desapareció por los vertederos. No hubo más problemas.

## UNA SESIÓN DE CAMPO EN EL RÍO DE LAS PIEDRAS REDONDAS

El coche azul y rojo de Brenda se detuvo ante un gran edificio de piedra situado en la Piazza della Mercatura.

—Ésta es mi casa —dijo Brenda, secamente.

Para estos momentos, Tom ya había relacionado el apellido Della Scala con la misteriosa Scala propietaria de todas las líneas marítimas y, naturalmente, una de las que formaban la todopoderosa Junta de las Nueve. Había tenido una suerte loca, pensó Tom. Amistades como ésta podían ser útiles, ¿verdad? Si es que ella no iba simplemente a sacarle sus favores, valiéndose de su indudable poderío, para dejarlo olvidado después.

—Giuseppe —dijo Brenda—. Te presento al señor Tom Mumford, soltero, amigo mío. ¿Has preparado alguna cosa de comer?

—Sí, señora. Tostadas al ajo, *tortellini*, pasta, y de beber, un Chianti y un Marsala. También pastelillo al estilo de Torrone. ¿Está bien?

Se volvió hacia Tom.

—¿Te parece bien a ti?

El muchacho casi se atragantó al contestar. Se sentía muy orgulloso de que se le diera tanta importancia como para pedirle su opinión.

—Señora, sí...

—Brenda. He dicho que Brenda.

—Brenda.

Giuseppe era un ancianito arrugado y limpio, muy bien ataviado con una chaquetilla oscura y pantalones no demasiado anchos, casi hasta el tobillo, a rayas blancas y negras. Calzaba unos escaarpines de charol negro, con hebillas de plata, todo ello deslumbrante de brillo.

Dirigió a Tom una mirada inexpresiva, como si no supiera catalogarlo. Algo hizo pensar al joven que no era, ni mucho menos, el primer hombre que Brenda della Scala recibía en su casa.

Apenas pudo avizorar las amplísimas habitaciones y salas, llenas de muebles anticuados y de cortinones con flecos. La casa olía a cerrada, y un indudable tufillo de antigüedad se desprendía de los arcones y las cómodas de densa madera oscura.

Sin embargo, el ascensor que les llevó a la terraza era ultramoderno.

Había allí un aparato aéreo de doce plazas, con la misma matrícula que el coche. Los grandes propulsores se abultaban a los lados del fuselaje, causando una aterradora impresión de potencia. El interior, tapizado con seda, estaba dividido en

dos partes. La primera, que fue la que ocuparon, contenía los asientos y la cabina de pilotaje. La posterior, separada por un pequeño tabique, una mesa redonda, con seis butacas alrededor, estilo sala de juntas.

El aparato se levantó en el cielo con un suave bramido de los motores. Brenda pilotaba con facilidad, como quien lo ha hecho muchas veces. En la voz de quien le dio la salida desde la torre de control de San Cataldo había un indudable tono de respeto. Giuseppe y Tom se sentaron detrás de ella llevando el anciano en las rodillas una cesta cubierta por un mantel níveo.

Rugió la aeronave sobre la ciudad, dejándola atrás muy rápidamente, y después, con un suave giro, se orientó hacia el sur. Tom respiró. Por un instante había temido que Brenda della Scala se dirigiese hacia el este, y tal vez a la lejanísima tumba de cuarzo rosa donde reposaban los restos mortales de Giovanna *la Nera*. Aquello era una parte de su pasado que no podía olvidar, pero que hubiera querido borrar.

—¿Dónde vamos? —se atrevió a preguntar.

Pasaban sobre las acerías próximas a San Cataldo. El aéreo se levantó hasta tres mil pies, para huir de la espesa humareda de las fábricas, pero no sin que Tom viese los grandes letreros que decían «ASSASSINO, FUNDICIONES». Atrás quedaron también las granjas acorazadas, con sus pequeñas fortalezas, de una de las cuales guardaba Tom un recuerdo borroso.

—A un sitio que te gustará. Sólo se puede ir en avión. Hay un río, un prado... ¡Fuerza, Tom! ¡No estés tan pálido! ¿Es que no has volado nunca?

La mano derecha de Brenda echó hacia atrás la palanca de gases, y el rugido de los motores subió de tono. Cortaba ahora el aire velozmente, como un cohete.

Tardaron media hora en tomar tierra. El lugar, tal como había indicado Brenda, era bonito. Se trataba de un valle entre montañas cortadas a pico, de manera que, efectivamente, la única forma de llegar a él era mediante un aéreo. Había un río torrentoso, de espesas aguas azules que saltaban y burbujeaban entre mil piedras pardas, casi completamente esféricas. Este río, de rápida corriente espumosa, pasaba rozando el pie de uno de los acantilados verticales que limitaban el valle. La otra orilla era un prado, lamido por las veloces aguas. También protegido por un acantilado vertical, había en él una pequeña cabaña de ladrillo rojo, con dos chimeneas. Parecía una casa de muñecas, con sus contraventanas de madera verde, y su tejado de color pizarra, muy agudo.

—Me costó casi un millón de liras construiría —dijo Brenda, ayudando a bajar a Tom—. Un capricho. ¿Quieres verla?

Era un nido. Solamente dos habitaciones: una sala de estar con chimenea y una alcoba. Brenda, de pronto, parecía molesta. Escondió rápidamente unas fotografías que estaban desperdigadas sobre el gigantesco y mullido sofá, y dio una patada a un slip masculino, de encaje negro, para que se deslizase y desapareciera bajo el

desordenado lecho.

—Bueno —dijo, con una posecilla—. No me lo cuidan mucho. Giuseppe se olvidó de arreglarlo la última vez que yo, ¡ejem!, dormí aquí. ¿Verdad, viejo Giuseppe?

—Señora, sí.

—Vamos fuera, Tom, encanto. Esto no es para ti.

Y sin saber por qué, Tom se sintió muy agradecido.

Comieron a la sombra del acantilado, ya que el sol pegaba fuerte. Giuseppe les sirvió, mirando siempre con mucho cariño a su ama, y con una expresión cada vez más extraña, a Tom. Todo estaba muy bueno, y era de primera calidad.

Después, misteriosamente, Giuseppe se esfumó en el interior de la cabaña, se abrieron las ventanas; sábanas y cubiertas fueron puestas a airear, y el rumor de una aspiradora zumbó en el silencio del valle.

Brenda acercó su silla de tijera a la de Tom. El Marsala parecía haberla puesto muy contenta, y en cuanto al muchacho, la media docena de copas que había tomado casi se le habían subido a la cabeza. «¡Qué voy a hacer!», pensó. «Si quiere, que me tome. No será peor que cualquier otra, y, desde luego, que la doctora Paini, esa mala bestia».

Pero ella no hizo ninguna tentativa en este aspecto. Hablaba y hablaba sin cesar, contándole cosas de negocios, de compras y relaciones mercantiles, tan complicadas que Tom no entendió una palabra, limitándose a sonreír dulcemente y a asentir con alegría cada vez que la conversación parecía requerirlo. Era su papel; no había otro para un pobre fulano de barrio como él. Y estaba tratando con una señora, una verdadera señora, una de las nueve señoras más poderosas de este mundo.

Además, realmente, Brenda no le dejaba hablar. Era impositiva y dominante, incluso en esto. De lo que dijo se desprendía que era la que más sabía, la que siempre tenía razón y la que resolvía todos los problemas de la Junta.

—La madrina —añadió—, y me refiero a la señora Dall'Assassino, que me considera su sucesora. ¡Claro! Ni Lattuada, ni Sforza, ni Vallone, ni Visconti pueden hacer el mismo papel que yo. Pero vale de charla, Tom Cuéntame cosas tuyas...

—Yo... —dijo Tom—. Yo... Y no supo qué decir.

No importó demasiado. De repente, Brenda se quedó mirándole con fijeza.

—¿Sabes? —dijo—. Eres el hombre más guapo que he visto en mi vida. Y he visto unos cuantos. ¿No te lo han dicho nunca?

Se lo habían dicho, desde luego. Pero Tom prefirió un discreto silencio a una contestación inoportuna. A fin de cuentas, ese silencio no le importaba nada a Brenda; ella sola era capaz de llevar una conversación.

—Tienes unos ojos maravillosos, Tom...

—Los de usted también lo son, comendadora...

Brenda chilló, en tono agudísimo:

—¡No me trates de usted...! ¡No me trates de usted! ¿Somos amigos o no?

—Señora, sí.

—Brenda.

—Brenda, sí.

—Pues eso. Ni me llames comendadora, maldita sea. ¡Puerca miseria! Esa bruja de Dall'Assassino ha nombrado comendadoras a Lattuada, a Vallone y a su propio marido, ese Alfio. Y a mí, no. Supongo que es una prueba, o un equilibrio de la balanza del poder. ¿No te parece?

—Brenda, sí.

—Claro. ¿Tienes esa boca tan perfecta todos los días, o la tienes hoy solo?

—Todos los días. Usted... Perdón... tú también tienes una boca muy bonita, tan roja...

—Eso es por la buena alimentación y la salud. Yo me moriré pronto, pero no he tenido una enfermedad en mi vida.

Durante un par de minutos, ninguno de los dos dijo nada. En la cabaña continuaban surgiendo cosas por las ventanas, y proseguía el ruido de cacharros puestos a lavar, así como el bordonear de la aspiradora.

Después, Brenda, sin decir una palabra, le pasó el brazo desnudo por los hombros, y le atrajo un poco, muy poco, sólo ligeramente, hacia ella. Tom se dejó hacer. Lo que ella quisiera, todo lo que ella quisiera. Tanto como si quería poseerlo ahora mismo y olvidarlo a continuación. Era la primera mujer —salvando quizás aquella Adriana de las fortalezas— que le había tratado como a un ser humano. Entreabrió la boca, esperando recibir el profundo beso que se avecinaba. Pero no hubo tal. Brenda le miraba con una terrible intensidad, destellando chispazos sus ojos verdeazulados. Por primera vez, Tom se dio cuenta de que su piel era un poco irregular. Parecía tener varios centímetros de espesor, y en una mejilla lucía un pequeño grano, que no afeaba en absoluto el conjunto. Era lo más profundamente femenino, lo más poderoso, lo más fuerte y dominador que había visto jamás.

—No... —dijo Brenda, en voz ronca y baja—. No puedo. De ninguna manera. No se por qué, pero no puedo. Perdona.

Se levantó y, con gesto brusco, se quitó el justillo azud cobalto, quedándose desnuda hasta la cintura. Después, con un gruñido, se sacó las botas y los pantalones, dejándose un traje de baño reducido, rojo fuego.

—¿No quieres bañarte, Tom?

El río velocísimo daba miedo a Tom. Negó, con la cabeza, en silencio, sintiéndose un poco defraudado por el hecho de que ella no hubiera querido besarle.

Tenía Brenda un cuerpo un poco llenito, no muy delgado, con unos muslos poderosos, cilíndricos, y unas pantorrillas como vigas maestras de aeronave. Sus

pechos eran pequeños, casi planos sobre el torso, coronados por pezones de un encantador tono rosa. Supo Tom, en este instante, que si ella le abandonaba, iba a ser un desgraciado para siempre. «No, por favor, no me dejes... haz lo que quieras conmigo, pero no me dejes...».

—Yo sí.

Y las atiburonadas formas de Brenda se sumergieron, con gran escándalo de espumas y un fenomenal chapuzón, en las heladas aguas del río de montaña. El cuerpo atlético de la mujer cortó con grandes brazadas, poderosas, las aguas congelantes, y a poco, surgió al otro lado del río, sorteando las piedras redondas que bifurcaban la corriente en agudas crestas de espuma. Intentó trepar por el vertical acantilado, y lo consiguió, ante el espanto de Tom, que casi soltó un gritito.

—No se preocupe, patroncito Tom —dijo la voz de Giuseppe—. Lo hace siempre. Se conoce todos los agujeros y todas las resquebrajaduras. Trepará hasta aquella roca amarillenta, y desde allí, volverá a bajar.

Tom esperó unos momentos. Efectivamente, parecía ser así.

—Giuseppe —dijo—. Ella... ¿viene aquí muchas veces... con hombres?

—Nunca la he visto portarse así con ninguno —respondió el viejecillo, contestando a la vez a la pregunta hecha por Tom y a las dos o tres más que había flotando en el ambiente.

Desde la roca amarillenta, el musculoso cuerpo de Brenda della Scala, propietaria de una verdadera fortuna, inició el descenso.

—Si llega lo que yo pienso —musitó Giuseppe— sólo le pido una cosa, patroncito Tom Cuídela. Cuídela mucho. Es más débil que lo que ella misma piensa.

Y después se retiró de nuevo al interior de la cabaña. Había muchas más cosas que asear.

Brenda, chorreando agua, respirando de prisa, se sentó otra vez junto a Tom.

—No te atreves, ¿eh?

—Señora, no.

—Pues bueno. Yo sí. Si alguien puede hacerlo, yo lo hago. Eso mismo. Bien, Tom, bien. Habrá que ir marchando. Ya es casi de noche. No me gusta aterrizar en la oscuridad.

—Lo que usted... lo que tú digas.

—¡No seas tan esclavo, demonio! ¡Llévame la contraria alguna vez! Di que no te da la gana, que quieres quedarte aquí tres días, di lo que quieras, pero no seas así. ¡Sé tú mismo, pon fuerza, Tom!

—Bueno.

Otro momento de silencio. Pasó un ángel, con alas cubiertas por lazos rosas y por partituras musicales con la marcha nupcial de Mendelsohn.

—¡Giuseppe! ¡Giuseppe! ¡Recógelo todo, que nos vamos!

Le miró, atentamente.

—Lo que no me explico, querido Tom, es lo que hace un chico como tú en un sitio como ése.

Y Tom reventó. Mientras de nuevo el brazo de Brenda se posaba en sus hombros, y mientras sentía el enorme atractivo del cuerpo casi desnudo que había junto al suyo, aunado al terrible poderío de la mujer, de su clase, de su fortuna y de todo aquello que podía deshacer a un hombre débil, Tom explotó como una granada. Comenzó a contar cosas, lentamente al principio, más rápido después. Supo, instintivamente, que Brenda no iba a causarle ningún mal aun cuando se lo dijera todo. Y así, explicó toda su vida y sus aventuras; lo de las cavernas de cuarzo rosa y lo de Giovanna *la Nera*; lo del padre Ugolino y lo de la doctora Paini... Todo, absolutamente todo.

Brenda le escuchó en silencio, sin interrumpirle ni una sola vez. Dejó que terminase la terrible historia y, entonces, con una suavidad inesperada, le propuso:

—Tom, pobrecito mío. ¡Cuánto has sufrido! No te enfades, pero... ¿Puedo darte un beso?

Fue Tom mismo el que contestó con los hechos, en vez de con palabras. Se aproximó a Brenda y la besó. Y al hacerlo, al sentir la boca de Brenda sobre la suya, se dio cuenta de que no debía dejarla perder por nada de este mundo. En suma, que era la mujer de su vida, y que debía hacer todo lo posible para que no se le escapase, si sus cortas fuerzas se lo permitían.

Y ella era indudablemente muy experta en estas lides. Porque el beso fue todo lo historiado, profundo y experimental que un beso puede ser. No quedó cosa por hacer ni contacto por realizar, y, verdaderamente, Tom aprendió mucho con este dulcísimo intercambio.

Había cambiado mucho la expresión de Brenda.

—Ahora nos vamos, cariño. ¿Dices que la doctora Paini aparece por allí los días quince de cada mes?

—Sí...

—Muy bien, hombre más guapo del mundo. Y no miento. Tendrás noticias mías. Y ella va a tenerlas también. Voy a tener una conversación con esa basura... ¿Papá Ugolino, dices? Te van a dejar tranquilo, créeme. Y luego, ya hablaremos tú y yo, amor.

Silencio.

—Pero, ¡bueno! ¡Dime que te gusto un poco!

—Más que nada, señora... digo Brenda... más que nada en todo el universo. ¡De verdad, lo juro!

Brenda se echó a reír.

—No me extraña —contestó, orgullosamente—. Pero tú lo vales todo... Ya verás lo que va a pasar, ya lo verás.

»¿Nos vamos? ¡Giuseppe, maldito Giuseppe! ¿Está todo recogido?

—Señora, sí. Y buen trabajo que me ha costado, porque la señora, y dispénseme, es de un desordenado, cuando viene aquí, que no hay hombre que pueda ponerlo todo a punto...

—¡Basta ya! ¡Al aéreo, Tom! ¡Al aéreo, Giuseppe! ¡Nos vamos!

## UNA VISITA SOCIAL

La mansión de la madrina, Beatriz dall'Assassino, se hallaba situada a un centenar de metros del viejo caserón en que vivía Brenda della Scala. No valía la pena tomar el automóvil para esto. Era un simple paseo. Sin embargo, no estaba en el carácter de Brenda actuar así. O sea que tomó su coche, anduvo los cien metros, dio la vuelta y volvió a aparcar.

Había dormido mal estas últimas noches. Estaba intranquila, dudosa, y eso por primera vez en su vida. Criada desde niña en el seno de una familia poderosa, heredera de la fortuna de su madre, la extinta Brenda della Scala III, casi no había tenido roce con los problemas o miserias de la vida en San Cataldo. Parte de su juventud había transcurrido en la ciudad más lejana, un pequeño pueblecito del interior, llamado San Miniato, que prácticamente era propiedad de su familia. La función principal de San Miniato eran las explotaciones petrolíferas, y allí, cuidada, mimada y atendida por la numerosa servidumbre, Brenda había aprendido a administrar y a ordenar, cosa que le vino muy bien cuando su madre falleció dejándola, con diecinueve años (¡hacía ya bastante de eso!), a cargo de sus empresas.

No conoció a su padre. Procedía de un tratamiento en <sup>TM</sup> de la Administración. Y jamás había tenido interés en conocerlo. Ahora pensaba que tal vez hubiese sido un error. El amor de un padre, su trato continuado la hubieran hecho menos violenta y más comprensiva. Y mucho menos caprichosa, pues lo cierto era que, cosa que deseaba Brenda, cosa que debía tener inmediatamente, sin demoras.

Beatriz dall'Assassino, llamada por las otras ocho «la madrina», había actuado con ella como una verdadera madrina. No como el cargo honorífico o político que eso era, sino como una persona que la ayudó y la aconsejó bien. Brenda se había acostumbrado a plantearle ciertos problemas, y cuando, a los treinta años de edad, la madrina le reveló ciertos secretos terribles que las Nueve debían conocer, supo, sin que nadie se lo dijera, que cuando la anciana muriese, ella sería su sucesora y sería llamada, a su vez, «la madrina».

El viejo palacio de la anciana Beatriz era uno de los primeros que se construyeron en San Cataldo, poco después de la llegada de la astronave. Habían entrado en su gran fábrica dieciochesca la madera y la piedra, así como grandes cubiertas de un material similar a la pizarra. Se decía que más de uno de los habitantes de San Cataldo se santiguaba al pasar ante el gran portalón, a cuyos lados se alzaban dos gigantes de piedra tallada.

—Debes tener una hija, Brenda —había dicho la anciana, más de una vez—. Va siendo tiempo. Mucho te gustan los hombres, pero... ¿No te quedas embarazada

porque no quieres o porque no puedes?

—Porque no quiero, Madrina. Más adelante.

—Pero, ¡mírame a mí, descastada! Soy feliz con Alfio, y tenemos tres hijas. La mayor, Violante, será buena sucesora en mis asuntos... aunque no da la talla para ser madrina. Eso lo reservo para otra con más energía.

Alfio. Alfio dall'Assassino. Ése era otro tema. Mucho más joven que su esposa, era uno de los hombres más llamativos y más atrevidos del planeta. Moreno, con ojos intensamente negros, y con un bigote y una barba tupidas que derretían en amores a más de una mujer. Alfio dall'Assassino. ¡Buena pieza estaba hecho!

Nunca había pensado Brenda en tener un marido, un hombre para ella sola. Sus posibilidades económicas se lo permitían sobradamente, mientras que otras tenían que conformarse con compartir uno para dos, para tres, para cuatro y hasta, decían, para más... O, en el peor de los casos, el procedimiento en caliente de la Administración, con sus bailes sosos, sin alcohol, y con bandejas de pastas enmohecidas.

Alfio dall'Assassino. Se había sentido mal al hacerlo. Y no quería tener nada más que ver con él, a pesar de que Alfio había intentado en varias ocasiones que la interrumpida relación se reanudase. La única persona a quien Brenda respetaba (y hasta temía un poco) era a la arrugada y esquelética Beatriz. Los demás casos, las otras aventuras, no le habían importado nada. Ésta sí. Y no por él, sino por la vieja. Era demasiado traicionar.

Además, estaba Tom. Tom era otra cosa, completamente distinta. A pesar del lodazal en que el desgraciado se había metido, tontamente, nada más llegar a San Cataldo, había en él un trasfondo de inocencia tan intenso que Brenda había experimentado algo que nunca sintiera. Habría podido hacer con él lo que quisiera, allí, en la cabaña, junto al río correntoso. Pero, no sabía por qué, no había podido... ¡maldición!

Bueno; sí lo sabía. Porque pensaba guardárselo para ella sola, protegerlo, amarlo, honrarlo y hacer que la obedeciera dulcemente.

—Buena jornada, Brenda.

—Buena jornada, Alfio.

¡Cómo no! En cuanto supo que iba a visitar a la madrina, se había apresurado a salirle al paso.

—Me alegro de que hayas venido a verme... Tengo muchas cosas que contarte, amiga mía.

Hecho un figurín, como siempre. Con los ojos derramando pasión, como un volcán derrama la lava. Vestido de punta en blanco, con blusa de seda escarlata, grandes broches (un poco bastos, pensó Brenda) de oro y brillantes, las manos cuidadosamente manicuradas y el pelo, el bigote y la barba (¡ay, ese bigote y esa

barba, qué recuerdos de roces íntimos traían!) recién salidos de manos de la peluquera.

—Yo no tengo nada que contarte, Alfio —respondió Brenda, tal vez con un exceso de sequedad—. He venido a ver a la madrina.

Alfio hizo un gesto malintencionado.

—Has tenido suerte. Sale mañana para hacer unas visitas a no sé dónde, a esos sucios pueblos marineros... Estará tres días fuera. ¿Podré verte?

—No; no podrás. Estoy muy ocupada... y después de que hable con la madrina, lo estaré más aún.

Ella soltó la bomba con toda la mala intención que pudo.

—Voy a casarme; he venido a comunicárselo a la madrina y a pedirle que presida la subasta. No me va a quedar tiempo para aventurillas de tres al cuarto.

Alfio acusó el golpe; se puso palidísimo, y un chorro de fuego surgió de sus ojos negros. Pero si alguien sabía conservar las formas como nadie, era Alfio dall'Assassino.

—Que... que seas muy feliz. Espero que tu marido te querrá tanto como yo quiero a Beatriz.

Y después de soltar esta flecha envenenada, el joven hizo una burlona reverencia y, con amplio gesto de la mano, le indicó el camino.

La madrina estaba más vieja aún. Sólo los ojos, en su rostro arrugado, delataban la intensa vida interior y la enorme energía de esta anciana que, ella sola, hubiera podido gobernar el planeta entero.

Silenciosamente, Brenda, con respeto, le besó la mano. Contempló el viejo sillón de madera tallada del que la anciana se levantaba cada vez menos. Pero eso no quería decir que no se moviera. Cuando era necesario, con un vigor y una fibra inesperadas, la valetudinaria Dall'Assassino era capaz de poner a las otras ocho en solfa, y de recorrerse el planeta entero en una semana. Sabía Brenda de su fuerza nerviosa; en cierta ocasión en que discreparon sobre ciertos temas de gobierno, la mano de Beatriz la había aferrado por la muñeca, apretando de tal forma que tuvo que suplicarle que la soltara.

Poco duró la conversación sobre el matrimonio de Brenda. Al principio, Beatriz se alegró mucho, si bien torció un poco el gesto al conocer la vida y milagros de Tom Mumford.

—Bueno —dijo después—. No será peor que si te hubieses casado con alguno de la Administración que hubiera seguido el procedimiento en caliente. Cuídalo, quíerelo mucho, como hago yo con Alfio, y serás feliz. Los hombres son seres débiles y sentimentales; necesitan de nuestra fortaleza para salir adelante. Por cierto, espero que tu buen Tom y mi amado Alfio sean buenos amigos.

«Seguro que sí», pensó Brenda. Tan amigos como una víbora y un pajarillo. Buen

cuidado habría que tener con el infelizote de Tom.

—Pero no has venido para decirme eso sólo, Brenda. Algo más tienes en esa cabeza tan dura. Desde luego, en asuntos de papeleo, juzgados, Administración y demás, sobrada influencia tienes tú, querida. Yo no te hago falta. Pero, dime... ¿qué es lo otro?

¡Qué penetración la de esta mujer! Muchas veces pensaba Brenda della Scala que era imposible ocultarle ningún pensamiento.

—La doctora Paini —respondió—. La quiero. Sé que es protegida de usted, madrina. Pero me ha ofendido. Y ha ofendido a Tom.

—De manera que la doctora Paini... Beatriz dall'Assassino meditó unos segundos. Y, durante esos segundos, el destino de la doctora Paini vibró en el fiel de la balanza. Cierto era que la monstruosa doctora de los puertos era protegida suya, pero, por lo que había oído últimamente, se estaba pasando de la raya con los sobornos y con las presiones sobre oficiales y marineras. Por otra parte, su segunda hija, Orsolina, acababa de terminar el doctorado en medicina, y aun cuando hubiera podido colocarla en cualquier sitio, el puesto de Jefa de Sanidad del puerto era un excelente comienzo.

En esos pocos segundos, la terrible doctora Paini se transformó en un ídolo con los pies de barro, se hizo mil pedazos y se derrumbó en el suelo.

—Bien, Brenda —dijo la anciana, con una sonrisa maligna—. Es tuya; haz con ella lo que quieras, yo no la protegeré. Y esto es sólo una pequeña parte de mi regalo de bodas.

## EL FIN DE LA DOCTORA PAINI

Una semana entera sin haberla vuelto a ver. Seguramente se había olvidado de él; no era extraño. Después de todo, sólo era un pobre fulano de los arrabales, prostituido y envilecido. Y hoy, maldición, era día quince. Un día terrible, lleno de presagios funestos.

Tom servía copas sin parar bajo la atenta mirada de papá Ugolino. El repugnante viejo le había guardado consideraciones durante un par de días; después, al ver que la señora dominante no volvía a personarse allí, había supuesto que, habiendo sacado de Tom lo necesario, le había olvidado por completo. Volvieron, pues, los malos tratos, las malas palabras y la prohibición de salir.

Tom se sentía más desgraciado que nunca. Y no era un día malo; un día tan malo como aquel en que la horrible doctora Paini le amordazase y le violase de mil formas distintas. Una masa agreste de mineras, de marinas, de oficiales de cargueros, petroleros o buques de pesca, de administrativas que no tenían dónde caerse muertas, de comerciantes de poca monta, se amontonaba y aullaba sobre la barra, tratando de beber, tocar, meter mano y hacer todo lo posible por unas cuantas liras. Hasta que...

—¡Measmos, que sois todas unas measmos! ¡Y unas andrajosas, pobres de parir fetos deformes, hijas de mal padre, asquerosas! ¿Hay alguien que opine lo contrario?

De nuevo estaba allí el monstruo. A Tom se le heló la sangre en las venas cuando recibió la terrorífica mirada de la mujer. ¡Buena le esperaba!

El buen viejecito Ugolino se abalanzaba, ya hecho mieles, recomendándose sin cesar.

Pero, aquella tarde, la doctora Paini venía desatada. Los ojos inyectados en sangre, el aliento alcohólico; se veía claramente que llevaba toda la jornada bebiendo. La furia se derramaba de sus ojos en oleadas, y las miradas que dirigía a Tom hubieran servido para electrocutar a un: condenado a muerte.

Dio una patada brutal al viejo proxeneta y avanzó como un destructor, apartando a los lados, a manotazos, a la vil y honrada gentecilla que sólo quería cambiar unas liras por unos sobos, unas copas y unos minutos de confidencias.

—¡Malnacidas, brutas del infierno, cerdas sin raza! ¡Abridme paso y dejadme sitio en la barra, o, por la Señora, os juro que, a la que reconozca, no vuelve a embarcar en su vida!

Terror general y separación rápida de un montón de pobres mujeres amedrentadas a babor y a estribor. Pero, de pronto, una voz serena y fría, una voz de alguien que estaba acodada en un extremo del mostrador, de una mujer en quien nadie se había fijado, cortó el silencio sepulcral.

—¿Y yo? ¿También soy yo una measmo, una bruta infernal, una hija de mal padre?

La doctora Paini, sin controlarse, aulló.

—¡Tú más que nadie! ¿Quién eres, a ver? Porque yo te hago pedazos, te corto en lonchas, te...

La desconocida dio dos pasos, dejando que las luces del techo la iluminasen. Tom hipó. Era ella, la maravillosa, la mujer de sus sueños: Brenda della Scala. Pero ¿cómo había entrado allí sin que él la viese? ¿Qué habilidad tenía, qué lista era!

También la doctora Paini la reconoció. Si una persona era conocida por todo el mundo en San Cataldo, era Brenda della Scala. Sus aventuras, su poderío, su amistad con la madrina, sus ocurrencias corrían de boca en boca.

Esta vez fue la doctora Paini quien sintió que un frío glacial le subía del corazón. Bueno era que la protegiese la todopoderosa Beatriz dall'Assassino. Pero insultar así a la mujer que iba a ser su continuadora... era demasiado.

—Bueno, yo... —dijo débilmente—. Bueno, yo... no sabía que usted estaba ahí. Trató de arreglarlo.

—No me refería a usted, señora. Pero todas las demás son unas measmos, unas bestias de parir engendros, unas...

—Yo opino que no son eso —respondió secamente Brenda—. Yo opino que son personas decentes, estupendas muchachas que sólo buscan un rato de esparcimiento, y a quienes tú, tú misma, no dejas vivir en paz.

Hubo un rumor alegre entre la concurrencia. Dos docenas de mujeres, que estaban a punto de escurrirse al exterior a través de las cortinas de raso rojo, volvieron a entrar. A los humildes les encanta ver cómo los poderosos con mal genio caen, aunque sea otro poderoso con mal genio quien los liquide. Y mientras que todos odiaban a la doctora Paini, todos querían a Brenda della Scala... ¿Quién sabe por qué!

La doctora trató de poner unos parches y de arreglar las cosas de nuevo.

—Bueno; es que... sí, claro... son buena gente. Yo tengo mal genio a veces. Pero esto es un antro de mal vivir, un tugurio. Yo sólo vengo por el puto ése de ahí —señaló a Tom—, a ver si me lo cepillo... lo hace muy bien, se lo recomiendo.

—¡Ah, sí, Tom Mumford!

La voz de Brenda hubiera helado a un volcán.

—Claro, sí. Ya sé lo que hiciste con él. Pero da la casualidad de que pienso rescatarlo de este antro para la Administración y después casarme con él. ¿Me das tu permiso, doctora Paini? Porque supongo que, tal como pones las cosas, tendré que pedirte.

Esta vez, la doctora Paini no supo qué contestar. Se sentía deshecha, y no eran lo de menos, para contribuir a ello, las torcidas sonrisas del centenar de mujeres que atendían ansiosamente.

—Bueno... —dijo al fin—. Voy a volver al puerto. Lo siento, señora Della Scala. No quise ofenderla. Pero tengo cosas que hacer. Incluso he de ver a la madrina.

—Yo —respondió Brenda— no creo que eso haga falta. Bien; escuchadme todas. Hay algo que quiero decir, y que quede bien claro. Sé perfectamente que todas habláis mal de las Nueve cuando os viene en gana, que decís que así no se puede vivir y que esto se podría solucionar de otra forma. Pero yo os voy a contar dos cosas. La primera, que la Junta de las Nueve podrá equivocarse, pero trata de ser justa. Ha sabido de la forma de actuar de esta mujer y ha tomado sus medidas. Toma, doctora Paini. Tu cese como jefa de Sanidad del puerto, firmado por la propia madrina, donna Beatriz dall'Assassino. He venido aquí a hacer justicia, y es una satisfacción para mí, en nombre de las Nueve y en nombre del lejano Gobierno de la Tierra, con quien algún día podamos tomar contacto, hacerla para todas vosotras.

Y Brenda tendió un documento con pólizas, sellos y firmas a la doctora Paini, que lo recogió con mano débil. Hubo un rumor de aplausos entre las asistentes.

—Y la segunda —continuó Brenda— es muy sencilla.

He decidido rescatar a este joven de las garras en que se hallaba cogido y eso, en buena parte, gracias a esta desgraciada —señaló a la decaída doctora Paini, que se deslizaba hacia la puerta—. No es ni peor ni mejor que cualquiera de los que admiten el procedimiento en caliente en la Administración. Tom, recoge tus cosas y sal de ahí. Vamos a casarnos, ¿sabéis?

No pudo seguir. Un coro de aplausos y de alaridos cortó el discurso. Brenda sonrió. La querían. Sí; la querían. Tenía buena prensa; les gustaba a todas. Quizá porque todas hubieran querido ser como ella y no podían. Pero no la envidiaban, no la odiaban por ser más que nadie. Les gustaba que ella lo fuera.

—Tom, encanto. Ahora mismo, al juzgado. Después, a la Administración. No temas, no te harán nada malo. Y a todas vosotras, chicas, adiós y buena suerte.

La ovación final de todas la muchachas, los apretones de mano, las enhorabuenas, los abrazos, enmascararon el hecho de que la doctora Paini, con la cabeza muy baja, la barbilla temblorosa, las lágrimas corriéndole por las mejillas, había desaparecido. La última mujer que la vio, se dio cuenta de que llevaba apretado, epilépticamente, en la mano derecha, el documento con su cese.

## EL JUZGADO

Olía a coles y a gato muerto, y estaba situado en un edificio antiquísimo de húmedas paredes. Brenda le había prometido que le acompañaría, pero, a última hora, necesidades comerciales se lo impidieron. Así que Tom fue solo, pues Brenda, juzgando a los demás por sí misma, no consideró necesario que nadie le acompañase en este trámite.

La secretaria del juzgado número dos estaba de un humor pésimo, y lo mismo le ocurría a Su Señoría, la excelentísima señora Juez Malerba del Prato.

Había un trasiego incesante de personas de un lado para otro. Pasaron varias policías llevando esposadas a mujeres de aspecto lamentable.

—¡Viva la revolución...! —gritó una de ellas.

—... sexual —añadió la que la seguía en la reata, lanzando una libidinosa mirada a Tom.

Y eso que se había vestido discretamente. A Brenda le gustaba lucirlo con toda la gloria de sus atuendos masculinos, y, según decían buenas lenguas, sobrepasaba en atractivo viril y en apostura al mismísimo Alfio dall'Assassino, hasta ahora el hombre más elegante de San Cataldo. Pero ahora no, en esta ocasión, no. Un simple traje pardo, con zapatos oscuros, y nada de joyas ni de brazos al aire. La única nota de color era un sombrero, muy tentador, por cierto, de fieltro verde con un haz de plumas rojas prendidas por airoso joyel de bisutería.

Se acercó a la secretaria, a quien rodeaban varias curiales por todas partes, menos por una, que fue precisamente por donde se aproximó Tom Mumford.

—Buena jornada —saludó—. Yo vengo a...

La secretaria, harta de legajos y de complicaciones, montó en cólera inmediatamente.

—¿No ve usted que estoy ocupada? ¿O es que se cree que tiene derecho a que le atiendan antes que nadie?

Aquel día había habido seis procedimientos por lesbianismo, la plaga de San Cataldo. Y tres más por asociación ilícita y rebelión contra el gobierno establecido, amén de la acostumbrada avalancha de demandas civiles y mercantiles.

A Tom se le ocurrió una respuesta, y no dudó en darla.

—No, señora, a que me atiendan antes que nadie, no; pero a que me atiendan, sí.

El infeliz Tom no se imaginaba que soltar una cosa de este estilo en un juzgado, en cualquier juzgado, era exponerse a lo que pasó inmediatamente.

—¡Gracioso, eh! A ver si se cree que, por ser un hombre, tiene derecho a reírse de mí. ¡Caporal! Usted y un numero, siéntenme a este... patroncito —reticencia

malintencionada— ahí fuera y vigílenlo. Vamos a darle paciencia para rato.

De manera que Tom, entre dos policías que lo miraban con desconfianza, esperó durante cuatro horas a que la secretaria del dos tuviera a bien atenderle. Cosa que hizo cuando un par de sabrosas astillas, entregadas por sendas letradas, le devolvieron una punta de buen humor. Para este instante, Tom estaba tan nervioso que se le había olvidado por completo la lección aprendida. Ante la lancinante mirada de la secretaria, se trabucó; explicó lo que no tenía que decir (lo de Giovanna *la Nera* y el hecho de que no había estado en la Administración) y se calló lo importante (el hecho de que era el novio de Brenda della Scala, y de que venía de su parte, bien recomendado).

—¡Un huido! —aulló la secretaria—. ¡Un fugado de sus deberes ciudadanos! ¡Nombre, domicilio y carnet de identidad!

—Tom... Tom Mumford. Yo, mi domicilio no es...

—Sin domicilio conocido. ¿Documentación?

—No tengo. Precisamente yo venía a...

—¡Indocumentado, prófugo, huido! Ahora sí que nos vamos a dar prisa, querido señor. Caporal, por lo pronto espóselo, y páselo inmediatamente a presencia de Su Señoría.

Así que, vergonzosamente esposado y arrastrado sin contemplaciones por las dos guardias (hasta entonces le habían tenido un átomo de respeto, dados su sexo y belleza; después de las palabras de la secretaria, ni el más mínimo), Tom fue conducido a presencia de la temible juez Malerba del Prato. Era una vieja chupada y reseca, cuyos ojos aguachentos miraban torcidamente, con frialdad e indiferencia ante los menudos problemas humanos.

La secretaria, señalando a Tom sin cesar, ansiosa de restablecer la vulnerada justicia, conferenciaba en voz baja con Su Señoría.

Puso la secretaria unos pliegos de papel timbrado y unos calcos en la máquina de escribir.

—¿Nombre?

—Tom Mumford. Yo...

—Hable cuando se le pregunte. ¿Domicilio?

—Tengo un cuartito pequeño en Viale Spoleto, ciento diecinueve. Ella pensó que era mejor... separados... antes de...

—Conteste sólo a lo que se le pregunta. ¿Documentación?

—No tengo. Yo...

—Cuenta, a su manera, lo que le ha traído aquí.

En el colmo del nerviosismo, Tom volvió a repetir lo que había dicho antes, omitiendo cuidadosamente lo que era necesario y diciendo lo que no lo era. Citó en un par de ocasiones el nombre de Brenda, pero no le hicieron caso. Sin embargo,

aquello pareció calar en el ánimo de la secretaria, y algo comenzó a deslizarse pausadamente entre las endurecidas capas mentales de la funcionaria.

—Visto y escuchado, etcétera, etcétera —dictó la juez—, procede procesar a Tom Mumford por haber abandonado deliberadamente sus deberes ciudadanos, no presentándose en tiempo y forma en la Administración. Ítem más, ábrase pieza separada de investigación para determinar sus responsabilidades y posible coautoría o complicidad en los delitos cometidos por la rebelde Giovanna *la Nera*, objeto de los siguientes procesos. Cite los rollos a que se contraen, secretaria. Condúzcasele, en virtud de este auto de procesamiento, a la prisión de San Cataldo, donde guardará reclusión preventiva en tanto no...

—¡Un momento, Señoría! —dijo la secretaria, dejando de escribir. La información que navegaba por su mente, había llegado, con gran trabajo, a la superficie del consciente.

Salió, desolada. Cuando volvió, momentos después, traía en la mano un gran pliego de papel, a cuyo pie Tom pudo distinguir la gran B mayúscula de la firma de Brenda y los ringorrangos que la mujer acostumbraba a utilizar.

La secretaría Morandi estaba palidísima. ¡Haber olvidado esto! Pero, claro, si es que había sido una mañana infernal...

La juez leía lentamente el escrito.

—Vamos, Morandi —dijo—. Qué error, querida. No se va a poder confiar en usted... Vamos, vamos; estas cosas no deben pasar. Pero ¿qué hace usted de pie, patrón Mumford? ¿Y ustedes dos? ¿A qué esperan para quitarle las esposas? Vamos, vamos. Nada menos que el prometido de Su Excelencia, la señora Della Scala. La sobrina de la *podestá* Pertini... ¡Qué barbaridad, Morandi, qué error más estúpido!

Daba la casualidad de que la comandante del regimiento a que pertenecían la caporal y la guardia era una Visconti, prima lejana de la señora Della Scala. De manera que, entre excusas, se apresuraron a librar a Tom de sus manillas y a aproximarle una muelle butaca que la misma secretaria, obsequiosamente, mulló y colocó cerca de la juez.

—Usted sabrá excusarnos, señor —dijo Su Señoría—. Pero ¿cómo no nos dijo usted nada?

—Si no me dejaron hablar —respondió Tom, rencorosamente, gozando de las mieles del poder.

—El señor tiene buen humor —dijo la secretaria—. ¿Rompo el rollo, Señoría?

—Naturalmente. Y ponga otro, Morandi. Ya hablaremos luego de esto; ya hablaremos. Si se me sigue algún perjuicio, como a esa doctora, como se llame, le aseguro que se acordará de mí. Veamos. Encabezamiento, igual. Visto el encausado, en su extrema inocencia, desconocía por completo las actividades de la que decía ser su madre, extremo no comprobado, etcétera, etcétera, y que su no presentación a la

Administración se debió al hecho de hallarse retenido contra su voluntad, y también a la ignorancia más completa acerca de su situación, se determina dictar y establecer su total y absoluta libertad. Oficio a la Administración para recogida de hombre (¡esto no podemos evitarlo, patrón Mumford!) y oficio a los servicios de identificación para expedición de la documentación identificativa necesaria. Firme usted aquí; las tres copias, por favor.

—Me recomiendo —dijo la secretaria.

—Desde luego —contestó Tom Mumford, poniéndose en pie—. Irá usted bien recomendada, no lo dude.

El bueno de Tom había aprendido prontamente a utilizar el omnímodo poder de que Brenda disponía.

## *El diccionario*

*Desbridar*: Dícese de la ablación quirúrgica del himen, efectuada así por necesidades psicológicas impuestas por la Administración. Hay diversas frases hechas sobre este tema: «A mí no me desbridaron ayer; no soy una inexperta, sé lo que me hago». «Te desbridaron con un abrelatas: no tienes educación, eres basta y grosera». «¡A ver cuándo te desbridan! A ver cuándo aprendes, cuándo tienes experiencia». «A ésa la desbridó un hombre: es demasiado fina, se cree que tiene lo que no tiene nadie».

*Italia*: Nombre de un viejo país terrestre de donde procede la mayor parte de la población del planeta. Idioma: italiano. Moneda: la lira. Capital: Roma. Extensión: Véase lámina número 78.

*Measmo*: Palabra propia de locuciones jergales. Equivalente a fantasma, ser que no cumple sus obligaciones, incapaz, sucio o sucia. A pesar de su terminación en o es femenino. No se aplica, normalmente, a los hombres. Uno de los peores insultos que pueden dirigirse, aún más grave que *schifoso* o *mascalzone*.

*Planeta*: El mundo en que vive nuestro pueblo. A pesar de las mil tentativas hechas, aún no se le ha dado un nombre determinado. Con frecuencia se propone el de Nueva Italia, que es rechazado por demasiado largo. Geográficamente es similar a la Tierra (véase ésta), cubierto de aguas en casi toda su extensión y con dos grandes continentes: el continente R, así llamado por su forma, que, en unión de una cadena de islas, aloja la civilización, y el continente P (de *perdido*), más pequeño y aún inexplorado. Capital: San Cataldo, con millón y medio de habitantes. Población estimada del planeta: unos diez millones de personas, repartidas en diversos establecimientos. La ciudad de San Miniato, en el extremo sur del continente R, sigue

en importancia a la capital, y sus principales actividades...

# LA ADMINISTRACIÓN

Los grandes y fríos edificios ocupaban una enorme área, rodeada de jardines, en las afueras de San Cataldo. Un alto muro de hormigón, coronado por alambradas, los defendía a la vez del ataque exterior de las bestias salvajes del continente R (sí, las que destrozaban los sembrados de las granjas Lattuada) y de la huida interior de los pensionistas.

—Tendrá usted que llenar el impreso —dijo la doctora Guerra.

Tom lo tomó en las manos y, chupando la punta del bolígrafo, comenzó a rellenar los diversos huecos.

Nombre:...

Domicilio:...

Edad:...

Nombre de la madre:...

Nombre del padre (si se conoce, o, en otro caso, procedencia conocida de la inseminación):...

Preferencias en cuanto al procedimiento sexual:

- a) Inseminación artificial, corrientemente denominado procedimiento en frío.
- b) Contacto carnal directo, corrientemente denominado procedimiento en caliente.
- c) Elección libre, según los casos, de uno u otro. Si se utiliza el parágrafo, el usuario quedará en libertad de determinar cuándo elige una mujer en las recepciones o cuándo elige el ceder su semen, y ello durante el tiempo de estancia en la Administración.

No estará usted mucho aquí, patroncito Mumford —dijo la doctora Guerra, recogiendo el impreso—. ¡Ah, bien! Veo que ha elegido el procedimiento en frío. Es natural, dado su próximo casamiento.

La doctora Guerra era joven, habladora y simpática. Se preocupó por Tom, como si fuera hijo suyo. Y eso que tuvo buen cuidado de hacer notar que ciertas amistades no habían influido en eso de ninguna de las formas.

—A mí —añadió mientras le acompañaba a su habitación— me es igual que sea usted un protegido de la señora Della Scala o no. Yo trato a todos igual; yo trato de borrar esa terrorífica imagen de la Administración que, no sé por qué, circula por ahí. ¡Si aquí no hacemos nada malo a nadie!

—Claro —contestó Tom, temblando. ¿Cuándo sacarían el cuchillo con el gancho en la punta? ¿Cuándo le prensarían los testículos para extraerle el semen?

Pasaban por los jardines del exterior, cubiertos de macizos de flores enormes: *garófanos* rojos y blancos, *giorginas* circulares, de un vívido color amarillo, cardoncillos, terminados en una gran ojiva llena de pinchos violeta. Entre estos macizos surgían los grandes troncos de las *quercias* con sus hojas casi redondas de un vívido verde frutal. Los edificios, todos iguales, se extendían en forma de estrella, rodeando los grandes bloques centrales, donde estaban las salas de recepción y las oficinas. Algunos hombres, vestidos cada uno a su aire, paseaban por las veredas enarenadas, junto a las fontanas y los cursos de agua. Un par de ellos saludaron de lejos a Tom, identificándole como nuevo.

—Apartamento tres mil cuatrocientos treinta y tres B —dijo la doctora, abriendo la puerta—. Individual, privilegiado. ¿Le gusta?

Sí le gustó. Una pequeña cama, con colcha de ganchillo, cortinas de cretona, muy alegres, y dos butacas, juntamente con un diminuto escritorio. Sobre una mesita baja había una gran cesta de frutas, con un sobre encima.

—Regalo de su novia —dijo la doctora Guerra—. Lo ha enviado esta mañana. Tiene usted radio, teléfono, papel para escribir... ropa... todo lo que necesite. El listín tiene las señas de la lavandería, la clínica y todos los servicios... ¿Ve usted como la Administración no es tan mala?

—Creo que no —respondió Tom, dudoso—. Pero ¿qué necesidad hay de esto? ¿No podrían los hombres solos...?

La doctora se sentó en una de las butacas, hizo seña a Tom de que ocupase la otra y encendió un cigarrillo.

—No, no. No podrían, patroncito. De ninguna manera. Tenga usted en cuenta que, por cada diez mujeres, hay un hombre, y según dicen, la proporción continúa disminuyendo, aunque muy lentamente.

—¿Por qué?

Después de hacer la pregunta, Tom se dio cuenta de que unas semanas atrás no hubiera experimentado esta sensación de curiosidad que sentía ahora. Se hubiera limitado a aceptar las cosas, sin preguntar nada. Era buena la curiosidad, muy buena.

—¿Por qué? Pues no lo sé, no lo sabe nadie. No hay demasiados fondos para investigar y, además, no da tiempo. La Junta de las Nueve suministra todo lo que sea preciso para el buen servicio de la Administración, pero casi nada para investigaciones. Y bien. Lo que decíamos antes... ¿qué pasaría si dejásemos a los

hombres solos por ahí? En dos semanas esto sería un infierno, no lo dude. ¿Un cigarrillo?

Tom no fumaba, pero la doctora encendía uno detrás de otro.

—El único problema que el planeta tiene es la tensión sexual. Como soy médica, leo de todo y entiendo de todo. Estoy escribiendo un libro sobre economía, que será un hallazgo. Pues bien, la marcha económica del planeta es muy buena. Se trata de una economía en crecimiento en un mundo rico en minerales, con terreno fértil, con mil variedades de plantas, animales y peces aptos para el consumo humano. Una economía que crece, que se expansiona y que dispone de grandes espacios todavía sin explotar. Planetas como éste, eso he leído, tenían dos o tres mil millones de habitantes, o quizá más. Aquí llegamos escasamente a diez, y disfrutamos de un clima privilegiado. Nadie pasa hambre, nadie está falto de habitación. Todas las obreras, empleadas, profesionales, etcétera, ganan buenos sueldos y pueden disfrutar de casi todos los lujos. Menos de uno...

—El sexo.

—Efectivamente; es usted muy listo, patroncito Mumford. El sexo. Es el único bien escaso, y hay que administrarlo. Por otra parte, es evidente que ésta es la situación normal de la civilización. Un hombre puede fecundar cien mujeres, mientras que ¿para qué le servirían cien hombres a una sola mujer? Necesitamos hijas, muchas hijas que ocupen el planeta, trabajen y hagan aumentar la riqueza de que todas disponemos...

Entonces... ¿por qué Giovanna *la Nera*...?

—Ya sé, ya sé. Corren bulos sobre la Administración. Historias de torturas, de estupideces, ¡yo qué sé! Mire —señaló la doctora su maletín negro—, dentro de cinco minutos efectuará usted su primera donación, y ya verá como no es nada horrible. Es lo mismo que habrá hecho usted a solas muchas veces.

Tom nunca había hecho nada a solas, de forma que no supo qué contestar.

—Pero —continuó la doctora— el caso de Giovanna *la Nera* no es raro. Bueno; sí lo es, porque en cuanto nace un niño, la Administración le ficha, le sigue, lo educa, lo controla. A los dos años de edad lo retira de su madre; esto puede parecer cruel, pero es necesario. El ansia de posesión de hombre es tan enorme que algunas intentan huir para tener un hombre, aunque sea su hijo, para ellas solas. Incluso se dan, o se dieron en el pasado, casos de incesto. Muy repugnante. Y como es natural, también se producen casos de lesbianismo, a falta de otro material... delito gravísimo, muy penado. Necesitamos más población, más hijas, más hijos, no uniones estériles entre dos mujeres. ¿Vamos con dios? No se asuste, por favor. Piense que con lo de hoy (sólo se le pedirá una vez cada dos días) fertilizaremos a un centenar de mujeres. Las reservas de esperma congelado de la Administración...

Mientras continuaba hablando sin cesar, la doctora extrajo un vaso de cristal

esterilizado y unas gasas. Pidió a Tom que mostrase su miembro viril («¡el instrumento!», señaló jocosamente), lo limpió y le pidió que actuase.

Avergonzado, Tom lo intentó. Fue inútil. No logró ni siquiera una erección.

—Bueno —dijo la doctora, alegremente—. No hay que preocuparse. Son los nervios. Puedo desnudarme, si es que eso te va a ayudar. No te molestará que te tutee, ¿verdad? Da más confianza. Tú puedes hacerlo conmigo, también. Puedo traer un par de chicas lindas que te remonten el ánimo... pero tranquilo, ¿eh? Sólo para ayudar. Sin entrar en el procedimiento en caliente...

Todo fue inútil. Tom, muy apurado, no consiguió nada. Cuando las chicas lindas (no lo eran tanto) se fueron, y la doctora se vistió, Tom se quedó sentado en silencio, sin saber qué decir.

—Esto es extraño —musitó la doctora—. ¡Malditas sean las computadoras de la Tierra!

—Señora, sí... —murmuró Tom.

La doctora meditaba.

—Vamos a ver... ¿No habrás tomado progestiridina?

—¿Qué?

—Bueno; lo llaman enderezador, vino de rosas, voluptuario... Cuando a los tres años, salen de aquí, los hombres, si les exigen demasiado, tienen que valerse de él. Damos clases de formación profesional, explicando que el peor error que puede cometer un hombre es tomar esa porquería. Inhibe las reacciones; condiciona, causa hábito. ¿Lo has tomado?

—Sí.

—¡Maldita sea! ¡Explícame eso, no lo comprendo! No lo entiendo: una persona de tu clase, que se va a casar con una de las mujeres más importantes del planeta...

A su pesar, Tom se vio obligado a dar algunas explicaciones sobre el tratamiento a que le habían sometido en El Paraíso.

—¡Pobre Tom! —dijo la doctora—. No es culpa tuya, pero te han hecho un desgraciado para siempre. Tendrás que seguir tomando eso, y cada vez más... Bueno; no eres el único caso. Permíteme que use el teléfono.

Trajeron un vial de vino de rosas, y las cosas funcionaron ya sin dificultad. La doctora salió, dejándole un folleto con los actos sociales del día.

Hubo una excelente comida, que Tom tomó en su habitación, sesión de cine y baile.

Por la noche, media docena de hombres se presentaron en su alcoba. Llegó el momento terrible de las novatadas. La comprensión y la dulzura que las mujeres, sobre todo la doctora, habían tenido con él, faltaron totalmente ahora. Con razón decían que los hombres no tienen amigos, sino amigas. Todos los miedos de Tom; todos los terrores anunciados, se cumplieron con creces. Fue un recuerdo muy

desagradable, duró mucho, y, al amanecer, le dejó agotado y dolorido. Nunca quiso pensar más en ello. Había que sufrirlo, y lo había sufrido; había pasado, y era mejor olvidarlo para siempre.

## VIDA DE NOVIOS

El recuerdo de aquella noche desagradable condujo a Tom a hacer una pregunta a la doctora Guerra.

—¿Por qué no soy fuerte? ¿Por qué no tengo músculos?

—¡Toma! —contestó ella—. Porque no haces ningún ejercicio.

De manera que Tom comenzó a realizar algunos ejercicios físicos en el gimnasio de la Administración. La monitora le dijo que se había descuidado mucho, pero que aún tenía remedio; el culturismo, incluso masculino, añadió, está al alcance de todos. No se le pasaba de las mientes a Tom el día en que pudiera dar unas bofetadas a alguien, hombre o mujer, que le molestase.

Y la Administración tenía una biblioteca bastante buena, de la que no hacía uso casi nadie. Tom comenzó a absorber sabiduría a grandes dosis en los ratos que el servicio de sociedad le dejaba libre.

Que no eran muchos, porque la Administración, como gallina que cuidase de sus pollitos, organizaba todos los días fenomenales saraos, donde alternaban sus pupilos con grandes cantidades de mujeres que habían recibido un pase. Entre estas últimas no había clases sociales privilegiadas; desde obreritas meritorias a quienes sus patronas habían premiado con un pase para esas fiestas hasta grandes cargos de la Administración que buscaban marido o un agradable contacto en caliente. Pero todos, calientes (eran los más) y fríos, debían asistir.

Y Brenda no faltó a uno solo de esos saraos. Gracias a su situación, había obtenido un permiso especial para pasear los dos por los jardines. Y mientras, en los grandes salones engalanados, obreras y jefas de Administración, menestralas e ingenieras, zapateras y técnicas electrónicas deglutían canapés, bebían líquidos sosos sin alcohol, bailaban, departían con los hombres y, en numerosas ocasiones, llegaban a un acuerdo que permitía a una pareja retirarse a la habitación del pensionista, bajo la sonrisa amable y un poco celestinesca de doctoras y administrativas, Tom y Brenda, cogidos de la cintura, muy acaramelados, paseaban bajo los robles y los pinos.

Se besaban, se besaban. Ahítos de amor y deseosos de que la estancia de Tom terminase (ciertas recomendaciones habían permitido reducirla a tres meses), caminaban enlazados, escuchando románticamente el rumorear de las fuentes, saludados a veces por alguna jardinera en traje de faena que les dirigía una sonrisa cómplice.

Y sin embargo, Tom, a pesar de lo terriblemente que estaba enamorado, no sabía qué decir a Brenda. La dejaba hablar, y ella lo hacía sin cesar, contándole cosas que el

mozo no entendía sobre sus negocios, sobre la Junta de las Nueve, sobre las grandes perspectivas de crecimiento del pueblo elegido. Iban a fundar una nueva ciudad en el interior, en un lugar en donde se habían encontrado yacimientos de hierro y cobre... Su nombre sería Santa Catalina, en recuerdo de la patrona, santa Catalina de Siena, y el capital sería puesto por cuartas partes entre las empresas Sforza, Dall'Assassino, Della Scala y Lattuada. ¡Un gran logro!

—¿Dónde viviremos, Brenda?

—En mi casa. Dejarás la Administración y vendrás a vivir allí. Tendrás a Giuseppe como mayordomo, y a seis mujeres para las labores de la casa. Yo no las he necesitado nunca... pero tú si las necesitarás, tesoro. Todo lo que yo pueda darte, lo tendrás.

Tom hizo un mohín.

—Brenda...

—Qué.

—¿Has conocido a muchos hombres antes que yo?

Ella se hecho a reír.

—Ven, Tom. Dame un beso.

Se besaron, se besaron. ¡Qué manía la de ella de llevar siempre aquellos corsés metálicos, de dureza inhumana! En las lecciones de formación profesional de la Administración, Tom había aprendido cosas inesperadas sobre tocamientos y caricias, sobre encelamiento y reconciliación. Hubiera querido —no por obligación, no por lecciones aprendidas, sino por cariño— acariciar los pechos de Brenda, darle placer como fuera. Pero aquella maldita cota de malla de acero templado lo impedía. Sólo podía pasar las manos por los brazos nervudos de la mujer o por su cuello, o acariciar aquella espesa cabellera castaño-cobriza que le enamoraba.

—Esto —dijo Tom— es la felicidad, cariño.

—No; no lo es aún. No, tesoro mío. Lo será cuando estemos casados. La subasta será dentro de un mes, y te aseguro que va a ser sonada.

—Pero, dime... ¿has conocido a muchos hombres?

—¡Qué manía has cogido! Alguno que otro; no soy inocente, no me desbridaron ayer. ¿Qué quieres tú? ¿Qué hubiera podido hacer yo? No estoy mal del todo...

—¡Qué va! ¡Eres la mujer más guapa del planeta!

—Favor que tú me haces, encanto; los ojos con que me ves. Pero te prometo, por mi vida, que seré para ti solo. Se acabó todo lo demás.

—Te quiero, Brenda. Te adoro.

—Y yo a ti, Tom, cielo. Más que a mi vida misma. Y sin embargo, Brenda, no se podía dominar. Le acariciaba intensamente, ya que Tom no llevaba ninguna coraza que le protegiera de esas manos que se multiplicaban. Le tocaba todo. Y el pobre Tom, para quedar bien, se apresuraba en algunas ocasiones a tomar progestiridina,

suministrada en bonitos viales de color verde por la doctora Guerra, a fin de hacer un papel que no hubiera podido hacer de otra forma. Gozaba Brenda dándole placer, o creyendo que se lo daba. Al final, cuando ya faltaban muy pocos días para la subasta, Tom aprendió a dárselo a ella, sin que llegase por ello a un completo procedimiento en caliente. En este aspecto, la energía de la mujer parecía inagotable; no se cansaba nunca. Le mordía las orejas, le besaba, dejaba escapar roncós gemidos. Más de una vez, más de diez, las frondas del suntuoso parque cobijaron ese amor manual, apresurado y encantador, con el que se sentían más unidos que nunca.

Pero Tom resultaba a veces un pesado.

—¿Has conocido a muchos? ¿Has hecho el amor con muchos?

—¡Déjate de historias, bien mío! Sólo tú existes para mí ahora. Sigue, bésame... sé todo lo que puedes ser ahora. Te deseo intensamente.

—Y yo a ti, amor.

En los salones de la Administración continuaban las grandes fiestas de la temporada. Los fríos calentaban a sus parejas, los calientes las enfriaban en poco rato.

—Quítate la blusa, Tom. Déjame que te vea desnudo de cintura para arriba.

—¡Oh, no! ¿Y si nos vieran?

Canapés de desmán, desmán ahumado en lonchas, desmán con guarnición de *pisellos* y *carotas*, pequeños filetes de *bertañino* rebozados, *racimolos* enteros con patatas y salsa de arándanos. La Administración se esmeraba; la Administración, a pesar de las feroces novatadas de sus pupilos, que habían causado la muerte a más de uno, cuidaba de que la alimentación fuera de lo mejor y las bebidas (colas, limonadas, *oranges*, sin alcohol, sin progestiridina) fueran frescas y abundantes. Unas docenas de policías, tan enervadas como las clientes, con los rostros enrojecidos y los ovarios echando fuego, cuidaban de que nadie se sobrepasase y llegase a la brutalidad. Rara vez eran necesarios sus servicios, y alguna que otra, un hombre caprichoso de los uniformes tomaba a una de ellas, con el benéfico permiso de la subteniente, siempre concedido(¡al final del sarao!), y se la llevaba a su habitación.

—Cuando te vi desnuda, en el río de las piedras, querida Brenda, pensé que eras la mujer más femenina del mundo.

—Olvídate del río de las Piedras. Lo he vendido. Pasaremos la luna de miel en el castillo del Agua... Es propiedad de la Junta; me lo han prestado para los dos. Nos llevaremos a Giuseppe y a dos sirvientas... Dejaré las empresas diez días.

—Sólo diez días...

—¡No puedo dejarlas más, tesoro!

—Se me hace eterno el tiempo.

—Tranquilo, Tom. Pasado mañana es la subasta. ¡Furfantes, measmos! ¡Le habían quitado tres meses de felicidad!

# LA SUBASTA

Para este evento, la Administración había engalanado el gran salón de las fiestas con la bandera nacional (roja, blanca y verde) y con gigantescas guirnaldas de verdura entreverada con flores. Anchas mesas, cubiertas con niveos manteles, se sobrecargaban bajo el peso de las botellas de bebidas, en esta ocasión vinos generosos, Marsala, Iferno, Valpolicella y Sondrio, así como los mejores alimentos y los más orgiásticos platos de desmán, cocinado en mil formas. Todo ello subvencionado por Brenda della Scala. La Administración, aunque generosa y amante, no despreciaba las subvenciones si éstas provenían de gente de bien.

Numerosas maestresalas, severamente vestidas de negro, esperaban, tras las abundantes y sobrecargadas mesas, a que la subasta hubiera terminado.

Estaba presente la flor y nata de San Cataldo. Hasta de lejanos lugares habían llegado representaciones para esta fiesta social, que sobrepasaba con mucho en importada a la posterior boda, celebrada casi en privado.

Humeaba en las mesas la carne de *matizo* caliente, adobada con succulentas salsas, lucían en sus fuentes las *alices*, con ajoporro, picante y acelgas; mostraban su carne nacarada los *cocomeros*, derramando un mar de pepitas marfileñas; el ponche de frutas rielaba en las grandes cráteras de cristal. Y mientras tanto, fue formándose la mesa de la subasta. Presidía la todopoderosa Beatriz dall'Assassino, asesorada por la ingeniera Jovine, directora general de la Administración, la comendadora Russo y la doctora Guerra. La comandante Visconti y la *podestá* Pertini formaban también parte de la mesa de subasta.

Una fanfarria, interpretando el cuarto tiempo de la novena sinfonía de Beethoven, abrió el acto. Hubo unas palabras breves, de la directora, Jovine y, después, se dio paso a la subasta. Los novios, vestidos de rosa pálido, con algún toque verde o rojo, esperaban en el lado de la epístola, mientras que las peticionarias se hallaban subsumidas en el público.

—Patroncito Dante de Varisco... ¿Quién puja?

—Yo misma... ¡Quinientas mil liras!

Era necesario compensar el hecho de que un hombre pasase a ser propiedad privada de una o de varias mujeres. Y la única compensación posible era el dinero. Claro que si las oferentes trataban de sacar a su amado en lo menos posible, eso parecía mal, deplorablemente mal, e incluso deprimente para el hombre subastado...

—Patroncito Annibale Orsini... ¿Quién puja?

—¡Ochocientas mil liras!

A Tom Mumford no dejó de molestarle que le hubieran dejado para fin de fiesta,

tal vez por ser el más espectacular de los debutantes de aquella hermosa mañana.

—Patroncito Gaetano d'Este... ¿Quién puja?

—Yo, para mí y tres más. ¡Setecientas mil!

—Un momento, un momento. ¿Está de acuerdo el subastado en ser adjudicado en matrimonio cuádruple?

—Lo estoy.

—Continúe la subasta. Setecientas mil liras. ¿Da alguien más o da la Administración menos?

El procedimiento siguió. Estaba durando demasiado. En las guirnaldas, las flores se mustiaban; las mesas, las camareras y maestrasalas recalentaban los platos en infiernillos de alcohol. Algunos de los asistentes lanzaban miradas voraces hacia los sustanciosos manjares, preparados para salir como flechas en cuanto la subasta terminase y apalancarse un buen sitio junto a las papas fritas y los platos de olivas rellenas.

—Patroncito Thomas de Mumford... ¿Quién puja?

Se hizo un silencio. Lentamente, Brenda se levantó, deslumbrante en su uniforme de maestrante de la Orden de Francisco I de las dos Sicilias, que le había sido concedida por la madrina el día anterior. Lucía en su pecho atlético los agremes de plata, y las grandes charreteras de plata maciza ponían en valor sus anchos hombros.

—Cinco millones de liras —dijo pausadamente.

¡Cómo sonreía la madrina! El silencio envidioso que había subrayado esa afirmación, el triunfo de Brenda, era también un triunfo para ella. Hubo miradas de rencor por parte de los que habían pujado por mucho menos, y por la de los que habían sido adjudicados por bastante menos.

—¿Da alguien más? —preguntó la directora, Jovine.

Silencio. Esa enormidad no podía sobrepasarla nadie, salvo una de las Nueve. Y entre éstas estaba todo hablado y conchabado. Entre bueyes no hay cornadas.

—Está bien. Pasamos al turno de la Administración. Ésta, a quien yo represento, cree que la oferta es excesiva, a pesar de los excelentes méritos, que no se discuten, del subastado, Thomas de Mumford. Creemos que novecientas mil liras son suficientes.

Ahora llegaba la parte graciosa de la actuación. A fin de no dejar mal a los subastados y de que sus enamoradas pudieran pretender que los valoraban en todo lo posible, la Administración luchaba por rebajar el precio, mientras que las ofertantes luchaban por subirlo.

—Eso —dijo Brenda della Scala, agitando su melena cobriza y apretando contra el pecho el bicornio de maestrante— es totalmente ridículo. Thomas de Mumford vale más que ningún otro de los pupilos de la Administración; sus notas en formación profesional han sido espléndidas...

Mentira.

—... y su belleza está fuera de toda duda. Para hacer un favor a la Administración disminuiré mi oferta hasta cuatro millones de liras, pero entiendo que no puedo bajar más.

—Lo sentimos —contestó la Jovine, después de un fingido conciliábulo con los restantes miembros de la mesa—. No podemos admitir, y esto es ya un favor que roza lo personal, más de millón y medio de liras.

El público estaba pasmado. Nunca, en la historia de la Administración, se había llegado a tales pujas. Se recordaba, como cosa histórica, que por un mancebo rubio de San Miniato, el hombre más bello (se decía) del planeta, se había llegado a pagar, como compensación a la privación de sus servicios, hasta un millón doscientas cincuenta mil liras. Pero ¡esto! ¡Esto era impensable, incomprensible! ¡Esa Brenda della Scala, con sus coches, sus aéreos, sus empresas, siempre dando la nota! Verdad era, y verdad decía quien lo afirmaba, que le importaba todo el planeta un bledo y que lo único que regía para ella era su santa voluntad.

—De ninguna manera —afirmó Brenda, aparentemente irritada. ¡Y qué orgulloso se sentía Tom!—. La última oferta, y de aquí no descenderé: tres millones y medio de liras.

Nuevo conciliábulo. Sonrisa amplia de la madrina. ¡Esta Brenda! ¡No podía tener mejor sucesora que ella!

—¿Tres millones de liras? —dijo la directora, Jovine—. ¿Tres millones de liras, y no discutimos más? ¡Los invitados están hambrientos!

Tom dirigió una sonrisa a la madrina. Sabía quién era, y lo que pensaba. Con sorpresa suya, la anciana le contestó con otra sonrisa y con un cariñoso gesto de la mano. Después, la madrina hizo un gesto expresivo dirigido a Brenda. Ya estaba bien; ya era bastante.

—Sea —afirmó Brenda, con rapidez—. Acepto, con dolor y con disgusto que se valore a mi prometido solamente en tres millones de liras. Pero la mesa de la subasta me obliga, y no quiero llevarle la contraria. Lo siento, Tom, cariño. No me han dejado dar más. ¡Tres millones de liras!

A pesar de estar todo establecido de antemano, la cosa había quedado muy bien.

—¡Adjudicado! —aulló la directora, Jovine—. ¡Maestresalas, sirvan el ágape!

Mientras la masa de las invitadas se lanzaba rápidamente hacia las mesas y procedía a engullir a gran velocidad todo lo comestible, Thomas de Mumford, más conocido por Tom, no pudo dejar de pensar que le habían vendido como una res. Pero olvidó prontamente cuando la orgullosa Brenda le tomó del brazo y comenzó a presentarle a la gente.

«*Il Corriere della Sera*»

## **UN NOVIO, ADJUDICADO EN TRES MILLONES DE LIRAS ¡LA MÁS ALTA PUJA EN LAS SUBASTAS DE LA ADMINISTRACIÓN!**

*En la tarde de ayer, el caballero Thomas de Mumford fue adjudicado, en matrimonio unilateral y único, a Brenda della Scala, la conocida deportista y plutócrata, en la ingente suma de tres millones de liras. Dícese que el ágape que siguió a la adjudicación había sido financiado también por la conocida sportswoman, cuyos triunfos en las carreras de aéreos y en las carreras de coches son conocidos de todas. Posteriormente, a los breves momentos, se celebró una boda masiva en la cual tomaron parte todas las parejas formadas durante esta última subasta. Los novios vestían de raso rosa, uniforme de la Administración, y cubrían sus hombros con velo de tul, que realzaba su natural belleza. Espléndida Brenda della Scala, con su uniforme de maestrante y la apostura atlética, de todas conocida y querida. (Véase información gráfica, en color, en la página 16). A pesar de la avalancha de público, que no dejó de hacer honores a los mil y un platos financiados por las empresas Della Scala (vapores, pesqueros, petróleo, construcción, astilleros de aeronaves, papel, laboratorios farmacéuticos), una de nuestras reporteras consiguió tener un breve contacto con el novio, poco después de la boda.*

*—¿Satisfecho, señor Della Scala?*

*—¡Aun me viene ancho el nombre!*

*—Se le llena la boca diciéndolo, ¿verdad? Pero, por favor, responda a nuestra pregunta... ¿Satisfecho?*

*El novio se aferra al brazo de la señora Della Scala. Se sonríen ambos, mutuamente. Es evidente que esta unión sentimental va a ser uno de los matrimonios más felices de los últimos tiempos. Nuestra reportera repite la pregunta.*

*—Sí; satisfecho, muy satisfecho. Adoro a Brenda; es la mujer más maravillosa del mundo entero.*

*—Y él es el hombre más adorable del mundo entero.*

*Nuestra reportera, entre la avalancha de felicitaciones, apenas pudo preguntar más.*

*—¿Qué opina del amor libre, señor Della Scala?*

*—Bueno... es necesario disponer de él, pero no es obligatorio.*

*—¿Y de los matrimonios múltiples?*

*—Teniendo a Brenda, yo no lo hubiera admitido nunca. ¡O ella, o nadie! Hubiera preferido seguir siendo un frío en la Administración, para toda la vida.*

*Cuando los felices novios pudieron separarse de los numerosos amigos que les felicitaban y les acosaban, partieron, en un aéreo de las líneas Della Scala, de doce plazas, propiedad particular (información gráfica en la página 22) hacia el*

*castillo del Agua, en una luna de miel que esperamos sea eterna.*

*(Editora: Assunta Vallone)*

Sin embargo, las circunstancias fueron muy otras. Tom no conocería el Castillo del Agua hasta muchos años más tarde.

## SAN MINIATO; LA CASA EN EL ÁRBOL

El aéreo de doce plazas surcaba el aire velozmente dirigiéndose hacia el sur.

—Pero... No entiendo, Brenda... ¿Y nuestra luna de miel?

—Lo siento, Tom... Lo siento.

—¿Ha sido esta conferencia telefónica?

—¡Sí, eso ha sido! Escucha, querido. Hay problemas serios en San Miniato. Quieren prender fuego a las refinerías: no me queda más remedio que ir allí. Yo... siento que éste sea nuestro viaje de novios; pensaba otra cosa.

—A tu lado —dijo Tom, mimosamente—, cualquier viaje será bueno.

El viaje no fue bueno ni malo, sino indiferente. Mientras Tom se aburría en el asiento del copiloto y Giuseppe y las dos sirvientas dormitaban en los traseros, Brenda colocó el piloto automático y se dedicó a hablar por radio.

—No; de ninguna manera —decía—. No cedan en esto. Le buscaremos una solución, pero deténgalas hasta que yo llegue. Sobre todo, que coloquen, ¡cómo sea!, los *liners* en los pozos veintidós y veinticuatro.

—¡No me diga que es imposible, Rinaldi! ¡Es usted la ingeniera responsable, y eso quiere decir algo! ¡La madrina no lo sabe todavía, pero se enterará, y cuando lo sepa, volarán cabezas! ¡Las de ellas y la de usted, Rinaldi!

Tras cuatro horas de viaje y cerca de mil kilómetros recorridos, el aéreo descendió bruscamente. Tom pudo divisar, en medio del anochecer iluminado ya por las dos lunas, una gran hilera de *derricks* perdiéndose en el horizonte, y en algunos lugares, chorros de fuego que procedían de los quemadores del proceso de combustión. Todo ello le fue explicado, rápida y nerviosamente, por Brenda, y Tom apenas entendió nada.

Tomó tierra el aparato en una pequeña pista de hormigón, con una torre de control diminuta. Sorprendentemente, en uno de los extremos se elevaba un gran árbol seco. Un verdadero coloso, de quizás cien metros de alto, y no menos de cuarenta metros de diámetro en la base. Lo extraño era que en el tronco, cerca del suelo, se veían luces, como si hubiera farolillos empotrados en la madera.

El pequeño aeropuerto estaba situado sobre una gran colina rocosa, a cuyos pies se extendían las hileras de luces de San Miniato, perforando la oscuridad, y más allá, los *derricks*, los depósitos de crudo, y el complejo conjunto de oleoductos, depósitos y almacenes.

Un grupo de personas esperaba junto a la torre de control. Tom fue presentado rápidamente a varias de ellas (la ingeniero Rinaldi, la *podestá* Fisichella, la jefe de la policía, Vittorini...). Mientras era arrastrado por Brenda hacia el árbol, las demás

mujeres les siguieron, hablando todas a la vez, en todos los tonos de voz posibles. De San Miniato llegaba un sordo rumor hirviente, un griterío sólo ensordecido por la distancia.

—¡Pero, señora! ¡Han ocupado los depósitos de *casing*!

—Y piquetes de mantenimiento, ¿han dejado?

—Bueno; eso sí, señora. No han llegado a reventarlo todo aún, pero están irridadísimas. O conseguimos una solución o esto se irá al demonio.

—¿Qué efectivos tienes, Vittorini?

—Doscientas mujeres, señora. Imposible hacer nada con eso. ¡Pida socorros a San Cataldo, a Brandistocco! Necesitamos un par de miles de mujeres aquí.

Brenda se plantó en jarras junto al árbol.

—De eso, nada, Vittorini. Yo sola me basto para poner esto en condiciones. Suponiendo que la madrina no se entere... Y ahora, ¡por favor!, denme media hora para dejar a mi marido en casa.

—Señora, sí.

Porque el árbol, realmente, era una casa. En tiempos quizá muy lejanos, artesanos expertos habían excavado en el gigantesco tronco seco los peldaños, la puerta, las ventanas y las habitaciones de una vivienda. Las paredes, como era natural, eran de la propia madera del desdichado árbol, pulidas y abrillantadas hasta la exageración. Las bonitas vetas de color manteca, alternadas con otras más oscuras habían sido hábilmente aprovechadas en algunos lugares para excavar celosías al exterior, o entre dos habitaciones. En cuanto el moblaje, era evidente que buena parte de él había sido realizado utilizando la misma madera sobrante. Con ello, había habitaciones en que la vista se perdía un poco, no distinguiendo las paredes del moblaje.

—Volveré —dijo Brenda—. Giuseppe, Annina y Andreina cuidarán de ti.

Le besó rápidamente y salió, seguida por la turbamulta de mujeres nerviosas.

## SAN MINIATO: LA NOCHE DE BODAS

Desde su habitación, en el piso superior, Tom esperó en vano.

A lo lejos continuaban el griterío y el tumulto, perfectamente audibles. Una procesión de antorchas, luminiscentes en medio de la semioscuridad lunar, se paseaba por las calles de San Miniato, mientras el retumbar de las bombas de balancín no cesaba ni un instante.

La alcoba era una pieza separada de las demás, con un servicio, y una gran cama con dosel de terciopelo azul. Un grueso edredón de seda cubría las sábanas, y en la almohada, del más impoluto hilo blanco, campeaban bordadas las letras B y T, muy elegantemente entrelazadas. Era un detalle que, aun sin pensar en venir aquí, Brenda hubiera cuidado de tal forma las conveniencias. Había varios armarios roperos, cuidadosamente torneados en la madera, y hasta un tocador, con gran espejo, que no estaba separado de la pared, sino que formaba parte de ella. En uno de sus cajones encontró Tom unos grandes prismáticos, y acodándose en la ventana, se dedicó a observar lo que sucedía en la ciudad.

Vio una plaza grande rodeada por edificios típicamente gubernamentales. En uno de ellos, el más grande, lucía la bandera de Brenda, una B roja sobre un óvalo blanco, y, a su vez, éste sobre fondo rojo, nuevamente. Hormigueaba de mujeres enfurecidas esta plaza. Llevaban pancartas, cuyos letreros no pudo leer Tom, de momento. En el balcón del edificio, Brenda, armada con un amplificador de mano, dirigía la palabra a la muchedumbre. Un piquete de guardias de seguridad, con la visera bajada y rifles de grueso cañón en las manos, cerraba la entrada al edificio.

Brenda manoteaba mucho y gritaba cosas, al parecer. Pero no era menor el griterío y el manoteo que provenía de las mujeres amontonadas ante las puertas de la construcción.

En determinado momento, Brenda debió prometer algo serio o amenazar con algo más serio todavía, porque, poco apoco, las mujeres comenzaron a abandonar la plaza. Por primera vez. Al volverse los grupos hacia él, pudo ver Tom lo que decían las pancartas.

Una: «NECESITAMOS MÁS HOMBRES». Otra: «LIBERTAD SEXUAL O REVOLUCIÓN NACIONAL». Otra. «TIRAN MÁS DOS COJONES QUE UN PAR DE CAMIONES». Tom se sonrojó ligeramente, sobre todo al ver el inexperto pero expresivo dibujo que acompañaba la leyenda. Otra más: «AL DEMONIO LA ADMINISTRACIÓN». La última: «QUE SE LOS LLEVE LA QUE MÁS PUEDA».

Ante esta ferocidad sexual exacerbada, Tom sintió que se le helaba la sangre. ¡Tenía razón la doctora Guerra! Si le hubieran cogido ahora, a él o a otros como él, le

habrían destrozado.

Había un reflujo en las masas, que regresaban hacia el palacio de la bandera roja. Brenda ya no estaba en el balcón. Nubes de piedras salieron disparadas hacia las ventanas del edificio, y el seco quebrar de los cristales llegó claramente a los oídos de Tom. Y, sin embargo, no estaba asustado. «Saldré adelante», pensó. «Seguro que salgo adelante... y ella también».

Llegó media hora más tarde, después de que el silencio se hubo hecho en la gran plaza. Las guardias se habían retirado sin hacer uso de sus armas, cerrando las altas puertas del palacio y dejando que la multitud destrozase todos los cristales.

La acompañaba la *podestá* Fisichella, desmelenada, sudorosa. Era una mujer baja, compacta; parecía un mecanismo de acero o una máquina sacabocados.

—Es natural —decía—. Es natural, señora. En San Miniato hay verdaderos problemas; sólo tenemos un tres por ciento de hombres, mientras que en otros sitios...

—Es cerca del diez por ciento —dijo Tom, muy satisfecho.

Brenda le miró con cierto asombro.

—Sí, querido. Tienes razón. Pero yo lo arreglaré. Si hace falta traer hombres, se traen. Pero esto no puede seguir así. *Podestá*, está usted disculpada. No sé si lo sabrá, pero ésta es mi noche de bodas.

La *podestá* hizo una zalema, no exenta de gracia.

—Entonces, comendadora, la dejo. Mis respetos, señor Della Scala. Mis mejores deseos para la noche. Y esperemos que la señora Dall'Assassino no se entere.

—Mejor será —dijo Brenda—. Buena noche, *podestá*. ¡Y sobre todo que la policía no dispare!

—Si no la atacan, no lo hará.

—¡Aunque la ataquen!

La *podestá* hizo un gesto de duda, repitió su reverencia y salió.

No cenaron. Se fueron directamente a la alcoba, y Brenda, con un suspiro, se quitó la coraza de acero plateado que la había protegido. Debajo sólo llevaba una especie de camisa de seda, sudorosa y arrugada. Se la quitó también, y lo mismo los calzones cortos, de cuero, que habían dejado al descubierto sus macizas piernas, y, por último, las botas hasta media pantorrilla. Se quedó, por primera vez, completamente desnuda ante Tom, que seguía como un bobo, mirándola fijamente y sin quitarse de encima ni un hilo.

Había una botella de vino espumoso, aún fresco en su cubo de hielo, sobre el tocador. Mientras ella, sonriéndole, escanciaba dos copas, Tom se dio cuenta, con horror, de que quería excitarse, que quería desearla, pero de que... ¡había olvidado con las prisas, en la Administración, la media docena de viales verde oscuro que le diera la doctora Guerra!

Renientemente se quitó la blusa, los pantalones, quedándose sólo con el forro pardo y un *slip* de bonito raso rojo. Tiró los escarpines al aire, con gesto pícaro... y con la muerte en el alma.

—Toma, encanto-dijo ella, tendiéndole una copa.

—Gracias.

Tom bebió, y después dejó la copa en el suelo. Brenda se le aproximó, lentamente, con evidentes señales de excitación en todo su cuerpo.

—Te he deseado tanto, cariño —dijo—. Tanto que no lo puedes imaginar. Estoy ardiendo, créeme. Te necesito a ti, y a eso que puedes darme. Y esta noche te necesito más que nunca. ¡Yo qué sé! Quizá por todo este lío de San Miniato... pero me haces mucha falta.

Tom, helado, se dejó llevar dulcemente hasta la cama, y se sentó al lado de ella. Con suavidad, pasó la punta de los dedos por los hombros de la mujer, después por los pechos, y quiso acariciar las rosadas puntas.

—No; ahí no... aún —dijo—. Si no me vas a deshacer antes de tiempo... Pero, oye... ¿Qué te pasa?

La flacidez de Tom, su falta de excitación práctica eran tan aparentes que Brenda no podía dejar de darse cuenta de ello.

Al principio, lo tomó bastante bien.

—Son los nervios, cariño. Vamos, quítatelo todo, y métete en la cama conmigo. Cuando hayamos jugado un poco, verás como las cosas se arreglan.

Pero no se arreglaron. Tom se deshizo en caricias, se volvió loco intentando sentir algo, maldiciendo la hora en que por primera vez probó aquella condenada pócima, maldiciendo al maldito mil veces papá Ugolino, que le había envenenado para siempre. Se frotó con el cuerpo desnudo de Brenda, la besó, le dijo mil cosas amables que sentía, le contó todo, le pidió perdón una y otra vez. Pero no consiguió nada. Cuando él, con el rostro contraído, se dio media vuelta, comprendió cuán intenso era su deseo y comprendió la terrible frustración de las mujeres que habían apedreado el palacio de Gobernación.

Más tarde, mucho más tarde, creyó que ella se había dormido. Pero no era así. La sintió dar vueltas, a su lado, y dirigirle palabras que quién sabe si eran para él o si eran para el vacío.

—De manera que no te gusto, que no sirvo para excitarte ni lo más mínimo. ¿Verdad que no? Sólo si tomas esa maldita porquería, ¿verdad?

—Brenda, por favor... Lo siento. Yo... Querría... pero no sé qué hacer.

Ella no dijo nada. Debió dormirse, porque ni alentó ni dijo una palabra en toda la noche. Tom, con el rostro lleno de lágrimas, se durmió también.

A la mañana siguiente estaba solo. Pero había un enjoyado frasco de cristal de roca en la mesilla.

## SAN MINIATO: UN ATENTADO

La madrina no se había enterado. Los hombres no habían llegado. Y en San Miniato las cosas seguían sin arreglarse. Sólo con promesas no podía conformarse a las masas. Era preciso darles lo que pedían o utilizar la fuerza. Y Brenda, con ese sentido de la oportunidad que no la abandonaba nunca, sabía que hubiera sido un fenomenal error.

Paseaban los dos, de noche, junto al árbol. Había un escueto jardín rocoso, hecho con cactus de las más diversas especies y con formaciones de minerales cuidadosamente seleccionadas. Entre los cactus y los minerales (cristales grandes, deslumbrantes), pequeñas extensiones de arena trillada, de colores cambiantes bajo la luz azul de la lunacapri y la luz nacarada de la lunagialla, subrayaban misteriosamente el valor de las formas y los tonos.

Tom había intentado plantear el problema en lo que a él le parecían sus verdaderos términos. Si un matrimonio no va a poder hablar de sexo... entonces ¿quién?

Bien era cierto que gracias a la botella enjorada habían tenido una bonita noche de amor, y que Tom estuvo a disposición de Brenda cuantas veces quiso ella, esmerándose, haciendo todo lo que a ella le gustaba, amándola y deseándola por fin. Pero aunque ella gozaba, y lo hacía de una forma desatada, siempre al final tenía que decir:

—¿Es que sin eso no puedes? ¿Es que no soy bastante yo sola?

Tom hubiera querido decir: «Sí; eres bastante, compréndelo. Eres bastante, lo eres todo para mí. Pero ¿qué quieres que haga? Si me asesinaron antes de nacer... ¿Qué puedo hacer yo?». No lo dijo. La expresión terrorífica de Brenda era suficiente como para cortar cualquier comentario. Seguramente había sido así siempre, tanto si tenía razón como si no la tenía, creía lo que quería creer y nada más. Y era inútil llevarle la contraria: no escuchaba a nadie.

Pensó Tom, estúpidamente, mientras caminaban cogidos del brazo, que si las cosas hubieran sido al revés, la propia textura física de los seres humanos habría resuelto en sí el problema. Una vagina puede recibir, aunque no sienta nada, ni desee nada, e incluso puede fingir que siente. Un pene no puede hacer eso; no puede fingir que está excitado y contento, ansioso de hacer el amor, si no lo está verdaderamente. Pero esto era desbarrar, soñar en imposibles, en imaginaciones, en ficciones casi científicas. Brenda despotricaba en voz baja.

—Es inútil, no llegarán antes de una semana. La maldita Administración no puede hacer más, o dice que no puede hacer más. Y luego... ¿No sois todos unos

fríos como tú?

—¡Yo no soy frío, Brenda!

—¡A ver! ¡A ver si no! Y la madrina se ha enterado; seguro que se ha enterado.

—¿Y qué pasará?

—¡Será una catástrofe! Mandará diez mil policías y las harán pedazos... Estas cosas no se arreglan así...

Hubo un momento de silencio. Casi se podía escuchar el rumor de los pensamientos en la cabeza de Brenda.

—Por más que...

Estaba pensando algo, porque apretó el brazo de Tom y sonrió carnívoramente.

En ese mismo momento, una sombra surgió detrás de las cilíndricas excrescencias cubiertas de púas de un cacto gigante. Tom dio un pequeño grito. Era una mujer, vestida con el uniforme rojo vivo de los yacimientos petrolíferos (la B mayúscula sobre el pecho izquierdo) y con el rostro de hiena contraído en una mueca asesina.

Un brillante puñal, de alargada hoja, relumbró bajo la doble luz lunar.

—¡Brenda!

La hoja se clavó en el hombro de su mujer. La asesina intentó sacarla, hundirla más profundamente. Pero un manotazo de Brenda la tiró al suelo.

—¡Ayuda! ¡Asesinas!

El piquete de guardia, entre alaridos, corría hacia allí. Con el hombro chorreando sangre, Brenda dio dos o tres puñetazos a la otra, que cayó al suelo, inerte. Tom se arrojó sobre su mujer, palidísimo.

—¿Qué te han hecho? ¡Brenda, contéstame!

—No es nada; un arañazo. Vosotras, ¡animales, measmos! ¿Es ésta la protección que me dais? ¡Llevaos a esta mujer!

La subteniente se disculpaba con frases que intentaban ser femeninas y humildes a la vez. Había de nuevo una sonrisa carnívora en los labios de Brenda, mientras una de las números le restañaba la sangre e intentaba aplicarle un apósito.

—Por más que... ¡Atenta, subteniente!

—¡Señora, sí!

—Mañana, a las nueve, esta mujer será llevada bajo guardia a las escaleras de Gobernación...

—¡Nos asarán vivas para liberarla!

—Te digo yo que no, te digo yo que no. Mi marido y yo estaremos allí.

—¿Estás bien, Brenda?

Otra sonrisa de la mujer; esta vez llena de lascivia.

—En ciertos aspectos, sí. En otros, no. ¡Llévensela!

—¡Señora, sí!

—Y tú y yo, vámonos a dormir. ¿Vale?

Mientras ella se desnudaba, Tom observó con los prismáticos la no muy lejana San Miniato. Oyó a Brenda hablar por teléfono... Al parecer, era con la madrina. «No puedo con esto, madrina; va a ser imprescindible recurrir a la fuerza... Y eso sin perjuicio de que les sirvamos el suministro que desean cuando se pueda. ¿Mañana a las diez? ¿Seguro?». Tom miró, repasó a través de las lentes las negras casas de la ciudad. Había una ventanita encendida. A través de los vidrios empañados de la ventana vio el cuerpo de una mujer, que, completamente desnudo, se contemplaba en el espejo. Vio el rostro contraído, sufriente. Se dio cuenta de la privación que aquella lejana feminidad solitaria experimentaba. Después, se volvió y vio a Brenda, fumando un cigarrillo, ceñuda, completamente desnuda también, sobre la colcha de moaré dorado. Un humor rojo se traslucía en el vendaje.

Se sintió inexplicablemente y brutalmente excitado. Aquella noche tuvieron un amor salvaje, ininterrumpido hasta el amanecer, agotador. Y no necesitó beber, por primera vez, «aquella porquería».

—¡Sangre y atentados! —dijo Brenda, al amanecer—. ¡Pues no pides tú poco!

## SAN MINIATO: LA MADRINA

Eran las nueve y cuarto de la mañana. Se hallaban los dos en las escaleras de Gobernación, acompañados de la *podestá* y la jefa de seguridad. Una densa masa de mujeres, esta vez sin pancartas, amenazadoras, ceñudas, esperaba.

—¡Tú tienes un marido para ti sola, measmo! —aulló una de las mujeres.

Las miradas de todas estaban fijas en Tom. Se había vestido severamente, con traje oscuro y sin adornos, en virtud de las recomendaciones de Brenda. En cuanto a ella, más gigantesca y violenta que nunca, llevaba una blusa de seda, abierta sobre el pecho, mostrando claramente que en esta ocasión no la protegía ninguna coraza. Un calzón cortísimo de cuero dejaba al descubierto sus piernas, que, aspadas, la sostenían como dos columnas de metal. «Desde luego, ésta no se cae», pensó Tom, observando la maciza línea de las pantorrillas, la atiburonada y musculosa superficie ancha de los muslos. «No, no se cae... ¡Vaya piernas que tiene!».

Brenda vociferaba por el amplificador que tenía en la mano. Las nueve y media. De vez en cuando, la jefa de Seguridad le dirigía una mirada, a la cual Brenda contestaba con un imperceptible gesto negativo.

Seguía diciendo tonterías, lugares comunes.

—Y la seguridad de nuestro pueblo requiere a veces sacrificios que es preciso realizar. Yo os prometo, porque puedo hacerlo, que el coeficiente se elevará en fecha muy próxima. Sé perfectamente que aquí es del tres por ciento y en San Cataldo del once. Pero en verdad, en verdad os digo, que aquí, en esta ciudad que produce el ochenta por ciento del petróleo, que refina el ciento por ciento, que es la segunda ciudad del planeta, vuestras necesidades serán cubiertas, incluso con un coeficiente superior... Trabajad, cumplid, obedeced, y los procedimientos en caliente serán vuestros. Nuevos proyectos de la Administración prevén el ampliar las naves actualmente en uso. No menos de diez mil plazas más serán habilitadas en breve plazo...

—¿En qué plazo? —aulló una mujer—. ¿En veinte años? ¡Me habré muerto ya!

Un coro de alaridos carniceros subrayó esta afirmación. Las diez menos diez. Brenda hizo un gesto afirmativo en dirección a la jefa Vittorini. Ésta, a su vez, hizo un nuevo gesto en dirección a las grandes hojas de la puerta.

Éstas se abrieron. Salió un pelotón de doce mujeres, llevando entre ellas, aherrrojada, a la asesina de la noche anterior. Hubo un flujo inmediato de las mujeres hacia la escalinata. La jefa Vittorini empalideció.

—¡Deteneos! —aulló Brenda, y su voz, mil veces amplificadora, retumbó con cientos de ecos en los altavoces de la plaza—. ¡Deteneos! Esta mujer quiso

asesinarme ayer, a pesar de que yo sólo pienso en vuestro bien...

Sólo Tom vio cómo el dedo pulgar de Brenda desconectaba el amplificador. Oyó un susurro: «Acércate... ¡Acércate, condenado, y haz como si me dijeras algo!». Tom se acercó.

—Oye... ¿Y qué te digo?

—¡Escuchad! —gritó Brenda, después de conectar el amplificador de nuevo.

Un suave bordoneo, al que nadie prestó atención, se escuchaba proveniente de las alturas.

—¡Escuchad! Mi marido ha pedido que perdone a esta asesina... Y lo haré. ¡Suéltela, subteniente, que se vaya con los suyos! ¡Sí, he dicho que la suelte!

Rumores aprobatorios entre la multitud. Algunas voces leves decían: «Bueno está lo bueno, peor llegar hasta el asesinato... eso, no». «Además, mira, la están soltando de verdad». «¿Y, ahora, qué hacemos?». «Esta Brenda della Scala no es mala del todo; yo creo que cumplirá...». «¿Volvemos al trabajo, chicas?».

El bordoneo se intensificó bruscamente. Entre alaridos de las mujeres sorprendidas, centenares de aviones de aterrizaje vertical tomaron tierra en la plaza, en las terrazas, en las planicies cercanas a San Miniato. Miles de policías se derramaron en unos segundos sobre las mujeres de la plaza, policías de pechos enormes, de caderas elefantiásicas, de brazos musculosos y de porras hechas con cable de acero. En un par de minutos, la manifestación, a pesar de las sonrientes protestas de Brenda, había sido disuelta; San Miniato, ocupada completamente, y la paz, restablecida a porrazos y a empujones.

Al anochecer, mientras el rumor general era que «la señora lo hubiera arreglado todo ella sola, pero esas malditas policías mandadas por la madrina...» se reanudó el trabajo *manu militari* en todos los pozos de San Miniato.

Brenda, sonriendo carnívoramente, regresó a San Cataldo, con Tom y la servidumbre. Tom la contemplaba con cierto temor, no exento del respeto que siempre había sentido. Tal vez unos meses antes no hubiera comprendido la maniobra. Hoy lo había entendido todo perfectamente.

## VIDA SOCIAL

Alguna mala poetisa del planeta había dicho alguna vez que la vida era como un firmamento; como un negro cielo de mujeres iluminado por los brillantes puntos de las estrellas, que eran, naturalmente, los hombres. Sólo el buen natural de las nativas de San Cataldo impidió que fuera torturada y muerta inmediatamente después de haber proferido semejante ridiculez. No obstante, como todos sus poemas eran del mismo tono, decíase que, después de leerlos, más de una mujer no había vuelto a ser la misma. En cuanto a los hombres que los habían leído, era igual; tenían suficiente resistencia para aguantar eso y más.

Desde luego, Brenda della Scala no se había molestado en leer las obras de aquella masculinizada mujer. Se hallaba en los últimos meses del embarazo, que soportaba con facilidad, sin cesar ni un momento en sus ocupaciones. Viéndola, con el vientre hinchado, sobrecargada con aquel peso supletorio, Tom pensaba cuán cierto era que las mujeres fuesen el sexo fuerte, el sexo dominante. Hacía falta una indudable dosis de fortaleza para soportar tal cosa. Un hombre no hubiera podido. Claro que, si un hombre hubiera tenido que aguantarlo, entonces no habría sido un hombre, sino una mujer.

La lunagialla, con su enorme convexidad reluciendo sobre las desconocidas constelaciones, iluminaba la terraza del palacio Della Scala, donde se celebraba una fiesta más. Los farolillos de colores ponían un alegre contrapunto a las mesas bien servidas y a la orquestina que interpretaba canciones sentimentales.

—Esa expedición —decía la *podestá* Pertini— es muy peligrosa y no sirve de nada.

—Debemos progresar; es necesario —contestó Brenda, agitando orgullosamente la melena leonina—. Fíjate bien, Pertini, y tu también, Lattuada.

Se inclinaron las tres sobre un plano, seguidas por la atenta mirada de Tom.

Se hallaban plasmados en él tanto el continente R, perfectamente conocido en su tercera parte, como el gran océano, y el continente P, completamente desconocido.

—Desde San Cataldo hasta estas islas. Ya están exploradas, y no hay nada en ellas. Tendré allí pronto un repuesto de víveres y combustible. Y después, desde las islas hasta este punto.

El lápiz de Brenda trazó una línea, apretando tan fuertemente que la punta se rompió.

—¿Y qué utilidad representaría eso? —dijo la *podestá* Pertini—. Ni siquiera hemos explorado el interior del continente R. Aún hay media docena de mujeres que han huido con sus hijos al interior, y no sabemos dónde están. Más valdría...

—Una cosa te digo —respondió Brenda, dirigiendo a Tom una mirada de soslayo, preocupada por la inconveniencia que la *podestà* acababa de decir—: cuando los habitantes de la Tierra vengan...

—Maldita sea la Tierra y sus computadoras.

—Maldita sea. Pero cuando nos localicen otra vez y vengan, necesitarán sitio.

—Bueno, pero ¿están allí los insectos!

—¿No los derrotamos cada año?

—Sí; claro. Y cada año atacan con más fuerza.

—Tendremos que enfrentarnos con ellos alguna vez de forma definitiva.

Se enfrascaron en una discusión sobre conveniencias económicas, sobre concesiones y explotaciones. Lattuada no era partidaria de la expedición, pero tampoco lo era de que Brenda della Scala la realizase ella sola y se adjudicase grandes extensiones de terreno en el lejano continente Perdido.

—¿No te aburrirnos, Tom? ¿Por qué no te reúnes con los demás hombres?

No; no le aburrían. No en balde se había tragado por completo casi toda la biblioteca del palacio Della Scala, y eso que sólo estaba compuesta por librotos descabalados, en su mayor parte novelas rosas y novelas amarillas, y solamente un par de docenas de libros científicos. En cuanto a reunirse con los demás hombres... ¡Bah! Eso era lo que menos deseaba.

La velada se componía de unas treinta mujeres, y no más allá de doce hombres. Hasta podía considerarse una proporción excesiva, dadas las circunstancias reinantes. Pero Tom se encontraba mejor escuchando esta conversación, que le interesaba muchísimo, que hablando de trapos y de decoración con el resto de los hombres.

Todos ellos eran maridos únicos, a excepción de cierto personaje por el que Tom había comenzado a sentir un odio mortal. Estaba también el celeberrimo Alfio dall'Assassino, hecho un brazo de mar, procurando ser el centro de la reunión. La madrina no había venido; no se encontraba muy bien. Este Alfio, sin que se supiera muy bien por qué, había intentado intimar con Tom, sin conseguirlo. Tom había experimentado una repelencia inmediata hacia él, sólo inferior a la que sentía por aquel otro personaje, aquel Mario Trani. A pesar del interés y la dulzura que el retorcido Alfio había puesto en él, Tom se había cerrado como un molusco, impidiendo cualquier confianza. Además, algo sospechoso le navegaba por la mente cuando contemplaba la forma rara con que Brenda y él se trataban. No en vano la odiosa poetisa había dicho que «para las cosas del corazón, los hombres poseen un sexto sentido». Había sobrevivido, a pesar de esa afirmación.

—Ya vale de comentarios —dijo la Pertini—. ¿Nos reunimos con los señores?

Los señores, poco atentos a su línea, estaban devorando desmán picado, desmán con guarnición de hojas de *ectizia*, desmán en filetes y desmán en *turbante* con *carpitas* y carne de *dindo*.

Tom se sirvió en un plato unas cuantas lonchas. De la mantecosa carne color crema se desprendía un aroma exquisito y penetrante que inundaba las pituitarias y hacía percibir su delicado sabor aun antes de introducirlo en la boca.

Formaron un grupo Brenda, Tom, Alfio dall'Assassino, la coronela Visconti, muy femenina con su uniforme, la *podestá* Pertini, la *podestá* Fisichella (que había venido de San Miniato para unas gestiones administrativas), la gerente Elda Frattina (mujer de confianza de Brenda, que llevaba la firma de casi todas sus empresas) y el inevitable y odioso personaje, Mario Trani.

Bebían Chianti en altas copas de cristal soplado a mano, patrimonio de la familia Della Scala desde nadie sabía cuántas generaciones. La *podestá* Fisichella comía a grandes bocados una hermosa ración de *lucértolo* en salsa.

Aún coleaban los comentarios sobre la expedición.

—Y si nadie quiere hacerla —dijo Brenda—, cualquier día equipo mi aéreo, lo cargo de combustible y me voy yo sola allí.

Tom hizo una mueca.

—No lo dirás en serio, querida.

—Yo sólo hablo en serio de estas cosas, mi amor. Y dejémoslo por ahora. Hablemos de otra cosa; de la hermosa noche que hace.

—Y de lo bellos que son los caballeros —añadió la *podestá* Fisichella, entre bocado y bocado de carne. Como *podestá* de una ciudad provinciana, no tenía ocasión de contemplar hombres que se salieran de lo corriente. Incluso, a pesar de su cargo, había tenido que conformarse con un matrimonio triple.

—Llevas un bonito traje, Tom —dijo Alfio, sonriendo venenosamente.

—Regalo de Brenda —contestó Tom, con una sonrisa no menos venenosa—. El tuyo es muy hermoso también.

—Regalo de Beatriz.

—Claro.

—Hay que ver —dijo la gerente, Elda Frattina, notando la tensión que proliferaba en el ambiente— lo poco distintos que son los trajes de hombres y mujeres, y lo distintos que son a la vez.

—Usted dirá —respondió Tom fríamente—. O son distintos, o no lo son. Pero ¡las dos cosas a la vez...!

—Bueno; yo quería decir...

—No; si ya lo sé —cortó Tom—. Tanto hombres como mujeres llevan pantalones. Los de las mujeres son, normalmente, estrechos y ceñidos hasta el tobillo. Los de los hombres, anchos, acampanados, y solamente hasta un poco debajo de la rodilla. Menos los de alguno que los lleva más cortos.

Clara alusión a Mario Trani, que los llevaba un par de dedos por encima de la rodilla. El muchacho se limitó a sonreír, no dándose por aludido.

—Las mujeres —continuó Tom— llevan botas hasta media pantorrilla; los hombres zapato plano o esarpines. Las mujeres, a veces, llevan botas de caña alta hasta la rodilla. Además, las mujeres llevan casi siempre esas corazas de metal o de cuero con aletas en los hombros y los brazos desnudos; los hombres llevan blusas espumosas, sedosas, undosas. Los hombres llevan sombrero; las mujeres, no.

—¡Qué estupendo resumen! —dijo, obsequiosamente, Elda Frattina—. Su marido es un genio, señora.

—Sí; lo es —contestó Brenda, y su expresión daba a entender claramente que «podía haber sido un genio en otras cosas»—. Por eso me casé con él.

Parecía que Mario Trani le hubiera leído el pensamiento.

—Donde debe ser un genio un hombre —dijo dulcemente— es en el amor.

—Todos son genios en eso —dijo la coronela Visconti, con una galantería muy militar—. Conocí yo a un pelirrojo que... ¡ejem!, ¡ejem!

Se cortó bruscamente. Estas historias de soldadotas y orgías no eran para contarlas delante de señores.

Tom miraba fijamente a Mario Trani. Conocía perfectamente su vida y milagros, pues no en balde había formado parte de su misma promoción en la Administración. Además, había sido uno de los que le adjudicasen aquella horrible noche de novatadas. No, Tom no pensaba olvidar esto, y alguna vez...

Porque este Mario Trani era un caso especial... Con extraordinaria habilidad, había ido construyendo su futuro desde el mismo momento en que ingresó en la Administración. Cuando llegó a la pubertad y comenzó a ser útil para cualquiera de los dos procedimientos, fue uno de los pocos que eligió en exclusiva el procedimiento caliente. Dejó que su cabello rubio creciera, hasta formar una undosa melena sobre los hombros, mientras que los demás muchachos, para dar muestras inequívocas de su sexo, lo llevaban muy corto, como Tom Mumford. No le fue perdonado un solo día de servicio, ni salió antes de hora de la Administración. Únicamente la casualidad quiso que Tom y él salieran a la vez de allí, aunque protegidos muy diversamente por la fortuna.

Los demás compañeros le llamaban «Su Virilidad» no sólo para darle un título honorífico burlón, consecuencia de los absurdos humos que tenía, sino para manifestar de alguna forma cómo hacía honor al procedimiento que había elegido.

Porque Mario Trani, con sus azules ojos, su cabello rubio, su recta nariz y su roja boca, formando todo ello un conjunto hermoso pero desvaído, probaba todo y seleccionaba en consecuencia. Las candidatas, atraídas por su belleza de efebo, eran minuciosamente observadas, interrogadas y casi disecadas quirúrgicamente por el apuesto mancebo. Después, seleccionaba lo mejor, medido en liras e influencia, y, por último, las pasaba al banco de pruebas definitivo, o sea, la cama.

Como, además, aceptaba regalos (fuesen en metálico o en especie), acabó su

licenciatura en la Administración con una mediana fortuna, que le permitió establecerse por su cuenta en una deliciosa, aunque diminuta, villa del barrio norte de San Cataldo. Conservó a todas sus antiguas amantes, todas ellas de gran fortuna y notoria influencia, aunque su logro máximo, el tener como amante una de las Nueve, no había sido conseguido todavía. Sabía, además, jugar con el corazón y los sentimientos de ellas, burlándolas, haciéndolas esperar, negándoles a veces sus favores, poniendo un cebo que luego no entregaba, siendo, en suma, veleidoso, lleno de caprichos y completamente cruel. Como un verdadero hombre.

Y como verdadero hombre, se había negado a ser subastado, esquivando así esta adjudicación definitiva a una o varias mujeres que le hubiesen impedido ejercer el oficio más viejo del planeta.

Naturalmente, era odiado a muerte por los hombres decentes de San Cataldo. Sin embargo, las normas sociales eran tales que ningún hombre (posible fuente de hijas) dejaba de ser admitido en ningún lugar, hiciera lo que hiciera. De no ser así, ni siquiera Tom hubiera podido entrar en sociedad.

—Por otra parte —dijo Mario Trani, suavemente—, hay cosas en el sexo que no son ciertas. Parece ser que el pelo largo es característico de las mujeres, y el corto de los hombres. Sin embargo, yo lo llevo largo, y no pasa nada.

—Naturalmente —contestó Tom con acritud—. Como que no significa nada, como otras mil cosas. Aquí lo único que cuenta es que los hombres son escasos, y las mujeres no... Si fuera al revés...

—¡Qué maravilla! —dijo la coronela Visconti, poniendo los ojos en blanco—. Mis mujeres estarían encantadas...

—A lo peor no tanto —respondió Tom—. Pienso yo que no. Podemos examinar tres situaciones sexuales diferentes...

¿Por qué ese malnacido de Mario Trani estaba aproximándose a Brenda e intentando hablarle en voz baja? Discretamente, mientras continuaba su perorata, Tom se deslizó a estribor, intentando introducirse entre ellos.

—O los hombres son menos y las mujeres más, caso del planeta. O son el mismo número, en cuya circunstancia los sexos tendrían el mismo valor. O las mujeres menos y los hombres más, en cuyo caso los hombres trabajarían y serían dueños de las cosas, y las mujeres serían el objeto deseado y codiciado. Pero el supuesto más interesante es el intermedio; igual de cada sexo. Habría que hacer muchas suposiciones para decidir...

No le escuchaban. Comían, bebían, charlaban entre sí. Y, sobre todo, Mario Trani continuaba su lenta aproximación hacia Brenda, que le escuchaba con esa bobalicona sonrisa de mujer cuando se ve (orgullosamente) asediada por un hombre atractivo.

—... y puedes venir cuando quieras. Strada Nuova, doscientos veintitrés; es una pequeña villa con jardines. Estaré encantado de recibirte.

—¡Ejem! —dijo Tom tan brutalmente que todas se sobresaltaron, Mario Trani, con una sonrisita, se apartó un poco. Su rostro decía: «¡Ah, tú eres el amo legal, pero yo seré lo que quiera y cuando quiera!». Brenda estaba muy seria, dando a entender con su expresión (¡parecía sincera!) que aquello no le interesaba nada.

La velada acabó poco después, y mientras Giuseppe y el cuerpo de la casa recogían todo, Brenda y Tom se retiraron, sin decirse una sola palabra.

## VIDA ÍNTIMA

¡Si bastase con estarse quieto y dejar hacer...! Pero la insaciabilidad sexual de Brenda se manifestaba hasta en el deseo de que él participase de sus estremecimientos y eso... eso era algo que Tom, penetrado profundamente de la sinceridad que le debía a esta mujer admirable; era incapaz de fingir.

Además, ella, sobre todo al principio de su matrimonio, era agotadora en todos los aspectos. El cúmulo de energía de que estaba sobrecargada se mostraba trabajando sin cesar (cerca de diez horas diarias), haciendo viajes a pueblos o a San Miniato, organizando continuas fiestas para Tom (pensando que le gustaban) o haciéndole asistir a veladas de otras prepotentes como ella. Si hubiera conocido bien a Tom, se habría percatado de que lo que él quería era estar a solas con ella, charlar, tener las manos cogidas y, además, disfrutar de tiempo Ubre para leer y pensar un poquito.

—¡Ésa es la vida de una funcionaría de tercera! —dijo Brenda cuando él se lo explicó—. ¡No es la nuestra!

Continuó Tom sus ejercicios físicos. Pero ni siquiera en esto lo dejó Brenda actuar por su cuenta. Le buscó un monitor, llamado Patrizio, uno de los pocos atletas que existían en San Cataldo. A Patrizio, de joven, un accidente desafortunado le había privado de los atributos sexuales que le hacían deseable, dándole unas horribles cicatrices y una lisura de piel inesperada. La Administración, tras el oportuno expediente, había prescindido de sus servicios, de unos servicios que, por otra parte, no podía prestar. Patrizio, marginado, había desarrollado músculos y había participado en peleas entre hombres, muy cotizadas y a las que, con gran reprobación de la sociedad honesta, asistían buen número de mujeres. Luchaban desnudos o semidesnudos, incluso en pozos de barro, o ataviados con vestiduras bárbaras, recamadas de joyas falsas y de gran número de dorados. Pero, a pesar de todo ello, Patrizio fue un excelente monitor de gimnasia y lucha para Tom, y acabó tomándole una adoración sin límites. Ya viejo, sin empleo ni retiro, era lo único que podía hacer.

—Brenda.

—Qué.

—Yo he leído en unos de los libros... ¿Cómo es que no tenéis un radar en el puerto?

—¿Radar? ¿Qué es eso?

No sabía por qué, pero le pareció que Brenda sabía perfectamente lo que era un radar. No obstante, se lo explicó.

—¡Oh, no! —dijo ella—. No es necesario.

—Podrías prevenir las invasiones de los insectos; los barcos navegarían con más seguridad...

—Sí; sí lo he comprendido. ¿Uno de los viejos inventos terrestres? Pero te aseguro que no hace falta, Tom. En algo tienen que entretenerse las mujeres... ¿eh, hermoso Tom?

Y ella nunca quiso oír hablar más de esto.

—Ven, acompáñame; tengo deseos de hacer el amor contigo. No me cansas nunca, Tom.

Estaba en los últimos días del embarazo y seguía deseándole, y eso a pesar de que la doctora Guerra le había recomendado que dejase las relaciones sexuales por una temporada.

En este aspecto, Brenda era tan impositiva y vehemente como en toda su vida. Cuando quería sexo, lo necesitaba ya, sin paliativos ni retrasos. Manoseaba el cuerpo de Tom en todas sus partes, lo acariciaba, le decía frases que tan pronto eran dulces como espantosamente brutales. Se sentía Tom como un instrumento musical entre sábanas de seda; era tocado, pero no resonaba; era interpretado, pero no daba melodías.

¿Y las miradas de Brenda a la botella enjovada? «¿Acaso no puedes privarte de eso?». En otros tiempos, sabiéndola insatisfecha, Tom hubiera soltado unas lagrimitas. Ahora, no; ahora sólo pensaba en darle la satisfacción que ella necesitase, y en volver a sus lecturas y a las notas que iba tomando, pergeño aún lejano del libro que pensaba escribir.

Porque, para Brenda, como siempre, cuando quería sexo, la carne era lo primero. Era un montón de manos que se multiplicaban, era el pellizcar, el amasar, el tratar de dar placer (inútilmente), era el hablar de lo que iba a realizar, y el decir lo que hacía, al mismo tiempo que lo estaba haciendo. Ese cuerpo gigante, tan extraordinariamente sensible, tan deseoso de gozar, era el fracaso número uno de Tom.

Tuvieron conversaciones sobre ello. Aún no habían llegado a pronunciar palabras fatídicas, tales como «Nuestro matrimonio es un error» o «Me equivoqué contigo», pero algo le decía a Tom que no faltaba mucho, y que si no se pronunciaban nunca, sería peor, porque eso significaría algo malo... Alfio, Mario Trani o cualquier fulano de los arrabales.

¿Sería cierto que los primeros días eran importantes, y no menos las primeras noches? ¿No se rompería algo en San Miniato? Tal vez las cosas hubieran marchado de otro modo si hubieran tenido un viaje de bodas tranquilo, sin sublevaciones, ni atentados, sin nervios ni tensiones.

Salían con el coche; iban al Sartirano, el bar preferido de Brenda, donde casi inevitablemente estaba el muy odioso Mario Trani. Tomaban desmán, bebían vino espumoso de la Scaglia; eran recibidos como emperadores. Pero eso era solamente el

prólogo de lo que venía más tarde.

Exigía que Tom le amase.

—Tom... por favor. ¿No sientes nada? ¿No puedo darte placer de ninguna manera?

—Sí siento algo; un poquito, corazón...

—No basta con eso. Deberías volverte loco de gusto, querido mío. ¡Me desvivo por hacerte cosas, y tú ahí, con las piernas apretadas y esa maldita botella al lado!

—Bueno; ya lo sabías...

—Pero yo pensé, yo creí...

—Y ¿qué puedo hacer yo?

—A veces pienso que no me quieres. Si me quisieras... ¿O es que sólo soy la máquina de ganar liras?

—¡No digas eso; no soporto que digas eso! Comprende; esto no lo es todo; yo te quiero. Más que a nada en el mundo, Brenda. Pero ¿qué le voy a hacer? ¡No siento nada!

Vino la respuesta, brutal, contundente.

—¡Finge, maldición!

Le compró un cochecito de dos plazas, una preciosidad lacada en rojo, con parachoques cromados y un impresionante surtido de faros. Le llevó trajes y joyas, le enseñó a pilotar un aéreo. Hasta los carnets de conducir y pilotar, dada la influencia de Brenda, se los dieron sin necesidad de examen.

—¿Es que no me deseas, Tom?

¿Cómo no iba a desearla? Mil años de su vida hubiera dado Tom por sentir un excelente orgasmo con Brenda, como aquel único caso cuando ella, herida y chorreante de sangre, le poseyó en San Miniato. Pero con la progestiridina sólo lograba erecciones, no placer; y sin placer no experimentaba la necesidad de realizar ninguna actuación placentera para su esposa.

Una tarde le llamaron del edificio Della Scala. Era la apoderada, la fiel Elda Frattina. Brenda había sido llevada a la clínica a toda prisa. Había roto aguas.

Hasta el último segundo estuvo firmando documentos y dando órdenes.

—¡Si fuera niño! —había dicho Tom.

—Bueno... —había contestado Brenda, con renuencia—. Si es niño, cumpliremos con las normas. No soy una obrera insatisfecha, como para fugarme. Pero espero que sea niña. Y que se llame Brenda. Y que siga mis pasos, y sea la feliz dueña de un imperio.

El parto apenas duró veinte minutos, sin la más mínima complicación. Para cuando llegó Tom a la clínica, conduciendo su flamante TOM-882, la pequeña Brendita —amasijo de carnes rojizas, ojos cerrados, puñitos engarfiados— reposaba en su cunita de la maternidad.

—¿Serás igual que tu madre? —dijo Tom viéndola a través del cristal—. ¡Serás igual que tu madre!

El nacimiento no les unió. No había sido el niño prometido, el niño deseado, el que podía ser educado por Tom con las ideas que en su cabeza iban surgiendo sin cesar. No vino el que podría ser el padre de todos los hombres, el nuevo profeta, el que podría aprenderlo todo y sustentar la antorcha de una nueva vida en el planeta.

Había sido otra mujer lo que había nacido. Otra Brenda della Scala en pequeño. Por tanto era Tom mismo el que debía continuar, abandonando la vida cómoda. Faltaba algo que hiciera detonar ese proceso.

## *La arquitectura*

El edificio Della Scala era un gran bloque encristalado de doce plantas. No menos de cuatrocientas empleadas, bajo la dirección de la todopoderosa señora, o en su ausencia, de Elda Frattina, prestaban sus servicios dentro de él. Algunos viejos, ya jubilados, completaban sus menguados ingresos en los puestos de venta de helados o refrescos en las diversas secciones. Forzudas mujeres, de mentalidad escasa, atendían la limpieza. No era lo menos importante la potentísima emisora de radio, para las comunicaciones con los diversos buques. No existía el radar.

Otro edificio impresionante era el palacio de la Señoría. Tradicionalmente se le venía considerando como la sede del Gobierno, y su gigantesca fábrica de acero y esmalte cobijaba lo que todas llamaban «los servicios centrales de las Nueve». Situado en plena Piazza della Mercatura, solamente una parte de él era moderna, la construida con paneles de acero inoxidable, con vigas de esmalte púrpura intercaladas. El resto iba degenerando por grados hacia una prodigiosa antigüedad. Se pasaba del acero al hormigón armado, de aquí a la piedra berroqueña, y de aquí a unas naves o bastimentos, edificados con madera de los enormes árboles de la región. Lo rodeaba un foso lleno de agua, alimentado por el caudal del río Bélice. Decíase que sus subterráneos profundizaban, en el interior del terreno, ocho o diez o más pisos. Radicaba allí, sobre todo, el cuartel general de la policía de Seguridad.

Terrible arma ésta, y, por ello, cualquiera de las Nueve que hubiera podido hacerse con su dirección, hubiese dominado a las demás. Pero las Nueve eran hábiles, y además de sojuzgar con mano de hierro la economía del planeta, no pretendían hacerse daño entre sí. Por eso, los grados superiores de la policía de Seguridad eran un inextricable entrecruzamiento de primas, sobrinas, hermanas, tías y nietas de todas y cada una de las Nueve. No había sublevación militar posible. Si una sola de las nueve familias hubiera intentado dominar la policía, se habría encontrado sin remedio

con una gavilla de parientes de las demás, que, habiéndose enterado del plan, lo habrían hecho abortar en minutos.

Pero mientras en la cúspide del palacio de la Señoría giraba sin cesar una misteriosa antena enrejillada, por sus pasadizos de piedra, por las estancias del subsuelo, pictóricas de oscuridad, por las galerías de espesa madera de quercia y por las terrazas ultramodernas, circulaban sin cesar el oro, la vida y la sangre del planeta entero.

## EL LIBRO DE TOM

Como era de suponer, la pequeña Brenda fue encomendada al cuidado de dos hábiles y frescas nodrizas, y abandonada por sus padres casi de inmediato. Tom no sentía excesiva ilusión por la criatura. Y Brenda no la sentiría hasta que no pudiera moldearla a su gusto. Y para eso faltaba tiempo.

En realidad, ninguno de los hombres del planeta parecía sentir gran cosa por las hijas. Tom trató de averiguar si los que habían tenido un niño experimentaban otros sentimientos distintos. Comprobó que no era así. En cuanto a las mujeres que daban niños a luz, sucedían dos cosas diametralmente opuestas; o bien los menospreciaban, ansiando haber tenido una hija en vez de algo que nunca sería nada y que acabaría en la Administración, o bien se les desarrollaba por ellos un cariño y una obsesión casi enfermizas, como las que en tiempos debió sentir Giovanna *la Nera*. La Administración, sabedora de que estos casos existían, tomaba precauciones muy especiales para evitar las huidas. A pesar de ello, en este momento había como una docena de madres y niños desaparecidos.

Otro tema era el de la paternidad. Sin perjuicio de que a nadie le preocupase lo más mínimo el que una mujer quedase en estado ni de quién (salvo en el caso de estar casada legítimamente), existían unas presunciones absurdas atribuyendo el origen de las niñas recién nacidas.

—¿Qué te crees tú? El padre de ésta es un hombre que ya lo hubieras querido...

—Un tío feo de la Administración, seguro.

—No sabes de lo que hablas, measmo. ¡Mírala si es hermosa! El vivo retrato de su padre...

—¿Y quién es? Si puede saberse...

Un nombre susurrado al oído, y una mueca de incredulidad de la interlocutora.

—¿Ése? ¡Tú debes creer que soy tonta! ¡A mí no me desbridaron ayer, encanto! Si a ése su mujer no lo deja salir solo aunque arda el mundo... ¿Cuándo te has acostado con él, di?

—Te aseguro que...

—¡Puerca miseria! ¡A otra con ese cuento, furfante!

Cosa que, si la parturienta estaba ya en buenas condiciones *físicas*, acababa generalmente a trompazos. Si no lo estaba, al no perdonar la ofensa, una vez recuperada, buscaba a la que había dudado de su palabra, largándole una buena sarta de bofetadas en cuanto le era posible.

Según las estadísticas de la fiscalía del Supremo (de once años de antigüedad) el 87 por ciento de las peleas personales, con lesiones o sin ellas, provenían de

pretendidas atribuciones de paternidad.

Lo malo era que esas atribuciones constituían un verdadero rosario. Porque si la legítima esposa del pretendido padre se enteraba, se consideraba a su vez con derecho a romper unas cuantas mandíbulas y a ennegrecer algunos ojos, con objeto de dejar bien claro que la única que disfrutaba de los favores del hermoso Enzo o del prestigioso Piero o de la bonita barba de Enrico era ella sola, y nada más que ella sola.

Si hubiera sido cierto el número de hijos que se atribuían a Mario Trani, el pobre mozo habría tenido que tener una relación sexual cada doce segundos. Desde la miserable obrera de los arsenales hasta la encumbrada administrativa, todas habían tenido hijas de Mario Trani.

A Tom no dejó de caerle el mismo sambenito, aunque Brenda se lo tomó con bastante tranquilidad. Y eso que las mujeres del planeta tenían cualquier cosa menos paciencia, sobre todo en cuestiones que afectaran al sexo. La sensibilidad en carne viva, el continuo hambre de contactos que casi todas sentían, la exacerbación de sentimientos, eran campo abonado para las peleas y las brutalidades. Sólo que en este aspecto, como siempre, Brenda no se anduvo por las ramas. En cuanto oyó que una pequeña comerciante del barrio sur presumía de tener una hija de Tom, fue a buscarla, le deshizo la cara a puñetazos y acabó destrozando con una estaca la tienda de porcelanas que la pequeña comerciante poseía. El asunto le costó casi cien mil liras de indemnización, y una súplica de la *podestá* Pertini para que no se tomase estas cosas tan en serio.

—Si lo llego a tomar en serio, Francesca —respondió Brenda, echando llamas por los ojos—, la mato allí mismo.

—Pero ¡por favor! ¡Ten en cuenta que ni siquiera tú...!

—Ni siquiera yo, ni siquiera yo. ¡A mí me gusta el ejercicio físico, Francesca!

Como de costumbre, las masas, que adoraban a Brenda, le dieron la razón. ¡Cualquiera hubiera hecho lo mismo!

El segundo caso fue todavía más grave. Y peor aún, puesto que estaba directamente relacionado con el libro de Tom.

Éste avanzaba con lentitud. Su título, de momento, era: *La posesión del hombre en nuestro mundo*. Pero faltaban cosas. Ni la biblioteca municipal, ni la de la editorial Vallone (sobre ésta habría mucho que hablar, y Tom había anotado varias cosas en su memoria) habían podido surtirle los datos que faltaban. Quedaba por investigar el prodigioso archivo de la Señoría, pero Brenda se había negado reiteradamente a solicitar el permiso.

Poco a poco, había calado en él la idea de que el hombre y la mujer debieran ser iguales en derechos. Y de que la única causa de la anómala situación existente se debía exclusivamente al hecho de que el número de hombres fuese tan inferior. Pero

¿acaso debía reflejarse esa situación sexual también en el poderío económico? El 98 por ciento de las propiedades del planeta correspondían a las mujeres, así como toda la actividad comercial, militar, administrativa o de servicios. ¡Tenía que haber soluciones! ¡Tenía que haberlas!

Mientras las encontraba, Tom chupaba ansiosamente cualquier fuente de información que le permitiera añadir datos.

Y aquí apareció la capitana Jacoma Attendolo, una de las mujeres que más presumía de conquistadora de la policía de Seguridad. Alta, esbelta, con ardientes y negros ojos, una melena corta de color caoba y un ligero bozo sobre el labio superior, que subrayaba mucho la potencia de su feminidad, tenía fama de ser la mujer que más hombres había poseído en todo San Cataldo. Lejanísima pariente de los Sforza, apenas gozaba de influencia. Siempre entrampada, jugadora, despilfarradora, con visos de subordinada, estaba bastante mal considerada por sus superiores. Pero eso no era obstáculo para que algunos hombres ansiosos de experiencias se la rifasen. Se sabía de cierto que estuvo liada con el célebre Mario Trani durante unos meses, y que fue la única mujer que pudo sacarle algunas liras alapuesto muchacho, en vez de soltarlas ella.

Pero tenía unos conocimientos que Tom necesitaba. ¿Cómo era la vida de la milicia? ¿Qué pensaban todos los miembros de la policía? ¿Cómo solucionaban, dentro de un orden militar y formal, sus problemas sexuales? ¿Era cierto que a los grados superiores a comandante se les privaba del clítoris mediante una operación quirúrgica? Todos esos rumores o verdades y muchos otros que corrían eran tema necesario y vital para el libro de Tom, y cuando conoció a Jacoma Attendolo en una recepción de la madrina, se lanzó sobre ella tal que el sediento lo hace sobre una fuente cristalina.

No le impresionó el luciente uniforme de gala de la policía, ni el arte con que mostraba sus correajes, ni el brillo de sus botas de cuero de triceronte. No. Lo único que buscaba era información... aunque la fuente donde iba a buscarla era la más peligrosa de San Cataldo.

Por su parte, Jacoma Attendolo tenía un sexto sentido, muy especial, en sus relaciones con los hombres. No cometió el error de asediar a Tom desde el primer momento, ni tampoco el de decir una sola palabra que permitiera ver que sus intenciones eran las que se podían suponer. Se limitó a contestar, a comportarse correctamente y a dar la información que conocía. La que no conocía, se la inventó. Y el pobre Tom, confiadamente, se lo tragó todo.

Coincidió aquello con una temporada en que Brenda se hallaba ocupadísima. Habían vuelto a surgir problemas en San Miniato, y la nueva ciudad de Santa Catalina no avanzaba todo lo rápido que era preciso. Estaba ausente, generalmente sin previo aviso, y, a menudo, una semana seguida.

Y como Tom no podía recibirla en su casa, ya que hubiera estado mal visto, y como Tom consideraba que las convenciones sociales eran algo que no debía ser respetado en exceso, se encontraban normalmente en el Sartirano. Desde lejos, Mario Trani, rodeado de una cohorte de mujeres pudientes, les observaba con una sonrisa amarillenta.

Mientras tanto, el bueno y tonto de Patrizio, a quien Tom llevaba para cubrir las apariencias, sorbía una bebida espumosa en una de las mesitas más lejanas.

—Entonces... ¿cómo se suministra la dotación de pases para la Administración?

—Bueno, querido señor Della Scala. Hay diversos sistemas. Existe un turno de rotación, en primer lugar, y después, unos premios otorgados por comportamiento, limpieza y orden en las revistas de comisario, méritos de guerra y otros.

—Explíqueme, por favor...

El Sartirano era terriblemente acogedor. Gozaba de un barman jefe, Arístides Prunas, aún de buen ver, que comandaba una docena de mujeres como sirvientas de barra o como camareras. Tenía un mostrador, en forma irregular, tras el cual se apilaban las botellas, el terciopelo rojo y los espejos de marco dorado. Seis cuadros de hombres perfectos, en diverso grado de desnudez, aunque sin rozar lo sicalíptico, ornaban el local. Y entre mesitas de madera brillante, luces indirectas, servicio esmerado y los mejores manjares, era el local predilecto de la sociedad cohete de San Cataldo. Hasta la propia madrina había ido allí, en una ocasión, y tomó una copa de Infierno. La copa se guardaba en una vitrina, con una plaqueta de bronce alusiva.

El sexto sentido decía a Jacoma que jamás conquistaría a Tom. Por tanto, se conformaba con salir con él, fingir que la conversación era íntima y observar de reojo a las mujeres presentes, para ver quién podía servir de testigo de su conquista. Una mala bicha, realmente, esta capitana Jacoma.

Pocas, o ninguna, sabían que en el entre tanto, la capitana no escaseaba sus visitas a un pobre fulano de los arrabales, un tal Saverio. Era su recurso cuando no disponía de otra cosa mejor. Sin educación, ya un poco mayor, ajado, el mismo Saverio decía: «Cuando no tienes otro instrumento, vienes por el mío... ¡sinvergüenza!». A pesar de todo, Saverio aún conservaba la potencia viril.

El embarazo de Jacoma no tardó en hacerse notar. Y todas las malas lenguas de San Cataldo lo atribuyeron, como era de pensar, a Tom Mumford. Ni siquiera la misma Jacoma se privó de hacer alusiones en este aspecto. Era su orgullo y su fracaso, a la vez.

A partir de este momento, las cosas sucedieron con gran rapidez. Alguien debió informar a Brenda, porque una tarde se presentó en el Sartirano con todos sus atavíos de guerra. Incluso llevaba un puñal de estilo florentino colgando de la cintura.

Se hizo el silencio. Brenda echaba llamas por los ojos ante las miradas gozosas de las mujeres que avizoraban una buena pelea. Mientras tanto, Tom se puso pálido, y la

capitana Jacoma se preparó para mantener el tipo.

Brenda se situó en el mostrador, junto a los dos.

—He oído comentar por ahí que una capitana de la policía anda diciendo que va a tener un hijo de mi marido. Como da la casualidad de que mi marido no es ningún padrote, que los hay, y sólo se acuesta conmigo, sólo queda por pensar que esa capitana es una mentirosa, una harapienta, una furfante y un measmo completo. Y, además, que nació de un semen en malas condiciones, por lo mal parida que debe estar.

Brenda se había pintado los labios de un rojo detonante, y cuando una mujer se pintaba la boca, eso sólo quería decir una cosa: que estaba dispuesta a romperle el alma a quien fuera.

Lentamente, la capitana Jacoma extrajo una barrita de carmín y procedió a delinear en rojo vivo la dura curva de sus labios. Después, mirando al cielo raso, habló.

—He oído decir —dijo—, he oído comentar —añadió, con los grandes pechos sacudidos por una respiración jadeante— de alguien que pretende ser más que nadie y haber conquistado más hombres que nadie, cuando ni siquiera ha podido conquistar a su marido. Lo único que ha podido hacer ha sido pagar más que ninguna otra en la subasta, pero eso no es bastante para darle placer a un hombre, si en la cama no se sabe cómo comportarse.

Hería en lo vivo, en lo más sangrante del corazón de Brenda. Ésta fue a decir algo, pero Jacoma Attendolo no la dejó.

—De manera que también digo: esa señora, por llamarla de alguna forma, es una *schifosa*, una *mascalzone* y un measmo de primer orden, capaz sólo de parir fetos deformes. ¡He dicho!

—Por favor... —dijo Tom, débilmente.

No le hicieron ningún caso. Arístides Prunas, aterrado, se retorció las manos, no sabiendo cómo poner paz. Malo era indisponerse con una de las Nueve, pero ¡con una capitana de la policía!

Brenda pasó al ataque directo. Tenía el rostro rojo, ardiente, las narices dilatadas, la boca contraída, mostrando sus grandes dientes blancos. Bajo la coraza de cuero, los pechos pequeños y anchos, de que tan orgullosa estaba, se movían tumultuosamente al compás de la veloz respiración.

Avanzó; agarró a Jacoma por las solapas del uniforme.

—¡Sinvergüenza, malnacida! ¡Tú a mí no me insultas!

—¡Ni tú a mí tampoco, a mí no me insulta ninguna a quien desbridaron con un taladro a motor, porque no podían de otra manera!

Tom intentó introducirse. La fuerte mano de Patrizio lo apartó. Brenda le dio dos enormes bofetadas a Jacoma, que rebotó en el mostrador, derribando una botella y

varios vasos, y se incorporó, echando sangre por la boca. Sus ojos negros parecían dos carbunclos. Se lanzó sobre Brenda, que la esperó a pie firme, y que antes de que llegase a su altura, le plantó en las narices el puño cerrado, poniendo en el golpe toda su alma. Se oyeron crujir los huesos y los cartílagos.

—¡Brenda, por favor! —gritó Tom.

Una cohorte de mujeres babeantes de gusto rodeaba a la pareja, jaleándolas y aplaudiendo los golpes. En el fondo del local dos o tres hombres bien vestidos se cubrían los ojos. Tom se avergonzó de esa señal de debilidad. ¿Por qué actuar así? ¿Por qué? No había ningún motivo para no ser tan fuerte como una mujer. Y aunque la mujer que amaba estaba recibiendo ahora una buena paliza, se prometió conservar la calma. Se irguió, se apoyó en el respaldo de una silla y, con un vozarrón inesperado, aulló:

—¡Mátala, Brenda! ¡Rómpele los huesos!:

Jacoma machacaba el rostro de Brenda con los puños; le había hinchado un ojo, que, semicerrado, no veía nada. De vez en cuando, Brenda rompía la guardia de la policía, y le asestaba un solo golpe, pero de un efecto demoledor. Luego, aguantaba el menudear de puñetazos y de puntapiés. Le había desgarrado el justillo de cuerpo, y estaba casi desnuda hasta la cintura, con pingajos de ropa colgando por todas partes. No estaba en mucho mejor estado el uniforme de Jacoma. Al tener los pechos grandes, necesitaba llevar sujetador, y de un golpe, Brenda se lo había roto, con lo que las dos blancas prominencias bailoteaban ahora al compás de los porrazos.

De pronto, Brenda retrocedió un poco. La capitana se confió, y entonces, con un soberbio *uppercut*, Brenda plantó el puño cerrado en la mandíbula de la otra. Se oyó un chasquido seco, y algo como una explosión de sangre pulverizada salpicó a las espectadoras más cercanas. Jacoma Attendolo se derrumbó como una masa informe y no volvió a levantarse.

Las mujeres aplaudieron.

—¡Muy bien! ¡Buena paliza!

—Se la ha merecido...

—Nueve y ¡diez! ¡Completamente KO!

Tom se arrojó sobre Brenda.

—Pero, Brenda, mi amor, ¿cómo has podido pensar...?

—No pienso nada. ¡A ver...! ¿Alguna más dice que ha tenido que ver con mi marido?

Silencio sepulcral.

—¡Pues vale! Y tú, Tom, que sea la última vez que veas a esa animal... Y ahora, te vienes conmigo.

Se lo llevó, casi arrastrando, mientras Tom sorprendía miradas de envidia en los ojos de las mujeres más próximas.

El BRENDA esperaba en la puerta. Tom oyó algún comentario...

—Lo mejor para una buena noche de amor —decía una— es haberle dado antes una paliza a una rival...

—Y haber ganado —añadió otra, filosóficamente—. Porque si no...

Del Sartirano a la mansión Della Scala había exactamente ciento sesenta metros. A pesar de eso, Brenda, rugiendo en voz baja, se las arregló para alcanzar los ciento veinte kilómetros por hora, y parar después, con un frenazo brutal, casi nada más haber arrancado.

—¡Sube!

Había una botella de coñac en la mesilla de noche. Brenda rompió el gollete contra la pared, destrozando de paso una moldura dorada de casi un siglo de antigüedad, y se echó el licor en el rostro y el pecho. Lanzó un gemido, cuando el alcohol rozó las heridas. Tom se sentía excitadísimo, «intelectualmente» excitadísimo. La deseaba, la deseaba más que nada en el mundo. La visión de aquel cuerpo casi desnudo (ella estaba arrancándose a tirones la ropa que le quedaba encima) le enternecía, le hacía sentir, como una llamarada interior, el deseo, el ansia de desnudarse a su vez (lo hizo rápidamente), de acostarse junto a ella, darle placer, decirle en voz baja cuánto la quería, y cuánto le debía, y que era la única persona que le importaba en este mundo.

—Ámame —dijo Brenda, cogiéndole por los hombros.

Después, le besó, y al mismo tiempo fue llevándolo con firmeza no exenta de dulzura, hacia la gran cama con colcha de raso llena de flores bordadas (un poco hortera, en el sentir de Tom). Él la acarició, comenzando por el cuello y los hombros, como a ella le gustaba, y continuando después, con las puntas de los dedos, por el principio de los magullados pechos. Ella le besó de nuevo, y con delectación, Tom se dejó seguir y dirigir en el juego de la lengua que a ella tanto le gustaba.

Ya estaban allí aquellas grandes y femeninas manos, cogiéndole de aquella forma inmediata y brutal que era tan característica de Brenda.

—Por favor —dijo ella, cuando se reclinó en el lecho, al lado suyo— por favor, ámame esta noche... lo necesito. Por favor te lo pido, haz lo que puedas, pero hazme ver que me necesitas, que soy capaz de hacerte sentir...

A los pocos momentos, Brenda estaba al rojo vivo, ansiando poseerle, ansiando sentir a fondo.

Tenía especialmente sensibles los pechos, y sobre todo aquellas bonitas puntas rosadas que tanto gustaban a Tom. Aun cuando él, en la parte homónima, no sentía nada, permitía gustoso que Brenda le hiciera jueguecitos, y la acompañaba en ello, sabiendo que las caricias con la punta de los dedos y, sobre todo, un ligero roce con las uñas o con la lengua, la enloquecían.

Habían hecho el amor de distintas maneras, y muchas veces, pero la postura

predilecta de Tom, era aquella en que Brenda se colocaba sobre él casi sentada con las pantorrillas recogidas bajo los muslos. Normalmente, cuando alcanzaba el orgasmo, se ponía las manos en la nuca, cerraba los ojos, y movía el torso de un lado a otro, de una forma que, no por encantadora, dejaba de ser para Tom un poco desconcertante.

Así pasaron unos minutos.

—¡Qué remedio! —dijo ella, con cierta dureza—. Ni así. Toma, bebe.

Le tendió la botella enjovada.

Quizá sólo faltaba un poquito de aquello, porque Tom experimentó una erección brutal, y ella le siguió, gimiendo y retorciéndose.

—¡Dime algo! —dijo ella—. ¡Por favor, dime algo!

Tom no supo qué decir. No sabía que decir. Luchó por decir algo hermoso, pero, de la forma más estúpida, sólo se le vinieron a la mente frases de su libro. ¡Qué horror, que inoportuno!

—Te quiero... —susurró—. ¿Qué otra cosa quieres que te diga?

—Nada —murmuró ella—. Y yo te quiero a ti, Tom, más que a nada. Adoro tus ojos, tan tontísimos como son, adoro la forma de tu boca, tu manera de hablar, esas tontas manías que tienes de hacer gimnasia y de escribir libros. Por ser tuyas, las adoro. Hasta tu mal genio, las pocas veces que lo tienes, me gusta. Dime, ¿has sentido algo?

«A una mujer tan maravillosa no puedo mentirle», pensó Tom. «No sería honrado».

—Bueno... sí... un poco... así, de lejos.

—Vamos, que no has sentido nada. Que no soy capaz de darte placer.

Ella descabalgó, y se tendió junto a él. Le tomó en las manos el pene ya flácido. Era un gesto que le gustaba mucho hacer después de terminado el amor.

—¿Y esto?

—¡Oh, yo te aseguro, cariño, que no ha sido de nadie! Sólo tuyo. ¿No habrás creído que la capitana...?

—No. ¿Cómo voy a creer eso? ¿Cómo vas a hacerle caso a ninguna, estando yo aquí?

«También tiene razón en esto», pensó Tom, arropándose con la colcha cursi de raso rojo. La arropó a ella, que dio un resoplido, y se quitó la colcha de encima.

—Tengo calor. No me tapes. Me desesperas, Tom... me desesperas... ¡Es horrible! ¡Daría lo que fuera por hacerte sentir!

—¿Y qué voy a hacer yo?

—¡Puerca miseria!

Luego durmió.

Al día siguiente, sin saber cómo, mientras se hablaba en la ciudad de la

gigantesca pelea del Sartirano, Brenda se encontró deambulando sin rumbo por San Cataldo, parando en una *trattoria* o en un figón, bebiendo una copa o comiendo una ración de desmán con alcaparras.

Jacoma Attendolo tenía fracturadas dos costillas, la nariz y la mandíbula. Hasta la misma madrina había tenido que intervenir para parar el escándalo y las consecuencias legales del asunto.

Brenda tomó en las manos el volante del coche. Resopló. Le dolía el cuerpo entero, y le habían tenido que dar ocho puntos en una mejilla.

Sin darse apenas cuenta de lo que hacía, Brenda encaminó el vehículo hacia el barrio norte, donde estaba la pequeña y coquetona villa de Mario Trani. Inconscientemente, se recomendó.

## *La editorial Vallone*

Al principio le acompañó la propia Assunta Vallone, una de las Nueve, la dueña de la editorial, del *Corriere de la Sera*, y de participaciones en transportes, vidrieras, componentes electrónicos y mobiliarios. Luego, pretextando sus ocupaciones, le dejó en manos de una de sus apoderadas.

Vio las grandes máquinas que tiraban sin cesar pliegos y pliegos de papel impreso. Y sin embargo, le extrañó que sólo hubiera media docena de rotativas para la única editorial del planeta. O se leía poco o había poco que leer.

Todos los libros estaban impresos en *offset*, con aquellos tipos punteados propios de los ordenadores, aunque se le permitió la entrada a disgusto. Seis mujeres uniformadas de verde, con aspecto de mastines, tecleaban fatigosamente, copiando, al parecer, de viejos volúmenes casi destrozados. Tom intentó ver uno de ellos. No se lo permitieron.

De vez en cuando, una de las mujeres parecía tener un problema. Llamaba entonces a una supervisora (de verde, pero con galones) y le consultaba algo. En ocasiones, el problema se resolvía con facilidad, y la mujer seguía tecleando en el ordenador. Otras, la cosa debía ser más compleja, pues la supervisora se pasaba un rato tomando apuntes, arrancando hojas y escribiendo anotaciones a máquina.

Sonó la sirena. Las mujeres se retiraron y le dejaron un momento solo. Tom lo aprovechó velozmente.

Tomó, al azar, un volumen descabalado que había en un estante lleno de libros de igual clase. Se titulaba *Un yanqui de Connecticut en la corte del Rey Arturo*. Le recordó algo, nebulosamente, algo leído años antes, pero el título no era el mismo. Tomó otro libro. Se llamaba *Lo que el viento se llevó*, y la autora, como era lógico,

era una mujer: Margaret Mitchell Marsh. Había fotografías, amarillentas y ajadas por el tiempo. Un hombre, vestido de negro, besando a una mujer ataviada con un traje de gran escote, bordados, tules y adornos. Pero ¿qué tenía aquel hombre de extraño? No era su bigote, ni sus grandes orejas... Era... era... ¡Eso era! Su aspecto viril, dominador. Era él quien besaba a la mujer, y no ésta quien lo besaba a él. Denotaba poderío, dominación. Otra fotografía. Un baile. Mujeres con tules y organdís, con grandes faldas extrañas, hombres con uniformes anticuados. Pero ambos grupos en el mismo número. Nada de un hombre por cada diez mujeres. ¿Qué significaba esto?

Los hombres parecían firmes, seguros de sí mismos, imperiosos, autoritarios. Las mujeres parecían dulces, comprensivas, adorando a los hombres con la mirada. ¿Acaso...?

—Permítame.

Era la gerente. Con firmeza, quizá con algo de temor en sus ojos azules, le arrebató el libro de las manos y lo volvió a colocar en el estante.

—Son cosas reservadas a la dirección general de la empresa.

La mente de Tom comenzó a sacar consecuencias. No había estado nunca en una editorial, pero esta editorial le pareció muy extraña.

## LA HUIDA DE TOM HACIA EL SALVAJISMO

Una mano movió un poco el hombro de Tom.

—Dudado, señor —dijo la voz de Patrizio—. No se duerma.

—No, no. No pierdas cuidado.

El aéreo de doce plazas, ocupado por Patrizio y Tom, con las butacas y la pequeña sala de juntas atestadas de paquetes, bultos, víveres, municiones y agua, volaba velozmente hacia oriente. Seis mil pies más abajo, el oleoso océano desconocido encrespaba suavemente sus ondas, mientras los vellones de alguna nubecilla suelta pasaba rápidamente junto a las claraboyas.

Se encontraban ahora a tal distancia de San Cataldo que la radio era inoperante. Su alcance estaba limitado a unos ciento cincuenta kilómetros, y quizás hubiesen recorrido ya más de seis mil. Aquel vuelo desesperado, con la muerte en el alma, recordaba a Tom otro vuelo, en el que casi no sabía conducir un aéreo.

Doce días antes, Brenda había desaparecido. Al principio Tom pensó en uno de aquellos viajes inesperados que hacía de cuando en cuando, sin previo aviso y sin informar a nadie. Por otra parte, la puesta en marcha de Santa Catalina la estaba privando de mucho tiempo. La nueva ciudad debía estar terminada completamente antes de que nadie fuera a habitarla. Debía ser algo majestuoso, moderno, amplio.

Pero, más tarde, Tom encontró el planisferio del planeta con una línea roja señalando las islas Orientales y una ensenada del desconocido continente P. Al lado había una orden escrita a la capitana del buque *Orlando de Rimini* para que desembarcase en las islas gran cantidad de pertrechos, cosa que debía ser hecha de inmediato. La orden era de diez días antes de su desaparición.

¡Aquella loca! ¿Habría sido capaz de emprender en solitario una exploración que varias docenas de mujeres aguerridas hubieran temido?

—¿Elda Frattina?

—¡Señor, sí!

—¿Qué sabe usted de mi mujer?

—Nada, señor. Estamos todas muy preocupadas en las oficinas. Nunca ha estado fuera tanto tiempo.

Silencio por parte de Tom. Se sintió capaz de todo.

—¿Qué sabe usted del buque *Orlando de Rimini*?

—¿El *Orlando de Rimini*? Capitana, Elisa Giancarlo, una mujer de mucho temple... Salió de puerto hace casi un mes bajo órdenes directas de la señora... Se espera su retorno dentro de dos días.

—¿Puede usted comunicarse con él por radio?

—¿Por radio?

—¡Sí, y no repita continuamente lo mismo que yo digo! Preguntó a la capitana Giancarlo si ha descargado en las islas Orientales, y si es así, si tiene noticias de la señora. ¡Inmediatamente, Elda!

Un tanto sorprendida por este despliegue de energía, proveniente de un hombre tan sólo, Elda Frattina colgó el auricular y dio órdenes a la sala de radio. Había muchas interferencias, dado el calor del verano, pero aun así, la costera de Brandistocco pudo comunicar a media tarde con él *Orlando de Rimini*. Sí, la capitana Giancarlo, cumpliendo órdenes de su excelencia, había descargado gran cantidad de material de todas clases en las islas Orientales. Se incluía relación mecanografiada por triplicado. La relación comprendía dos barracas de chapa ondulada, armas, alimentos enlatados, combustible en grandes cantidades, vestuario de exploración, municiones, bidones de agua, medicinas, herramientas, utensilios y útiles de todas clases. El costo total del envío ascendía a seiscientos veintitrés mil doscientas noventa liras. El combustible y los salarios devengados en la travesía ascendían a...

—¡Basta, basta! ¿Y qué sabe ella de mi mujer?

—Nada, señor. Absolutamente nada. Desde el puente de mando creyeron ver un aéreo pequeño sobre las nubes, pero no están seguras. Igual pudo ser uno de esos grandes insectos alados.

—¿La ha buscado usted?

—¡Señor, sí! En todas partes. En San Miniato, en Santa Catarina, en todas nuestras sucursales y agencias... Hemos comprobado, además, que falta un avión de dos plazas. La señora lo sacó de nuestros tinglados en el aeropuerto el mismo día de su desaparición... No ha regresado. ¿El señor cree...?

—El señor, ¡maldita sea!, está seguro de que esa loca de mi mujer ha partido sola hacia el continente P. Para explorarlo, quedárselo para ella sola y servírselo en bandeja a las otras mujeres de la junta. Es capaz de eso y más...

—¡Señor, sí!

—Claro que sí. ¡Maldita loca! ¡Bisa, atenta!

—Señor, sí. Lo que mande. ¿Preparo una expedición de socorro?

—Haga lo que quiera, en este aspecto. Pero quiero el aéreo grande, el que tiene la sala de juntas, lleno de pertrechos. Patrizio y yo partimos inmediatamente. Ustedes pueden seguirnos después...

—¡Son casi doce mil kilómetros!

—Dos días de viaje, con una escala para descansar en las islas.

—Pero, señor... Yo no puedo permitir...

Tom se incorporó cuan alto era, que resultaba ser un par de dedos más que la rechoncha Elda Frattina. Ausente Brenda, se sentía completamente investido de autoridad.

—Usted permitirá lo que yo quiera, Elda. Será mucho peor si se niega. ¡Aprisa!

Habían encontrado las dos barracas en las islas Orientales tras doce horas de viaje. Durmieron en una de ellas, cargaron combustible y continuaron la ruta marcada por Brenda en el mapa.

—No se duerma, señor.

—No me duermo, Patrizio. Sólo estoy envarado y cansado. Nada más que eso.

—Lleva usted casi dos días pilotando, señor.

—¿Verdad que sí? ¡Y aún se creen que los hombres sólo servimos para andar en la cama con ellas!

Pésima frase. Recordando instantáneamente el grave defecto de Patrizio, Tom se dio cuenta de que hubiera sido mucho mejor callarse. Apresuradamente, buscó otro tema.

—¿Resulta de tu gusto el revólver, Patrizio?

—No me gustan las armas, señor. Y ninguno de los dos tenemos buena puntería. Las prácticas que hemos hecho en las islas, señor...

—Lo sé, lo sé. Pero, por lo menos, si llega el caso, podremos armar ruido. Quizá los insectos se asusten.

—Dios y la Señora le oigan. Prefiero éstas.

Y Patrizio alzó sus grandes manos de karateca, del tamaño de jamones pequeños.

A lo lejos, la espesa niebla amarillenta dejó entrever la línea oscura de una costa baja donde rompían las olas.

Tom inclinó el aéreo, que descendió lentamente hasta los mil quinientos. El rugir del aire en los ventiladores se hizo más fuerte, y el morro, ante el contacto con una atmósfera más densa se volvió difícil de dominar.

Estaba anocheciendo. Los rayos del sol, casi horizontales, lamían el contorno de la costa, desde donde grandes nubes espesas se levantaban. Se veían árboles de un plumoso verde, grandes extensiones de playa dorada, praderas más al interior...

—¡Una ciudad!

Sí; era una ciudad. Pero una ciudad monstruosa, que se extendía hasta perderse de vista. Cuanta extensión de costa podía divisarse desde el aéreo estaba cubierta por aquellas extrañas edificaciones, que parecían hechas con hierbas o con bejucos. En las calles y avenidas, en medio de la oscuridad creciente, se avizoraba un remolinear de figuras indistintas, un escarabajeo excitado y bullente.

—Apenas hay luz, señor.

—Sí. Debemos aterrizar.

—Tenga cuidado.

—No seas pesado, Patrizio.

El aéreo derivó un poco hacia estribor, trazó una curva, inclinándose hacia la derecha, y se aproximó a una pradera no muy lejana de las primeras edificaciones.

Tom puso en marcha los propulsores verticales y, con un chirrido y grandes nubes de humo aceitoso, el aparato se posó suavemente sobre la hierba. A lo lejos, se veían unas luces verdosas, fosforescentes, signo inequívoco del lugar donde la enorme ciudad se hallaba situada.

Una vez detenido el aéreo y apagados los motores, Tom y Patrizio, como precaución inevitable, se apresuraron a llenar de combustible los depósitos, utilizando para ello parte de los *jerricans* apilados entre las butacas. Después, Tom extrajo la larga antena exterior e hizo varias llamadas en la frecuencia interna de los aéreos, tratando de localizar a Brenda.

No obtuvo respuesta.

—¿Qué cree usted, excelencia?

—No está aquí, o de estar, no se encuentra en su aparato.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Coger las armas, vestirnos y marchar a investigar a esa ciudad.

—¡Es muy peligroso!

—Todo lo es, empezando por la vida misma. ¿No te has dado cuenta de que el hecho de vivir trae consigo la necesaria aventura de la muerte?

La frase y la idea eran excesivamente literarias y filosóficas para la mentalidad de Patrizio. Por tanto, se limitó a coger las armas y una pequeña mochila con medicinas, municiones, agua y alimentos, amén de un diminuto transmisor de radio.

Tom se puso una coraza-justillo de delgado acero azul, con las inevitables aletas transparentes en los hombros, pantalones de montar y botas altas de luciente cuero negro. Con los brazos desnudos, el cinturón lleno de dorados cartuchos y el pesado revolver *Beretta* al cinto, tenía un aspecto tan impresionante que hasta Patrizio se asombró.

—¡Señor, excelencia! ¡Se ha vestido usted de mujer, comendador!

—Me visto de lo que quiero. En San Cataldo no puedo, pero aquí sí. Vamos. ¿Llevas tu pistola?

—Señor, sí. Pero no creo que sepa usarla a tiempo, porque no he practicado tanto como usted...

—¡Qué le vamos a hacer, Patrizio mío! Te aseguro que si tuviera una barrita de carmín, me pintaba los labios, ¡palabra!

El silencio del atleta fue suficiente prueba de lo que le escandalizaban estas palabras.

Una hora más tarde, después de atravesar varias praderas y bosques de árboles plumosos, que la luna gialla subrayaba con un vívido verde vegetal, llegaron a los primeros edificios.

En lo alto de largas pértigas lucían unas fosforescencias de fuego fatuo. Parecían globos de cristal en cuyo interior daban vuelta media docena de pequeños insectos

con un órgano luminiscente, porque los puntos luminosos que constituían ese sistema de alumbrado giraban y bordoneaban sin cesar, con un rumor leve, en el interior de esas esferas.

No había un ser viviente a la vista. Aparte del rumorear de las luciérnagas en su cristalino encierro, el único era el lejano borbotear de las olas contra la playa.

Patrizio y Tom se adentraron en las retorcidas calles. De vez en cuando, Tom hacía una llamada por radio, siempre sin respuesta.

La ciudad rompía los moldes de lo que cualquier pensamiento humano podía suponer. Predominaban de tal forma los puentecillos y las conexiones entre unos y otros edificios que podía suponerse fundadamente (siempre con cánones de pensamiento humano) que aquellos seres se pasaban la vida entrando los unos en casa de los otros. Cualquier rastro de aislamiento parecía cuidadosamente eliminado.

Las calles estaban pavimentadas con tierra, cubierta con esteras de hierba seca cuidadosamente trenzadas. Cada cuarenta o cincuenta metros se alzaba una de aquellas pértigas coronadas por una esfera luminosa. Cubriendo las calles, se lanzaban arcos de bambú o de una caña similar, entretejidos con piedras de brillantes colores, que destellaban alegremente bajo los rayos de luz verdosa de las esferas. En cuanto a los edificios, gozaban todos ellos de una característica común; ser de una o dos plantas como máximo. Y de varias características muy distintas: ninguno se parecía en lo más mínimo al de al lado. Había estructuras rectangulares, con ventanas cuadradas cubiertas de algo como vejiga de pescado, construcciones con altas torretas en cuya cumbre los juncos trazaban un entrelazado inhabitable, y otras en las que arcos vegetales de delgados tallos de mil colores marcaban entradas en lugares sombríos.

En otros sitios se alzaban frágiles industrias de cañas, a todas luces imposibles de habitar, dada su endeblez, pero que tenían un indudable gusto estético y un aéreo lanzamiento de formas que las hacía extraordinariamente agradables a la vista. Todo ello surcado de piedras brillantes (cuarzos, amatistas, lapislázuli, topacios, aguamarinas) combinadas de una forma a la vez caprichosa y artística que hacían que la vista fuera de uno a otro mosaico de carbunclos, de un dibujo a otro, como si misteriosas manos hubieran trazado esos hermosos caminos visuales.

¿Y los puentecillos? Cruzaban sobre las calles y los techos, unían todos los edificios entre sí, y, a veces, uno de ellos con los tres o cuatro más próximos y con bastantes de los más lejanos. También estaban hechos de las mismas estructuras de cañas, bambúes o de delgadas chapas de madera porosa. Tenían balaustradas, contrafuertes y arquivadros que los reforzaban y sostenían, y oscuras oquedades en su principio y su final daban entrada y salida a los edificios donde nacían o morían.

—¡Brenda, Brenda! ¿Me escuchas? Soy Tom... Si me escuchas, contesta, por favor.

Silencio sepulcral, y no sólo el de la radio. También el de las viviendas vegetales. Ni un solo ser viviente se movía por allí. Parecía que, ante la desconocida amenaza del aéreo, rampando en los aires sobre la ciudad, se hubieran retirado todos.

Sin poderlo evitar, Tom y Patrizio, la mano diestra en la culata cuadrillada de sus revólveres, entraron en varias de aquellas construcciones. El interior era similar, en belleza y simplicidad, al exterior. Había ligeros muebles de madera, cuyas formas en nada recordaban el mueblaje humano, escudillas y vasijas de arcilla cocida, ornadas con dibujos simétricos y con piedras de alegres colores incrustadas. Se repetía en general un dibujo consistente en una elipse con varias líneas onduladas en su interior. No había instrumentos de metal, armas ni máquinas de ninguna clase. Solamente algunas azadas o hachas de piedra dura, enroscadas mediante fibras vegetales en mangos de madera rojiza. Ni cristal, ni plásticos, ni conductores de cobre, ni porcelana. Nada que diera a entender la existencia de una industria manufacturera.

El rumor rusiente de las olas sobre la arena había aumentado de volumen. Se aproximaban a la costa, siguiendo las retorcidas callejuelas solitarias de la ciudad.

—¡Brenda, Brenda! ¿Me escuchas?

Había vasijas torneadas conteniendo un líquido claro y amarillento. Había hojas de un tejido vegetal con signos misteriosos trazados en ellas mediante un negro almagre. Había pequeñas esferas donde una única luciérnaga revoloteaba, iluminando calladamente el interior de una de las mansiones. Había jarros volcados, mantas de tejido sedoso arrugadas, muebles caídos, demostrando la existencia de una huida incontrolada, llena de terror.

Repentinamente, en una de las viviendas, oyeron el ruido rasposo de unos élitros. Era un edificio ojival, terminado en una gran cúpula asimismo ojival hecha sólo para ser vista, pues, dada su deleznable construcción, era evidente que no podía ser habitada nunca. Poco práctico, desde el punto de vista humano de cualquiera de los habitantes del planeta, incluyendo en ello al mismo Tom.

Entraron. Algo como una mesa tumbada en el suelo... un jarro volcado, derramando un líquido seroso sobre el pavimento de tierra batida, un pequeño receptáculo de arcilla conteniendo una negra tinta que también se había derramado, y, junto a ellos, unos cálamos de caña, unas hojas vegetales con la impenetrable escritura a medio trazar, y al fondo...

Al fondo había lo que podía ser, con buena voluntad, un lecho de sedas y pieles, y sobre él, el cuerpo examine de un insecto. Vivía aún, aunque era evidente que estaba agonizando. Tom lo supo, a pesar de desconocer por completo la vida y el metabolismo de esos seres.

El propio Tom se sorprendió de su valor, al ver que Patrizio temblaba ante aquella muestra de vida inhumana.

Permanecieron unos instantes mirando la extraña figura. Realmente, no había

motivo muy claro para llamarles insectos. Algunos sí que eran quitinosos, llenos de garras y caparazones. No así éste.

Era... translúcido. Su forma no era humana, pues resultaba extraordinariamente largo, con dos alas sedosas, de tono gris, que se extendían bajo el cuerpo casi inmóvil. Las piernas, compuestas de varios segmentos, ocupaban más de la mitad de su longitud, y en la parte superior había cuatro extremidades, dos a dos, terminadas en unas manos rudimentarias. El rostro, sin embargo, resultaba sorprendente, a punto de ser hermoso. Tenía unos ojos verdes, enormes, terriblemente expresivos; carecía de nariz, y la boca era una fina línea ondulada hacia arriba, que igual podía representar una sonrisa que un gesto beatífico. Una espesa cabellera blanca se derramaba sobre la yacija.

Los ojos se abrieron y cerraron lentamente, con gesto de pavor y sufrimiento. Una de las manos se alzó un poco, tendiendo un fragmento de tejido entre los pequeños dedos rosados. Hubo un estremecimiento, y la gran cabeza noble cayó hacia atrás. Tom supo que acababa de morir. Y supo, sin saber cómo, que le habían abandonado allí, al emprender una desatinada huida ante aquel horrible aparato, y los no menos horribles seres que habían desembarcado de él.

Instintivamente, tomó en su mano el fragmento de tejido que se desprendió de los deditos infantiles. Había líneas de una escritura desconocida, aún fresca, cartelas ovaladas con líneas en su interior y elipses con pequeños dibujos intrincados. Todo parecía seguir un orden y una norma. Por sí acaso, cuidadosamente, lo guardó en su bolsillo.

—Sigamos, Patrizio. Voy a llamar a Brenda de nuevo, Inútilmente. No hubo respuesta.

Continuaron su camino. Las callejas desembocaban en una amplia explanada de tierra apisonada, que terminaba en pilotes de madera, coronados por farolillos y por haces de campanillas de plata, que el viento agitaba, produciendo un cántico relajante. La impresión general era de tranquilidad, de belleza.

Contra los pilotes rompían las espumosas olas del océano y, amarradas a ellos, se columpiaban pequeñas barcas cóncavas, de proa y popa muy altas, en las que se apilaban redes, cántaros de barro, haces de maderas olorosas. Un suave aroma a madera recién cortada llenaba el ambiente, mientras las dos lunas, con su suave mezcla de luz amarilla y azulada, lo iluminaban todo.

Un poco más lejos, algo como un gran muro plateado se alzaba junto a los pilotes y las estribaciones del malecón. Parecía vivo, pues pequeñas ondulaciones recorrían su escamosa superficie. Se extendía hasta perderse de vista, sumiéndose en una zona de oscuridad.

Os deseo la paz; verdaderamente os deseo la paz. Aquello podía ser una construcción o un ser vivo. En verdad digo que os deseo la paz.

—¿Has dicho tú algo de paz, Patrizio?

—No, excelencia. Pensé que había sido usted.

—Y, sin embargo, yo he oído claramente...

Me tenéis miedo, seres blandos, y, sin embargo, yo no os haré daño.

Los pensamientos llegaban hasta las mentes de Tom y de Patrizio a oleadas repentinas, de tal forma que era preciso recapacitar y recordarlos de nuevo cada vez que se los percibía. Venid, acercaos a mí; estáis llenos de temor, pero yo no os haré daño. No podría hacéroslo aunque quisiera.

—¿Quién eres?

Soplaba una fresca brisa, agitando las campanitas de plata y los plumeros de piedras de colores que ostentaban los barquichuelos. Soy el gran pez; soy un gran pez, y estoy aquí sirviendo a los Hsui.

—Pero ¿dónde estás?

Se habían aproximado al muro plateado hasta casi tocarlo. Aquí, a vuestro lado; soy eso que creéis que es un muro.

—¿Cómo puedes hablar?

—No habla, señor, no habla... y, sin embargo, le oímos.

Tiene razón; no hablo; solamente pienso. Caminad, caminad hasta que encontréis la herida.

—¿Hacia dónde debemos caminar?

Tom estaba verdaderamente asombrado. Hacia delante, siguiendo la misma dirección que llevabais. Caminad hasta la herida. Aquello era vida inteligente; un poco molesta, porque los pensamientos del ser (¿había dicho que era una gran pez?) ... Sí; soy un gran pez... Se entremezclaban con los suyos, produciéndoles un cierto revoltijo mental. Caminad hasta la herida.

Lo hicieron, un poco amedrentados ante aquella vida desconocida, y al mismo tiempo tranquilizados al pensar que nadie quería hacerles daño.

El muro iba creciendo en altura, y era claramente perceptible que estaba formado de grandes escamas plateadas. A veces, pequeñas aletas de elegante forma se entreveraban entre las escamas. Se agitaban un poquito. Han huido todos, porque os temen. No les hagáis daño. Están sanos, no enfermos. Debéis respetarlos.

—¿A quién no debemos hacer daño?

Había una herida enorme en el murallón plateado. Una herida sangrante, roja, que goteaba una serosidad amarilla. A los Hsui, a los que llamáis vosotros los insectos... están sanos. Son buenos poetas, buenos músicos... ¿Oís las campanillas de los Hsui? Son la bienvenida a los pescadores. Acercaos; no temáis... La herida era gigantesca y en el suelo del muelle reposaban varios cuchillos de piedra, algunos de cobre, y unos cuantos cubos de madera donde se amontonaban trozos de carne roja, aún humeante.

Sin saber por qué, Tom se sentía invadido de una extraordinaria compasión por

aquel ser enorme, cuya bondad se derramaba en ondas y en avalanchas en todas direcciones. Encontró unas cajas de mimbre artísticamente trenzado, con peculiares dibujos que recordaban rostros grotescos. Los ojos y algunos rasgos estaban trazados con piedras de colores y con hilillos de plata o de oro burdamente trabajados. Dio la vuelta a una de ellas y se sentó, mientras Patrizio, respetuosamente, permanecía de pie.

—¿Ha venido por aquí otra persona como yo?

El gran pez emanó sorpresa. No; no que yo sepa, ser blando. Nunca oí hablar de ello. Pero puedo enterarme. Tom, lentamente, guardó su revolver en la funda. Gracias; sé que eso mata, aunque no creo que quieras matarme a mí. Espera.

Pocas veces en su vida se había sentido Tom tan reposado y tranquilo como estaba ahora junto a Sobodor, el gran pez. Ni siquiera se le ocurrió pensar cómo había sabido el nombre del pez. No; te aseguro que no, ser blando. He hablado con los Hsui. Están muy lejos, llenos de miedo. En lo que vosotros llamáis mil kilómetros al norte o mil kilómetros al sur, no ha aparecido por aquí otro como tú.

—Gracias, gran pez. Ahora sé que puedo regresar. Pero explícame...

Sé lo que quieres. Saca eso que llevas en el bolsillo, eso que escribió el gran Suen-Tsi, uno de nuestros mejores poetas, antes de morir. Dáselo al ser blando que te sirve, y que camine hasta mis ojos. No le sucederá nada.

—Toma, Patrizio. Anda, camina hasta sus ojos.

—La verdad, señor, yo...

—Venga, hombre. No tengas miedo. ¿Voy yo?

No. Tú quédate aquí, junto a la gran herida, que es por donde pienso mejor. ¿Verdad que donde hay sangre emana mejor el pensamiento? Camina, ser blando, que nada te pasará.

Durante un rato, los pensamientos del pez cesaron. Patrizio, sacando el revólver de nuevo, en la otra mano el pliego de tejido que recogieran junto al Hsui muerto, se hundió en la oscuridad. Pasaron sus buenos tres minutos antes de que el pez, con un pensamiento más profundo y poderoso que antes, recitase:

*En los pocos instantes de vida que me restan  
viviré de nuevo otra vez toda mi vida.*

*—cuando esos instantes pasen y queden aún menos momentos de vida...*

*Volveré a vivirla en ellos, y en ellos también viviré los instantes anteriores.*

*—cuando hayan pasado y esté más cerca de la muerte, y me quede tan sólo un  
granito de arena de existencia...*

*Volveré a vivir mi vida en él.*

*Por eso, viviré un millón de vidas, de nuevo, gracias a mi muerte.*

*Pero, al final, moriré.*

—Es hermoso —dijo Tom Mumford—. Es hermoso —repitió. Y lo sentía de verdad.

Sí; ser blando. Es hermoso. Eso escribió Suen-Tsi, durante su último millón de vidas. Vuelve a dejarlo junto a él, porque cuando los Hsui regresen, lo recogerán y lo leerán en las plazas, para que todos puedan conocerlo.

—Pero ¿qué hacen los Hsui contigo? ¡Tú no eres un Hsui!

Patrizio había regresado, respirando ansiosamente y mirando sin cesar a sus espaldas, temeroso al parecer de que de allí surgiese una nube de afiladas garras, zarpas, mandíbulas y élitros y le devorasen en pocos segundos. Me comen.

—¿Qué has dicho?

Me comen. Los Hsui me comen...

—Pero... ¿es posible? Entonces, ¡son unas malas bestias!

No. Yo me entrego a ellos.

Después, durante un buen rato, mientras las lunas caminaban pesadamente en sus misteriosas órbitas a través de la densa atmósfera nocturna, llena de ruidos de olas y de aromas de gomas vegetales, el pez explicó a Tom lo que eran los Hsui y cómo vivían.

—Tom, seguro ahora de que Brenda no estaba allí, y de que nunca había ido allí, comprendió muchas cosas antes de emprender el camino de regreso, depositar el pergamino junto al muerto cuerpo del poeta Hsui y subir de nuevo a la nave aérea.

Adiós, querido monstruo. Así resonó en su mente, por última vez, la voz de Sobodor, el gran pez moribundo, antes de que el aéreo despegase en dirección a las islas Orientales y hacia la civilización.

—Adiós, gran pez. Que Dios y la Señora te bendigan.

## DE NUEVO, LOS INSECTOS

Tres días más tarde, a un centenar de kilómetros de San Cataldo, sorprendieron las primeras conversaciones por radio.

—¡Atento, atento, atento, *Bartolomeo Colleoni*! ¡Hay una nave que se le acerca por estribor! ¡Fuego rápido!

—Aquí comandancia de Marina... Póngame en contacto con la Señoría. El ataque es más fuerte que nunca. No podemos dominarlo. Esas bestias han sobrepasado el puerto y avanzan por la Vía Garibaldi hacia la Piazza della Mercatura.

—¿Podemos establecer barricadas desde la Strada Gaggia hasta el río Bélica? Tal vez en el Ponte Nuovo...

—¡Sí, pero aprisa...! Son millares y millares...

Era evidente que el ataque de los insectos resultaba inusitado en cuanto a su fortaleza. Con una sonrisa cruel, sabiendo lo que tenía que hacer, el «hombre» Tom Mumford soltó la correílla de seguridad de su Beretta y levantó el eran del seguro. Después, hundió la palanca de aceleración del aéreo hasta la última muesca.

Llegaron en un cuarto de hora, y tomaron tierra en la terraza aeropuerto del palacio Della Scala. La torre de control, agobiada por mil llamadas, no quería atenderlas, intentado desviarles hacia el pequeño campo de aterrizaje Lattuada, más al interior, y solamente cuando Tom hizo saber quién era, accedieron a darle controles y direcciones de viento.

El viejo Giuseppe se arrojó sobre él, con lágrimas en los ojos.

—¡La señora llegó hace tres días! ¡Estaba preocupadísima!

—Me lo imagino —contestó Tom—. Déjame en paz, Giuseppe. Voy a luchar con los insectos... ¿Vienes Patrizio? ¡Merecen la muerte! ¡Necesitan la muerte!

Patrizio se inclinó un poco.

—Si me lo permite, señor; eso es cosa de mujeres.

—¡Vete al demonio!

Aún llevaba Tom su traje femenino, aún estaba satisfecho de ostentar la coraza de acero azul, las aletas transparentes y las altas botas de brillante cuero negro. Tomó una corta espada del armero, y se echó al bolsillo dos cajas de cartuchos del calibre 45, por si los de la cintura no eran suficientes.

Giuseppe, lloroso, se arrastró tras él.

—¡Señor! ¡La señora me matará! ¡No debe usted salir; esos horribles monstruos están ahí mismo, en la calle!

—¡Tranquilízate! Yo soy mucho más monstruo que ellos. Y voy a matar todos lo que pueda; habéis de verlo...

—¡Por favor, excelencia...!

—¡Vete al diablo, vejete sin agallas! —aulló Tom, con bronca voz, desprendiéndose de las garritas del viejo, que lagrimeaba sin cesar—. ¡Yo soy mucho más hombre que tú, si es que puedes pensar en lo que eso significa!

La calle era una nube de humo y de niebla verde. Se escuchaban detonaciones sordas e ininterrumpidas, y mientras se detenía unos segundos en la gran escalinata de mármol de la entrada para hacerse cargo de la situación, Tom vio una enorme masa de insectos negros y escarabajeantes que avanzaba e invadía la Piazza della Mercatura. Jamás habían llegado hasta allí. Parecía claro que las barricadas de la calle Gaggia habían sido forzadas.

Desde la Señoría llegó el tabletear de una ametralladora, mezclando su sonido de máquina de coser gigante con el raspar y el rozar de los élitros de los insectos. Gritos disformes se escuchaban entre la niebla.

—¡Dale, Joanna...! ¡Cuidado por detrás!

—¡Maldita sea! ¡Me ha cogido! ¡Auxilio, auxilio!

Con un rugido, Tom se lanzó a la faena. Así, aun a solas, sin contar aún con Brenda, se sentía (era curioso decirlo, pero sonaba bien) muy hombre, muy dueño de sí mismo. Avanzó hacia la plaza, pegado a las balaustradas de piedra del palacio Della Scala, y cuando vio que dos insectos, armados con toscas espadas de madera, se lanzaban sobre él, les deshizo la caja craneana de sendos balazos.

Si hubiera tenido una barrita de labios, se los habría pintado. Palabra que sí.

—¡Puerca miseria! —aulló, viendo que un mastodonte con doce patas y una torreta llena de ojos bulbosos se le venía encima—. ¡Vas a morir, maldito! —añadió, sintiéndose muy literario.

Tres balazos no fueron suficientes para acabar con aquel gigante. Una de las patas, terminada en dientes de sierra, raspó el brazo derecho de Tom, produciéndole una herida de poca profundidad, pero que sangró abundantemente.

Tom extrajo la espada de su vaina, y sin miedo ninguno, se lanzó sobre el leviatán acorazado de charol negro. Un enorme tajo, dado con toda la fuerza de sus músculos, rebanó la torreta llena de ojos. El monstruo se derrumbó en el suelo, derramando líquidos verdosos por la enorme herida.

Había una especie de reducto en una esquina, hecho de sacos herreros, donde media docena de mujeres resistían con dificultad las acometidas de los insectos. De un salto, Tom se introdujo allí. Su traje femenino, y sus rasgos indistinguibles entre el humo de la pólvora y la niebla del verano, confundieron a las defensoras. Eran marineras, a juzgar por sus chaquetones azules y sus botones dorados.

—¡Bienvenida, señora! ¡Todo refuerzo es bueno!

—¡Claro que sí! —dijo otra—. ¡Lo estamos pasando mal!

Había ametralladoras junto a los sacos terreros, pero las cajas de municiones

estaban vacías, y el suelo, lleno de peines y cartuchos también vacíos. Las mujeres se batían con sus pistolas y con armas de mano, machetes o sables de abordaje. Las acometidas de los insectos eran incesantes; trataban una y otra vez de sobrepasar la muralla de sacos, siendo rechazados de continuo. Una masa burbujeante de patas, garfios, oviscaptos, vientres anillados, aletas charoladas y élitros de todas clases yacía en el suelo, ante la frágil muralla.

A los veinte minutos, Tom había gastado todos sus cartuchos y tuvo que valerse de la espada corta, con mango de marfil y oro, que seguramente había conocido mejores tiempos. No había dicho una palabra, para que las mujeres no supieran que era... lo que era. Un marimacho, como ellas dirían. ¡Un rosáceo!

Hubo un momento de respiro. Los desnudos brazos de Tom sangraban por una docena de heridas. Y las mujeres, Protegidas por sus chaquetones de grueso paño, estaban en mejores condiciones. Fue entonces cuando escuchó la conversación entre dos de ellas, sobre el fondo de detonaciones ininterrumpidas. Una de las interlocutoras llevaba un delgado galón de oro en la bocamanga; una contramaestre, sin duda.

—Anda, que vaya suerte tiene su excelencia... Todo el mundo creyendo que se había perdido en un viaje de exploración y andaba liada con el puto del Mario Trani en el río de Las bolas.

—Oye, tú, es que las ricas, lo que quieren. ¡Pues no le habrá costado nada la broma!

—Pues mira que si se entera su marido. Dicen que se fue a buscarla al continente P, el pobre de él. ¡Puerca miseria! ¡Estar casado con el tío más bueno del planeta y liarse con un pendón como el Mario Trani!

—Si hasta yo, que soy una simple marinera, sé que ese pendejo sólo va por el dinero. ¡Vaya jugada, tú!

—Jugada lo que quieras, pero yo, ahora, por un hombre, daría lo que fuese... ¿Tú no sabes nada, ninguna dirección?

Un momento de duda. Ira de Tom, reprimida, pensamientos feroces, «ya te ajustaré las cuentas, vas a saber lo que es bueno; si no podía ser más que esto, me lo estaba imaginando».

—Bueno, sí... Strada Nuvolari, trescientos veintidós. Pregunta por Luigi. Di que vas de mi parte. Si no lo conocen por el nombre, tú dices que vas a ver al *Mango*, ¡Te hace de todo!

—¿Al *Mango*?

—Eso... ¡Cuidado, ahí vienen otra vez!

Un aluvión de figuras negras, verdes y rosadas se abalanzaba sobre la barricada de sacos. Aún les dio tiempo a las dos parlanchinas para otra pregunta.

—Oye... ¿y embaraza?

—¡Como nadie! ¡Garantizado! ¡Y no cobra extras!

«Me lo estaba imaginando», pensó Tom, mientras enarbolaba la espada cubierta de jugos. «Si no podía ser más que esto... ese asqueroso de Mario o el pendón de Alfio, o algún otro...». La hoja de acero, de un revés, cortó el brazo rosáceo de un ser casi sin forma conocida, un conjunto de masas amorfas, terminadas en pinzas, que intentaban llegar a la garganta de Tom. A su lado, las mujeres, olvidando su sicalíptica conversación, esgrimían machetes y sables. Una de ellas cayó al suelo, la garganta segada de raíz por dientes de sierra, arrojando dos chorros de sangre paralelos. Era inútil pretender ayudarla. Tom sintió el roce de una piel escamosa en su rostro... Iba a morir allí, no había duda... «Te voy a ajustar las cuentas... te aseguro que no lo vas a hacer otra vez...». Y sin embargo, se sentía misteriosamente orgulloso de que Brenda se hubiera llevado a la cama al hombre más codiciado de San Cataldo. Pero... ¡mira que hacerle esto, la muy furfante!

Era una larva. Su cuerpo estaba compuesto de obesos segmentos en anillo, terminados en haces de cerdas; la cabeza, con dos ingentes ojos facetados, tenía un pico córneo de buen tamaño y de aguda terminación. Se clavó en el hombro de Tom, produciéndole un intenso dolor. La espada, manejada ya con cierta torpeza, cortó en dos pedazos al ser enorme. Las heridas, llenas del veneno de los insectos, se inflamaban, se cubrían de ronchas, producían dolores lancinantes.

De pronto, el ataque cesó. Una hilera de policías, metralleta al brazo, barría la Strada Gaggia, haciendo que los cadáveres de los insectos se apilasen ante ellas, formando un muro.

La batalla había terminado. Más tarde se sabría que había costado casi trescientas muertas entre la población de San Cataldo, y casi dos millares de heridas. Pero los insectos retrocedían, vencidos. A lo lejos, los estampidos agudos de los cañones de los buques saludaban su derrota.

—¡Oye, que es un hombre!

Tom no esperó más. Saltó fuera de la barricada, tomó en sus manos un subfusil caído de las manos de una Policía muerta, y siguió tras los insectos, asesinando ferozmente, sin compasión, con rapidez, a todos aquellos que encontró.

Cuando regresó al palacio Della Scala, a las tres de la mañana, mientras San Cataldo recogía a sus muertas, Brenda le esperaba muy cariacontecida y silenciosa.

## TOMANDO POSICIONES

—Pero ¿qué haces con ese traje?

—Pues ese traje es lo que voy a llevar a partir de ahora, porque quiero. ¿Está claro, Brenda?

Estaban en el salón de los espejos y ocupaban dos sillones de frágil madera dorada, con mullidos de moaré a los que los años habían dado clase y estilo. El viejo Giuseppe les había servido un refrigerio (desmán, verduras, Valpolicella en altas copas de vidrio verde) y se había retirado después, profiriendo débiles imprecaciones contra la pérdida de las sanas costumbres.

Tom chorreaba sangre. Brenda chorreaba sangre. La espada de Tom yacía en el suelo, junto a su silla. Y lo mismo sucedía con el hacha de doble filo de Brenda, pringada de jugos de insectos. Los ojos de la mujer relumbraban como carbunclos verdes.

—No está nada claro, Tom. No es el traje adecuado para ti. ¡Eres un hombre, y debes vestir como tal!

—Y tú eres una mujer, ¿verdad? Y eso te permite hacer lo que te da la gana y, sobre todo, liarte con ese triceronte de Mario Trani.

—¡Eso es mentira!

—Pues si es mentira, dime dónde has estado estos días. Venga, a ver... ¿dónde has estado?

—Digo que donde has estado. Todas preocupadas por ti, y la señora, de pendoneo por ahí, gastándose las liras con el pendejo de Mario Trani. Por última vez, ¿dónde has estado?

—En San Miniato...

—¡Mentira, mentira, mentira! ¡Te digo que es mentira, Brenda! No has estado en San Miniato porque Elda Frattina y yo nos hemos hartado de llamar allí y de llamar a Santa Catalina, a Brandistocco y a todas partes... ¡Has estado con Mario Trani, so guarra!

—Eso no es forma de hablar de un señor.

—Y lo tuyo no es forma de comportarse de una señora. Porque si es forma de comportarse de una señora el ponerle una cuerna de cinco metros a su marido, tú me lo dirás...

—Te digo...

—¡No me digas nada! ¡Te has liado con Mario Trani, te has liado, te has liado...! ¡Lo sabe todo San Cataldo, porque hasta en el puerto hablaban las mujeres de ello! ¿Entiendes?

—Bueno, yo...

Primer error de Brenda. A pesar de todo, seguía queriendo a Tom, y ahora, después de que se había enterado de la peligrosa excursión que había hecho por ella, todavía más. ¡Maldición! Lo de Mario Trani había sido un capricho pasajero, no pensaba verlo otra vez y, además, ¿es que acaso Tom no era un frígido? ¡Ella necesitaba algo más!

Intentó contraatacar.

—Lo que no puedes es ir por ahí con ese traje. Se van a reír de mí hasta las piedras. ¡Van a decir que eres una rosa!

—¿Ah, sí? Y, de mí, ¿quién se va a reír? ¿O es que no he hecho el ridículo más enorme yendo al continente P mientras tú te revolcabas con ese sinvergüenza?

En la mente de Brenda revivieron por un momento los recuerdos de cómo Mario Trani la envolvió en sus redes, la sedujo, sintiéndola necesitada de amor físico, y la convenció para hacer un viaje con él a un lugar escondido. Que fue el oculto chalet del río de las Piedras, que, realmente, no había sido vendido. Y recordó también cómo, después de unas cuantas noches, comenzó a surgir el aburrimiento y el deseo de estar con Tom, y el pensar que había hecho una tontería mayúscula. Hasta que se separó fríamente del apuesto Mario Trani, de repente muy interesado en obtener una hermosa suma para comprarse ciertas cosas que necesitaba, y volvió velozmente a San Cataldo. Y eso para encontrarse que su marido, temiendo por su vida, había ido a buscarla a lo que se suponía era el lugar más peligroso del planeta. Estuvo a punto de salir de inmediato en su busca, pero las cosas se habían enredado de tal forma durante esas dos semanas de ausencia que le fue imposible. Después, la invasión de los insectos impidió todo vuelo y todo lo que no fuera rechazarla de cualquier forma.

De todas maneras, no pensaba admitir nada en absoluto. Aunque, dado su carácter, se consideraba con derecho a todo; sabía que a éste, no.

—Te digo que no ha habido nada —mintió—. Estuve de recorrido por lugares donde no había posibilidad de comunicación. Ésa es la verdad.

—Pues cuéntasela a la madrina, que yo no me la creo.

—Bueno... te repito que no he hecho nada malo. Pero si te he ofendido en algo, perdóname.

Segundo error de Brenda.

—¡Perdonarte! ¡No pienso perdonarte nunca! ¡No pienso quitarme este traje! ¡Y no pienso acostarme contigo nunca más!

—Eso lo veremos —respondió Brenda, amenazadoramente—. No olvides que eres mi marido, y que tengo ciertos derechos.

Tom se puso en pie.

—Pues anda; trata de ejercerlos ahora.

Por fin había llevado la conversación al terreno que le interesaba. De una forma

fría y calculada había guiado a Brenda como un corderillo de una palabra a otra, de una frase a otra. Se sentía fuerte, poderoso y dominador. Aun cuando estaba seguro de que dentro de unos momentos le iba a convenir no ser demasiado fuerte.

Brenda se puso en pie también. Echaba fuego por los ojos. Tenía la boca entreabierta, mostrando una sonrisa amenazadora, con aquellos dientes tan blancos y regulares (que tanto adoraba Tom) casi mordiendo el carnosos labio inferior.

A través de la ventana se veían arder las últimas carcasas de las naves de los insectos. Las llamaradas ponían un resplandor ondulante en la escena, embelleciendo a ambos más todavía bajo esas luminarias rojizas que daban tonos cálidos a su carne.

—¡Tom!

—¿Qué pasa?

—¡Vamos a la cama...!

—¡No quiero!

¡Qué maravillosa era! ¡Y qué excelente figura tenía! La larga túnica que llevaba, en paño oscuro de tono vinoso, y que la cubría desde el cuello hasta los pies, no dejaba de moldear sus caderas rotundas y la anchura de sus hombros. Por un instante, el bueno de Tom estuvo a punto de ceder. Sentía deseos de estar con ella, mimarla, abrazarla y... morderla. Estaba comenzando a experimentar el principio de una erección que prometía ser de bronce derretido y de duro acero, no de mangueras de goma repletas de sapos, como otras veces. El fuego le invadía los riñones. Pero siguió negándose, aunque ella se acercaba, peligrosamente bella en su furia.

—Te repito que vamos a ir a la cama y vas a hacer el amor conmigo.

—¡No me da la gana! ¡Que te crees tu eso!

—¡Puerca miseria! ¡No hables como una descargadora del muelle!

—¡Pues no te portes tú como una salida que no ha visto un hombre en su vida!

Brenda le cogió por los hombros y trató de besarle, pero volvió la cabeza, fingiendo que intentaba rehuir la boca de la joven. Fue inútil. Con una de sus duras manazas. Brenda le hizo girar el rostro hasta colocarlo en frente del suyo y después plantó su boca sobre la de Tom, ahondando lo que pudo y moviendo los labios y los dientes a la vez. Tom se sintió excitadísimo, pero trató de aguantar. Brenda le arrastraba hacia la alcoba y, fingiendo que oponía resistencia, se dejó hacer, renegando en voz baja e insultándola, lo que parecía excitar más todavía a la mujer.

De un puntapié, Brenda cerró la puerta de la alcoba y, con cierta brusquedad, arrojó a Tom sobre el gran lecho. Después, de un tirón, se sacó la larga túnica color vino y la tiró al suelo, quedándose sólo con un *slip* dorado a rayas negras, parecido a la piel de leopardo.

—Desnúdate, Tom.

Tenía la voz fría como el hielo, aun cuando la agitada respiración y la piel erizada desmentían esa frialdad.

—Como quieras —contestó heladamente Tom, aunque estaba deseándolo.

Ni siquiera dirigió una mirada a la botella cubierta de joyas mediada de un líquido aceitoso, que había en una mesita, a su alcance. Ni pensaba tocarla. No le hacía falta.

Comenzaba ahora lo que tenía previsto como el segundo acto del drama. Se recostó en el lecho, dirigiendo una mirada circular a su alrededor y abarcando en ella a Brenda, que, con mucha elegancia, se estaba quitando el *slip*.

Siempre te había gustado aquella habitación. Parecía una iglesia, un altar. Era antigua, tan antigua como el palacio, y parecía ser que generaciones de matrimonios Della Scala habíanla utilizado para sus ludibrios privados.

La cama, con dosel sostenido por columnas doradas, se alzaba atronadora sobre una tarima de madera, rodeada por una balaustrada también de madera dorada. Esta balaustrada tenía a ambos lados unas puertecillas giratorias que permitían el paso. Al fondo, frente a una pared cubierta casi por completo por dos grandes espejos llenos de manchas, triunfaba una monstruosidad de organdí, flecos y madera lacada en oro y plata; una especie de tocador cubierto de frascos vacíos y de extraños utensilios de belleza cuyo uso se habla olvidado mucho tiempo ha. Las dos ventanas en celosía, con cristales de colores, reproduciendo ambas el escudo de la familia (dos dragones devorando un cuerpo humano; más abajo, la leyenda «semper vinco», «triumfo siempre», muy adecuada para Brenda), dejaban pasar las llamaradas del puerto. Las lámparas de cristal humoso traslucían una débil luz mate, muy propia de la escena.

Brenda se recostó a su lado y le tomó en sus brazos. Trabajo le costó a Tom fingir un pequeño movimiento de rechazo, pero lo hizo.

—Si yo te quiero mucho, tesoro, —dijo ella suavemente, casi con lágrimas en los ojos—. Si no quiero más hombre que tú... Ese puerco de Mario Trani no me importa nada, ni me ha importado nunca...

Le besó.

—Me tienes rabioso —contestó Tom, respondiendo ahora francamente al beso—. Y me tienes más rabioso porque yo también te quiero más que a nada, y me da un asco horrible pensar que te has ido por ahí con ese pendón...

—Te aseguro...

—Déjalo, ya hablaremos luego; pero, ahora, déjalo. Ámame, lo necesito, Brenda.

Un inesperado fuego pasional pareció invadir a Tom.

—Quiero que goces, cariño, quiero volverte loca. Déjame que te haga así, y así...

Brenda derramaba sorpresa por los ojos. Jamás había sido tan apasionado y tan feroz, jamás había intentado hacerla sentir sino de una forma leve, como si no se atreviera. Parecía otro hombre. Comenzó a pensar que la mayor estupidez del mundo había sido marcharse con Mario Trani, teniendo algo como esto en casa. Porque Tom se estaba extralimitando, haciéndole tales cosas que creía que no iba a poderlo soportar más, que se iba a volver loca de placer... Ni siquiera se le ocurrió recordar

que de algo debía haberle servido la experiencia de cosas pasadas, cuando no era más que un desgraciado fulano explotado por el viejo Ugolino. Sí que se dio cuenta, en cambio, de que no había probado el licor espeso de la botella enjoyada.

—¡Tom! —la señaló—. ¿Es que no...?

—No, ya no, cariño. Sigue, por favor, acaríciame ahí...

—¡Te necesito, Tom! Entra en mí; no me hagas esperar más.

—Claro que sí, amor. Ahora mismo. Pero yo encima... me gusta más...

—Lo que tú quieras... como quieras, pero pronto, por favor.

Unos minutos más tarde, reposaban los dos uno al lado de otro. Tom creyó haber actuado bastante bien. Pronto iba a comenzar el tercer acto. Brenda, desmelenada, con los ojos aún dilatados, respiraba deprisa, diciendo en rápidos susurros que nunca había sentido tanto y tan bien.

—¿Y tú, Tom? ¿Y tú?

—Esta vez, sí, querida Brenda. Y creo que irá mejor cada día.

—No has bebido de... eso. ¿No lo necesitas?

—Pienso que no... Debía ser psicológico, ¿sabes? Cuando creí que te había perdido en el continente P...

Casi era cierto que había gozado. Unos débiles ramalazos de placer, lejana sombra de lo que debía ser el goce completo, le habían estremecido un poco en el momento supremo. Fríamente, los había multiplicado por mil, y había hecho creer a Brenda que aquello era el mismísimo cielo. Cosa fácil, pues ella estaba deseando creerlo.

—¿Qué había en el continente P? ¡Vas a ser famoso, tesoro! ¡El primer hombre explorador!

«No lo sabes tú bien». Tom explicó algo de lo que había visto; no todo, y, desde luego, nada de lo que el gran pez Sobodor le había explicado de la vida íntima de los insectos. Eso era un secreto que, como muchos otros que pensaba averiguar, reservaba para el momento oportuno.

—Tengo sed, Brenda.

—Yo te traigo lo que quieras, Tom. ¿Qué te apetece? ¿Agua? ¿Una carbónica? ¿Un buen vaso de *granito* helado?

—*Granito*... y algo más.

—¿Qué?

—Creo... siento decir esto, pero... después del ridículo que hice, no queda más remedio. ¿Me concederás el divorcio, Brenda?

Ella, desnuda, a punto de saltar del lecho, le miró con los ojos desorbitados.

—Pero ¿qué dices? ¿Después de lo bien que lo hemos pasado esta noche? ¿Cómo es posible que quieras eso?

—Pues sí lo quiero, Brenda. O tal vez otras cosas... Pero hice el ridículo del

todo... Piensa en la verdad de las cosas. Yo yéndome como un idiota al continente P, y tú, por ahí, de juega con ese zorrón... ¡No lo niegues!

—Lo que niego es el derecho a decir estas tonterías... Vamos, Tom... He sido muy feliz esta noche, y tú también... Creí que ya no pensabas en eso...

—¡Luego es cierto!

—No he dicho tal cosa.

—¡Lo has dicho! Y si no quieres darme el divorcio... bueno, yo tampoco lo quiero, Brenda... tendrás que darme otra cosa.

—Lo que tú quieras —contestó ella, volviendo a reclinarsse en la cama.

Tom se sentó, bruscamente, cruzándose de brazos.

—Quiero seguir vistiéndome como tú cuando me dé la gana.

—Me parece una ridiculez, pero de acuerdo. Van a decir que eres un marimacho y un rosáceo.

—Que digan lo que quieran. Y quiero el permiso para investigar los archivos de la Señoría...

Brenda torció un poco la boca. Esto no le gustaba mucho, al parecer. Pero el gesto de su marido era completamente decidido. Hizo un gesto de resignación...

—¡Tú y tu libro! ¡Qué manías tienes, Tom!

Un silencio. Cariñosamente, le acarició la barbilla con la mano.

—¿Prometes que seguirás siendo como hoy?

Tom sonrió, sabiéndola vencida. Le dio un beso ligero en la punta de la nariz.

—Prometido. Puedes estar segura de ello.

—¡Está bien! Te conseguiré el permiso, y veremos qué es Jo que sacas de esa mina de polvo...

Sólo entonces recapacitó Tom sobre el trabajo que le había costado disimular una dosis de progestiridina en la copa de Valpolicella. Pero, como decía no sé quién, todo estaba bien si acababa bien.

## LA VENGANZA DE TOM

Durante varios días, Tom se dedicó al sencillo arte de aprender a hacer el amor con Brenda, en lo que le ayudó mucho el profundo cariño que sentía por ella y, tal vez, un deseo del subconsciente de que aquello que había fingido llegase poco a poco a ser verdadero.

La cosa no era fácil, y resultaba agradecida, además. Por una parte, Brenda era tan extraordinariamente sensible que a Tom le costó poco aprender lo que debía hacer: decir unas cuantas frases ardientes en los momentos oportunos (aun cuando no las sintiese en su físico), acariciarla en los lugares adecuados (tres) y besarla fervientemente. Esto último era lo que menos le costaba, pues aunque no sentía casi nada haciendo el amor, le gustaba mucho besar a Brenda y ser besado por ella.

Poco a poco, se dio cuenta de que sí experimentaba algunos raros ramalazos de placer, que, además, parecían ser crecientes. Disminuyó un poco la dosis de aquella porquería, y no pareció producirse ninguna diferencia. No le resultaba difícil ocultarla. Acostumbró a su esposa a beber vino espumoso antes de hacer el amor, so pretexto de que le enervaba, y eso le resolvió todo. Como a ella también le gustaba mucho (Brenda había sido siempre una gran bebedora), la cosa caminó sobre ruedas.

Y parecía increíble lo maleable que podía volverse una mujer cuando se le daba gusto en aquello tan íntimo. Comprendió ahora Tom el que muchos matrimonios, sencillos o múltiples, que marchaban mal en relaciones intelectuales, se mantuviesen exclusivamente gracias a lo físico. Y sabida esta lección, se dedicó a hacer nuevos experimentos sensuales con aquella maravillosa mujer que la suerte le había dado, obteniendo un éxito inmediato, y los más prometedores resultados.

Gozando de su recién nacida libertad, Tom Mumford se impuso a sí mismo un periodo de reposo durante el cual se dedicó a recorrer el planeta. Intervino un poquito en el cuidado de la pequeña Brenda, que ya tenía un año de edad y cuya crianza estaba exclusivamente en manos de Andreina y de Annina, amén del viejo Giuseppe, que sentía por la niña un amor desmedido. Se encargó tres trajes de mujer, todos de la factura tradicional, aunque de diversos colores. Les dio un toque masculino adornándolos con alguna pequeña joya y sustituyendo las aletas transparentes por otras de color verde, gris o caramelo ahumado.

De pronto, se sentía orgulloso de ser como era y de vivir allí. San Cataldo era una ciudad hermosa, con amplias avenidas y con plazas ornadas de jardines en las que se alzaban monumentos que casi nadie sabía lo que significaban. Se distinguían con bastante claridad las sucesivas etapas de la ciudad, a medida que había ido creciendo. Los distintos estilos arquitectónicos se marcaban muy bien. Unos siglo antes, cuando

la olvidada nave terrestre llegó al Planeta, quizá no hubiera tenido San Cataldo más allá de cincuenta o cien mil habitantes. Esto hacía pensar a Tom más que una nave sola (tal cantidad de gente le parecía excesiva), fuera una flotilla de naves y transportes lo que llegó. Después, la terrible fecundidad de las mujeres había hecho el resto.

Lástima que la gran cantidad de fábricas existentes en las proximidades polucionasen el aire, y que todos los esfuerzos de las mujeres no hubieran podido terminar con los odiosos tricerontes y con sus invasiones de los campos cultivados.

Se sentía fuerte, autosuficiente. Se sentía, sin decirlo esta vez como sinónimo de algo inferior, hombre, un verdadero hombre.

Voló con un pequeño aéreo por todas partes, parándose, preguntando. No se atrevió, sin embargo, a volver a las cavernas de cuarzo rosa, por temor a encontrar el esqueleto mondo de Giovanna y por temor a ver otra vez aquellos lugares donde había transcurrido una época pastosa y casi insensible de su vida.

En los alrededores, las fábricas de papel Vallone, la empresa de automóviles Corso (también fabricaba armas y cerámica), las fundiciones Visconti, los astilleros Della Scala, y las conservas Lattuada echaban humo, expelían ruidos horribles y vertían grandes cantidades de polución sólida y líquida en las rápidas aguas del río Bélice.

En otros tiempos, seguramente el río Bélice habría sido hermoso. Atravesaba San Cataldo de medio a medio, sepultándose después bajo el palacio de la Señoría, para emerger de nuevo un centenar de metros más allá. Decíase que, en épocas pasadas, movía varias turbinas eléctricas situadas en el *palazzo*. Pero de eso no se acordaba ya nadie. Actualmente era una corriente turbia, cortada por media docena de puentes de hierro, plástico o piedra, cuyas aguas, llenas de espumas blanquecinas, de residuos grasientos, de peces muertos, eran cualquier cosa menos hermosas. Por las noches, sobre todo en verano, el hedor del río llegaba hasta los más alejados barrios de San Cataldo.

Continuaba sus clases de cultura física con el buenazo de Patrizio, y eso, en cierta ocasión, le fue de bastante ayuda.

Caminaba Tom Mumford por uno de los barrios próximos al puerto. Llevaba pantalones de bonito color ocre, con botas a media pantorrilla de tafilete rojo, coraza de flexible acero azul, con una joya de rubíes prendida, y aletas de tono pastel. En la cabeza, un gorro afilado de terciopelo verde, con airosa pluma, prisionera de un joyel de fantasía. Al costado (un tanto incongruente), su revólver Beretta del 45, para el que había obtenido, sin dificultad alguna, el correspondiente permiso. La hilera de cartuchos de latón relumbraban como presas divinas en sus pequeños cilindros de cuero. En total, un conjunto muy sentados, mitad masculino, mitad femenino. Los brazos, como siempre, desnudos, mostrando los grandes músculos que las clases de

Patrizio habían hecho brotar. Único detalle, una ajorca de bronce dorado, con un topacio cerca del hombro derecho. Se sentía masculino y muy femenino a la vez, con esa combinación que tanto hada rabiar a Brenda y que tanto le gustaba a él, cuando...

—¡Fuerza, Vittoria! ¡Mira lo que tenemos aquí! ¿Adónde vas tú solo, hermoso?

Era una calleja solitaria, aun siendo una calleja del centro. A los lados, puertas cochambrosas abrían sus huecos sobre patios oscuros, que olían a humedad y a berzas cocidas. Dos mujeres, altas como torres, se alzaban ante él. No eran feas. La una, rubia, con ojos verdes y un ligero rastro de bigote en el labio superior. La otra, pelirroja, también con ojos verdes y el cutis, rosáceo, sembrado de pecas. Las dos con aspecto de estar totalmente salidas desde el punto de vista sexual, y un tanto bebidas, lo cual seguramente colaboraba algo a esa excitación.

La llamada Vittoria (la pelirroja) afirmó severamente dos hipos:

—¿Qué nos importa a dónde va? ¡Ni siquiera me importa el que sea un rosáceo y vaya vestido de señora! ¡Lo único que me importa es que es un patrón ciento por ciento, un muñecote de fundir bombillas, y que si no me lo calzo, soy una furfante y una measmo!

Como eran dos, Tom no sintió miedo alguno. Tomó la cosa como una experiencia, con cierto humor. ¡Oh, si le hubiera pasado esto un par de años antes! El terror le hubiera licuado las piernas, no le hubiera dejado ni reaccionar.

—¿Sentís tensión sexual? —preguntó, con finura, desabrochando, por si acaso, la correílla de su revólver.

—¡Lleva un arma, Matilde! —dijo la pelirroja—. Pero eso no nos va a importar, ¿verdad?

—Desde luego que no, Vittoria —contestó la rubia, hinchando el pecho, que se detectaba grande y flácido—. Anda, ven con nosotras, patroncito. Podemos darte mil liras...

—Mil quinientas, Matilde.

—Bueno, pues mil quinientas. Y, además, nos acostaremos las dos contigo y te haremos gozar a lo bestia.

Tom estuvo a punto de reírse. Pero no lo hizo.

—Pensad —dijo— que a mí no me apetezca...

—¡Fuerza, Matilde! —dijo la pelirroja—. ¡Puerca miseria! Señor, no. No admitimos eso. La calle está sola, no hay nadie, y tres puertas más allá tenemos ésta y yo un camaranchón apropiado (dos mil liras mensuales) para nuestros ligues, que son muchos menos de los que quisiéramos... No podemos pagarnos patrones como el Tom Della Scala o el Mario Trani o el Alfio dall'Assassino...

—De manera que...

—De manera que o vienes con nosotras o te damos una paliza que no te conoce ni la probeta que te dio el ser. ¡A mí me desbridó una apisonadora, con que ya puedes

suponer lo que te espera si te niegas!

Tom se echó a reír, con unas carcajadas abiertas y grandes, mostrando la lengua y los dientes. Esto excitó de tal forma a las mujeres (vestían gruesas ropas verdes con la insignia de contramaestres de la fábrica de automóviles) que no le dieron tiempo a más. Avanzaron como *destroyers*, se colocaron una a cada lado y lo asieron de los brazos. Tom no tuvo ni un segundo libre para sacar el revólver.

No le importó. Sonriendo, con movimientos calculados, dio un paso atrás, apoyándose en el vientre de Vittoria. Ésta, con un aullido, se encorvó hacia adelante, aflojando su presa. La mano de Tom, siguiendo un camino muchas veces repetido, llegó con fuerza descomunal, de canto, a la garganta de Matilde. Mientras ésta, con los ojos desorbitados, tosía e hipaba, Tom cerró las manos, con el llamado puño «diablo», y asestó dos golpes en el cartílago cricoides de ambas mujeres. Para fin de fiesta, las asió por los hombros, e introdujo un pie tras los tobillos de las dos. Hizo fuerza hacia atrás, presionó y, con un salto cayó de pie a un par de metros.

Llorando, boqueando, con la respiración cortada, las dos mujeres yacían en el suelo, la una apretándose el vientre, la otra, tratando de recuperar la respiración. No pudieron ni proferir un juramento.

Tom esperó muy tranquilo, con la mano en la culata de su revólver Magnum. A lo lejos, sobre el mediodía del sol rojo, apareció una pareja de la policía de Seguridad, que se aproximó rápidamente.

—¿Pasa algo, señor?

Las dos contramaestres, en el suelo, se recuperaban a duras penas. Le miraron con ojos de cordero degollado.

—No pasa nada, agentes. Mi documentación.

Exhibió su documento de identidad, y el pase para visitar la Señoría.

—Excúsenos, micer Della Scala. Creímos que pasaba algo serio.

—Nada en absoluto; son amigas mías; sufren un mareo. Déjenos ustedes. Yo lo arreglaré todo.

Durante unos segundos, mientras las dos policías, aún no muy convencidas (pero, ¡cualquiera se metía con el señor Della Scala!), se retiraban, las dos mujeres salieron de su marasmo.

—Bueno; nosotras no sabíamos...

—Nos recomendamos, patrón. Pedimos excusas.

—No hay por qué —contestó Tom, con ideas criminales en la cabeza—. No hay por qué. Lo pasáis mal, ¿verdad?

Se levantaban, las dos. Tom, caritativamente, las ayudó.

—Vamos, vamos. Venid conmigo. Os aseguro que no os quedaréis hoy sin nada; vamos, si me ayudáis. ¿Queréis un hombre?

—¡Lo necesitamos como el cielo mismo! —aseguró la llamada Vittoria.

—Pues yo os lo daré. Venid conmigo. Os invito a una copa y, luego, vosotras veréis...

—Señor, sí. Lo que usted diga. ¡Y vaya como pega usted!

—Primer dan; solamente eso. Bueno, ya me conocéis. Yo quisiera haceros unas cuantas preguntas... Luego os prometo que...

Se sentaron las dos en el Sartirano, una a cada lado, muy sorprendidas de hallarse en un sitio tan distinguido y de que el patrón les pagase las copas. A las pobres no les llegaba el peculio para entrar en un lugar de tal fuste.

Bien es cierto que hicieron lo que pudieron. Se rozaron con los muslos de Tom, e incluso, cuando cogieron más confianza, le pusieron las manos encima. Tom se dejó. Lo que tenía calculado para más tarde era lo suficientemente potente como para permitirles esos tocamientos, y como para divertirse incluso con ellos. Sólo apartó la mano cuando Vittoria, muy inocentemente, quiso llegar hasta su miembro. Era materia reservada. La piel podían disfrutarla otras, sobre todo, si le daban información. Eso, no. Eso era para Brenda solamente.

Averiguó cosas impresionantes. La tensión sexual, en todo el planeta, estaba creciendo de una forma virulenta. Estas dos pobres mozas no eran más que un exponente de fe lo que estaba sucediendo en todas partes. A este paso, ¡Sí pronto habría una revuelta en la capital, lo mismo que la había habido en San Miniato. Los procedimientos calientes de la Administración no bastaban, y los fríos sólo preñaban, no satisfacían...

Arístides Prunas, escandalizado, les servía copa tras copa, que pagaba Tom, como era lógico.

«Que vergüenza», pensó Arístides, «un hombre perteneciente a esa familia pagándoles la bebida a dos mujeres. ¡Qué vergüenza! ¡Oh, *témpora, oh, mores!*». En su juventud, Arístides Prunas había estudiado latín.

—Bueno —resumió Tom, muy satisfecho, con el cerebro ahído de información, de sobrecargas sexuales, de lucha y desenfreno—. ¿Queréis un hombre que esté bueno?

—¡Como el mismísimo firmamento, señor, sí!

—Pues venid conmigo. Mi coche está ahí fuera. Sólo es dedos plazas, pero nos apretaremos.

—¡Por suerte! —dijo Vittoria, con una sonrisa lúbrica.

Le sobaron todo lo que pudieron durante el viaje, pero Tom no se opuso. ¡Pobres chicas! Al fin y al cabo, estaban sobándole con respeto y con disimulo, como si no lo hicieran.

Dirigió el Tom-881 hacia el barrio norte, hacia una coquetona villa que él y otras muchas personas conocían.

Les abrió una vieja criada que Mario Trani había encontrado como partícipe de sus aventuras, mezcla de mayordomo y celestina.

—Atadla y amordazadla —dijo Tom—. Venga.

Matilde y Vittoria no se anduvieron con discusiones. Sabían perfectamente quién era su protector y que no tenían nada que temer.

—¿Qué sucede aquí?

Era Mario Trani, muy seductor en un pequeño traje de baño de lamé de oro. Tras él, relumbraba el agua azul de la piscina, sobre la que destellaban las hojas intensamente verdes de los *arancios* y los *melangolos*, cargados de frutos rojizos. Entre las frondas se divisaba la veranda de la villa, de un intenso blanco.

—¿Os gusta? ¡Pues ahí lo tenéis!

Con el placer de la venganza, tomada en frío, como los buenos canapés de desmán, Tom asistió, muy divertido, a todo lo que Vittoria y Matilde hicieron con Mario Trani, después de llenarlo concienzudamente de progestiridina. Pareció que los gritos del buen mozo, en vez de asustarlas, las excitaban más, pues dieron de sí todo lo posible. Tenían las dos cuerpos elásticos, tensos, hechos para gozar del amor. Aquella feminidad exultante excitó a Tom, que comenzó a sentir los principios de una erección, la cual, sin embargo, no llegó a culminar. Pero algo era, al fin y al cabo.

Una hora más tarde, Matilde y Vittoria, muy agradecidas y un poco temerosas, se despidieron de Tom, prometiendo, por sus muertos, que si las necesitaba «para algo, para lo que fuera», no tenía más que buscarlas en la fábrica de automóviles.

—¿Quiere que le repasemos el suyo? ¡Lo haremos en un instante!

—No; muchas gracias.

En cuanto a Mario Trani, desnudo y sollozante, lleno de señales (las dos mujeres no habían sido muy dulces amándole), yacía sobre el gran lecho de seda rosa, jurando de mil formas que se vengaría, que se lo contaría todo a Brenda, que iría a la policía de Seguridad inmediatamente.

—¡Atrévete! —dijo Tom, y se marchó.

No fue a la policía, pero sí a Brenda. Y ésta lo echó a cajas destempladas, sin hacerle el más mínimo caso, después de reírse ferozmente de la broma de Tom. Aquella noche, le contó a su marido la visita del efebo, y los dos juntos rieron hasta que se les saltaron las lágrimas y no pudieron más. Bebieron vino espumoso de Condattore e hicieron el amor. La dosis de progestiridina fue mínima, a pesar de lo cual todo resultó muy bien e incluso, en cierto momento, Tom sintió unos atisbos de placer como no había experimentado nunca. Aquella noche le perdonó sinceramente su aventura con Mario Trani, y se sintió más unido a ella que nunca.

## LAS ANTENAS DE LA SEÑORÍA

Por fin, Tom Mumford se dedicó a hacer uso de su pase para investigar.

—Buena tarde, micer Della Scala.

—Buena tarde, señorita.

Al cabo de dos semanas le conocían todas en la Señoría, y no le hacían ni caso, siquiera.

Su primera visita fue para la terraza donde giraba la gran antena parabólica con los vástagos interiores en forma de rejilla. Permaneció mirándola durante unos minutos. Sus teorías a medio elaborar no permitían aún una explicación completa de aquello, y ni siquiera podía engranarlo con lo que él únicamente sabía de los insectos. Pero de lo que no había ninguna duda era de que aquello era un radar, aquel invento terrestre semiolviado y que, según Brenda, no valía la pena resucitar. Como muchos otros...

La antena era enorme... Medía casi cuarenta metros de lado a lado y tenía la forma de una elipse muy alargada. Buen número de cables descendían hacia el interior de la Señoría. Y un grueso vástago de acero mantenía todo el conjunto, haciendo girar la antena sin interrupción, con un movimiento mixto de giro y balance. Pero, en general, la mayor parte del tiempo, la antena estaba orientada no al interior, no al mar, sino hacia arriba, hacia el cielo...

Había otras antenas, pero eran las normales de radio, sin nada que las hiciera merecedoras de un especial estudio.

Durante varios días investigó mamotretos polvorientos, extractos de declaraciones de impuestos, copias de libros de contabilidad. Todo ello alojado en los desvanes, donde nadie iba nunca. El vástago de acero de la antena atravesaba, evidentemente, hasta más profundos pisos, porque una gruesa columna lo albergaba en su interior, y se escuchaba claramente el «chuint, chuint» del acero al rozar en los cojinetes.

Lo que extrajo de todos aquellos documentos lo sabía ya. Siempre había habido unas maniobras silenciosas de la Junta de las Nueve para que nadie pudiera tomar el poder económico. Tan pronto como un particular o una empresa comenzaba a destacar y a tomar suficientes vuelos comerciales como para poder compararse con una de las Nueve, misteriosas desgracias caían sobre ella. O bien se dictaba una nueva ley estableciendo impuestos que (¡qué casualidad!) gravaban pesadamente esa actividad, o bien algún accidente (las copias contables lo revelaban) destruía parte de las instalaciones... Las Nueve eran intocables y eternas, y, probablemente, lo habían sido siempre, Bajo la égida protectora de la madrina, beso en la mano, respeto hasta que mueras y te sustituyan, poder sin límites... bajo esa égida protectora, las otras

ocho giraban como grandes planetas, seguidas por una cohorte de pequeños cuerpos celestes que eran las restantes industrias del planeta... Era especialmente hábil el uso del impuesto sobre el valor añadido, de vieja raigambre planetaria, que, con sus diversas graduaciones aplicables a los diversos estratos de la producción, permitía establecer tratamientos diferentes para cada empresa... El cuerpo de inspectores fiscales recibía sus órdenes directamente de la junta, y también eso podía canalizar las cosas en uno u otro sentido.

Por su parte, Tom había oído quejarse a mucha gente de los impuestos.

Pero nunca a Brenda.

Sin embargo, no era esto lo que más le interesaba. Lo que quería buscar era algo referente a los orígenes de la civilización en el planeta o, en todo caso, referente a la civilización de la lejana Tierra.

Habiendo comenzado por los pisos altos, fue descendiendo poco a poco hasta los sótanos. Como un niño que se guarda el buen postre para el final, se dio el placer de seguir paso a paso el camino del vástago de acero que movía la antena, y el ruido («chuint, chuint») que su oído ya acostumbrado podía percibir a través de las paredes o los revestimientos de plástico. Le parecía muy claro que la instalación era antigua, pues cualquier ingeniero hubiera instalado un motor en la terraza en vez de aquel sistema sujeto a averías. Pero no era cosa de quejarse, pues ello le permitía continuar su búsqueda sin problemas.

Leyó, mientras tanto, en todas las bibliotecas de la ciudad, todo lo que pudo sobre radares, que no era gran cosa. Parecía como si las informaciones se hubieran deslizado por error, mucho tiempo atrás, cuando aún la *ditta* Vallone no llevaba un control tan perfecto de las cosas que se publicaban. ¡Ah, aquel maravilloso Clark Gable, de *Lo que el viento se lleve*! Tom no tenía las orejas tan grandes como él, pero se dejó un bigotito igual al suyo, con cierta sorpresa de Brenda. Claro que si un hombre no va a poder arreglarse como quiera... ¿No llevaba Alfio dall'Assassino bigote y barba? ¡Pues entonces!

«Chuint, chuint».

Al nivel del suelo no había archivos. Eran solamente mostradores de recepción, donde mujeres gritonas se apelotonaban presentando instancias.

Los primeros sótanos eran tolerables. Construidos con vigas de acero, almacenaban tales cantidades de legajos, que Tom creyó que nunca podría examinarlos.

«Chuint, chuint», continuaba el chirrido interminable.

Aparte de todo esto, había un clima de creciente excitación en San Catalado, que seguramente era extensivo a las demás ciudades y establecimientos del planeta. Los orígenes de los de siempre. Seguramente había épocas en que las ansias sexuales se exacerbaban, pues pandillas de mujeres andaban por todas partes entonando

canciones obscenas, y los bares de mala muerte, similares a EL PARAISO, andaban siempre llenos a rebosar. Las peleas y los encuentros violentos, por el mismo motivo de costumbre (un hombre), eran continuos. Tom pudo examinar varias docenas de actas que le revelaron la realidad de la situación. La Administración estaba pidiendo a sus pupilos horas extra, y los procesos judiciales por lesbianismo se acumulaban uno sobre otro. Las jueces expelían sentencias como máquinas tragaperras, sentencias que diversas recomendaciones de amigas poderosas reducían después a muy poco. Después de todo, nadie era capaz de encarcelar a una mujer porque hubiera querido forzar a un hombre... ¡Eran cosas de juventud, propias de su sexo! La venta de progestiridina alcanzó sus más altas cotas, con buenos beneficios para la fábrica Galeazzo.

«Chuint, chuint», decían las paredes.

En aquel maremágnum de información, Tom poco pudo extraer. Eran actas administrativas, licencias de obras con anotaciones, al margen, de una de las Nueve («Concédase»; «Deniéguese»), permisos para establecer carreteras o para admitir patentes, retahílas interminables de infamaciones estadísticas...

Era preciso profundizar más.

Y Tom profundizó. Llegó por fin al sótano último, diez pisos más abajo del nivel de la calle, donde se acumulaban los legajos más polvorientos y las informaciones más carcomidas. Allí había verdaderos tesoros, cuando las ratas los habían dejado intactos. Desde referencias a los primeros tiempos del crecimiento industrial del planeta hasta explicaciones sobre los ataques de los insectos. Algunas estaban fechadas, con fechas que no coincidían con las actuales, otras no.

Por allí no transitaba un alma; solamente Tom. Las mohosas arcadas de piedra, llenas de musgo, cobijaban armarios de madera enmohecida, donde se apilaban fajos y fajos de papeles. A veces, aparecía algún libro descabalado, con los bordes de las hojas roídos. En general eran volúmenes sin interés, sobre temas muy diversos; desde la forma de mezclar arena hasta sobre cómo canalizar los ríos. Y a este respecto, el rumor del río Bélice, en sus profundos conductos bajo la Señoría era cada vez más intenso, a medida que Tom iba explorando una cueva tras otra.

«Chuint, chuint», cada vez más fuerte. Pero en esta ocasión, Tom no había podido encontrar aún el origen profundo del chirrido. Demasiadas cuevas, demasiados armarios caídos. Se lo oía, sin embargo, con tal claridad que todo demostraba que el origen del giro estaba muy próximo.

En algunos lugares no había ni luz eléctrica, y la humedad se derramaba de las salitrosas paredes formando láminas que se deslizaban hasta el suelo y formaban una pasta informe con los papeles abandonados. Arcos de madera, de una vejez inhumana, se cruzaban sobre la cabeza de Tom, que, armado de una poderosa linterna, escudriñaba sin cesar.

«Chuint, chuint».

Había contrafuertes de ladrillo, pintado de blanco por la humedad. Había hornacinas en las que vedijas de musgo verdoso colgaban del techo, rozando con sus chorreantes extremos las ancianas carpetas y archivos. Había pasadizos sin fin, que se confundían unos con otros, trazando un completo laberinto en el que Tom se perdió más de una vez. En cierta ocasión, incluso tuvo que pasar la noche allí, agotado, hasta que a la mañana siguiente encontró el camino de regreso.

Pero continuaba ahondando. A veces, escaleras de madera o de tosca obra de albañilería descendían a un pozo de mediana profundidad donde había archivados amasijos ilegibles de pasta de papel, sucios por los excrementos de las ratas, y de los cuales era imposible extraer ninguna información válida. Otras, un túnel de tierra por el que era preciso arrastrarse, rozando con las chorreantes paredes, hasta llegar a una huesa con suelo de limo, donde barricadas de madera guardaban viejos expedientes atados con balduque.

«Chuint, chuint», cada vez más fuerte.

Después de esto era hermoso volver al Palazzo Della Scala, tomar un baño caliente, atendido por Patrizio o Giuseppe, cenar canapés de desmán, croquetas de desmán, lenguado, patatas al horno, vino tinto de Bardolina, frutas y una copa de *marraschino* de Zara al final, para después hacer el amor con el cuerpo fresco y elástico de Brenda.

—¡Estás loco, Tom!

—Yo, no. Tú eres mi loca predilecta.

—¡Dímelo otra vez y te como a mordisquitos!

—Los que te daré yo, y donde yo me sé, si sigues en ese plan.

—¡Venga, que es tarde!

Le gustaba reposar al lado de Brenda, después de hacer el amor. ¿Sentía algo más, o le parecía a él así? Las dosis de progestiridina eran ya microscópicas. ¡Si lo lograra, por Dios y la Señora, si lograra un día sentir con ella, hacer el amor con ella sin necesidad de productos extraños! Sentía como sus dedos se deslizaban sobre las caderas de Brenda, de una suavidad fría, lejana. Rozaban en ambos cuerpos las sábanas de satén. Ala mañana siguiente, siempre lo mismo. Café, tostadas, zumo de *arando*, huevos revueltos... Unos besos, unos juramentos de amor mañaneros y rápidos. Después, Brenda se iba a su trabajo; él, a los barrocos archivos de las profundidades.

A veces le molestaban por la calle algunas mujeres atrevidas. En un par de ocasiones la culata de acero negro de su Beretta fue un buen arma disuasoria. Se había puesto de moda vestir como él; en una ocasión vio, de lejos, a Mario Trani con coraza, aletas y botas de montar.

—¡Copiones, plagiarios!

Pero sólo él llevaba revólver de seis tiros, era primer dan de karate, y tenía en la cabeza todo aquel poder que él sabía que tenía.

Una tarde, después de tomar unos emparedados en el fondo de un barato donde recogió curiosas, que no trascendentes, informaciones sobre planos de la ciudad tres siglos antes, descubrió una puertecilla de madera que hasta entonces le había pasado desapercibida. Estaba cerrada con un herrumbroso cerrojo que los años había corroído y que fue cosa de poco arrancar. La puertecilla, de no más de metro y medio de altura, se abrió sobre un pasadizo de ladrillo verdoso, que concluía en unas profundidades oscuras. Tom encendió su linterna y penetró allí. Los chillidos de las ratas al huir no le espantaron, pues se había acostumbrado a la compañía de aquellos roedores. Sin embargo, una cosa estaba clara: el rechinar de la antena se había hecho notoriamente más fuerte.

Tom se arrastró por el estrecho corredor, manchándose con el cieno que se deslizaba por las paredes. El rumor de la antena crecía en intensidad, y también el sordo bramar de la corriente subterránea. La luz de la lámpara bailaba en las húmedas arcadas de ladrillo, relumbrando bajo su haz las cristalizaciones de nitrato.

Poco a poco, el rugir del agua corriente aumentó de intensidad, y las bóvedas de ladrillo fueron aumentando de altura. Tom pudo ponerse de pie con facilidad. Continuó avanzando, cuidando mucho dónde ponía los pies.

E hizo bien, porque de pronto el suelo faltó bajo él. Y un rumor estruendoso de agua corriente venía de abajo, y el foco luminoso de la linterna alumbró rápidas fugacidades líquidas que pasaban de lado a lado, a gran velocidad. La corriente del río Bélice, canalizada estrechamente, circulaba bajo la Señoría. Aquello podía haber sido mortal. De haber caído allí, la corriente le habría arrastrado, y, sin duda alguna, no habría podido salir con vida.

Durante unos segundos, Tom se detuvo, creyendo que no podía continuar. Después vio que, a la izquierda, una estrecha repisa, de no más de dos palmos de ancha, se perdía en las oscuridades de la canalización subterránea. Aguzó el oído. El rozar interminable del vástago de acero provenía de aquella dirección, y era más fuerte que nunca. «¡Chuint, chuint!».

Necesitaría las dos manos para asirse a las asperezas de la pared frontera. Afortunadamente, la potente linterna tenía un enganche de metal que le permitía prenderla al cinturón, sobre la coraza de color rosado que llevaba puesta, con aletas de tono humo, muy elegantes. Una ráfaga de viento frío le arrancó el gorrito de terciopelo, que se perdió en la oscuridad, arrastrado por las aguas. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Tom Mumford. Pero era preciso saber, saberlo todo. Aseguró el revolver mediante la presilla de seguridad, prendió la linterna al cinturón, guardó en la bolsa de tafilete el estilógrafo y las notas que había tomado hasta entonces, y encomendándose a Dios y a la Señora, con un recuerdo para su querida Brenda,

comenzó a caminar por el estrecho anaquel de piedra.

Lo hizo durante varios minutos mientras el gigantesco bramar de las aguas del Bélice le ensordecía. No era tan difícil como había pensado. La pared estaba llena de rugosidades y huecos que permitían un buen agarre, y los dos palmos de ancho del poyo pétreo eran más que suficientes para posar los pies. La linterna, incontrolada, alumbraba de forma desordenada tan pronto el agua correntosa y negra como el suelo limoso que pisaba.

De pronto, topó con algo, bruscamente. La repisa terminaba allí, en una pared de roca que no permitía caminar más. Y el «chuint, chuint» de la antena era más fuerte que nunca. Apoyándose de espaldas en la húmeda pared, Tom, helado de miedo, extrajo la linterna y dirigió el haz de blanca luminosidad en todas direcciones.

Por un lado, una oquedad en la roca, de donde surgían, tumultuosas y veloces, las aguas asesinas del Bélice. No se divisaba la otra orilla, o la luz no tenía fuerza suficiente. Un hálito malsano y húmedo lleno de salpicaduras ocasionales, surgía de aquella torrentosa corriente. Por otro, sólo el camino de regreso. ¿Y arriba?

¡Arriba había algo!

La bóveda era casi lisa, en ángulo recto con la pared que le había servido de sustentación. Y se recortaba en ella, en la misma vertical en que él estaba, una cuadrada trampilla de hierro, con remaches oxidados que goteaban rojo orín. De allí venía el rechinar de la antena.

Anhelosamente, Tom examinó la pared. Medio metro por encima de su cabeza había unos travesaños de hierro corroído empotrados en la roca y que conducían hasta la trampilla. Pero era preciso alcanzarlos; si no lo conseguía y fallaba en su intento, la caída en las alborotadas aguas del Bélice era la muerte más horrible que se pudiera imaginar.

Pero Tom no dudó. Volvió a prender la linterna en su cintura, y recomendándose a sí mismo, trató de introducir los pies en las oquedades de la roca. Resbaló en un par de ocasiones, sintiendo cómo el estómago se le subía hasta la boca, pero al fin, tras muchos esfuerzos, alcanzó la primera barra de hierro.

A partir de ahí fue todo más fácil. A pesar de que los travesaños de metal, llenos de escamas de corrosión, debilitados, crujían amenazadoramente bajo su peso, logró alcanzar la trampilla. ¡Si estuviera cerrada por dentro!

Pero no lo estaba. La alzó con un brazo que la fatiga comenzaba a agarrotar, y se alzó a fuerza de brazos hasta el pavimento de una sala llena de aparatos. Allí, después de cerrar de nuevo la puerta de acero, se dejó caer, exhausto sobre el suelo de hormigón.

## LOS DOCUMENTOS DEL CAPITÁN

Estaba en un ángulo de una gran sala mal iluminada. El chirriar de la antena era inmediato, tan inmediato como que el grueso vástago de acero reposaba en el centro de la sala sobre cojinetes de mercurio, girando sin cesar en virtud de un complejo sistema de ruedas dentadas.

Las tumultuosas aguas del Belice eran ya solamente un lejano recuerdo.

Tom se puso en pie con cierto trabajo, sintiendo los músculos acalambrados, e hizo unos cuantos ejercicios calisténicos para poner a punto su temple y flexibilizar los músculos. Después, examinó con atención lo que le rodeaba.

Un gran motor eléctrico alimentado por grandes cables que bajaban del techo movía sin cesar el vástago de acero de la antena. Por lo demás, la sala era muy grande, y llena de pupitres o consolas de metal gris, con indicadores y diales. Tom caminó de uno a otro, sin entender gran cosa de lo que los indicadores decían. Había una escalera de acero, de caracol, que ascendía hasta el techo, hallándose separada de la sala por una puertecita de metal, también pintada de gris. Un olor a ozono, a motores eléctricos en marcha, reinaba en toda la sala. El zumbido y bordoneo de los motores era constante, así como el gemir de la antena en su baño de mercurio.

Iba Tom a subir por la escalera de caracol cuando descubrió, casi oculto entre dos grandes consolas de color blanco lechoso, llenas de interruptores y palancas, un anticuado armario de madera, una de las hojas, semientreabierto, dejaba ver algo blanco. ¡Libros!

¡¡¡Chuint, chuint, chuint!!!

Aquello era superior a sus fuerzas. ¡Tenía que verlo!

Y así, sin pensarlo más, sin saber siquiera qué hora era ni si le esperaban para cenar o no, o que pensaría Brenda (cosas que ahora le preocupaban muy poco), Tom abrió la puerta del armario y vio una colección de viejos volúmenes, así como unos cuantos fajos de papeles amontonados, y algunos planos al ferropusiano cubiertos de polvo.

Bastantes libros trataban de la teoría y la práctica del radar, así como de otros inventos que Tom no alcanzó a comprender bien. Por ejemplo: ¿qué era una cámara de burbujas? ¿Y qué significaba la propulsión espacial mediante el efecto Kreiter? ¿Y por qué había una docena de volúmenes descabalados sobre balizas espaciales, luces de posición de las astronaves o estiba en gravedad cero? Esto superaba con mucho sus escasos conocimientos científicos, aun cuando, nebulosamente, podía deducir algo del significado de los títulos. Así, *Criogenia y transporte humano a distancias estelares* le espeluznaba ligeramente, con sus imágenes de cuerpos envueltos en papel

plateado y sepultados en un escarchado gas líquido. Así, *Determinación de orientaciones vectoriales del espacio* no le decía casi nada; pero sus mapas, llenos de estrellas desconocidas, con la posición del planeta Tierra marcada con un doble círculo, y los complicadísimos problemas que el autor resolvía, le llenaban la cabeza de imágenes absurdas de aquel lejano mundo. Había otro, titulado *Vórtices espaciales* que era casi sólo matemáticas, pero que le hizo recordar la vieja maldición de las mujeres con respecto a las computadoras de la Tierra y el vórtice que, según el diccionario, había extraviado la expedición.

Tanto los libros como los planos tenían tal capa de polvo encima que demostraba que durante muchos años nadie los había tocado. En cuanto a los planos, eran de diversos modelos de astronaves, identificadas con siglas de letras y números. Había seis modelos diferentes, y poco pudo sacar Tom de ellos, salvo que la palabra «capacidad humana» colocada en un ángulo significase algo real. Uno de los modelos tenía una capacidad de ocho mil (era el más grande). Otro, de dos mil quinientos (era el más chico).

Había un legajo corroído, lleno de agujeros y casi Agible, que era lo último que quedaba por ver. No se trataba de un libro, sino de un manuscrito, y su título era *Memorias del capitán Nathan Wilder*. Iba Tom a comenzar a hojearlo cuando el ruido de la trampilla superior, abriéndose, le hizo acurrucarse junto al armarito de madera.

Una mujer vestida con un uniforme azul oscuro descendió por la escalera. Llevaba en la mano una bolsa de plástico con algo que parecían papeles rotos, colillas y restos diversos. Dio una vuelta distraída revisando varios diales, y después, abriendo la compuerta que daba sobre el Bécice, arrojó por allí la bolsa de plástico. Después, volvió a subir. De arriba llegó, por un momento, rumor de risas, y la conversación de tres o cuatro mujeres. Después, la compuerta superior se cerró con un ruido sordo.

El manuscrito del capitán Nathan Wilder estaba en un estado deplorable. La humedad, las ratas y los mohos lo habían destrozado de tal manera que solamente algunas frases podían leerse. Estaba escrito con una letra anticuada, y algunas de las palabras eran incomprensibles para Tom.

Comenzaba así: «Mi nombre es Nathan Wilder y tengo noventa años. Hace sesenta y dos que llegué a este planeta, a Nueva Italia, y soy uno de los pocos hombres enteros que quedan en él. Cuando tomé el mando de la expedición siciliana, era un joven lleno de ímpetu y creído de que sabía todo lo que se podía saber sobre viajes espaciales. Los vórtices, si es que verdaderamente existían, no eran para mí más que una leyenda, y no creía en absoluto en todas las abstrusas teorías matemáticas sobre su existencia y sobre su influencia sobre las rutas y las comunicaciones interestelares.

»Salimos del astropuerto de Fiumicino a las doce horas del día 13 del 2109, y los

tenientes comandantes a mis órdenes llevaron con un buen tino...»

Aquí, como en muchos otros lugares, las larvas y la humedad habían destruido el manuscrito. Tom continuó leyendo lo que buenamente se podía leer, con un ansia voraz por conocer cosas nuevas.

»... Completamente imposible controlar el lugar donde estábamos, ya que los cambios de las estrellas impedían toda identificación. Nuestro destino, la estrella alfa de NU-6006 parecía ya imposible de alcanzar. Durante cerca de treinta días siderales dimos vueltas sin cesar en aquel torbellino, una nave detrás de otra. Sólo fue de lamentar la pérdida de la *Palermo-2*, que dejó de comunicar con el control central.

«Por fin, conseguimos identificar un sol de clase G5 cuyo segundo planeta parecía ser habitable. Los exámenes espectroscópicos revelaron...»

«Chuint, chuint», continuaba la antena. Tom suspiró y se atrevió a encender un cigarrillo, «... dos continentes, uno con la grosera forma de una R, y que por eso fue llamado así, y el otro, muy lejano, casi circular. Dada la mejor situación del primero, se tomó tierra en él, y prontamente...

»...diez años ya. El doctor La Bruna ha comprobado que el nacimiento de un porcentaje excesivo de mujeres no es ya una pura casualidad, sino una consecuencia de alguna circunstancia que aún no ha podido comprobar. Por las calles de nuestra ciudad de San Cataldo corren centenares de niñas de uno a diez años y algún niño suelto. Esa feminista de Castervetrano, esa maldita Bárbara Negretti está gozando como nunca. Dice, a voz en grito, en reuniones públicas y en nuestro periódico, que eso es una labor de la providencia para demostrar la superioridad de las mujeres. Por desgracia, las mujeres le hacen demasiado caso, y temo que dentro de algunos años...»

Otro cigarrillo, acompañado de los nervios de Tom. Hubiera dado cualquier cosa por una buena copita de aguardiente de Zara, «... ellas son las que llevan todo el trabajo y las que se apoderado de todas las propiedades. Podría decir que el día de ayer fue el día en que a los hombres nos pusieron... No han llegado a tanto, pero sí que han establecido un sistema de vestidos que diferencia los sexos, e incluso a los viejos que provenimos de otra civilización nos han obligado a usarlo. Por mi parte, prefiero no salir de casa a ir haciendo el ridículo por ahí con esas blusas de colores y esos pantalones anchos, que casi parecen faldas cortas. Sin embargo, los hombres de la nueva generación, la mayor parte de los cuales tienen casi treinta años, no han tenido inconveniente en aceptar esa moda.

»Y no sólo esa moda, sino el trato que conlleva. La maldita Bárbara Negretti dice que es preciso administrar las reservas seminales del estado, el uso de los instrumentos masculinos y los procedimientos de germinación. Está transformando al hombre en un vil objeto sexual. ¡Y a la mayor parte les gusta! No a mí, no al anciano doctor La Bruna, que trabaja sin cesar en su pobre laboratorio, pero a estos jóvenes

sin vergüenza alguna...

»... la muerte cerca, y por eso escribo este diario. Hace una semana murió el doctor La Bruna, y me dejó para leer un estudio suyo, diciéndome que ya era tarde, que era ya muy difícil cambiar nada, pero que si alguien quisiera... Así que lo añado al final para que estas hojas vayan a parar a donde Dios y la Virgen de Palermo les den a entender, y que si llegan a manos de alguien, algún día, haga, si puede, el uso que más convenga.

»Firmado: Nathan Wilder, hombre entero, capitán de la expedición fallida a alfa NU-6006. Y, como dicen las mujeres, dueñas de este planeta... ¡Malditas sean las computadoras de la Tierra!»

Las hojas que venían a continuación llevaban el título *Modificaciones genéticas en Nueva Italia*, por el doctor Angelo La Bruna. Tom, durante unos minutos, devoró ávidamente su contenido. Eran bastante más legibles que las memorias del capitán Wilder, sin duda por haber sido escritas en una clase de papel más resistente. Mucho de lo que allí ponía era término técnico de tipo médico, medianamente comprensible para Tom. Pero el final, las conclusiones, estaban escritas en italiano simple y puro, y lo que allí decía dejó a Tom con la respiración cortada, casi sin saber dónde estaba. Entonces, ¿es que era posible...?

«Chuint, chuint... ¡Crack!».

El vástago de acero que rotaba la antena de radar acababa de detenerse en seco. Del piso de arriba llegó un rumor de conversaciones excitadas.

## UNA EMERGENCIA

Era cuestión de decidirse. Si la antena de radar se había detenido, debía ser por algo de extrema importancia. De manera que Tom dejó las memorias del capitán Wilder y el estudio del doctor La Bruna en su zurrón, y se aproximó a la escala de acero que conducía a la planta superior.

Procurando no hacer ruido, Tom comenzó a subir los peldaños de la escalera de caracol. Arriba debía estar pasando algo serio, pues las voces se hacían cada vez más excitadas.

—Bueno; lo primero es no tocar nada.

—Y avisar a alguien; lo dicen las instrucciones.

—A ver... ¿dónde están? ¡Buscadlas, y no toquéis nada mientras!

—Pero, lo que sea, está ahí, fijo.

—¡Cállate y busca, measmo!

Tom entreabrió la puertecita pintada de gris. Un poco, sólo; lo suficiente para dar una ojeada sobre la sala superior. Vio que era tan grande como la de abajo, pero más atiborrada todavía de aparatos. Había tres mujeres, una délas cuales era la que había descendido poco antes para alojar las basuras, vestidas con el mismo uniforme azul eléctrico. Las tres estaban al otro lado de la estancia, inclinadas sobre una pantalla circular, de un verde fosforescente, en la cual, un poco descentrado, brillaba con intermitencias un punto luminoso. Las mujeres lo miraban como hipnotizadas, mientras una de ellas, nerviosamente, hojeaba un libracó lleno de polvo.

—Aquí dice... aquí dice... Lo primero de todo, conectar «Interferencias».

—¿Dónde está eso?

—Ahí, a tu derecha. Esa palanca grande con el mango negro. ¿Es que no ves el letrero, estúpida?

—¡A ver si insultamos menos! ¡Que no me cuesta nada romperte la jeta en cuanto salgamos, furfante!

—¡A ver si calláis vosotras dos! ¡Un poco de calma, por favor! ¡Conecta esa palanca!

—Hecho. ¿Qué más dice?

—Cerrar el receptor de radio, y no usarlo bajo ningún concepto.

—Aquí lo que quieren es que no nos enteremos de nada. Venga, Lola, dale.

La llamada Lola se sentó ante una consola que amparaba lo que parecía ser una emisora de gran tamaño, y desconectó varios interruptores. Las luces de los diales y de los pilotos se extinguieron.

Tom avanzó un poco, protegiéndose tras un alto armario de metal gris que olía a

recalentado y del que surgía un zumbido sordo. Pudo ver mejor la sala. Era circular, atravesada en su centro por el ahora inmóvil vástago de la antena, y al otro extremo había una puerta de chapa de hierro, con refuerzos, profundamente hundida en el muro, lo que daba idea del enorme espesor de éste. El resto de la sala estaba cubierto por grandes bobinas, estanterías con ficheros, numerosas consolas de metal gris con indicadores y diales, y una mesita con varias sillas. Había una jarra de café medio llena y un cenicero, donde aún humeaba un cigarrillo.

—Bueno, y lo último —dijo la que parecía llevar la voz cantante—. Ponerse en contacto con una de las Nueve.

—He oído antes que la señora Lattuada estaba en la Señoría.

—Pues llama por teléfono o vete a buscarla, rápido. Dile que es... ¿Cómo dice aquí? Eso; una emergencia tipo A.

—¿Y eso qué es?

—¿Y yo qué sé? ¡Yo sólo tengo las instrucciones para cuando el mecanismo automático detiene la antena!

—¿Lo habías visto tú alguna vez?

—Nunca. Mi madre decía que en tiempos oyó hablar de una vez que se detuvo, pero eso fue cuando vivía mi abuela. A lo mejor hace cien años o más.

Mientras estas dos hablaban, la tercera, con el aparato telefónico en las manos, daba órdenes apresuradamente.

—Sí; la señora Lattuada. ¿Esta ahí? Si va por ahí, dígame que hable con la sala de radio inmediatamente. A ver... ¿Cuartel de la Guardia? ¿Está ahí la señora Lattuada? ¿No? Si llega su excelencia, que venga a la sala de radio inmediatamente. No; no puedo decir nada. Díganle solamente que es una emergencia tipo A. Sí; tipo A. ¿Y yo qué sé, demonios? ¡Basta con que le digan eso!

Tom se dio cuenta de que, entre la pared encalada de la sala y las consolas de metal gris, había un espacio vacío, como de medio metro de ancho, suficiente para que pudiera deslizarse en dirección a la salida. Prefería no arriesgarse de nuevo junto a las terribles aguas del Bélice, y además, era claro que allí estaba sucediendo algo de extraordinaria importancia, y desde luego, quería enterarse de todo. Hubiera dado la vida por ello.

—¡Ah, está usted ahí, comendadora! ¡Es una emergencia de tipo A, señora!

—No; no es broma. ¿Cómo vamos a gastar bromas con esto? ¡Si nos lo han advertido mil veces!

—Efectivamente, La antena se ha detenido automáticamente y en la pantalla del radar hay un punto luminoso. Estancia estimada, un décimo de parsec. Velocidad relativa con respecto al sistema, cero con cincuenta y tres de unidad astronómica. Llegada prevista en un par de horas... Con más exactitud... ¡Déjame esa calculadora, Nina!

—Sí; un momento, por favor. Dos horas y veintisiete minutos. No; no hemos oído nada. Hemos cortado comunicaciones y actuado según el manual.

—Señora, sí. Como usted mande, excelencia. Ahora mismo.

Colgó. Mientras tanto, Tom había ido deslizándose lentamente tras los primeros armarios, con mucho cuidado de no hacer ningún ruido. Estaba a la mitad de distancia de la puerta cuando la mujer se levantó.

—Dice... dice que nos vayamos inmediatamente las tres, y que salgamos de la Señoría. Que si contamos algo de esto, nos cortan el cuello.

—A estas horas nos van a ver salir por el armario de las escobas.

—Dice que nos las arreglemos como podamos, pero que viene para acá, y cuando llegue, no quiere vernos aquí. De manera que ¡aire, chicas!

—Bueno —dijo Lola, mientras se encaminaba a la salida—. Siempre es un día de descanso. Me voy a ir a visitar a un rubio de ojos verdes que me conozco yo...

—Mentira. ¿Tú qué vas a conocer? ¡Siempre estás hablando de él, y nunca nos lo presentas!

—¡Como que voy a ser tan tonta!

La gruesa puerta de hierro se cerró tras ellas, cortando en seco la conversación. Apresuradamente, Tom corrió por el espacio libre, hasta situarse detrás de una consola gris que había justamente al lado del portón. La consola tenía unos amenazadores pivotes de cobre rojo en los que casi se podía oler la corriente de alta tensión. Pero era el único sitio próximo a la puerta donde podía considerarse oculto y protegido. La parte trasera de la consola, cubierta con una placa de metal perforado, exhalaba un calor espeso y polvoriento, acompañado de un bordonear que se situaba en los límites de lo auditivo. Gruesos cables forrados de gutapercha descendían hasta el suelo y se arrastraban hasta la consola próxima, conectados a la trasera mediante bornes de porcelana.

Durante unos minutos no sucedió absolutamente nada. Tom suspiró. Hubiera dado cualquier cosa por fumar un cigarrillo o por un trago de *granita* fresca, pues el calor lancinante del aparato le hacía sudar copiosamente. Eran cosas imposibles. No quedaba más remedio que aguantar.

La puerta volvió a abrirse, y entró Tiberia Lattuada, la dueña de las granjas, las fábricas de conservas y un buen porcentaje de las centrales eléctricas sobre el Bélice. Era una mujer achaparrada, de unos cincuenta años, con el rostro lleno de pecas y el pelo rojo. Tenía una piel transparente y manos grandes, llenas de manchas amarillas. Iba desarmada, pero el grosor de su coraza de acero sobrepasaba en mucho lo normal, lo que indicaba claramente su grado de desconfianza.

Pisando fuertemente con sus botas cortas de tafilete verde oscuro, se dirigió a la emisora de radio y se sentó ante ella. Durante unos segundos, observó, pensativa, el punto en la pantalla de radar, que parecía haber variado ligeramente de posición.

—¡Maldita sea! —dijo, en voz baja y susurrante—. ¡Sólo nos faltaba esto!

Hojeó durante unos segundos el libro polvoriento. Después, abrió con una llave que extrajo de su bolsillo una Pequeña caja acorazada que había junto a la emisora de radio. En el interior no había más que un librito delgado, tapas rojas.

—Vamos a ver cómo sale... —murmuró—. Siempre que aún mantenga las mismas frecuencias... Hace ya... ¡Dios mío! ¿Cuánto hace ya de la última vez?

Desconectó la palanca «Interferencias» y conectó la emisora de radio. Tomó el micrófono en su mano.

—Atenta, astronave desconocida; éste es el planeta Nueva Italia llamando...

Silencio. Hizo unos ajustes en los diales.

—¡Maldita sea la potencia!

Giró un botón redondo. Simultáneamente, la consola tras la que se ocultaba Tom emitió un profundo zumbido, que fue creciendo hasta hacerse casi insoportable.

—Esto de no saber lo que se hace... Si estuviera aquí Brenda. Como esa sabe de todo. Claro que vaya marido le ha caído. En fin...

Ajustó varios botones, hasta que tres agujas marcaron una señal similar. El zumbido de la consola era ensordecedor.

—Atenta, nave desconocida. Ésta es la colonia de Nueva Italia, que llama desde San Cataldo y pide contacto. ¿Me escuchan?

Hubo un crepitar en los altavoces.

—¡Sí; la escuchamos! Vemos las luces de su ciudad... y de otras... ¿Quién ha dicho que son?

Era una profunda voz de hombre. Hablaba el italiano con un indudable acento extranjero, y lo hacía con lentitud, buscando las palabras.

—De acuerdo, de acuerdo —contesto Tiberia Lattuada, nerviosamente, encendiendo un cigarrillo con la mano libre—. Les oigo claro y bien. He dicho que ésta es la ciudad de San Cataldo y que éste planeta es Nueva Italia. ¿Quiénes son ustedes? ¡Cambio!

—Okey. *¡Thousand devils! Somos la astronave ese, ese, a, dos, tres, dos, dos, también denominada Spacetrans; capitán George L. Fielder y cuatro tripulantes. Somos una astronave de prospección minera de la compañía Galaxy Incorporated, de Ontario. ¿Quiénes son ustedes? ¡No están en ningún catálogo estelar! ¡Cambio!*

—Bienvenido, capitán Fielder. No puedo explicárselo ahora. Solo puedo decirle que la situación política de este planeta está muy deteriorada, y que si no obedecen ustedes mis instrucciones, se exponen a verse en medio de una guerra civil. ¿Han captado las interferencias? ¡Cambio!

—¡Desde luego que sí, *damn grieff! I am not...* quiero decir que no hemos podido comunicar con la Tierra, suponiendo que pudiéramos hacerlo a través del vórtice... ¿Cómo puede usted hablar con nosotros? ¡Cambio!

—Ésta es la única emisora con potencia suficiente para sobreponerse a las interferencias. Escúchenme con atención. Deberán tomar tierra en un punto situado a veintiséis grados, quince minutos de latitud norte... no les doy longitud porque no tendría significado alguno para ustedes. Pero hay un campo de aterrizaje provisto de luces parpadeantes... Un instante. No corten.

—No, guapa. ¿Sabes que tienes una bonita voz?

«Puaf», hizo la Lattuada, en voz baja, mientras se dirigía a un cuadro de mando protegido por un grueso cristal, lo abrió con la misma llave y conectaba tres grandes interruptores de cuchillo. Después de una ojeada rápida al librito rojo, volvió a su puesto.

—Atento, capitán Fielder. Están ustedes muy cerca... giren alrededor del planeta... ¿Ven las luces? Dan un destello blanco y uno rojo, alternados de medio en medio segundo. ¿Las ven? ¡Cambio!

—Espere, espere, preciosa. Estamos entrando en órbita. ¿Ves algo, maldito negro? Hubo un par de minutos de silencio.

—¡Ahí están! ¿Cómo que no...? ¡Si hasta yo mismo lo veo, Stoker! Pero ¿cómo bajamos allí? ¿Quién nos va a dar controles? ¡Cambio!

—Hay una baliza automática, que acaba de ponerse en funcionamiento en esta misma frecuencia. Les dará diecinueve parámetros velocidad del aire, variación de la gravedad inclinación relativa... bueno; todo lo preciso. Tengo cortar... Espérennos allí. Iremos a buscarles. Si pueden evitarlo, no se alejen demasiado de la nave. ¡Cambio y fuera!

Hubo un tumulto de voces en el altavoz.

—¡Espere!

—Pregúntale si hay bichos...

—¡Oiga, espere!

Tiberia Lattuada desconectó la potencia, con gran alivio de Tom, que estaba casi ensordecido. Además, al recalentarse, la consola exhalaba hedores espantosos a polvo recocado y a caucho quemado. La mujer volvió a enchufar el botón de interferencias y, por último, apagó la emisora. En la pantalla de radar, el punto luminoso, ya muy grande, estaba derivando rápidamente hacia la parte superior. A poco, desapareció por el borde.

—¿Madrina?

Lattuada estaba llamando por teléfono.

Tom, nerviosísimo, estaba pensando que sus ideas encajaban poco a poco. Porque en el último tumulto de voces en el altavoz, había resultado muy claro que todas eran masculinas. Ni una sola mujer entre ellas.

—Sí; tipo A. Yo no sé si usted lo ha vivido antes, madrina, pero yo estoy preocupada.

—Sí; absolutamente todo. Las interferencias... el cuento que hemos comentado tantas veces. Todo.

—Naturalmente. Aterrizarán en una hora o así en el campo junto al castillo del Agua. ¿Aviso al resto de las Nueve?

—Ahora mismo. Yo llamo a Brenda, a Assunta y a Meg Corso. Usted a las demás. Dentro de dos horas, todas allí.

—Eso; y bien armadas. No lo olvidaré. Adiós, madrina. Beso su mano.

Tom colocó la mano en la culata de su revólver. Después de una ligera duda, lo extrajo de la bien engrasada funda. Iba a salir de allí, e iba a salir ahora mismo.

Procuraría era preciso matarla para salir, lo haría. Lo que se estaba jugando en estos momentos tenía el aspecto de ser verdaderamente enorme.

Se deslizó hacia la gran puerta de hierro. Afortunadamente, Tiberia Lattuada, sentada al teléfono, estaba de espaldas, y el zumbar de los condensadores cubrió el poco ruido que las suaves botas de Tom pudieran hacer.

—¿Brenda? ¡Soy Tiberia! Escúchame y no me interrumpas. Hay una emergencia de clase A; sí, de clase A. La antena se ha detenido, y una nave de la Tierra está aterrizando en el castillo del Agua...

Tom estaba de espaldas a la puerta, y, manteniendo encañonada a la mujer, hizo girar lentamente el picaporte. Salió con facilidad.

—Dentro de dos horas, todas allí. Armadas. Tú sabes lo que nos jugamos.

La puerta comenzó a girar sobre sus goznes, sin emitir el menor ruido. Poco a poco, la abertura fue ensanchándose. Un palmo más, y entonces...

—Naturalmente, Brenda. Puedes llevarte el aéreo que quieras... el grande, si te parece bien. No creo que haga falta, pero no estorbará. ¿La madrina? ¡Muy tranquila! ¡Demasiado!

La abertura de la puerta era suficiente. Tom se deslizó con lentitud, mirando antes para no tirar nada o tropezar con nada. Más allá de la puerta, sólo había un pasillo con paredes de cemento crudo, iluminado pobremente por algunas lámparas desnudas.

—Yo opino lo mismo, Brenda. Demasiado vieja, demasiado. Habría que ir pensando en algo, ¿eh? Tú sabes que cuentas conmigo...

Tom no oyó más. Caminó apresuradamente por el Pasillo de hormigón, y tras dar la vuelta a varios recodos, que le ocultaron de la vista de Tiberia Lattuada, llegó a la puerta de madera. Al principio no pudo abrirla, hasta que se dio cuenta de que era corrediza.

Se encontró en un estrecho recinto, lleno de cubos de limpieza, escobas y trapos. Un estante servía de apoyo a una docena de productos de limpieza. Otra puerta, esta vez normal, cerraba la pequeña habitación por el otro lado.

Tom vio que la puerta corrediza, por el interior, imitaba perfectamente la pared. ¡Así no había descubierto él aquel escondrijo, a pesar de sus muchas vueltas y

revueltas por la Señoría!

Salió al exterior. Una funcionaría que pasaba con un archivador en las manos le miró sorprendida.

¡Eh, usted, patrón! ¿De dónde sale?

Tom no hizo caso. Corrió hasta la salida, y tomó su cochecito. Sólo pensaba en llegar al aéreo y cobijarse en la pequeña sala de juntas antes de que Brenda despegase.

## EL CASTILLO DEL AGUA

Parecía un palacio de hadas. Ése fue el pensamiento de Tom cuando lo vio desde el aire, a través de una de las claraboyas de la salita posterior.

En la parte delantera, sin haberse percatado de su presencia, Brenda, con un pesado revólver a la cintura, pilotaba el aéreo, creyéndose a solas.

No le había costado mucho llegar a casa, deslizarse en la salita de juntas del aéreo y esperar. Afortunadamente, la sala llevaba un pequeño bar, donde pudo calmar su sed, y mientras llegaba su esposa, fumar media docena de cigarrillos, para templar los nervios.

Efectivamente; parecía un palacio de cuentos maravillosos o una etérea construcción increíble. Con razón Brenda había querido ir allí en viaje de novios, ya que las Nueve disfrutaban de aquel retiro lejano e inaccesible.

El castillo del Agua estaba construido muy al norte de San Cataldo, a casi tres horas de vuelo, en una ruta que normalmente no seguía ningún aéreo. Hacía demasiado frío, y era más fácil explorar el interior o las tierras meridionales, donde estaban situadas el resto de las pequeñas ciudades y establecimientos del planeta, San Miniato incluida.

En la cima de una montaña escarpada, de negra roca bituminosa, se alzaba el castillo, rodeado por todas sus partes de aguas transparentes, excepto por aquella que conectaba con el campo de aterrizaje. Altas torrecillas, con almenas y un final en forma de cucurucho carmesí subrayaban el gran torreón central, de espesa piedra amarillenta. Un patio lleno de árboles y de jardines, con fuentes que la ausencia de sus dueñas mantenía como verdoso líquido inmóvil, rodeaba el torreón, unido por puentecillos aéreos de frágil estructura, con el resto de las torres. Las ventanas eran alargadas, ojivales, con vidrieras de colores. Casi daban ganas de coger un ladrillo y romperlas. A través de algunas de ellas parecían atisbarse muebles dorados, espesas cortinas, servicios de plata sobre las mesas de pulida madera. Se esperaba casi ver salir de él un cortejo medieval, con damas ataviadas con trajes de otros tiempos y caballeros vestidos con armadura.

Había ya media docena de aéreos posados junto a las puertas del palacio. Con una maniobra brusca, la aeronave de Brenda, que llegaba diez minutos retrasada (siempre la misma, esa mujer), se posó junto a ellas.

Y más allá, en medio del terreno de aterrizaje, a casi un kilómetro del castillo, se alzaba otra torre de color nácar, alta y esbelta como un relámpago arrojado hacia el cielo. Tenía unas letras de color negro pintadas con gruesos tozos en el fuselaje, y un conjunto de discos apilados al suelo, en lo que debía ser la popa. Varias antenas de

diversas clases (parabólicas, circulares, en huso) salían de diversas partes del casco. Cinco pequeñas figuritas, vestidas con gruesos trajes, apenas distinguibles en la lejanía, esperaban junto a algo que emitía una leve luminosidad rojiza. Dos focos, en la parte superior de la nave, iluminaban escasamente la escena, mientras que todo era oscuridad entre el vehículo espacial y el castillo del Agua.

Tom se deslizó hasta la puerta del aéreo.

Brenda, con la mano en la culata del arma, se reunió con las otras ocho. La madrina, apoyada en un bastón de caña noble, con puño de plata, parecía más vieja que nunca. Pero incluso ella iba armada.

—Vamos allá, madrina —dijo Brenda, hinchando el pecho—. Siento llegar tarde.

Y al decirlo, movió su espesa cabellera castaño-rojiza de una forma que impresionó a Tom y le hizo sentir un escalofrío en los riñones, acompañado de un extraño ardor que no esperaba. Desde luego, como mujer, era lo más hermoso de este mundo.

—Un momento, querida —dijo la madrina—. Se que ya no volveré aquí nunca. Ellos pueden esperar un poco. Ponedlo en marcha, por favor... quiero verlo por ultima vez...

—Vamos, madrina, no diga tonterías —dijo Lattuada.

—No son tonterías. Ponlo en marcha. Tú misma, Tiberia.

Con un suave gesto de aquiescencia, Tiberia Lattuada se acercó a las grandes puertas de madera. Presionó una de ellas, que cedió con lentitud, demostrando su gran peso, y entró en el castillo. Las otras, en silencio, esperaban. A lo lejos, las cinco figuritas apiñadas junto a la hoguera eléctrica (el viento era helado) se movían nerviosamente.

Estaban allí la Vallone, olvidada ahora de sus ediciones y su periódico; la gruesa y atocinada Sforza, con la memoria puesta seguramente en sus líneas terrestres y en sus fábricas de cerámica y vidrio; la delgadísima Visconti, que quizá recordase cómo fluía la corriente por sus fábricas y cómo había tenido que ceder cerca de la mitad de sus acciones a la madrina, y también la bonita Meg Corso, muy joven, morena, con ojos negros, aún soltera, pero de la que se decía que no iba a la zaga de Brenda en cuanto a conquistar hombres. Sus fábricas de armas, acero troquelado, automóviles y chapa, seguían en potencia a las de Brenda, y era su competidora más inmediata como sucesora de la madrina. En cuanto a la Ferrara y a la Pirocco, eran astros menores, un tanto decaídos y que sólo servían de relleno en la Junta de las Nueve.

De pronto varios reflectores de color se encendieron, iluminando el conjunto del castillo. Al mismo tiempo, por la parte superior de las torrecillas comenzaron a caer cataratas de agua mientras era perceptible el ligero rumor de los motores escondidos. Tom, agazapado en la puerta del aéreo, se dio cuenta de que sólo el torreón central era habitable y de que lo demás, las vidrieras, te que parecía transparente y a través

de ellas, y las mismas torrecillas coronadas por agudos picachos de ladrillo rojo, no eran más que gigantescas fuentes llenas de efectos de luz.

Lattuada salió de nuevo, resoplando.

—Vamos allá —dijo la madrina, comenzando a caminar hacia las lejanas figuras—. Dejadlo funcionar. Es hermoso.

—Sí que lo es, madrina —contestó la Pirocco, zalamera.

—Déjame que me apoye en tu brazo, Brenda. Estoy ya muy débil.

—No tanto, madrina, no tanto.

Tom las siguió, oculto en la oscuridad. Sus botas de piel no causaban ni el más mínimo rumor, y menos aún en el liso terreno, que parecía de hojas de cristal, del reducido astropuerto.

Los cinco hombres llevaban todos un traje similar. Un aro de metal en torno al cuello, con presillas donde atomizar el casco hermético, refuerzos guateados en rodillas y los, conectores en el pecho para los interfonos, el oxígeno y el sistema de mantenimiento, y gruesas botas forrar con puntas y tacones de metal. Dos de ellos eran gordos, uno tenía la piel aceitunada, y los otros dos, más que blancos, parecían desollados, al ser su piel tan rojiza y su cabello tan rubio. Uno de estos últimos, bajo y grueso, llevaba en el pecho el letrerito con la palabra «FIELDER». Los demás eran «STOKER», «BROWN», «GÓMEZ» y «ALAHULA». Bajo el letrero había una banderita con una estrella blanca y cinco puntas, sobre fondo azul, y unas barras blancas y rojas.

—Buenas noches —saludó la madrina, correcta, sin acercarse mucho—. ¿El capitán Fielder, supongo?

—Yo mismo, yo mismo —contestó el gordo, con una risita nerviosa—. ¿Son ustedes mujeres? ¿Todas?

—Todas. Los hombres no han podido venir.

—¿La guerra?

—Algo así.

Hubo un momento de silencio. Los cinco hombres parecían muy nerviosos. Las nueve mujeres, a excepción de Lattuada, muy tranquilas.

Por fin, el capitán Fielder, decidiéndose, avanzó. Tendió la mano a la madrina, que la estrechó con cierta renuencia, y después dio la vuelta, saludando a todas. Tom, agazapado tras uno de los faros de señales, ya extinguido, se dio cuenta de que algo no iba bien del todo. Algo extraño estaba sucediendo, y aquellos hombres...

Aquellos hombres no se parecían en nada a lo que estaba acostumbrado a ver. Si acaso le recordaban al mítico Rhett Butler, de la vieja edición de *Lo que el viento se llevó*. Un poco más feos, si acaso.

El capitán Fielder estaba acabando de presentar a su tripulación y las mujeres, secamente, saludaban.

—Lo siento —dijo el capitán, por fin—. No tenemos asientos que ofrecerles.

—¿Por qué habría que hacerlo? —preguntó la madrina, con frialdad.

—Son ustedes señoras... mujeres.

—¿Y qué?

El capitán se calló, no sabiendo qué contestar.

Sus hombres le miraban con cierta sorpresa y, con cierta sorpresa también, contemplaban al grupo de nueve mujeres.

—Bueno... —resopló el capitán, por fin—. Cuéntenos algo. Qué es este planeta, dónde está, cómo podemos comunicar con la Tierra, quiénes son ustedes... vamos, todo eso.

Había tres botellas vacías junto a la hoguera eléctrica, que continuaba lanzando su relumbrar rojizo y una benéfica onda de potente calor. Pero este calor no llegaba a Tom, que estaba helándose de frío junto a la apagada baliza.

—¿Todo eso? —dijo la madrina, reafirmando en su bastón—. Bien. Este planeta es Nueva Italia; está aquí; no pueden ustedes comunicar con la Tierra, y nosotras somos unas pobres mujeres... ¿Es bastante?

—¡Señora, no me mire así! ¡Yo no le he hecho nada malo!

—No; si no le miro. ¿Les gustamos? Uno de los negros, el llamado Stoker, lanzó una carcajada brutal.

—¡Usted dirá, señora! ¡Después de un año en el espacio, buscando mineral, sin ver a una maldita... hic... perdón, mujer! ¡Usted dirá! ¡Hasta un palo de escoba con faldas es suficiente para mí!

—Me alegro... —dijo la madrina—. Pueden ustedes beber un poco más, si lo desean. Para celebrar el encuentro.

—Si nos acompañan... claro que es un licor fuerte, y son ustedes señoras.

Era lamentable la forma como el torpón capitán Fielder trataba de quedar bien, de ser seductor y amable a la vez. En cuanto a los demás, estaban dirigiendo sonrisas que pretendían ser deslumbradoras a las más bellas del Srupo, a Brenda, a Meg Corso, a la rubia Aldonza Ferrara y Pat Visconti. Desde lejos, Tom pudo percibir las caras de asco y a pesar de que Brenda estaba de espaldas, era claramente sensible a su repugnancia. Pero ¿por qué?

Eran hombres, bastos y groseros, al fin y al cabo, pero hombres, y, por tanto, deseables, poseíbles. Más de un centenar de mujeres de San Cataldo se habrían dado de palos por llevarse uno o dos de ellos a la cama. Quizá a los negros. Aunque se sabía que los había, no existieron nunca en el planeta.

La madrina bebió un sorbito del fuerte licor, sólo un sorbito. Después pasó la botella, dónde ponía, con letras gordas, «BOURBON», a las restantes mujeres. Tom observó que fingían beber o, en todo caso, se mojaban los labios. Pero los hombres estaban dándole al gollete en serio, estaban tragando bourbon de forma descomunal. El llamado Alahula se echó un trago tal que dejó la botella temblando.

—¿Cuánto hace que no comunican ustedes con la Tierra? —preguntó la madrina.

—Hace dieciséis días —respondió el capitán Fielder—. Desde que nos cogió el vórtice espacial.

—¿No pudieron ustedes dominarlo?

—No; nosotros no. Esta nave, no. Es demasiado pequeña. Pero las grandes sí; éstas llevan un campo magnético que puede con los vórtices y con todo. Cuando vengan aquí, una vez que les demos las coordenadas, no tendrán problema alguno...

Tom sintió un escalofrío. Estaba pensando que...

—¿Han dado la situación de este planeta?

—¿Cómo íbamos a darla, si lo encontramos por casualidad? ¡De ninguna manera, señora! Pero, por favor, explíquenos alguna cosa, cuánto tiempo llevan ustedes aquí, cómo es esto, qué tenemos que hacer... todo eso.

—Bueno, bueno —respondió la madrina, dulcemente, con un tono tal que a cualquiera que la conociese un poco le habría helado la sangre en el corazón—. Bueno, bueno. Beban ustedes otra ronda, caballeros, ¡puerca miseria! Les va a hacer falta.

Los hombres no fueron remisos en hacerle caso. Estaban muy alegres ya, demasiado alegres. Seguramente, la severa disciplina espacial del vuelo se había relajado en W cuanto tocaron tierra. Los ojos de Gómez brillaban como brasas, y comenzó a deslizarse lentamente hacia Brenda, con un movimiento de flanco que su propia intención, tan aparente como pretendidamente disimulada, hacía más risible aún.

—Este mundo —dijo la madrina, tranquilamente— existe tal como es hace cerca de cinco siglos... Y vive bien como vive. Tenemos un problema, un pequeño problema... pero seguro que ustedes y el resto de la galaxia nos lo solucionan. Es muy sencillo: no hay hombres.

—¿No hay hombres?

—O hay muy pocos, que es casi lo mismo. ¿Qué les parece eso, patrones? ¡Hay un hombre por cada nueve o diez mujeres, no más! ¿Qué les parece?

Los cinco tripulantes de la *Spacetrans* se quedaron callados durante unos segundos. Después todos ellos, incluidos el capitán Fielder, comenzaron a dar patadas en el suelo, a golpearse mutuamente los hombros y a reír con unas carcajadas bestiales.

—¡Uno por cada nueve! ¡Qué maravilla!

—¡En cuanto lo sepan en la galaxia van a mandar una nave destrozavórtices y van a venir aquí los hombres a millones!

—¿Han dicho ustedes un hombre por cada diez mujeres?

Gómez puso la mano sobre el brazo desnudo de Brenda.

—Y a mí —dijo, sonriendo groseramente— ¿me tocarían diez como ésta?

Tom sintió que la mano se le iba hacia el revólver. Si fuella mala bestia continuaba intentando sobar a su mujer, un balazo en la frente le curaría para siempre de esa manía. Se dominó. Se recomendó. Era preciso aguantar, esperar, ver qué pasaba.

Pero Brenda se liberó prontamente, empujando con brusquedad a Gómez, que trastabilló y se apoyó en Stoker para no caer.

—¡Vamos, señorita, no se ponga usted así, que sólo era un cariñito! ¡Vamos que ya le enseñaría yo, a solas, lo que es un hombre hecho y derecho, que buena falta le hará! Brown, borracho perdido, se reía a carcajadas.

—¡Ya puedes jurar que sí, cop! ¡Si ésa no habrá echado un buen polvo en su vida!

—Basta chicos, basta —dijo el capitán Fielder—. Basta, cops. No seamos groseros. Pero, perdone, señora —a la madrina—, perdone usted a los chicos. Es que eso no sucede en ningún sitio. Eso sería un paraíso, un año sin mujeres y sin bebida... compréndalo... Usted perdonará.

—Están perdonados —respondió la madrina. Y miró, en silencio, a las restantes componentes de la Junta de las Nueve.

Una a una, en silencio también, las otras ocho asintieron con la cabeza, con un leve gesto de afirmación. En ese instante, Tom supo perfectamente la suerte que los cinco hombres iban a correr.

La madrina fue la primera que extrajo su automática y disparó sobre el capitán Fielder. Inmediatamente las otras ocho sacaron sus armas y comenzaron a hacer fuego sobre los cinco hombres. Apenas hubo unos gritos de protesta.

—¡No dispare!

—Pero ¿qué hacen ustedes?

—¡Socorro! ¡No, por favor... no!

—¡No me maten, no me maten!

—Pero... ¡si no hemos hecho nada!

—¡Perdón, perdón!

Brenda, lo mismo que todas, estaba disparando a uno y otro lado. Los estampidos de las armas de grueso calibre retumbaban agudamente en la soledad del astropuerto. Alguna de las balas, perdida, reboto en el hormigón, aullando en un tono silbante antes de perderse en la oscuridad. Los hombres cayeron como masas. Uno de ellos, el negro Stoker, consiguió correr unos pasos hacia la astronave antes de que los disparos le alcanzasen.

Las armas no hacían humo, pero el áspero olor de la cordita quemada se extendió y llegó hasta las narices de Tom, que contemplaba la escena, horrorizado.

Los cuerpos de los hombres, cubiertos de sangre, yacían en el suelo, como trágicos muñecos olvidados. Un balazo había destrozado uno de los ojos de Alahula; otro había perforado el torso del capitán, produciendo un gran manchón de sangre

rojiza que aún borboteaba. Hilos de sangre, con su vívido tono escarlata, corrían por el suelo, creciendo y formando charcos y lagunas que unían un cuerpo con otro. Misteriosa red de hilos púrpura unía a los hombres en la muerte. Uno de los cuerpos tuvo una sacudida; lentamente, Meg Corso se aproximó y le disparó en la cabeza. El cuerpo saltó por los aires, titánicamente, engarfiando los miembros.

—Ya está —dijo la madrina—. No había otra solución. Dejados ahí. Mañana volveremos para enterrarles y para examinar su nave... Después la volaremos... Es todo.

—No quedaba otro remedio —musitó Brenda, guardando el revólver en la funda. Su rostro era tan frío como el de todas las demás; parecía que no hubiesen hecho nada.

Durante unos segundos, Tom las contempló deslizarse hacia la oscuridad. Después, en un momento, tomó la resolución que no podía dejar de tomar. Corrió, y para cuando llegaron a los aéreos, junto al rumor inextinguible de las cataratas del castillo del Agua, las estaba esperando allí, con la Beretta en la mano.

El seco chasquido del percutor al ser montado hizo que se volvieran hacia él.

—¡Tom! ¿Qué haces tú aquí? Brenda le miraba con sorpresa; las demás, con ira o disgusto; la madrina, con expresión inescrutable que nada bueno presagiaba.

—Estoy aquí, y basta. Lo he visto todo. He visto cómo habéis asesinado a esos pobres hombres, y sé por qué. ¿He de decirlo? ¡No, Meg Corso, no intentes sacar el revólver! ¡A la primera que lo haga, aunque sea mi propia mujer, le meto una bala en la cabeza! ¡Lo juro!

—Otro hombre —susurró la madrina—. Pero mucho más peligroso. Te dije, Brenda, que le estabas dando demasiadas libertades. Demasiadas. Ya ves lo que ha sucedido. Supongo, Tom, que te has enterado de algo, no sé cómo, y te has metido en el aéreo de tu mujer. ¿Es así?

—Exactamente así, madrina. Tengo siete cartuchos nuevos en mi pistola, y buena puntería. He practicado lo suficiente. Puedo matar a siete y...

—Y las otras dos te matarán a ti.

—A las otras dos, si quiero, puedo matarlas con las manos sólo.

La madrina miraba a Brenda, como preguntando: «¿es verdad eso?». Brenda, con cierto orgullo en la voz, asintió.

—Es verdad. Lleva dos años practicando defensa personal. Casi tiene más fuerza que yo.

«La quiero», pensó Tom, sonriéndole. La hubiera besado en ese mismo instante, si eso no representase descuidar su guardia. «La quiero. Es lo más maravilloso que he conocido nunca... aunque sea mujer». Algo estaba haciéndose molesto en la zona del ecuador de su cuerpo... Pero ¿cómo era posible aquello si no había tomado una gota de progestiridina?

Los ojos verdes de Brenda, reidores, juguetones, relumbraban, mirando traidoramente hacia aquella precisa zona. Como era lógico, sólo ella se había dado cuenta del J fenómeno natural que estaba aquejando a Tom. Y le gustaba, eso estaba claro.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó la madrina, secamente.

—Primero, las manos lejos de las armas. Ahora con la punta de los dedos índice y pulgar, idlas sacando y tirando al suelo. Usted primero, madrina. Eso; así. Tiberia Lattuada; la siguiente...

Dos minutos después, todas las armas, excepto la del Brenda, estaban en el suelo.

—Tú no, querida. No creo que me mates.

—No, Tom.

—Cárgala, por si acaso. Pero despacio, que te vea yo bien. Luego ponía en la funda.

—¿Qué es lo que quieres? —repitió la madrina, con terrible frialdad.

—Más bien qué es lo que sé —respondió Tom—. Y lo sé todo. Con permiso de todas.

Manteniendo firme la pistola en su mano derecha, extrajo con la otra una barrita de carmín de su bolso, y lentamente, se pintó los labios. La clara señal de desafío fue recibida con un silencio amenazador. Si las miradas matasen, el pobre Tom tendría ya tantos agujeros en su cuerpo como todos los desdichados componentes de la tripulación del *Spacetrans*.

—Lo que sé —dijo Tom— es esto... Hablemos primero de los insectos.

Durante diez minutos, Tom, sintiéndose potente y feliz, si bien un poco nervioso, habló de su viaje a la lejana ciudad de los Hsui, del gran pez Sobodor y de todo lo que aprendió allí. Habló de cómo muchos años antes, cuando la expedición italiana llegó al planeta, los pobres insectos sufrían con la vejez. De jóvenes e incluso de maduros eran seres de tegumento blando, rosado o de colores. Aficionados a la poesía, sabiendo convivir con su entorno natural, eran artistas por naturaleza. Prueba de ello era el moribundo poeta que encontrasen, a quien la última expedición no había llevado consigo. La música, la alfarería, la construcción de bellas chozas de juncos y piedras de colores, la pesca y la poesía eran su vida.

—¿Para que queremos saber eso? —dijo, groseramente Assunta Vallone.

—Bueno, no me extraña que a una editora no le interese la poesía y el arte —respondió Tom.

—¡Cállate, Assunta, y déjalo hablar! —dijo Brenda, amenazadoramente.

—Cultivaban pequeños campos, y los grandes peces, cuyo nivel de inteligencia era alto, les admiraban de tal forma que, cuando se sentían enfermos o moribundos, se arrimaban a la costa de los insectos para que los buenos seres artistas pudieran disfrutar de su carne, les comieran, y se mantuvieran así más libres para componer y

versificar. La sensibilidad de los grandes peces era tan escasa que las lentas heridas que terminaban con ellos apenas les causaban daño. Y el pequeño dolor que sufrían era compensado por las odas de los poetas, las canciones de los músicos, las ligeras edificaciones de los Hsui, llenas de belleza, y el amor que los insectos (mal llamados así) les profesaban.

Pero para los Hsui llegaba la vejez. Y, con ella, el caparazón. Y con el caparazón, con la quitina lustrosa y charolada, con las garras, los garfios y los élitros, llegaba el dolor y la pérdida de sensibilidad artística. Los Hsui, de viejos, se volvían horriblos, espantosos. Dejaban de tener gusto por la poesía. Dejaban de componer músicas celestiales. Perdían el amor por las construcciones estilizadas, más para ser vistas que para ser habitadas. Dejaban de comprender que se ornasen los edificios con plaquetas de cerámica esmaltada con piedras brillantes o con hilos de plata, sólo para solaz de la vista. Se volvían gruñones, pendencieros, con ganas de luchar. Y un día, cuando el verano calentaba el lejano continente P, comenzaban a construir sus monstruosas naves y partían, llevados por un instinto de siglos de milenios, hacia una playa donde morirían luchando con grandes monstruos de tres cuernos.

—¡Los tricerontes!

—Los tricerontes, sí. Desde hacía millares de años el instinto de los Hsui, en su vejez, les llevaba donde podían morir luchando con otra raza carnícora. Hasta que unos centenares de años antes llegó a esa costa lejana otra raza, desconocida y extraña. Pero tan carnícora como los tricerontes y mucho más peligrosa que ellos. Y por esto, los insectos siguieron haciendo su viaje anual, sabiendo que ahora iban a ser asesinados con mucha más velocidad y limpieza por los nuevos habitantes del continente P.

—¿Y qué? —dijo la madrina con voz helada.

—¿Y qué? —respondió Tom—. La mujeres no saben esto... y seguramente vosotras tampoco. Pero este último año hubo más de trescientas muertas en San Cataldo, porque los insectos mueren, pero luchan antes.

Un momento de silencio.

—Cuando, sabiendo esto, bastaría gastar unos millones de liras en establecer una reserva de tricerontes en la costa, y que los insectos fueran allí a morir sin que en San Cataldo fuera necesario perder ninguna vida...

Silencio absoluto. Excepto Brenda (¿y quizá Tiberia Lattuada?), las demás le miraban con odio atroz. No perdían de vista su Beretta. Un solo momento de descuido y le destrozarían.

—Pero eso no interesa, ¿verdad, señoras? Y yo sé por qué. Hablemos ahora de la Tierra.

Y de la misma manera que había hecho de los insectos, Tom habló de la Tierra durante unos minutos.

—¿Les gusta? Hablemos ahora del sexo. La exposición fue un poco más dilatada, pero el impacto en sus oyentes fue mucho más tremendo que las revelaciones anteriores.

Incluso los ojos de Brenda se dilataron al escuchar aquello.

—¡Si se enteran, nos van a destrozar!, —gritó Meg corso.

—Pero... la ley de la *omertá*... el silencio —dijo Pirocco—. ¡Esto no debe saberse!

—Silencio todas... callad —dijo la madrina, con voz tranquila, avanzando un poco y apoyándose en su bastón—. Te conozco, Tom Mumford. Sé juzgar a una persona cuando la veo. Tú no nos has contado todo esto sólo porque sí. No sé cómo lo has averiguado... pero si quisieras hacernos daño, lo habrías hecho ya. ¿Qué es lo que quieres?

«Aquí estaba el golpe maestro», pensó Tom. No era cierto que pudiese hacerles daño... carecía de medios y de posibilidades de hacer públicos todos aquellos conocimientos. Carecía de medios... ahora. Y quizá no era muy interesante un cambio demasiado brusco. Mejor algo más tranquilo, sin sangre, sin revoluciones. Esto último siempre era posible... si no había otro remedio.

—Soy ambicioso —contestó Tom, moviendo amenazadoramente su pistola, de manera que el negro cañón barriera a todas—. Soy *muy* ambicioso. Tú estás vieja, Beatriz dall'Assassino...

Ante esta falta de respeto, dos o tres de las mujeres resoplaron. Pero la vieja madrina era demasiado inteligente. Seguramente había adivinado lo que Tom iba a pedir.

—Estás demasiado vieja. Quiero que, a partir de hoy, mi mujer sea la madrina... de todas maneras iba a ser tu sucesora... ¿no es eso?

—Pero no así... —susurró la anciana—. No así. Aún estoy viva.

Parecía vencida. «Bueno, si consigo esto —pensó Tom—, lo tengo casi todo».

Brenda le miraba con los ojos desorbitados. No se había atrevido a dirigir una sola mirada hacia la madrina. Lentamente, Tiberia Lattuada iba acercándose a Brenda, con una sonrisa acaramelada en los labios. Las demás parecían dudosas; esperaban. «Si consigo esto, ya me ocuparé yo de ir cambiando las cosas poco a poco. Si consigo esto, querida mía, Brenda de mis amores, aparte de darte lo que más deseas, ya me ocuparé yo de cambiar el planeta entero...». La erección que sentía era tan descomunal que estaba seguro de que las mujeres se estaban dando cuenta de la hinchazón de sus pantalones. «Por algo hablan de la erótica del poder», pensó. «Debe ser esto».

—¿Estás de mi parte, Brenda?

Lentamente, Brenda extrajo una barrita de labios, y con cuidado se retocó la roja boca. Después se colocó al lado de Tom.

—No sé cómo lo has hecho, condenado, maldito, pero estoy a tu lado. Y te quiero.

—Y yo a ti. Y tú, Lattuada... ¿qué?

—Bueno, yo...

La madrina, en silencio, esperaba. Sus rasgos estaban llenos de arrugas; su mirada, apagada por completo. Miraba a las demás. Pero rehuían los ojos, no se decantaban ni a un lado ni a otro.

Por fin, Tiberia Lattuada, lentamente, se pintó los labios y se colocó junto a Brenda.

—Puedes sacar el arma si quieres, querida.

—¿Para qué, cariño? ¡Te bastas tú solo!

—Entonces, madrina... ¿qué? ¿Tenemos que armar aquí una ensalada de tiros?

Durante unos segundos, la madrina tembló. Los ojos le brillaban, llenos de humedad.

—No, no es necesario —dijo con voz quebrada—. No es preciso. Prefiero sobrevivir como estoy a que las mujeres me destrocen.

Miró a Brenda.

—¿Es eso lo que quieres... madrina?

—Sí —contestó Brenda—. Lo he querido siempre. Y lo quiero ahora.

—Está bien.

Muy despacio, la vieja Beatriz dall'Assassino se acercó a la nueva madrina, le tomó la mano, y la besó. Después, se colocó un poco apartada.

Hubo algunas dudas. Pero primero la Vallone, después la Visconti y luego las otras, sin pintarse los labios, se acercaron y besaron la mano de Brenda.

—Madrina...

—Siempre tuyas, madrina...

—Lo que tú mandes...

Terminada la simple ceremonia, Tom les indicó con la punta del revólver los aéreos.

—Volved a San Cataldo. Mañana, la radio y el *Corriere* deben dar la noticia... Ya nos ocuparemos de esos desgraciados más adelante.

Uno tras otro, los aéreos fueron levantándose en el aire.

Brenda se arrojó sobre Tom, una vez a solas. Le besó, le abrazó, le tocó todo el cuerpo. Palpó con la mano las claras señales de su virilidad.

—¡Vámonos a casa, Tom! ¡Te deseo como nunca!

Subieron al aéreo.

—Por más que... ¿Cómo te las has arreglado, maldito? ¡Tienes que contarme muchas cosas!

—Ya te las contaré... pero ahora no. Ahora no. ¿Tardaremos en llegar a casa?

¡Estoy ardiendo!

—¿Ardiendo por mí?

—¡Eso! ¡Por ti! Te adoro, Brenda. Te quiero como no te he querido nunca, como no he querido nunca nada ni nadie. Estoy deseando que lleguemos a casa para meterme en la cama contigo y hacerte todo lo que se me ocurra.

—Que espero que sea mucho, ladrón de corazones...

—¿Estás contenta?

—Sí... Por más que...

—¿Qué pasa?

—Nada; no tiene importancia. Pero la madrina no me ha tocado la mano con los labios al besármela...

## TRIUNFO Y FINAL

La noche fue apoteósica. Bebieron espumoso, esta vez puro, sin mezclas, y hablaron mucho, muchísimo. Como nunca lo habían hecho, contándose todo y confiando el uno en el otro, como carne de su carne que eran entre sí. Cenaron a todos los criados, incluyendo a Giuseppe y a Patrizio, y se encerraron en sus habitaciones. Tom se puso un batín de ella, y Brenda, por broma, se puso una bata con encajes de Tom. Se rieron los dos como niños viéndose así disfrazados, y decidieron seguir así toda la noche, hasta que llegase el momento cumbre de hacer el amor, lo que deseaban ferozmente ambos. Se tocaban, se besaban continuamente, dejando huellas húmedas de vino y de licor en la boca del otro. Comieron alegremente unos platitos pequeños, deliciosos, que Andreina había preparado.

Después, se reclinaron sobre el lecho de sedas y pieles, mientras la gramola interpretaba una de aquellas melodías dulzonas, románticas, que tanto gustaban a las feminidades exaltadas del planeta. Poco a poco, Tom, sintiéndose enardecido y a punto de estallar, separó los encajes que protegían los pechos de Brenda, sintiendo bajo sus dedos la suave curva sedosa de las encantadoras prominencias.

—¡Oh, Tom, vas a hacer que me estremezca!

—¿Y yo, qué? ¿Acaso soy insensible?

—Te quiero, Tom. Para siempre y por siempre. —Y no por lo que has hecho esta noche. Siempre te he querido, creo, creo, que desde que te vi por primera vez, aunque sea una tontería decirlo.

—Y yo a ti, Brenda. Sólo por ti haría lo que hice, no por nadie más. Y también te quise desde que te conocí... pero siempre me pareciste demasiado importante para mí...

—¡No digas tonterías, muñecote! ¡Y ámame, lo necesito!

—Y yo también, como nunca.

Era cierto. Sentía como nunca había sentido. La excitación; el deseo de poseerla recorría sus venas como un torrente de lava líquida. Ya no era necesaria «aquella Porquería» y ya no lo sería nunca. Tom Mumford estaba cierto de ello. Y más tarde, cuando desmayaron uno en brazos del otro, cuando ella aseguró que no podía aguantar más y cuando él dijo lo mismo, y cuando con las manos unidas, los labios unidos y los cuerpos íntimamente unidos se dijeron todo sin palabras, supieron que jamás, jamás, jamás tendrían otro problema amoroso de ningún tipo. Tom supo que se había liberado de aquella esclavitud y que podría amarla siempre que quisiera, y ella, caída entre sábanas de seda, con las soberbias caderas levantadas sobre el lecho, lo sintió también en lo más profundo de su ser. Se sintió poseída, amada, dominada, y

pensó, casi inconscientemente, si en aquella lejana Tierra los hombres amarían así. Y Tom, inconscientemente, también la amó como un verdadero hombre, llevándola por su camino, acariciándola, pellizcándola, tomándola aquí y allá, y volviéndola tan loca de placer que al final fue ella misma quien le suplicó que la hiciera suya. Y precisamente con esas palabras.

Y cuando llegó la cumbre, el final que ambos esperaban, lo sintieron ambos a la vez, y se juraron mil veces no abandonarse nunca y colaborar en todo como dos seres iguales.

Después, un sueño reparador y tranquilo les acompañó a los dos, mientras, muy juntos, soñaban cosas oscuras de increíbles y recorrían caminos de fantasía en vehículos imaginarios.

«He sido Rhett Butler...», pensó Tom, antes de arrebujarse junto al fresco cuerpo desnudo de Brenda y entregarse al sueño.

Amaneció. La luz del enorme y rojizo sol comenzó a filtrarse a través de los tules y de las vidrieras de colores, poniendo de relieve los dos dragones que devoraban un cuerpo humano y la divisa de la familia: «TRIUNFO SIEMPRE». Tom se despertó, perezoso y enérgico a la vez. Miró a Brenda. Un rayito de sol, pasando a través de las cortinas y haciendo bailar en su estela millones de granos de polvo flotantes, se reflejó sobre los muslos de Brenda. Tom decidió pensar en ellos con las mismas frases que las revistas pornográficas utilizaban para los hombres: «Son unos muslos potentes, lisos, atiburonados, con una piel que parece dorada y tan luminosos como si llevaran un horno de hierro derretido en su interior. Dan ganas de sacarles un molde en escayola, de levantarles un monumento, de vestirlos de seda negra y de estar toda la vida sintiéndolos y mirándolos». Resultaba excitante, sin saber por qué.

Los acarició, comenzando en la cadera y descendiendo hasta la lustrosa rodilla, que parecía barnizada con goma laca. Tal era su redondez y su brillo.

Brenda se despertó. Le dio un beso rápido, a lo que contestó Tom con otro beso fugaz. Y después se dieron los dos un beso gigantesco, ancho, con las bocas perdidas en los labios del otro.

—Te quiero.

—Te quiero.

—Pero hay que trabajar, Tom. Empieza hoy algo muy: nuevo para los dos.

«No lo sabes tú bien», pensó él. Ya sólo era cuestión de tiempo... Unos años más, quizá un lustro, y todo iba a cambiar de una forma inesperada.

—Acompáñame al despacho. A ti, que eres tan papelero, seguramente te gustará hacer algo allí. ¡Quiero que lo hagas, Tom! ¡Quiero que trabajemos juntos!

—¿Aunque sea un hombre?

—Precisamente por eso.

—Gracias, Brenda. Cumplimientos, madrina.

—Cumplimientos, Tom. ¡Qué salado eres! ¡Estás guapo hoy; tienes una cara de pillo! ¡Y lo que hiciste! ¡Qué valor!

Le miró, con los verdes ojos reidores, la cabellera desordenada sobre los potentes hombros femeninos.

—¡Habría que llamarte padrino!

—No digo que no, querida.

Desayunaron juntos, dándose los bocados el uno al otro en los tenedores de plata, como si fuesen dos enamorados recientes. «Es que —dijo ella, susurrando para que el viejo Giuseppe no les oyese— eres un amante... además de marido».

Tom quiso recordar algo; algo que le sonaba nebulosamente. Un apellido.

—¿Cuál es tu nombre completo, Giuseppe? Un poco más de bollería, por favor...

—Señor, sí. Giuseppe Wilder, señor.

Indudablemente, descendiente del viejo capitán Nathan Wilder, el de las memorias. Las generaciones iban una tras otra, continuaban, no se extinguían. Tal vez Mumford, apellido no italiano, fuese el nombre de alguno de los oficiales de la flotilla, de un teniente, de un maquinista o de cualquier otra cosa así.

Salieron a la calle. Eran las ocho de la mañana. El sol iluminaba con sus largos rayos, en este maravilloso día de primavera, la avenida entera, con sus cochecitos aparcados junto a las aceras, sus árboles verdes surgiendo de los alcorques llenos de tierra, el sinfín de maceteros llenos de geranios blancos y ojos que la municipalidad de San Cataldo había hecho poner en las blancas paredes de las casas. Todo brillaba, todo relumbraba. A lo lejos, al final de la avenida, las rejas del puerto, recientemente pintadas de verde, se confundían con las ramas cortadas en listas de los palmitos.

—¿Mi coche o el tuyo? —dijo Tom.

—El tuyo, amor. Empieza por hacer de chófer... luego, ya veremos lo que te hago yo a ti.

—Y yo a ti. No te creas que me voy a quedar atrás. Te deseo; te deseo ahora mismo, Brenda... Si no fuera por el trabajo.

—Si no fuera por eso... Pero es mi primer día de madrina... Hay que recibir los plácemes. Seguro que Elda Frattina ha preparado algo.

—¿Lo sabrá?

—¿Tú crees que Tiberia, o cualquier otra, no se lo habrán dicho?

El TOM-881 arrancó suavemente, destacando los charolados reflejos de su carrocería. Las parejas de la policía de Seguridad les saludaron, llevándose la mano a la visera. Alguna funcionaría vestida de oscuro alzó la mano correctamente, en señal de pleitesía. Tal vez sólo dijera buenos días a una de las Nueve, pero parecía un rendimiento, un saludo humilde.

El cochecito, Tom conduciendo, seguro con su traje de mujer, su pistola y su dominio del volante y las palancas del vehículo, recorrió triunfalmente la avenida.

Las rejas pintadas de verde fueron abiertas servilmente por una viejecita retirada, que tenía el puesto de guardacoches en el aparcamiento próximo.

Suavemente, Tom detuvo el automóvil junto a la gran entrada de cristales de la naviera Della Scala. Con risas en los labios, como un niño, se apeó velozmente para abrir la puerta de Brenda. Hubo un rumorear, un rebullir, en la portería del edificio de oficinas. Seguramente, las mujeres empleadas allí, empezando por la fiel Elda, habían colocado sus espías para avisar de la llegada de la señora, porque vio correr hacia el interior a una jovencita vestida de verde, y, casi de inmediato, dos docenas de funcionarias, encabezadas por Elda, surgieron a través de las grandes puertas de cristales. Una de ellas llevaba una caja de cartón blanco, desbordante de flores, con una cinta azul en la que letras doradas decían: «CUMPLIMIENTOS, MADRINA».

—¡Puerca miseria! —dijo Brenda, aún sin levantarse de su asiento—. ¡Estas chicas no pierden ocasión de cumplir! ¡Les aumentaré mil liras el sueldo a cada una!

Era cosa seria, dada la plantilla de la *ditta* Della Scala. Tal vez después Brenda no la cumpliera, pero quedaba muy bien, en este momento.

«Paaa... cummmmmmmmm...»

Hubo un aullido silbante. Algo duro rebotó en el hormigón, a un palmo de Tom, Instintivamente, sin tiempo para pensar, sabiendo lo que significaba aquello, Tom se tiró al suelo.

Él grupo de la puerta se retiraba, entre gritos.

«Paaa... cummmmmmmmm...»

—¡Brenda, Brenda, por el amor de Dios y la Señora!

La cabeza de Brenda cayó hacia adelante, acompañada por su cuerpo, lenta, muy lentamente. Tom, tendido en el suelo, apenas tuvo tiempo de ver el cráter sangriento que se había abierto en la nuca de su esposa y las oleadas de sangre que surgían de allí, manchando el traje, encharcando la tapicería, cubriendo San Cataldo y el planeta entero. Parecía que hubieran segado la cabeza de Brenda, con una hoz, con una guadaña, con un inmenso y descomunal martillo.

Elda Frattina y dos mujeres más corrían hacia él, menospreciando el riesgo de los disparos.

«Pa... cummmmm...»

Se le llevaban de allí, le arrastraban en volandas cuando lo que él quería era estar al lado de su esposa, de su amante, de la mujer que era toda su vida.

Le metieron a la fuerza en el interior del edificio.

Había gritos desordenados, histéricos, en todas partes.

—¡La han asesinado! ¡Puercas, salvajes!

El cadáver de Brenda, inmóvil, caído sobre el salpicadero del TOM-881, era un horrible contrapunto a esta gritería y a estos nerviosismos inútiles.

Tal vez a lo lejos relumbraba la sonrisa amarilla de Alfio dall'Assassino, que

recordaba tiempos pasados, pensaba en sus consejos de unas horas antes y se cobraba desprecios que, en su momento, parecieron cosas sin importancia.

## VISITAS AGRADABLES

A solas en la gran sala de visitas de la mansión Della Scala, con el cuerpo de Brenda amortajado en una salita próxima, Tom Mumford recordaba toda su vida.

¿Habían valido la pena tantas luchas, tantos sufrimientos, para esto? ¿Había valido la pena descubrir el verdadero amor la noche antes para que ahora le privasen de él para toda la vida?

Si Tom hubiera podido, lo habría dado todo a cambio de Brenda, sus propias consecuencias sobre la vida del planeta y sobre lo que era la vida en la galaxia y en la lejanísima Tierra. Todo. Con gusto hubiera seguido siendo un marido complaciente, un amante casero, un garañón de almacén, y que ella, la mujer juerguista, liberal, desprendida y enérgica, la compañera de su vida, la mujer contradictoria y maravillosa, siguiera viviendo.

Pero esto era imposible. Brenda yacía quince metros más allá, vestida con el uniforme de la orden de Francisco I de las dos Sicilias, las manos unidas sobre el pecho, el rostro cerúleo, los labios azulados, y ocupando el féretro | más lujoso y tremendo que las funerarias de San Cataldo pudieron proporcionar. Un sinnúmero de coronas de flores se agolpaban a sus pies: «TUS EMPLEADAS NO TE OLVIDAN»; «TIBERIA LATTUADA TE RECORDARÁ SIEMPRE»; «LA DITTA VISCONTI Y LOS SUYOS»; «MEG CORSO GUARDARÁ ETERNA MEMORIA».

Pero había una, enorme, de gladiolos y crisantemos, que Tom no podía evitar mirar con la más profunda ira dentro de sí. La leyenda, en cinta negra con letra de plata, decía «BEATRIZ Y ALFIO DALL'ASSASSINO, RECUERDOS ETERNOS. LA MADRINA». Era una burla cruel, inhumana. Con razón la vieja no había rozado con sus labios la mano de Brenda, con razón aún había afirmado: «Estoy todavía viva». Y era verdad. Acababa de demostrar su poderío.

«Vendrán a verte», pensó Tom, «No tardarán mucho. Pero Tom, pobre Tom, infeliz Tom. Domínate, contente. No te pongas histérico como un hombre, no las insultes. No las amenaces, no lo hagas. Que vean tu serenidad y que aún puedes luchar».

Con una serenidad y una frialdad que él mismo no esperaba, había registrado el escritorio de Brenda, el lugar donde él sabía que guardaba los papeles más importantes. Y había encontrado algo que, por lo menos, le podría mantener en la misma posición.

Entró Patrizio llevando de la mano a la pequeña Brenda. Tenía dos años de edad, en este momento, y no se había dado cuenta de nada. Sus padres, por desdicha o por suerte, habían vivido tan separados de ella, cada uno por su lado, que la muerte de

uno de ellos difícilmente podía afectarla. Seguramente hubiera llorado si fuesen Patrizio o Giuseppe, Andreina o Annina las que hubiesen faltado. Pero Brenda había sido siempre para ella algo lejano, algo que aparecía por casa una vez cada diez días. Y Tom, alguien a quien era mejor no molestar, enfrascado en sus notas y en sus expediciones.

Tom miró a la niña. Pugnaba por impedir que las lágrimas le saltasen de los ojos. ¡Estaba tan solo! Ni un sólo amigo había venido a hacerle compañía; tal vez porque no los tenía; tal vez porque ya le consideraban un paria condenado con el que era mejor no tratarse.

Bueno; amigos no tenía; pero amigas, sí. Concretamente cinco de ellas, a quienes había localizado unas horas antes, esperaban sus órdenes, tras una de las espesas puertas de *quercia* tallada de la mansión.

—Ven aquí, hija mía —dijo Tom, sintiéndose muy adusto con su coraza de acero negro, sus pantalones y botas negras. Esta vez, por si acaso, la coraza era una verdadera coraza de acero templado; no un simple adorno delgado como papel de fumar.

La nena se acercó un poco a su padre. A veces había jugado con él, cuando Tom tenía ganas, que era pocas veces. Con su madre, siempre ocupada, casi no había tenido tratos nunca.

Tom miró atentamente el rostro infantil. Los mismos ojos verdes de Brenda, la misma mandíbula poderosa, el mismo cabello castaño rojizo, abundante y duro.

Le acarició la barbilla con la mano. De pronto, sintió un cariño inesperado, un amor profundo por aquel único recuerdo vivo que tenía de su mujer.

—Brendita... nena —dijo—, lucharé por ti. No te dejaré sola.

—¿Juegas, papá?

—No, hermosa, hoy no. Tu mamá se ha marchado, y tengo que acompañarla aún. No llores.

—No lloro, papá.

—Llévatela, Patrizio. Prefiero estar solo.

—No podrá estar solo mucho tiempo, señor. *Ellas* esperan ahí fuera.

Era de suponer. Venían a repartirse los restos de la carnicería. Incluso la misma Lattuada, seguramente; la que había parecido fiel al principio.

—¿Todas?

—Señor, sí. Todas. Las ocho. La madrina... La señora Dall'Assassino está también.

—Diles que entren.

«Domínate, no grites, no las insultes. Domínate; sé humilde y sereno, Tom Mumford. La venganza es plato que se come frío; la venganza es un rayo que debe caer de un cielo sin nubes».

Entraron lentamente, vestidas de oscuro, precedidas por la madrina, que se apoyaba en su bastón de puño de plata. Su rostro viejo y ajado era la cumbre de la dureza, sus ojos parecían dos cabujones de ágata negra, lucientes y fríos.

—Hemos venido —dijo la madrina— a hacerte compañía en estas horas de dolor. La policía de Seguridad sigue la pista de la mujer huida que asesinó a tu esposa, a nuestra querida Brenda della Scala.

—Siéntense —dijo Tom, fríamente, sin levantarse.

Ocuparon, una a una, las sillas de pesada madera negra. Giuseppe, siempre oportuno, entró con refrescos, *marraschino* de Zara, y pequeños platitos con aperitivos.

Las mujeres, sin sonreír, fueron tomando un vaso de lo que preferían y picando un poco, por cumplir, de los platitos de porcelana fileteada de oro con las iniciales «B-T».

—Eso —continuó la madrina, que había ocupado el más alto y cómodo sitio— no te servirá de consuelo, buen Tom. El saber que quien asesinó a tu esposa es una mujer de San Miniato, huida con un hijo pequeño de la Administración, no te consolará, no.

—No; no me consuela —contestó Tom, heladamente—. Sé que la verdadera asesina conseguirá escapar. Es ley de vida.

—Es ley de vida —repitió Tiberia Lattuada, sombríamente.

Sus ojos rehuían los de Tom.

—Es ley de vida —repitió Meg Corso, mirándole con fijeza.

—Estás muy sereno, Tom —dijo la madrina—. Cumplimientos.

—Tantas gracias... señora.

Un momento de silencio. Un silencio odioso, gélido. Tom apretaba los papeles en la mano derecha.

—Me llaman madrina —dijo la vieja, suavemente—. Aún estoy viva.

Más silencio. Tom no contestó.

—Sin embargo —continúa la madrina, al parecer un poquito nerviosa ante la calma de Tom, crispando la huesuda mano sobre el puño de plata del bastón—. Sin embargo, esta desgracia origina problemas. Lamento tener que tratarlos en un momento tan doloroso como éste, buen Tom. Pero es necesario.

Tom no contestó. Sus ojos eran duros y fríos como el hielo.

—Las empresas de Brenda necesitan un dirección. No habiendo un nombramiento legal, querido amigo mío, es necesario tomar medidas oportunas. Las empresas de la desdichada Brenda... ¡Dios y la señora conserven su recuerdo inmortal!... Deben ser manejadas con mano diestra, hábilmente. No quiero menospreciarte, Tom della Scala, pero quizá nos agradezcas lo que hemos de proponerte.

—Escucho —contestó Tom secamente.

El vaso de *marraschino* permanecía a su lado, sin que hubiera probado una sola gota.

—Es evidente que la heredera es su hija, la pequeña y guapísima Brendita. Pero es menor de edad... tú lo sabes bien, Tom della Scala. Hemos pensado que hasta que cumpla los dieciséis años y sea mayor de edad, y pueda hacerse cargo de ellas, todas nosotras, excelentes amigas de tu esposa, debemos colaborar contigo. ¿Verdad?

—Verdad —respondió Assunta Vallone—. Luego pasaremos ahí al lado, para despedirnos de nuestra buena amiga, besándola en la boca y en la frente... Pero ahora el porvenir de Brendita y el tuyo, buen Tom, nos preocupan más que nada.

—¿Qué proponéis?

—Muy sencillo —contestó la madrina—. Muy sencillo, muy simple.

Todas se inclinaron un poco hacia delante. Tanto en los ojos de la madrina como en los de las otras se veía la más profunda avidez, el deseo de descarnar y descuartizar aquellas poderosas empresas. ¡Qué bocado más hermoso, y sólo ocho a repartir!

—Formaremos una junta de administración —continuó la madrina, alzando la mano pellejuda—. Governaremos las empresas, la naviera, las refinerías, los transportes de petróleo, las participaciones en otras fábricas o razones sociales... Recibirás lo bastante para vivir con lujo... tú y tu hijita.

—Con una condición —dijo Luisa Pirocco.

—Con una condición —confirmó la madrina, sonriendo escasamente a través de sus delgados labios—. Sabes demasiadas cosas. Queremos que cumplas la ley de la *omertá*, el silencio. Absoluto, total. Todo eso no debe saberse públicamente.

Esperaban, ansiosas. Creían incluso que su propuesta era la única posible.

—Estoy de acuerdo con la *omertá* —contestó—. Callaré si es eso lo que queréis. Callaré para salvar el patrimonio y la fortuna de mi hija. Pero hay algo en lo que no estoy conforme...

Hubo una ligera sonrisa maligna en los finos labios de la madrina. Este pobre Tom creía que aún podría poner condiciones.

—Sé perfectamente —continuó Tom— que sólo la casualidad hizo que me salvase de uno de los balazos destinados a mí. La asesina tuvo mal pulso, mala puntería, o quizá le dio pena disparar contra un hombre.

La crispación de labios de Meg Corso, la bonita morena (¿Sería ella la próxima madrina?) demostró que no era eso. No; a las asesinas profesionales no les importa en absoluto disparar contra un hombre, ver cómo la bala de duro blindaje deshace un hombre masculino o una hermosa cabeza de varón. Para las asesinas profesionales (y más si se juegan el porvenir con ello), el disparo sobre alguien del otro sexo es un placer casi equivalente al acto amoroso.

Se oyeron gritos airados procedentes de las calles. Dos estampidos cortaron el

espeso silencio.

—Las mujeres querían mucho a la desdichada Brenda —dijo la madrina—. Hay un conato de sublevación... hay quien pretende que la hemos asesinado nosotras... ¡Fíjate, nosotras!... para apoderarnos de sus bienes.

—No hay problema —dijo Aldonza Ferrara, modulando despacio los labios bezudos—. La policía podrá poner las cosas en orden en seguida.

—Además —cortó la madrina, dirigiendo a las demás una mirada que ordenaba silencio—, contigo se puede hablar, Tom... Pensamos darles algo que había en reserva, uno de esos viejos inventos terrestres. La televisión. Los aparatos, a un precio irrisorio, saldrán a la calle dentro de poco. Y estamos instalando a toda prisa una emisora...

—En la Señoría, supongo.

—De momento, sí. Luego construiremos un gran edificio; retransmitiremos partidos de fútbol, competiciones deportivas y películas porno.

—Tú tendrías un gran porvenir, Tom —dijo la Pirocco, con una sonrisa grosera.

Tom no respondió.

—Otra muerte, tal vez la tuya —continuó la madrina—, sería demasiado. Queremos salvar tu vida, pero ya sabes a qué precio...

Tom hizo un esfuerzo más para dominarse. Deliberadamente había dejado su Beretta en la mesita de noche. Sabía que, de haberla tenido en la cintura, no habría podido evitar empezar a disparar. Pero no habría acabado con todas, y habría sido la pequeña Brendita la que pagase las consecuencias. Las sobrevivientes se hubieran repartido los despojos.

Era preciso acabar con aquello.

—Esto —dijo, alzando en la mano las hojas de papel— es el testamento ológrafo de mi querida esposa, la fallecida Brenda della Scala. Fue redactado y firmado, con seis testigos, el mismo día en que nació su hija. En este momento, nuestra prima, la abogada Beata della Scala, está legalizándolo en el juzgado. Podéis verlo. Nombra heredera universal a su única hija, Brenda, y me nombra a mí albacea y administrador legal hasta su mayoría de edad, con todos los poderes y facultades.

Lo dejó encima de la mesa de porcelana. Las manos de la madrina se tendieron, engarfiadas, hacia el documento. Lo cogió y lo tendió a Pat Visconti, que también era abogado.

Durante un par de minutos, la Visconti leyó velozmente lo que decía el testamento.

—Es legal —concluyó, con voz dura—. Indestructible como un Moque de granito. Tiene los requisitos legales y si Beata está legalizándolo en este momento, no podemos hacer nada.

—Se puede dictar una ley anulando el testamento —afirmó la gorda Ferrara,

enseñando los dientes.

—No seas estúpida, Aldonza —contestó Pat Visconti—. Si hacemos eso, lo que ahora es una pequeña revuelta en las calles pasará a ser una sublevación de lo más sangriento. Sería como reconocer que la matamos nosotras.

—Aunque eso no sea cierto, ni mucho menos —afirmó la madrina, suavemente. Los trazos de su rostro parecían tallados en acero. Sus ojos brillaban ferozmente, con el fulgor lleno de odio de quien ve que ha perdido la primera batalla—. Además —continuó—, ¿quién iba a confiar de aquí en adelante en un testamento o en cualquier documento legal si lo anulamos... directamente? ¿Puedo convencerte, Tom, para que renuncies a ese derecho que te da el testamento de nuestra querida amiga? ¡Saldrías ganando!

—No lo creo. No renunciaré. Pero os prometo una cosa. Como mi intención es salvar la fortuna de mi hija, guardaré la ley de la *omertá*, y no interferiré con vosotras. En estos momentos sólo puedo pensar en Brendita... Es lo único que me queda de ella. No pienso suplicar, no pienso rogar. Soy tan duro como pueda serlo cualquiera de vosotras. Si intentáis anular el testamento o privarme a mí o a mi hija de nuestros derechos, volverá a correr la sangre en las calles de San Cataldo. Elegid.

No contestaron. Miraban todas a la madrina, que, con las manos crispadas sobre el puño del bastón, contemplaba al viudo Della Scala, como si quisiera perforarle con los ojos.

—De un lado —continuó Tom—, mi silencio y mi disciplina. Callaré, obedeceré. A cambio de mantener íntegro el patrimonio de mi hija. De otro, la guerra a muerte. Aún podría contar con alguna ayuda... y yo sólo también valgo. En este último caso, lo perderé todo, pero vosotras no saldréis bien paradas. Hay armas, hay explosivos y hay deseo de venganza.

La madrina se puso en pie. Sus pupilas diamantinas expresaban claramente, con una mirada que fingía ser dulce, lo que había escogido.

—Vamos, vamos, Tom. Naturalmente, la paz. ¿Cómo va pretender cualquiera de nosotras privar a una infeliz huérfana de sus bienes? ¿Has podido pensar eso alguna vez, Tom?

Se ponían todas en pie; se preparaban para marchar. La cosa estaba decidida. El cadáver de Brenda, falto de venganza y castigo, se revolvería en su tumba durante años, y quizá su espíritu surgiera por las noches para atormentar a las que la habían asesinado. Pero de momento...

—Repito, Tom. No me has contestado. ¿Piensas eso de nosotras?

Estaban agrupadas junto a la puerta, esperando tan sólo esa pequeña derrota; la respuesta de Tom.

—Señora, no.

Su voz fue apenas audible.

—Me llaman madrina —dijo la vieja, con suavidad amenazadora tendiendo la mano derecha extendida, el dorso hacia arriba Y es señal de respeto, a mis años, besarme la mano y llamarme así.

Otra pequeña derrota que se exigía a cambio de la victoria principal. Con los ojos bajos, Tom se levantó, tomó la mano de la anciana y depositó un beso repugnante sobre la piel llena de arrugas.

—Sí... —dijo débilmente, fingiendo humildad—. Sí, madrina.

Lo mismo que había sido la primera en entrar, la madrina fue la última en salir, despidiéndose de Tom con un gesto leve de su mano huesuda.

Después de que las ocho mujeres hubieran abandonado la mansión, Tom, a solas, permaneció unos momentos inmóvil, con la mano derecha apoyada en la mesa circular de porcelana, y el testamento de Brenda aún en la izquierda. Luego dijo, en voz bastante alta:

—Podéis salir ahora... —y añadió cortésmente—. Por favor.

Otra de las puertas que daban a la gran sala se abrió. Salieron la fiel Elda Frattina, con los rasgos descompuestos, y cuatro mujeres más.—Sois el jurado —dijo Tom, mirándolas con dureza—. Todas vosotras habéis tenido alguna relación conmigo y por eso os he pedido que esperaseis en ese cuartito y que oyeseis todo lo que se ha dicho aquí. Tú, Adriana, fuiste la primera mujer que hizo el amor conmigo... ¿Verdad que te acuerdas de aquella noche en la pequeña fortaleza? ¿Verdad que te acuerdas de cuando me indicaste el camino de San Cataldo? Y tú, Laura Rossi, eras cliente mía en El Paraíso, cuando yo no era más que un miserable fulano de los arrabales. Creo que llegué a quererte un poco, y eso que aquella doctora... ¿cómo se llamaba?

—La doctora Paini, micer Della Scala.

—Eso. La doctora Paini. No; no me dejaba en paz. Y a vosotras dos, Vittoria y Matilde, hace unos meses supe comprender vuestros deseos de tener un hombre y creo que os di un buen rato de diversión con ese puerco de Mario Trani.

—¡Estaba muy bueno, señor! ¡Vaya tarde!

—¡Sí, señor! ¡No la hemos olvidado nunca!

—Gracias, queridas amigas. A ti, Elda Frattina... ¿qué te voy a decir? Has sido la colaboradora de mi esposa durante muchos años y la conocías casi tan bien como yo. Y ahora os pido a todas vosotras que me digáis la verdad. Las habéis oído a ellas y me habéis oído a mí... ¿Culpables o nocentes?

—Culpables —contestó velozmente Elda Frattina, con los rasgos descompuestos.

—Culpables —contestaron las demás, casi a coro.

—Está bien —respondió Tom, mirando las armas que todas ellas llevaban—. De momento, podéis olvidaros de esas pistolas. Y de lo que ha pasado aquí. Y de la excelente puntería y la afición al tiro que siempre ha tenido esa gorrina de Meg Corso. Tenía dos razones para pedirnos que oyeseis; una, escuchar vuestro veredicto;

la otra, que me protegierais si ellas intentaban algo violento. Esto último no ha hecho falta... son demasiado inteligentes. Pero todo ha concluido ya. Muchas gracias, amigas mías. Podéis marchar...

Le miraron, con sorpresa reflejada en los anchos rostros femeninos.

—Entonces... —dijo Elda Frattina—. ¿Es qué no vamos a hacer nada?

—De momento, no —contestó Tom—. Lo primero de todo es mi hija, y si hacemos algo, la pobre perdería lo que tiene, y quizá la asesinasen también. Algún día, algún día os pediré que me ayudéis... Por cierto, Vittoria, Matilde... ¿queréis trabajar para mí de ahora en adelante?

—Señor, sí. Con mucho gusto.

—Consígueles un puesto, Elda. Mejor remunerado del que tienen ahora... Haré lo que sea por vosotras, a partir de este momento. Os buscaré hombres, os daré dinero, seré vuestro amante si queréis... Pero algún día, algún día os lo pediré todo... Adiós, amigas mías. Dejadme solo.

Durante horas, Tom Mumford permaneció a solas arrodillado ante el ataúd de Brenda. La habilidad de la empresa funeraria (era una pequeña *di tía*, también propiedad de la muerta) había sido tal que el rostro de la asesinada, maquillado y arreglado, parecía el de una persona dormida. Sus grandes párpados cerrados velaban para siempre aquellos ojos que habían estado a punto de contemplar el resurgir de un planeta; sus manos, cruzadas sobre los entorchados del pecho, seguían siendo en la muerte tan Poderosas y enérgicas como lo fueron en vida.

No; no eran pago suficiente unos cuantos muertos para compensar aquello.

Al amanecer, cuando las veladas luces del sol iluminaban el escudo del ventanal, Tom, de pronto, prorrumpió en sollozos gigantescos, que le desgarraron el pecho. Las lágrimas corrieron a ríos por su rostro, pero no por esto se sintió más consolado.

La luz del sol hacía lucir la divisa de la familia: «SEMPER VINCO», triunfo siempre.

Y sería verdad, se prometió Tom. Porque Brenda triunfaría aun después de muerta.

## «Il Corriere della Sera»

*«... y así, ayer tarde, en medio de una impresionante manifestación de duelo, se realizó el sepelio de la señora Brenda della Scala, vilmente asesinada por una activista huida, al parecer de las lides tutelares de la benéfica Administración. La carroza, a la Federica, con plumeros y ornamentos negros, recamados de plata, atravesó las principales avenidas de San Cataldo seguida por un enorme cortejo. En coches cerrados, presidían el duelo el viudo Della Scala, Micer Tom Mumford,*

juntamente con sus más íntimas amigas, la señora Beatriz dall'Assassino y la señora Tiberia Lattuada. Se hallaban presentes igualmente el resto de la Junta de las Nueve, así como colaboradoras, amigas de la ilustre finada, autoridades y representaciones de la policía de Seguridad. Las fábricas Della Scala enviaron un enorme contingente de trabajadoras y empleadas que portaban gigantescas coronas con leyendas alusivas. La banda municipal de San Cataldo, dirigida por la mestra Patrizi, interpretó músicas fúnebres adecuadas al acto, entre ellas una composición original de la podestá Pertini, familiar de la extinta, que fue muy celebrada por su sentimiento y musicalidad. Más tarde, concluyó el óbito en el cementerio de San Cataldo, donde los restos mortales de la prócer fueron sepultados en el panteón familiar...»

«... sin noticias, por ahora. Han transcurrido ya dos meses desde el vil asesinato de la señora Della Scala, y los servicios de la policía de Seguridad continúan sin poder localizar a la autora del asesinato. Al parecer, es una tal Marcella Monicelli, de quien se dice que, habiendo tenido un hijo de la Administración, huyó con él hacia el interior, perdiéndose en las montañas. Dada la rígida postura que la ilustre finada ostentaba a este respecto, así como sus morigeradas costumbres, no es de extrañar que la criminal acción de la facinerosa se haya orientado precisamente hacia una de las mujeres de más personalidad de este planeta...»

«... en su emisión número ciento tres. Como siempre, ha constituido un éxito la retransmisión a través de los nuevos receptores de televisión. El Motor Ghia y el Della Scala se enfrentaron de nuevo en el campo del honor. Es de reseñar el fuerte dribling de Catavilnichi, así como las fenomenales paradas de la portera del Mottor, Alisa Menconi. A los quince minutos del segundo tiempo, Stratti hizo una incursión en el campo enemigo, pasó a Ponsoni y ésta a Bardinella. La Bardinella, con furia muy propia de la ditta Della Scala, cuyos colores defendía, lanzó un cañonazo sobre el área enemiga, que fue coronado por un majestuoso gol que la portera Menconi fue incapaz de detener. Recordemos a este respecto que la creadora del equipo fue la finada Brenda della Scala, cuyo asesinato, hace más de un año, continúa sin aclarar. Digamos, de paso, que las nuevas instalaciones de la TV San Cataldo, en el monte Urbino, han producido gran satisfacción en la población entera del planeta, así como la línea de repetidores que suministra la señal a todos los pueblecitos y establecimientos de nuestro mundo. Dícese que en época próxima podrá instalarse la TV en color, aunque el costoso presupuesto es lo suficientemente elevado como para que los receptores no estén al alcance de cualquiera...»

## LA HUIDA DE TOM HACIA LA INMORTALIDAD

Muy temprano, cuando aún no había salido el sol, el envejecido Giuseppe le trajo el desayuno: tostadas, mantequilla y una jarra de negro café hirviente. Pero, esta vez, Tom Mumford se privó de los canapés de desmán ahumado que tanto le gustaba tomar a primera hora de la mañana. Prefería tener el estómago ligero y la cabeza clara.

—Esta todo muy sucio, Giuseppe.

—Señor, sí. Pero la fiesta acabó muy tarde, señor, y la servidumbre no se ha levantado aún.

—¿Y mi hija?

—Duerme todavía, señor. La fiesta de anoche la pondría muy nerviosa, supongo yo, señor. No todos los días llega una joven a su mayoría de edad.

—¿Te gustó, Giuseppe?

—Fue muy conmovedor; señor, sí. Y la transmisión de todos los poderes que el señor hizo a la señorita al final de la fiesta, más que nada. ¡Si la pobre señora, que Dios guarde, hubiera vivido aún!

—Si ella hubiera vivido, Giuseppe, todo esto no habría hecho falta. ¿Verdad que ella es igual que su madre?

—Señor, sí, con todos los respetos. Igual que su pobre madre, señor. Los mismos ojos, el mismo pelo... todo igual.

—Puedes retirarte, Giuseppe. Voy a salir a dar un paseo, aunque sea temprano. ¡Ah, se me olvidaba! Toma esto.

Era un grueso reloj de oro, con una cadena digna de un barco. Pesaba en la mano como si fuese un lingote de plomo.

—Lee lo que pone en la tapa.

—Señor, sí. «Para Giuseppe Wilder, siervo fiel y bueno, cuya fidelidad sólo es comparable con su bondad y sacrificio. Firmado: Tom della Scala». ¡Señor, señor! ¡Yo no me merezco tanto!

Si.

—Ya lo creo que sí, buen Giuseppe. Y más que eso. Venga, no me llores ahora. Llama a Patrizio; ha debido despertarse ya. Y acércame el revólver; a estas horas hay que andar con cuidado.

—No debería salir tan pronto, señor. Es peligroso.

—No para mí; para los demás. Haz lo que te digo.

Habían sido años muy duros. De no ser por la colaboración intensiva de todos los familiares, irritados y descompuestos por la muerte de Brenda, no habría podido salir

adelante. La fiel Elda Frattina había sido un puntal básico a este respecto, sobre todo en los primeros tiempos. Sacrificada, constante, fiel como un perro, había puesto toda la carne en el asador para que el viudo Della Scala se mantuviera firme, a pesar de la oposición de las otras ocho. La noche anterior, en mitad de la fiesta del dieciséis aniversario de Brenda della Scala (hija), Elda Frattina casi había llorado. «¿Y yo no podré ir?». «De ninguna manera, Elda. Es imposible. Debes quedarte aquí para servirle de ayuda a ella». Señalaba Tom a Brendita, muy elegante en su traje rojo escarlata, con aletas esmeralda, y una cadena de oro con dijes colgando del cuello... Incluso el propio Alfio, ya tallado y con canas, se la disputaba. Pero la joven había aprendido las lecciones que su padre, subconscientemente, de forma subliminal, había ido introduciendo en su mente. No se dejaría engañar; no caería fácilmente en ninguna trampa. Todo estaba hecho y cumplido. Tal como prometiera, había salvado la fortuna de su hija. Ahora era libre por completo. Su palabra a la Junta de las Nueve se había cumplido por entero.

Antes de que llegase Patrizio, Tom caminó a solas por los pasillos de la mansión. A través de los cristales, sólo llegaba la negrura intensa de la noche... El amanecer, ese amanecer que los desesperados y llenos de odio aguardan siempre, no había nacido todavía.

Entreabrió la puerta de la alcoba de su hija. En estos años, el amor por ella, no siempre correspondido, había crecido como una avalancha.

Dormía. Los bucles castaño-rojizos yacían sobre la almohada, entornando aquel rostro que era el mismo de su esposa, muy rejuvenecido. Se hubiera aproximado y le hubiera dado un beso en la frente, pero temió despertarla.

—Adiós, Brendita —dijo en voz baja—. Adiós. Hasta siempre. Algún día lo sabrás todo...

Los recuerdos, los dolorosos recuerdos, estaban frescos en su mente, como si todo hubiera sucedido dos días antes.

Patrizio esperaba en la calle, junto al coche laqueado. A lo lejos, una línea roja comenzaba a marcarse sobre el monte Urbino, destacando los edificios de la TV y señalando el próximo amanecer. Tom pasó un brazo por el hombro de su anciano profesor de gimnasia y artes marciales.

—¿Sigues conmigo, viejo Patrizio?

—¿Y qué voy a hacer ahora, señor? Yo lo sé todo, como esas mujeres que le esperan. Aunque sea la muerte lo que venga, soy muy viejo ya. Le acompañaré hasta el final.

Hacía frío. Era uno de esos primeros días de primavera en los que el invierno, en los helados amaneceres, lucha todavía por no abandonar su frialdad y sus nieblas matutinas.

El vehículo, conducido por Patrizio, comenzó a recorrer las calles de San Cataldo.

Tom Mumford las miraba como si las viera por última vez, y no pudo evitar el recordar toda su vida. Pensó en cómo llegó, muchos años antes, y cómo se apoderaron de él los viejos y las mujeres; en cómo había conocido a Brenda y cómo había sido subastado; en cómo llegase al país de los insectos y leyese aquel maravilloso poema del poeta muerto. Ahora, como él, querría que cada segundo sirviese para recordar su vida, y cada segundo siguiente para volverla a recordar otra vez.

Con un ligero rumor de motores, otros coches se habían ido adicionando al suyo. Allí estarían Adriana, Laura Rossi, Vittoria, Matilde y una docena de mujeres más.

Poco a poco, con mil precauciones, había ido infiltrando ideas de necesidad de acción en todos los estratos de la población. Podría ser que surtieran efecto, o quizá no. Pero eso ya le daba igual, puesto que, como los viejos samuráis japoneses de un libro que había leído, estaba dispuesto a morir sobre la tumba de su esposa.

Barras transversales de un rojo coral, luminarias de oro intercaladas, nubes rojizas que se remarcaban bajo el sol naciente, señalaban el crepúsculo inmediato. Los coches, con un zumbar sordo de motores, subían las empinadas y curvas cuestas que conducían al monte Urbino y a los edificios de la TV. A las nueve de la mañana, los eternos rivales, el Motor Ghia y el Della Scala contendían en el Stadium de San Cataldo. Era una excelente hora, aun siendo día festivo, para que todas madrugasen y se hocicasen, atontadas, frente a sus nuevos receptores de televisión en color.

¡Pobre Elda Frattina! ¡Hubiera dado su vida por estar aquí!

El disco del sol tangenteaba ya las lejanas montañas, y una barra de un dorado pálido se extendió sobre San Cataldo, cubriendo sus tejados, sus terrazas y sus arboladas avenidas, de largas sombras interminables.

Por lo menos había conseguido meter ideas en la cabeza de unas cuantas. Para estar dispuestas a la muerte, las ideas deben ser muy fuertes, muy contrarias a lo establecido. Si no, la muerte es algo demasiado contundente y demasiado inmediato como para que ninguna mujer se enfrente con ella. Aunque sólo hubiera conseguido esto, ya sería bastante. La simiente tal vez fructificase en el futuro.

Los coches se detuvieron en la explanada frente a la entrada del edificio de la TV, en la cumbre del monte Urbino. Eran poco más de las ocho... el sol nacía ya, espléndido, sobre las montañas lejanas.

Varias mujeres descargaban bultos de los vehículos. Se distinguían —el ojo experimentado de Tom era capaz de hacerlo— los paquetes de municiones, los rifles pesados, los gruesos tubos de acero conteniendo explosivos, los envoltorios con mechas Bickford y granadas.

—¿Empezamos, Su Virilidad?

—Aún no, Adriana. Vamos a organizamos primero.

Tenía gracia esto de *Su Virilidad*. Tom recordaba que hacía muchos años

llamaban «Su Virilidad» a un mozo apuesto, un tal Mario no sé qué... Se lo llamaban en plan un poco humorístico, riéndose de los hijos que le achacaban todas las mujeres del planeta. Pero es que, desde que enviudó, no hubo mujer embarazada que no pretendiera que su hijo era del bello Tom Mumford, del viudo Della Scala. Al principio le llamaron «Su Virilidad» de la misma forma bromista que lo habían hecho con el tal Mario. A medida que pasaron los años y vieron cómo iba manejando con mano de hierro las empresas de la *ditta* Della Scala, lo de «Su Virilidad» se convirtió en un título de honor. Primero le llamó así, inocentemente, una empleada de último orden, ganándose una reprimenda de Elda Frattina. Después, poco a poco, el título fue calando. Actualmente, catorce años después de la muerte de Brenda, llamarle de esa forma no era un insulto, sino el máximo honor que se podía dispensar a un hombre. No le llamaban así por pretender ser el padre de un sinfín de hijos, sino por haber tenido la misma fortaleza y los mismos arrestos que cualquier mujer, y concretamente, que su pobre esposa desaparecida.

—Brenda, Brenda... —musitó Tom—. Si estuvieras aquí conmigo, cariño...

En todos estos años no había dejado de echarla de menos ni un sólo instante. Afortunadamente, estos atroces años tocaban ya a su final.

—Bien, Adriana, Vittoria, Matilde, Laura y las demás. Atended y no levantéis la voz... Hace tres días que establecimos el plan por completo; por tanto, no es preciso repetirlo. Patrizio y yo entraremos por la puerta principal; Laura Rossi y tres más nos seguirán. Las demás, tomad las posiciones que se os han asignado y esperad. ¡Suerte a todas!

—Suerte, Su Virilidad.

—Que Dios y la Señora nos ayuden.

—Que así lo hagan, chicas. Adelante.

En silencio, Tom Mumford extrajo la barrita de carmín y, mirando a las demás, se pintó los labios con cuidado. Todas ellas, sin decir una palabra, le imitaron. Después, encabezadas por Tom, las pistolas y los rifles empuñados, entraron en el edificio, a través de las grandes puertas de cristal.

Había tres números y un sargento de la policía de Seguridad, tomando café, sentadas, muy tranquilas, con el cuello de la guerrera desabrochado.

Tom las encañonó.

—Ni un movimiento —dijo fríamente—. Ni una sola voz. A la que intente algo, la mato, como hay Dios.

Una de ellas lo intentó. Era una lejana pariente de Meg Corso, la nueva madrina. Se puso en pie y dirigió la mano a la funda charolada de blanco de su pistola. El seco estampido del arma de Tom la detuvo repentinamente; dio un salto terrible, llevándose las manos a la cabeza, y luego cayó redonda al suelo. Del negro orificio en mitad de su frente manó un hilo de sangre escarlata, manchando el rostro y el

uniforme.

—¡Laura, Petra, atad a esas tres! ¡Las demás, arriba conmigo!

Corrieron como locas por las grandes escaleras, dirigiéndose al piso superior. Una técnica con uniforme amarillo asomó la cabeza desde uno de los platos; Tom le pegó un culatazo en la nariz; la otra cayó al suelo, retorciéndose y arrojando un río de sangre...

En el estudio principal, frente a dos cámaras, un grupo de técnicas de TV se arremolinaban junto a los focos, asombradas y asustadas. De abajo llegaron dos disparos más, procedentes del exterior. Seguramente, Vittoria habría encontrado una patrulla mientras se dedicaba a instalar las cargas en las antenas.

—¡Todas junto a la pared! —ordenó Tom—. ¡Las manos en la nuca!

—Pero ¿qué es esto...? —dijo una de ellas, vestida de civil. Debía ser la directora. Siempre asistía cuando había retransmisión de fútbol.

Eran las nueve menos veinte. El sol lucía en todo su esplendor, iluminando el estudio. Abajo, en San Cataldo, las masas estarían entrando seguramente en el Stadium, mientras el equipo móvil de TV se preparaba para efectuar la retransmisión.

Tom tenía los suficientes datos.

—¿Eres Stella Corso, la directora?

—Sí, pero... ¡Esto os costará caro!

—Sabemos lo que costará. Acércate.

Sin bajar las manos, la directora, renuente, se aproximó. Era una mujer delgada y alta, con ciertos rasgos de su prima, la madrina. Pero mucho menos atractiva.

Tom colocó el frío cañón de su pistola en la frente de la mujer, que comenzó a temblar. Gruesas gotas de sudor le cubrieron el rostro. Laura y las otras encañonaban al resto de la dotación; Patrizio, por su parte, esperaba. No había querido llevar armas; se conformaba con las manos desnudas.

—Escúchame, Stella Corso, y escúchame bien. No te daré una segunda oportunidad. Hace catorce años tu prima asesinó a mi esposa, y estoy deseando devolverle el favor... Pero si haces lo que te digo, salvarás la vida. ¿Me conoces?

—Sí... sí, Su Virilidad.

—Está bien. Para las nueve en punto quiero que, en vez de la transmisión del partido, prepares una emisión desde esa misma sala. Yo hablaré. Comprobaremos todo; entre nosotros hay una que sabe lo suficiente de esto. Se ha pasado tres años estudiando radio y televisión. Acércate, Menconi.

Una mujer cuadrada como un baúl se aproximó. Llevaba en las manos un rifle Breda de grueso calibre.

—Señor, sí.

—Vigíla; escucha las órdenes que va a dar. A la más mínima duda, máta.

—No, por favor —dijo la directora, aterrada, temblándole las comisuras de la

boca—. Haré lo que Su Virilidad pida. Vamos a ver, vosotras, venid aquí. Emplazad la cámara número uno ahí junto los focos; la número dos un poco más retrasada... ¡Habrá que maquillarle, señor! Si no, saldrá usted muy pálido.

—Prefiero salir pálido. ¡Adelante! ¡Sólo te queda un cuarta de hora!

—Es que es muy poco tiempo.

—Puede ser, pero, a las nueve en punto, si no está todo en orden, Menconi te volará la cabeza. Tú, Silvia Falcone, ve a ver cómo andan las cosas por ahí abajo. Mira a ver si consigues café, Patrizio...

En un instante, el estudio se transformó en un torrente de actividad. Bajo la amenaza de las armas, técnicas y cámaras dieron de sí todo lo posible. Tenían los rostros desencajados; se daban cuenta de que aquello iba en serio, y de que cualquier intento de sabotear la emisión representaría la muerte inmediata.

Las nueve menos diez. Las cámaras estaban en su lugar; los focos, también. Varios cables gruesos habían sido tendidos desde las cámaras hasta un pupitre de metal gris.

Volvió Silvia Falcone.

—Todo en orden, Su Virilidad. Las cargas están colocadas y las chicas han tomado posiciones. Esperan.

Pusieron una mesa y un gran sillón de madera frente a las cámaras. Servilmente, una de las mujeres puso sobre el tablero un jarro con agua y un vaso. Situaron detrás una bambalina, imitando la pared de un despacho ministerial.

—Esto está quedando muy bien —dijo Tom, tomando sus prismáticos—. Por cierto, quiero una cámara en el exterior, apuntado al camino, y un monitor aquí, donde yo pueda verlo mientras hablo. Laura, ¿te acuerdas de lo que tienes que decir?

—Señor, sí.

Tom se aproximó al ventanal, mientras detrás de él seguía la barahúnda de órdenes y contraórdenes, subrayadas por algún culatazo oportuno, cuando parecía que las cosas no iban lo suficientemente de prisa.

Las nueve menos cinco. A través de las lentes de los prismáticos, Tom veía el camino de ascenso, iluminado por el sol, completamente solitario. También vio el Stadium deportivo, muy a lo lejos, hirviente de cabezas negras que esperaban el principio del partido. En el puerto, sobre las azules aguas movedizas, el *Principessa Issotta*, con sus nuevos cañones de tiro rápido, se movía lentamente hacia una posición más adecuada, arrastrado por dos remolcadores pequeños y panzudos. Una ligera niebla se levantaba del mar, allá, muy lejos.

Las nueve menos un minuto.

—Todo a punto, Su Virilidad —dijo la directora, enjugándose el sudor—. Cuando Su Virilidad quiera. Por favor, mire usted a la cámara que tenga el piloto encendido... ¿Podemos grabar en vídeo?

—No hay inconveniente. Así la posteridad tendrá un buen recuerdo. ¿Podemos empezar?

—Señor, sí. Cámaras, ¡adelante!

—Venga, Laura, vamos allá.

Tom se sentó en la mesa ministerial. Laura Rossi, con el revólver oculto a la espalda, se colocó a su lado. Comenzó a recitar las palabras que tenía aprendidas de memoria. Muy nerviosa, lo hizo bastante mal, pero cumplió su papel.

—Buenos días, mujeres y hombres de San Cataldo y de nuestro planeta. En vez de la retransmisión deportiva que todas esperáis ver, os vamos a ofrecer unas palabras de micer Thomas Mumford, señor Della Scala, también conocido como Su Virilidad, y caballero de la Orden de Francisco I. Las revelaciones que os hará afectan al porvenir de todo nuestro mundo, y harán que en el futuro sea lo que vosotras queráis que sea, y no lo que otras hagan.

En ese mismo instante, cien mujeres seleccionadas estaban comenzando a sembrar folletos recién impresos por todas las calles de la capital, y otras tantas estaban arrojándolos en el Stadium deportivo. Contenían un resumen de lo que Tom Mumford iba a decir, y una pequeña historia de su vida, con los hechos más destacados, incluyendo el informe del doctor La Bruna y el asesinato de los astronautas americanos.

—Su Virilidad os habla.

Tom miró serenamente a la cámara cuyo piloto rojo lucía. No se aclaró la voz, no bebió agua. Ni siquiera saludó.

—Provenís de Sicilia —dijo calmamente, colocando las manos sobre el refulgente tablero—. Muchas de vosotras no tenéis idea de lo que es Sicilia ni dónde está. Yo os lo diré.

»Sicilia es una isla que está en la Tierra; es un lugar bello, lleno de viñas y de arbolado; su capital es una ciudad llamada Palermo, y en ella hay, como en nuestra ciudad, un río que se llama Bélice...

»Pero esto no os interesa demasiado. Lo que sí os interesa es saber que desde hace años os están engañando sobre muchas cosas, y sobre todo en lo más fundamental de vuestra vida: el decidir por vosotras solas lo que queréis hacer y lo que queréis conseguir. En Sicilia y en muchos otros lugares de esa lejana Tierra de la que todas habéis oído hablar, por lo menos un poco, no son las propias personas las que deciden, sino algo que hace con ellas lo que les da la gana, aprovecha todo lo que le interesa y menosprecia sistemáticamente el derecho a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad. Ese algo es una cosa llamada *Mafia*.

Guardó silencio unos segundos. Sentía la boca seca, pero dominó el deseo de beber agua. Miró al monitor. Varios vehículos pesados, pintados de blanco plateado, de la policía de Seguridad comenzaban a subir las primeras estribaciones del monte

Urbino. Se habían dado prisa.

—Diréis que eso no os importa... que vivís bien y que ninguna de vosotras pasa hambre. Pero eso no lo es todo y, además, aunque no lo creáis, sí que pasáis hambre. Sólo que no os dais cuenta.

»No tengo mucho tiempo, así que comenzaré por lo más fácil. Los insectos, por ejemplo...

En un par de minutos, Tom Mumford explicó la verdad sobre los insectos y cómo se podían evitar sus ataques.

El monitor mostraba los coches de la policía desembarcando sus contingentes en la explanada ante el edificio de la TV. De abajo llegaron dos o tres disparos esporádicos.

—No es esto sólo —añadió Tom Mumford—. Durante siglos se os ha tenido sujetas a la creencia de que la Tierra es un mundo igual a éste. Pues bien; yo os digo que no es así. En la Tierra, el número de hombres y de mujeres es aproximadamente igual. No es necesario pasar el hambre de sexo que pasáis todas aquí... Durante años, cualquier pequeña nave de la Tierra que intentaba aterrizar en este planeta era desviada hacia un campo de aterrizaje lejano, y sus ocupantes, asesinados fríamente, sin compasión alguna.

»Pero sé que todo esto no os impresionará. Habrá más de una que estará preguntándose: ¿Y a mí qué? ¡La Tierra está demasiado lejos! Si no puedo tener aquí todos los hombres que yo quiera... ¿a mí qué más me da?

El tiroteo, en el exterior, se había hecho mucho más intenso. Se veían en el monitor las patrullas de la policía avanzando a saltos controlados, cubriéndose unas a otras con fuego de armas pesadas. De vez en cuando se escuchaba una ráfaga de ametralladora. En determinado momento, un pelotón de la policía cayó como segado por una hoz invisible, salpicados de sangre los blancos uniformes.

—Pero es que incluso en eso os ha mantenido engañadas la Junta de las Nueve. Incluso en eso os ha hecho creer que la Tierra era como nuestro planeta, y que el que nazca un hombre por cada diez mujeres es algo normal que sucede en todo el universo. ¡Mentira! ¡Eso no es así!

Incluso las técnicas y la propia directora de televisión prestaban una atención desorbitada a las palabras de Tom. Un crujido espantoso llegó desde el piso inferior; los cristales de las vidrieras retemblaron. Uno de ellos saltó en pedazos, y esquirlas de metralla zumbaron a través del estudio.

—Yo os digo que la Junta de las Nueve hace ya muchos siglos que sabe que hay un sistema de volver a poner las cosas en su justo orden, de manera que el número de hombres y mujeres que nazcan sea aproximadamente el mismo. Con ello terminarían vuestras tensiones sexuales y vuestro hambre de amor físico y moral. Porque un hombre, vosotras lo sabéis, no es sólo el ser de carne que os posee; es también el

compañero que está a vuestro lado, el que os cuida, como yo lo hice con mi esposa, asesinada por Meg Corso, el que os atiende y os lleva del brazo. Aquel de quien podéis presumir ante las demás, diciendo o pensando: «Es sólo mío». Y no como ahora, que tenéis, en el mejor de los casos, un marido para media docena de vosotras... y, en el peor, sólo contactos ocasionales en una casa de prostitución o en la Administración que, en más fino, viene a ser lo mismo...

Se escuchaban carreras apresuradas por la escalera. Un rasguear de ametralladora y un sonido silbante de fragmentos de granada llegaba desde la planta baja. En el monitor se veían los vehículos vacíos de la policía, uno de ellos hecho un volcán de llamas.

—Y yo os digo... ¡tenéis la solución en vuestra mano! Durante cientos de años, la Junta de las Nueve ha estado interesada en que odiaseis la Tierra, porque os olvidó aquí. Sin embargo, no menos de cinco expediciones han llegado a este planeta desde que os establecisteis en él, y todas han sido bárbaramente asesinadas. Sus huesos y sus naves reposan cerca del castillo del Agua. Buscadlas; las encontraréis.

»Durante siglos, la Junta de las Nueve os ha hecho temer a los insectos, que sólo son unos pobres enfermos que buscan la muerte como remedio a sus males, y con los cuáles podríais convivir. Tratad de hacerlo... los grandes peces os ayudarán.

»Durante cientos de años, la Junta de las Nueve os ha hecho creer que el sino de la mujer es desear continuamente hombres que no puede alcanzar. Y yo os digo que también esto es mentira... Que, como a todas las demás, se os han creado estas tensiones para que no penséis más que en ellas y no podáis preocuparos de elegir por vosotras mismas un sistema de gobierno que no sea el de la Mafia... ¡Privaos del desmán! Sí; privaos del desmán, de ese ahumado delicioso que tanto os gusta. Los nacimientos dimanan del tipo de alimentación y el informe del doctor La Bruna...

La puerta de entrada al estudio recibió un fuerte impacto desde fuera. Del puerto llegaba el sonido de los cañones de tiro rápido del *Principessa Issotta*, un sonido cortante, desagradable, seco y contundente como un golpe en la cabeza.

—El tipo de alimentación hace que los nacimientos sean como son en este planeta. Los componentes carbonatados del desmán son un verdadero veneno desde ese punto de vista... Elimínadlo de vuestra alimentación, esperad el próximo contacto con la Tierra, elegid un gobierno que represente al pueblo y no a los intereses económicos de unas pocas, y habréis salvado vuestras vidas, las de vuestros hijos y el planeta entero.

La corriente se cortó. Las técnicas corrían desoladas, tratando de refugiarse en los rincones. La Menconi barrió con los balazos de su rifle las hojas de la puerta, produciendo agujeros astillados como el puño de grandes. Tom se levantó, asiendo nerviosamente el revólver Beretta. Patrizio se acercó a él tratando de protegerle con su cuerpo. Sorpresivamente, una de las técnicas corrió hacia Tom...

—¿Puedo ayudarles, Su Virilidad?

—Sí; hermosa. Toma el primer arma que veas libre, y trata de aguantar.

A lo lejos, en el puerto, los cañones del *Principessa Issotta* bombardeaban el edificio de la Señoría. Mientras varias mujeres trataban de contener la puerta a punto de derrumbarse, Tom pudo ver como saltaban en el aire los ventanales, cómo enormes peonzas de humo negro surgían de los tejados de la Señoría. A poco, anchas lenguas de fuego comenzaron a mostrarse desde el tejado.

Una gran explosión retembló en el exterior, rompiendo todos los cristales y haciendo vibrar los muros. Tom sabía lo que era. La enorme antena de transmisión de TV acababa de caer al suelo, hecha pedazos. Y dentro de unos segundos, sucedería lo mismo con la antena de Radio San Cataldo. Durante semanas, la Junta de las Nueve no podría efectuar una transmisión que desmintiera sus afirmaciones.

Las masas corrían por las calles, desoladas. El Stadium había quedado vacío. Los prismáticos de Tom lo mostraban claramente, mientras, a sus espaldas, la puerta continuaba resistiendo. Había gritos, aullidos de muerte, disparos ininterrumpidos. El humo acre de la cordita llenaba el gran salón.

—Brenda, Brenda, amor mío —dijo Tom en voz muy baja—. Éstos sí son tus funerales... los únicos que tú te merecías.

No en vano se había obstinado durante aquellos catorce años en dar una imagen de veracidad y formalidad. No en vano había cumplido siempre su palabra, ayudando a las mujeres de la clase obrera, y exaltando la memoria de su esposa. Le habían creído porque era él, y porque querían creerlo por encima de todo...

Se dio cuenta de que, en el innumerable panorama de hombres que habían desfilado por la historia de este planeta perdido, él era como una estrella fugaz que había pasado marcando un rastro luminoso... Un hombre que destacaba entre los demás como una estrella de primera magnitud. Tal vez ese rastro luminoso perdurase entre esta humanidad doliente y en el futuro alguien recordase al hombre estrella que hizo posible una nueva vida.

Aunque tomasen contacto con la Tierra, aunque se privasen del desmán, habría otros problemas. Siendo igual el número de hombres y mujeres, las cosas tampoco serían tan fáciles.

Eso no le interesaba ya.

Bajo el monte Urbino, San Cataldo hervía. La Señoría se derrumbaba, perforada y deshecha por los cañonazos del buque. En varios lugares surgían columnas de humo. Tal vez en este momento las turbas arrastrasen por las calles el cadáver de una de las Nueve... y quizá ese cadáver fuese el de Meg Corso.

La puerta se hundió, y un aluvión de policías, con el belfo dilatado, las manos llenas de armas mortales, irrumpió en el estudio. Patrizio se interpuso entre Tom y una mujer enorme armada de una pesada pistola negra. Se oyó un retumbar sordo,

que apenas se distinguió del crepitar de las restantes armas de fuego. Patrizio cayó como una masa. La mujer cayó a su vez, con una bala de Tom en el corazón.

A lo lejos, Laura Rossi se revolcaba en un baño de sangre.

Durante unos segundos, Tom pensó por enésima vez en Brenda, en el viejo poeta Hsui, muerto tantos años antes, y de dónde iba a salir la bala que acabaría con él.

Nunca llegó a saberlo.